



VICENTE J.
MORALES

MADERO y Pino SUÁREZ

1913-1963 • Testimonios históricos
seleccionados por **Arturo Arnáiz y Freg**

La
SERIE Historia

MAPorrúa
librero-editor • México

ce
CONSEJO EDITORIAL



LXII LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS

MADERO y
PINO SUÁREZ
1913-1963 • Testimonios históricos
seleccionados por **Arturo Arnáiz y Freg**



LXII LEGISLATURA
CONSEJO EDITORIAL CÁMARA DE DIPUTADOS

PRESIDENCIA

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PAN
Dip. JUAN PABLO ADAME ALEMÁN, *Titular*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRI
Dip. JOSÉ ENRIQUE DÓGER GUERRERO, *Titular*
Dip. ELIGIO CUTLÁHUAC GONZÁLEZ FARIAS, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRD
Dip. TOMÁS BRITO LARA, *Titular*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PVEM
Dip. RICARDO ASTUDILLO SUÁREZ, *Titular*
Dip. LAURA XIMENA MARTEL CANTÚ, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DE MOVIMIENTO CIUDADANO
Dip. JOSÉ FRANCISCO CORONATO RODRÍGUEZ, *Titular*
Dip. FRANCISCO ALFONSO DURAZO MONTAÑO, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PT
Dip. ALBERTO ANAYA GUTIÉRREZ, *Titular*
Dip. RICARDO CANTÚ GARZA, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DE NUEVA ALIANZA
Dip. LUIS ANTONIO GONZÁLEZ ROLDÁN, *Titular*
Dip. JOSÉ ANGELINO CAAMAL MENA, *Suplente*

SECRETARIO GENERAL
Mtro. MAURICIO FARAH GEBARA

SECRETARIO DE SERVICIOS PARLAMENTARIOS
Lic. JUAN CARLOS DELGADILLO SALAS

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO
CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA
CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN, INFORMACIÓN Y ANÁLISIS

SECRETARIO TÉCNICO DEL CONSEJO EDITORIAL
EDGAR PIEDRAGIL GALVÁN

MADERO y Pino SUÁREZ

1913-1963 • Testimonios históricos
seleccionados por Arturo Arnáiz y Freg



LXII LEGISLATURA
CAMARA DE DIPUTADOS

MÉXICO

MAPorrúa
librero-editor • México

2013

Coeditores de la presente edición

H. CÁMARA DE DIPUTADOS, LXII LEGISLATURA
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Edición fuente

México, 1963

© 2013

Por características tipográficas y de diseño editorial
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 978-607-401-747-2

Imagen de portada con base al original
de Vicente Morales, col. SAM

La reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, queda permitida por tratarse de una obra de divulgación. No obstante, deberá citarse la fuente correspondiente, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

LIBRO IMPRESO SOBRE PAPEL DE FABRICACIÓN ECOLÓGICA CON BULK A 80 GRAMOS

www.maporrúa.com.mx

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

A manera de pórtico
Cincuenta años después

José M. Murià

Las relaciones que establece la historiografía entre el pasado y el presente dan lugar a que, con el paso del tiempo, cambie con frecuencia la valoración de ciertos personajes y acontecimientos. No cabe duda que el ambiente en el que está inmerso quien se aboca a la historia, sea profesional del estudio de ella o no, condiciona sobremanera la opinión. No de balde la circunstancia de cada individuo forma parte de él mismo.

Por fortuna, hace ya muchos años que se desechó por inútil e imposible la antigua exigencia de una objetividad absoluta en la comunicación del historiador con su objeto de estudio. Tal vez no resulte necesario aclararlo, pero tampoco está de más puntualizar que ello no quiere decir que el oficio de historiar sea del todo subjetivo. Hay una cauda de normas y exigencias que tienden precisamente a paliar la mentada e inevitable subjetividad, entre las cuales destaca la de exigirle al historiador que prescinda lo más que pueda de calificar los acontecimientos y el quehacer de los hombres en aras de una explicación racional de lo que hicieron y dijeron.

La historia debe evitar tanto como pueda asumir el papel de un tribunal que profiere sentencias calificadoras en vez de facilitar la comprensión de lo acaecido.

De cualquier manera no puede esperarse que la relación de una sociedad con la historia deje de ser de una objetividad o de una subjetividad relativa. En especial cuando se va más allá del trabajo profesional y se recurre a la historia como un instrumento educacional al servicio del Estado o de la comunidad.

Ello no debe escandalizarnos tampoco. Todas las sociedades lo han hecho así, de ahí el precepto, sin duda exagerado, de que la “historia la escriben los vencedores”. El libro consagrado de Miguel León-Portilla, *La visión de los vencidos*, constituye una muestra de que, especialmente desde que arraigó la profesión de historiador, los perdedores y los marginados a veces también tienen la palabra.

El caso de Francisco I. Madero, ahora que nos hallamos en el primer centenario de su sacrificio, nos ofrece algunos cambios a veces no tan ligeros de su valoración. Hace 50 años era “el apóstol” —o, como dice Isidro Fabela, “el inmaculado”— de una Revolución Mexicana que logró destronar al feroz dictador y a su dechado de maldades.

Es claro que, en el ánimo de nuestro tiempo, ni Porfirio Díaz se antoja tan nefasto ni la misma Revolución un receptáculo tan grande de bondades.

En este libro, que se mandó hacer originalmente para conmemorar el cincuentenario del sacrificio de Madero en compañía de José María Pino Suárez, la mayor parte de los textos se ven generosos en elogios que, tal vez, los historiadores contemporáneos les tributarían también, pero con mayor parquedad.

De su lectura nos queda la sensación de que se les hallaron a los dos próceres asesinados todos los valores que entonces se le atribuían a la Revolución misma y se deseaba que ya se hubiesen

traducido en metas alcanzadas. Dicho de otra manera, en estas páginas, a Madero y a Pino Suárez se les hallan las mismas virtudes que los mexicanos de mediados del siglo XX deseaban que en realidad hubiese tenido toda la Revolución. Recuérdese que en ese año de 1963 dominaba la creencia de que la Revolución que ya se suponía iniciada por Madero, “seguía su marcha” y lo que no se había alcanzado aún se presumía que se lograría pronto.

De hecho, puede decirse que fue el gobierno del señor Díaz Ordaz y el fatídico año de 1968 el gran cubetazo de agua fría que exhibió el divorcio que iba avanzando entre el gobierno “revolucionario” y el pueblo a cuyo servicio estaba dejando de estar. Posteriormente se trató de recuperar el carácter popular del gobierno mexicano, pero ya no fue lo mismo y, poco a poco, hablar de la Revolución dejó de tener sentido.

Leer hoy día algunas de estas páginas, especialmente las que se deben a los más entusiastas propagandistas del régimen de entonces, puede parecer anacrónico. Pero no es el caso si no se sacan de su contexto. Hay otras, sin embargo, que por su calidad historiográfica conservan su validez y muestran que ya antaño se trabajaba el tema con suma seriedad.

No se quiere decir con esto que se pretenda menospreciar la importancia y la calidad histórica y humana de Madero y Pino Suárez, sino que es importante colocarlos en una dimensión más ajustada a las condiciones y las perspectivas actuales. Dicho de otra manera, esta obra que, a veces, exagera un tanto, puede resultar muy útil para proceder a una explicación, no sólo de los personajes mismos y de las gestas que emprendieron, sino también del devenir o la evolución de la imagen que de ellos ha tenido el mexicano del siglo XX y, sobre todo, ahora que comienza el siglo XXI.

Esta obra fue encomendada a una de las mejores cartas de la historiografía de mediados del siglo xx: don Arturo Arnáiz y Freg, nacido y fallecido en la Ciudad de México (1915-1980).

Aparte de ser muy amigo de don Jaime Torres Bodet, el entonces secretario de Educación Pública, Arnáiz, que fue un producto cabal precisamente de esa educación pública mexicana, desde la primaria hasta los estudios más superiores, y un gran conocedor de nuestra historia, principalmente la del siglo xix y los principios del xx, así como de algunos personajes de aquellos tiempos, era además un representante de la historiografía nacionalista *postrevolucionaria*, de modo que resultaba idóneo para realizar una obra de homenaje a *Madero y Pino Suárez, en el 50 aniversario de su sacrificio. 1913-1963*, mediante la reunión de diferentes textos de distintos autores y de muy variada condición, que hablaran de tales personajes desde puntos de vista muy diferentes también, pero coincidentes todos en el enaltecimiento de su memoria.

De tal manera, este libro una suerte de monumento gráfico que, por su validez, lo mismo entonces que ahora, merece sobradamente ser vuelto a publicar y, mucho mejor que emerja de las prensas de una editorial de tanto prestigio y acuciosidad como la de Miguel Ángel Porrúa.

Al gozo de las palabras de mexicanos ilustres de antaño, como el propio Arnáiz y Freg quien los encabeza, y un par de forasteros perfectamente identificados con nosotros y conocedores del tema, como es el caso del norteamericano Stanley R. Ross y del cubano Manuel Márquez Sterling, este volumen ofrece asimismo el placer de una bella tipografía y de un excelente trabajo editorial.

Entre los productos nacionales deben destacarse los procedentes de lugares recónditos como *El Nacional Revolucionario* (publicado en Zacatecas entre 1933 y 1937), de la pluma de Álvaro Obregón y de Gilberto Bosques, ambos mexicanos excepcionales que dedicaron un ramillete de linduras al apóstol.

Obregón había ya muerto entonces, pero además, la fecha que se reporta de su publicación es “2 de noviembre de 1885” cuando Madero contaba apenas 13 años de edad... Tal vez quiso decir 1935, de manera que originalmente debe haber aparecido en otro lado. En efecto, con este texto comienza la obra *Ocho mil kilómetros en campaña*, publicada por primera vez en 1917. Dicho libro gozó de una segunda edición en 1959, de manera que el texto de referencia estaba perfectamente a la mano. ¡Quién sabe por qué Arnáiz no hizo referencia de la obra de donde provenía el texto de Obregón, vuelta a publicar apenas cuatro años atrás, en lugar de recurrir a una publicación sumamente difícil de conseguir!

Bosques, en cambio estaba en plena actividad política en 1935 y la fecha de 22 de febrero de ese año —en el 22º aniversario del crimen— parece ser correcta.

Aparte vale destacar al ya mencionado Fabela, junto con Juan Sánchez Azcona y Andrés Iduarte, independientemente de otros asaz reconocidos que hacen acto de presencia y fortalecen la nómina.

Para fortalecer este monumento, Arnáiz decidió incluir textos de los propios homenajeados, entre los que sobresalen, por casi desconocidos unos poemas de Pino Suárez y un discurso importante de Madero, un jalón de orejas a Huerta y algunos párrafos de su libro *La sucesión presidencial*.

Bien vale concluir este *pórtico* a la edición del centenario de aquel crimen, 50 años después de su primera aparición, con las palabras mágicas que se esgrimieron por doquier, en tono de rebeldía, cuando todavía era pacífica la confrontación con el régimen de Porfirio Díaz:

¡Viva Madero!

O bien, a modo de musical despedida:

Aquí va la retirada
con cariño verdadero,
estas son las mañanitas
de don Francisco I. Madero.
¡Qué vivan los mexicanos!
¡Qué viva México entero!

[Zapopan, Jalisco. Bajo los aguaceros de 2013]

MADERO y
Pino SUÁREZ

Prólogo en el origen

Arturo Arnáiz y Freg

México, 1963

El día 22 de este mes de febrero se cumple medio siglo desde la fecha en la que don Francisco I. Madero, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, y el licenciado don José María Pino Suárez fueron sacrificados por órdenes del usurpador Victoriano Huerta.

La muerte de estos dos patricios levantó la cólera del pueblo y unió, con una rapidez conmovedora, a todas las fuerzas y a los hombres que luchaban por destruir la estructura casi feudal que, todavía a principios de este siglo, impedía a nuestro país organizarse como una nación moderna.

Ha señalado con razón el presidente de México, don Adolfo López Mateos, que “Madero ha sido uno de los más altos ejemplos de humanidad, generosa hasta el sacrificio, que ha dado la patria mexicana. Su lucha por la democracia y contra la tiranía, fue la lucha titánica de un visionario por trazar al pueblo de México rutas mejores, más amplias y más luminosas”.

Defensor valeroso y tenaz de los derechos del pueblo, el gran ciudadano coahuilense inició desde 1908 una heroica cruzada para rescatar de las manos del general Porfirio Díaz el derecho a elegir, mediante el sufragio efectivo, a los mandatarios del país.

En una lucha desigual que parecía destinada a seguro fracaso, Madero se ocupó de combatir los abusos de la dictadura. En las páginas de su libro La sucesión presidencial en 1910, en artículos periodísticos, en millares de cartas y discursos se ocupó de enseñar de nuevo al pueblo de México —como lo había hecho don Miguel Hidalgo— el secreto de su fuerza.

Hasta sus amigos y parientes más cercanos desconfiaban de las posibilidades de victoria. Treinta años había gobernado al país el “héroe del 2 de abril”, y dos generaciones de mexicanos se habían acostumbrado a considerar su autoridad como un hecho indiscutible. Su presencia en la posición más alta de la vida política de México era un factor de tal estabilidad y permanencia que, para muchos, don Porfirio formaba parte del paisaje de México, como el Ajusco o el Popocatepetl.

En la lucha política, Madero acertó a ser un lúcido escritor, tenaz organizador, un hombre claro que, para no engañar a nadie, luchó siempre a cara descubierta. Profeta de un mensaje de libertades civiles, logró interesar en su esfuerzo admirable a muchos de los mejores ciudadanos del país.

La posibilidad de que alcanzara la victoria parecía tan remota que, los que más lo querían, trataron de convencerlo para que se retirara de la lucha.

En noviembre de 1909, su abuelo, don Evaristo Madero, le reprochaba que se dirigiera a don Porfirio como si estuviera hablando “de nación a nación”, y agregaba: “Yo prefiero estar quieto en mi rincón que querer tapar el sol con una mano”. Y agregaba: “Tú le echas (al general Díaz) la amenaza de que harás y tomarás, y así bien te que-

darás diciendo y no harás nada, pues estás muy lejos de conocer el país en que vivimos”. Y en otra frase que reitera su seguridad completa en que era imposible luchar contra la dictadura porfiriana, don Evaristo, invita a su nieto a abandonar el heroico esfuerzo, porque sería inútil, porque no sería eficaz y porque estaría fuera de toda proporción, y así, le escribe: “Se parecería al desafío de un microbio a un elefante”.

Pero el joven y valeroso agricultor coahuilense continuó en la cruzada. Estaba convencido de que los mexicanos debían usar las armas del pensamiento con plena libertad. Ese hecho fundamental debía ser visto sin temor, por eso afirmó en una de las páginas de su libro inolvidable: “Que vengan las luchas de la idea, que siempre serán luchas redentoras, pues del choque de éstas siempre ha brotado la luz, y la libertad no la teme, la desea”.

Perseguido por el gobierno del general Díaz, acusado de faltas y delitos imaginarios, Madero presenció cómo la voluntad de las mayorías, expresada ante las urnas electorales, era de nuevo burlada en 1910. Decidió entonces aventurarse al campo de batalla. Convocó a los mexicanos a lanzarse a la lucha el 20 de noviembre de ese año. Al hacer su llamado recomendó: “Sed valerosos en los combates y humanísimos en la victoria”.

Madero empuñó las armas en una lucha que nadie pudo emprender antes que él, con esperanzas de victoria. Su triunfo, que parecía increíble, abrió para el país una etapa decisiva.

Con gran autoridad moral, Madero procedió en la Presidencia de la República no como quien impone, sino como el que persuade. Su vida fue fecunda en beneficios para el país. El poeta Ramón López

Velarde escribía por aquellos días a un amigo suyo: “Diré con franqueza que una de las satisfacciones más hondas de mi vida ha sido estrechar la mano y cultivar la amistad de Madero, y uno de mis más altivos orgullos haber militado como el último soldado”, de ese jefe valeroso, “a cuya obra extraordinaria debemos los mexicanos poder vivir una vida de hombres”.

Madero puso en marcha la transformación radical que era necesario introducir en la estructura medieval, ineficaz e injusta en la que México seguía viviendo, todavía en los años iniciales de esta centuria.

Don Jaime Torres Bodet, cumpliendo instrucciones del Presidente de la República, ha organizado desde la Secretaría de Educación Pública la conmemoración de la heroica muerte de Madero y Pino Suárez. En una circular dirigida a todos los profesores de las escuelas nacionales les ha dicho lo siguiente:

La nación conmemorará el año entrante el cincuentenario de la muerte de un gran patriota, el presidente Madero, y de su ejemplar compañero de destino, el vicepresidente Pino Suárez.

Los años pasan, México persevera. Y el tiempo acendra nuestro respeto para los ilustres varones que he mencionado: Madero, valeroso y noble mentor de la democracia, inspirado adalid de un pueblo que ha amado siempre la libertad; y, junto a él, Pino Suárez, voz honrada y ánimo estoico, digno de seguir a Madero en las responsabilidades del gobierno como lo siguió, hasta el final, en el duelo y la gloria del sacrificio.

La escuela se honra cuando se inclina ante la memoria de ciudadanos tan prestigiosos. Por eso, de acuerdo con los deseos del Primer Magistrado de la nación, invito a los directores, a los maestros y a los alumnos de los planteles que integran nuestro sistema educativo a consagrar, durante la tercera semana del mes de febrero próximo, las cátedras de historia y de civismo al

comentario de la lección que las víctimas de 1913 siguen dando a los mexicanos.

El 22 de febrero, en todas las escuelas de la Federación, se organizarán sencillos pero solemnes actos de homenaje a los dos desaparecidos. En las que ostentan el nombre de alguno de ellos, los alumnos depositarán una ofrenda floral frente al busto de Madero —o de Pino Suárez— que, por decisión del C. Presidente de la República, la Secretaría enviará a cada uno de esos establecimientos.

La patria no olvida. Y la continuidad de la patria debe inspirar a sus hijos, desde las aulas, el afán de participar, con intrepidez, en el ascenso de todo un pueblo hacia metas, cada año más altas, de unión en el progreso, independencia en la justicia y paz en la dignidad.

Al comunicar a usted lo que precede, le ruego tenga la amabilidad de informarme respecto a los actos que en el establecimiento educativo que usted dirige se realicen para dar cumplimiento a esta circular.

De usted afectísimo y seguro servidor,

Jaime Torres Bodet.

De acuerdo con sus instrucciones, nos hemos ocupado de reunir en este libro diversas páginas que ayudan a entender la limpia confianza de Madero en los destinos democráticos del pueblo de México. Estos testimonios comprueban la valentía extraordinaria con la que desafió a la dictadura porfiriana, y su clara confianza en los valores del espíritu.

Además de sus méritos de libertador y de gobernante demócrata, Madero se ocupó de mejorar las condiciones de la clase laborante. Se empeñó en impulsar una distribución más justa de la tierra. Su gobierno puso las bases de una etapa fundamental en la vida histórica de nuestro país. Después de él, y como consecuencia de su victoria,

México concibe su existencia como un proceso de desarrollo económico y cultural en el que las libertades democráticas son el camino más amplio hacia una convivencia social cada día más justa.

Al lado de Madero figura, con honor, el vicepresidente José María Pino Suárez. Desde las páginas de su periódico El Peninsular, luchó durante años en defensa de las libertades públicas. Se ganó el respeto y la admiración de Madero por sus méritos y por sus virtudes humanas. En el gobierno fue colaborador eficaz y consejero acertado. En esa etapa en la que se quiso beneficiar “a tirios y a troyanos”, Pino Suárez veía que los maderistas avanzaban combatidos a dos fuegos, y así dijo al ministro de Cuba, don Manuel Márquez Sterling, unos cuantos días antes de la Decena Trágica: “No somos adversarios de nadie, pero todo el mundo parece adversario nuestro”.

La lectura de las páginas que siguen pondrá en la mente de los jóvenes la lección admirable que entregan esas dos vidas ilustres. Testimonios como éstos permiten a los mexicanos ampliar los horizontes de su comprensión histórica y evocar el acento heroico que preside la lucha secular que este pueblo sostiene por la conquista y la defensa de sus libertades.

Primera parte

Semblanza de Madero

Madero, el immaculado

Isidro Fabela

Mientras más avanza el tiempo, y se conocen y aquilatan mejor la vida y la obra de don Francisco I. Madero, más comprendemos sus altos merecimientos y lo mucho que la patria le debe. Le debe, sobre todo, su despertar político.

Para justipreciar los nobles ideales y el elevado valor cívico del apóstol, es preciso situarse en la época y el medio en que inició su campaña política: cuando Porfirio Díaz había adquirido como gobernante el poder dictatorial más absoluto. Él representaba al Poder Ejecutivo, al Legislativo y al Judicial; porque, como dijera el incisivo Luis Cabrera, la Suprema Corte de justicia era una “cortesana” que obedecía sus consignas. Él mandaba a los gobernadores de los estados, quienes obedecían sus órdenes, lo mismo que, directa o indirectamente, a los prefectos políticos y presidentes municipales de la República.

*

“Los espíritus más justos y eminentes se asombrarán un día, hasta el éxtasis, de la ideal perfección de Madero”, dice Pierre Lamique, un francés de fino espíritu que conoció íntimamente al osado paladín.⁴ Y es certero su juicio. Madero entrañaba en su persona el mayor número de virtudes humanas. Era probo de la más excelsa pulcritud. Adquirió riquezas de cuantía con su propio trabajo... y murió pobre.

⁴Madero, por Cráter (Pierre Lamique).

Su educación había sido esmerada. “Estudió cinco años en Francia para aprender la lengua rítmica francesa”, que hablaba sin acento extranjero.² Con su hermano Gustavo hizo cursos comerciales en la Universidad de Barclay, California, y hablaba el inglés fluidamente.

Alcanzó los más altos merecimientos por su inmaculado patriotismo y su entereza de carácter al enfrentarse al dictador que detentó por más de tres décadas la Presidencia de la República. Madero no quería nada para sí; propugnó el triunfo de los principios democráticos: “Sufragio Efectivo y No Reección”. Anhelaba un cambio que dignificara nuestra vida interna e internacional.

El dictador había engañado al pueblo. Era un claudicante de las ideas que lo llevaron al poder. Había dicho en el Plan de la Noria censurando a sus enemigos:

Los partidarios

de la reelección indefinida prefieren sus aprovechamientos personales a la Constitución, a los principios y a la República misma... Han relajado todos los resortes de la administración buscando cómplices en lugar de funcionarios punitivos. Han derrochado los caudales del pueblo para pagar a los falsificadores del sufragio... Han conculcado la inviolabilidad de la vida humana, convirtiendo en práctica cotidiana asesinatos horribles, hasta el grado de hacer proverbial la funesta frase de la Ley Fuga...

Y luego, hablando con rotunda falsía, proclamó:

...en el curso de mi vida política he dado suficientes pruebas de que no aspiro al poder, a encargo ni a empleo de ninguna clase... por último ...que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el ejercicio del poder, y ésta será la última revolución.

¡Y el hombre que cometía tales perjuros detentó el Poder Ejecutivo durante 30 largos años!

²Adrián Aguirre Benavides, *Madero el inmaculado: Historia de la Revolución de 1910*, 49. ed., México, Diana, 1966, p. 542.

Pero, por fortuna, la historia nos enseñó que no hay tiranos necesarios que se perpetúen en los gobiernos indefinidamente. Eso sería tanto como admitir que existen pueblos que permanecen estáticos ante el porvenir; y que no hay hombres que sean el símbolo de la juventud que se levanta con más bríos, con nuevas ideas inherentes a su edad y a las imperiosas necesidades que van surgiendo en el mundo, que avanza sin cesar con ansias de renovarse para no morir.

*

Don Francisco I. Madero así lo comprendió, y por eso, fundado en las apostasías de don Porfirio y seguro de que era inútil tratar de convencerlo de que permitiera al pueblo elegir libremente a sus mandatarios, inició su armada gesta heroica, único remedio que los pueblos tienen para luchar contra las tiranías.

La libertad es esencia ideal de la vida ciudadana. Por eso son execrables los tiranos: a un pueblo sin libertad le falta el alma. El tirano hace las leyes, las infringe cuando le conviene, las interpreta a su modo, las suspende sin incurrir en responsabilidad. Son letra viva cuando le interesan; son letra muerta cuando las viola.

Quienes acepten tales vejámenes no son ciudadanos sino esclavos. Y Madero soñó para su patria un pueblo con valor y no un hato de siervos; por eso desafió al dictador y lo venció. Pero su triunfo fue momentáneo, porque, como dijo su ministro, embajador y solapado enemigo Manuel Calero: "Madero tenía los defectos propios de sus virtudes". Cierto. Era un puro entre los puros, pero no ponía los pies en la tierra. Al ascender legítimamente a la Primera Magistratura, respetó sin restricciones la libertad de palabra, de prensa y de conciencia. Todos los derechos del hombre eran sagrados para él. Y entonces sus enemigos, al darse cuenta de su ingenua buena fe, llevada al extremo de tolerarles que incurrieran en delitos del orden común contra su propia persona, lo ridiculizaron, lo befaron, lo escarnecieron en la prensa y la tribuna. Y así fue cayendo en el desprestigio, porque los papeles públicos lo llenaban de lodo con sus calumnias y burlas, que otros estadistas que no fueran él, habrían

castigado con el rigor que la ley penal prescribía claramente contra quienes vilipendian a las autoridades supremas del país. Y él se dejaba escarnecer, a título de que la prensa era libre. Tal defecto era en él incorregible. Jamás intentó un escarmiento que hubiera sido entonces muy eficaz.

*

Madero tenía, como don Quijote, “el furor de la libertad”; alimentaba en su alma la esperanza de vencer en sus anhelos solamente con las armas de la justicia, lo que en aquellos tiempos era una locura. Porque él sabía que su credo político era oportuno y necesario; que su afán democrático de “Sufragio Efectivo y No Reelección” significaría el progreso institucional de nuestra patria; que el imperio de la ley y el reinado del derecho salvarían a México; sí, todo lo sabía, menos esto: que los que él creía buenos, eran malos; que todos aquellos colaboradores suyos que decían sustentar los mismos propósitos que él animaba no eran revolucionarios; que el ejército federal, formado por el porfirismo militarista, y que él consideraba completamente fiel, conspiraba en voz alta contra su gobierno. Por eso les negó a los gobernadores de Chihuahua y de Coahuila, don Abraham González y don Venustiano Carranza, respectivamente la autorización para organizar y pagar ellos mismos sus cuerpos rurales, porque desconfiaba sinceramente de casi todos los generales que habían quedado como sostenedores del gobierno nacido en los nefastos tratados de paz de Ciudad Juárez, tratados que fueron su máximo error político.

¡Cuánta razón tuvo don Venustiano Carranza, su ministro de Guerra, cuando sentenció, delante de Madero, esta gran verdad que muy pronto habría de cumplirse: “Revolución que transa, es revolución perdida”!

Lo que quiere decir que, en medio de sus excelsas cualidades patrióticas y humanas, el señor Madero era crédulo hasta la ingenuidad. Y el estadista no debe llegar nunca a esos extremos. Al contrario, el hombre de Estado, antes que bondadoso, habrá de ser justo y, antes que perdonar, legalista.

La bondad del gobernante debe tener sus límites, y la de nuestro mártir no tenía linderos. Y por eso fue sacrificado. El señor Madero fue tan carente de malicia y de sentido político, que no supo rodearse de sus corre-

ligionarios, de los que habían hecho la Revolución con él, aquellos que tenían sus mismas ideas antiporfiristas, los mismos que lo encumbraron al solio presidencial creyendo en su persona como la del representante genuino de las aspiraciones y necesidades político-sociales del pueblo. Sus leales amigos, los renovadores, le señalaron la terrible situación que lo estaba llevando al desastre, y a ellos Madero respondió —un mes antes de su asesinato—, diciéndoles que sus afirmaciones eran inexactas o exageradas. Esto lo afirmaba porque vivía cegado por la luz del bienaventurado que cree que todos los demás hombres son como él. Y es que Madero “estaba hecho por dentro con madera de cruz”.

*

Cuando el presidente apóstol cayó víctima de la perversidad y la traición, otro varón tan patriota como él, tan valeroso y puritano como él, Venustiano Carranza, levantó su bandera, no sólo libertaria sino de redención social, para vengarlo del Iscariote que lo había inmolado, y dar al pueblo mexicano, en unión de los constituyentes de 1917, lo que había menester, la Carta Fundamental que nos rige, la que correspondió a las necesidades político-sociales de su época.

*

Para terminar esta breve recordación histórica del evangelizador de la democracia en nuestra patria, quiero decir cómo y cuándo lo conocí.

En 1911, después de haber sido elegido diputado por el Estado de México, mi tierra natal, y antes de tomar posesión de mi curul, el gobernador del Distrito Federal, mi muy estimado amigo y correligionario, el licenciado Federico González Garza, me llamó a su despacho para decirme que el señor presidente Madero, a petición de don Abrahám González, deseaba le recomendase a un abogado joven, de su absoluta confianza, para que ocupara el puesto de oficial mayor en su gobierno de Chihuahua. “En esa virtud yo quisiera saber, compañero Fabela —agregó González Garza—, si usted estaría dispuesto a aceptar tal nombramiento, para recomendarlo con el Ejecutivo”. Sin vacilar, le respondí que sí, no obstante que yo había

sido nombrado por el Colegio Electoral de la XXVI Legislatura de la Unión para ser miembro de la Comisión Revisora de Credenciales, en compañía de Jesús Urueta, el orador sin par, Enrique Bordes Mangel y Serapio Rendón. Antes de partir a mi destino, González me telefoneó diciéndome que el señor Madero me esperaba en su oficina de Chapultepec a las 12 del día siguiente, para darme sus instrucciones personales.

A la hora fijada llegué a la gran terraza del legendario castillo. Minutos después, apareció el señor presidente, quien me tendió los brazos de la manera más llana y cordial. Me emocionó profundamente al sentir mi corazón junto al de aquel hombre a quien consideraba como el símbolo genuino del heroísmo patriótico. Don Francisco, con la naturalidad muy propia de su carácter, comenzó a platicar conmigo, yendo y viniendo junto a mí, con sus brazos cruzados atrás.

—Licenciado —me dijo—, voy a dar a usted una comisión que me interesa sobremanera. El estado de Chihuahua no está en paz ni mucho menos; muy frecuentemente recibo noticias de asaltos a trenes y poblaciones, que cometen los orozquistas. Esto ocasiona quejas de don Abrahám, quien atribuye tales desmanes a la apatía o deliberados propósitos de las fuerzas federales. Dígale usted a don Abrahám —prosiguió el señor presidente—, que ya doy órdenes al general Victoriano Huerta para que tome más empeño en su campaña, pues creo que con las fuerzas de que dispone podrá hacer una paz efectiva en poco tiempo. Repítale lo que le he asegurado: que tenga fe en el Ejército federal y que no puedo autorizar que se formen cuerpos rurales porque sería tanto como demostrarles a los soldados de línea que les tenemos desconfianza.

Yo escuchaba con atención penetrante a aquel hombre físicamente breve, pero que ante mi admiración parecía una figura alta y enhiesta. Su verbo y ademanes sencillos me inspiraban plena confianza al escucharlo. Pero lo que más me impresionó del apóstol fueron sus ojos, que tenían un resplandor especial de iluminado.

Cuando me despedí de aquel bienaventurado, a quien ya nunca más tornaría a ver, experimenté una de las sensaciones más profundas de mi existencia:

—Adiós, señor presidente.

—Adiós, licenciado, que tenga usted buen viaje y déle un abrazo a mi gran amigo don Abrahám.

*

El homicidio proditorio de nuestro redentor cívico me sorprendió en Veracruz, en la casa paterna. La congoja de mi ánima fue de aquellas que jamás se extinguen del todo. Son como una flama que atizan al propio tiempo al respeto, la admiración y el rencor.

—¿Qué vas a hacer, hijo? —me preguntó mi padre.

Y yo le contesté:

—Entrar a la Cámara y luchar contra el verdugo.

—Ése es tu deber. Así te honras y me honras. Vete, hijo mío... y que Dios te ampare.

Afiliado de inmediato al “Grupo Renovador” de la XXVI Legislatura, y después de ocupar la tribuna varias veces, mis dilectos compañeros Jesús Urueta y Serapio Rendón, que pertenecían a la Casa del Obrero Mundial, me invitaron a que, en nombre de dicha organización hablara en la ceremonia que por primera vez se celebraría en México con motivo de la Fiesta del Trabajo, el 1 de mayo de 1913. Acepté gustoso y leí una catilinaria agresiva contra el tirano, que a la vez aludía a la aurora de la libertad que había surgido (palabras textuales)

al conjuro de un glorioso apóstol, cuya sangre de martirio, salpicada a todos los vientos, grabará en la historia de mi patria con letras que irradian como soles, a pesar de todas las tiranías, esta sola palabra: ¡Libertad!

Cuatro órdenes de aprehensión se dictaron inmediatamente en mi contra, a causa de aquel discurso suicida. Ninguna me alcanzó. En un barco de la Transatlántica Francesa —a cuyo representante, el señor

Burgunder, le debo la vida, porque impidió que dos esbirros de Huerta me sacaran del vapor *La Navarre*—, me embarqué para La Habana con destino a la Revolución.

*

Ya en Cuba, y en el prestigiado periódico de mi noble amigo don Manuel Márquez Sterling, publiqué este rendido homenaje que escribí en honor del immaculado patricio, el mes de mayo de 1913:

Madero fue como todos los alucinados, como todos los apóstoles: admirado y bendecido; odiado hasta la muerte y glorificado hasta la inmortalidad.

Fue indiscutido por la admiración delirante de todo un pueblo, y cayó al golpe rudo del pasado, resentido siempre con los flamantes ideales del porvenir.

Fue un rebelde, pero no un rebelde demoleedor de vidas, sino un rebelde propagador de ideas.

Su palabra no era de artista para conmover, sino de sembrador para crear. Pasó por la República Mexicana como un Mesías, predicando la buena nueva de la libertad y la democracia, y murió al despechado golpe de la reacción.

Era un gran bueno que ascendió al suplicio sin rencores ni esperanza de recompensas.

Podría estar engañado, pero no sabía engañar. Sus manos misericordiosas jamás temblaban, nunca se abatía su frente, nunca desmayó su voluntad.

No conoció el remordimiento ni el odio y practicó el perdón.

Para él todos los hombres eran buenos mientras no le demostraron lo contrario.

Vivía como un bienaventurado, sin temor ni amarguras, sin rencores ni odios; con una confianza inhumana para los hombres y una fe ciega en el porvenir.

Soñaba como los justos y pensaba como los redentores.

Era un santo laico.

Como a la Doncella de Orleans, un día lo conquistó una idea libertaria, y se transformó de hombre en apóstol, con toda su alma y con toda su vida.

Era un cerebro con una sola idea: libertad; y un corazón con una sola palabra: amor.

Han dicho en mi patria, inolvidable y amada, que Madero no fue de estas edades; que podría haber expresado el pensamiento de Juan Clemente Zenea: "Mis tiempos son los de la antigua Roma, y mis hermanos con la Grecia han muerto".

No, Madero fue oportuno en su apostolado como oportuno fue en su martirio. México necesitaba después de un dictador omnipotente, un valeroso adalid que se enfrentara a la tiranía, y ese audaz patriota fue Madero. Nació para ser un símbolo: por eso fue a la muerte en la escala del martirio.

¿Que fue un mal gobernante? Tal vez; los gobernantes no se improvisan como los apóstoles.

“Quise contentar a todos y contenté a muy pocos”. Así decía en su prisión el penúltimo día de su existencia.

Es verdad y quizá es mejor: si viviera seguiría siendo irremediable y excesivamente bueno; muerto, es un maravilloso símbolo democrático y una bandera invencible.

Como así fue.

*

Hoy hace 49 años que fue sacrificado el señor presidente don Francisco I. Madero. Su vida fue una obra de belleza porque fue el arquitecto que cimentó nuestra gran estatua espiritual de la libertad.

Su existencia fue un ejemplo de trabajo fecundo, de buen amor y del más excelso patriotismo. Quiso ser un salvador y no fue sino un mártir. Pero su muerte fue el triunfo de su vida.

Cuando fue asesinado corporalmente, ya su alma estaba abatida por los puñales de la traición y la ingratitud. Respetemos su desventura y seamos dignos de su dolor y de su amor.

¡Vivió para la patria!

¡Murió por la patria!

[*Excélsior*, 29 de febrero de 1962]

Madero, amigo de los pobres

Manuel Márquez Sterling

Madero nació el 30 de octubre de 1873 en Parras de la Fuente, estado de Coahuila, y perteneció a una familia opulenta de agricultores, ajena a las intrigas de la política, no obstante haber sido su bisabuelo, don José Francisco, diputado al Primer Congreso Constituyente de Coahuila y Texas, y su abuelo, don Evaristo, gobernador en aquellas vastas regiones del norte mexicano. Estudió la carrera del comercio, primero en Baltimore, después en el Liceo de Versalles; viajó por Europa e ingresó, finalmente, en la Universidad de San Francisco de California, hasta concluir su educación, a los 20 años de edad, y establecerse en San Pedro de las Colonias para administrar las propiedades que tenía su padre en La Laguna. Cuentan los biógrafos de Madero que se entregó de lleno a las faenas agrícolas e implantó modernos sistemas de cultivo; examinó el modo mejor de aprovechar las aguas del río Nazas, que fertilizan los campos de Tlahualilo, en el estado de Durango, y de La Laguna, en Coahuila., y conseguir su repartimiento, con equidad, entre los ribereños; en 1900 publicó, sobre ese tema, el folleto en que propuso la fábrica de una represa a previsión de la sequía; y el dictador, que no pudo adivinar al hombre capaz de arrebatarse su imperio, le dirigió una de sus cartas halagadoras felicitándolo por el proyecto. En las montañas tupidas y en los valles risueños, Madero explayaba constante actividad y ganábase el corazón de los labradores con singular ternura; cuidaba que no les engañasen los empleados de su hacienda, en el peso del algodón, como era en otras punible costumbre; aumentaba espontánea-

mente el salario del jornalero; construía para sus obreros habitaciones ventiladas e higiénicas, y, aficionado a la medicina homeopática, a menudo cargaba con su pequeño botiquín y curaba a sus peones. En la ciudad —refería uno de sus íntimos— era de verse cómo lo asediaban los enfermos menesterosos a quienes proporcionaba alivio del dolor, consuelo de las penas y recursos pecuniarios; y en años de malas cosechas, en que los vecinos carecían de trabajo, organizaba en Parras un comedor público, sin que, por eso, faltasen cincuenta o sesenta niños pobres en su casa particular, donde se les diera toda clase de alimentos, contribuía siempre con sumas fuertes a sostener los institutos de beneficencia; recogía huérfanos desamparados, y le preocupaba sobremanera la instrucción del pueblo; protegió y educó a muchos jóvenes pobres que ansiaban abrirse paso en la vida, y los mandaba, de su cuenta, a distintos lugares del país; fundó la Escuela Comercial de San Pedro, asignándola, de su peculio, fuerte cantidad; y en sus dominios instalaba y sostenía colegios, y obligaba a los obreros a que enviasen a sus hijos a las aulas, predicando, siempre, en contra de la ignorancia que engendra la ignominia.

Imaginativo y sentimental, Madero pierde poco a poco el carácter de hombre de negocios y no goza, entre su propia familia, ni entre los amigos, fama de práctico, si bien todos a una reconocen su claro talento, algo desviado por lecturas que no eran precisamente de números, iniciado ya en su definitiva orientación filosófica. Los afanes de la industria y los prodigios de la agricultura no llenaban su alma; ni el medio millón de pesos que ahorró satisfacía su ambición de más amplia esfera. Consideraba pasajeros y efímeros los bienes terrenales; íbase su pensamiento a los cielos en busca de grandes verdades que alimentaran su fervor, y volvió su alma toda a la doliente humanidad con el vivo deseo de servirla y empujarla hacia sus designios, en el espacio insondable. No tenía, desde luego, preparación suficiente para inventar una doctrina, ni adquirió ilustración literaria muy sólida, tampoco era dado a profundizar en el análisis de sus propias observaciones; pero sobrábale fantasía para asimilar, con

lujo de adornos, la lectura; y entregábase con toda buena fe, y con ímpetus de propagandista y de profeta, a la senda que sus autores favoritos le marcaran en las noches quietas y lánguidas de sus campos de algodón.

...

III

Detrás del filósofo está el político, y ambos precipitan el país a la Revolución. Porque, desde su retorno a la patria, le han producido amargo sinsabor los abusos de la dictadura, la ausencia de todas las libertades, la ruin condición de las clases inferiores, la miseria y la incultura del indio a precio de la paz "porfiriana" que paraliza las energías cívicas y el progreso de la nación, francamente rodando a su decadencia sin pasar por las cumbres del apogeo. No pensó, entonces, que él salvaría de la ruina a sus conciudadanos, ni previó a cuánto alcanzarían sus ímpetus de liberal sensitivo, y creyó cumplir con una santa obligación, acorde a sus teorías, colaborando, desde su sitio de Coahuila, a la práctica de la democracia, persuadido, por cierto, de que la democracia es el más eficaz remedio para los achaques del sufrido pueblo. Pero redobla sus ansias reivindicadoras, aunque limitadas, el espectáculo de Monterrey, el 2 de abril de 1903, ahogada en sangre por el general Bernardo Reyes la voluntad soberana de elegir gobernador; y la democracia fue, en adelante, su caballo de batalla, hasta empuñar las bridas de la oposición, constituyendo en San Pedro un club de sus amigos más fieles, denominado Partido Democrático Independiente, y, por su órgano, funda un periódico semanal *El Demócrata*, que atacaba a las autoridades civiles. De aquel club surgió una Convención Coahuilense que, en busca de seguridad, reunióse en la capital de la República, designando candidato a la gobernación del estado contra el de la dictadura, éste vencedor, a la postre, como era usanza decir, "por inmensa mayoría de votos", y defraudado Madero en sus propósitos de refacción. El día de aquella pantomima electoral recorrió, en su potro de gallardo trote, los comicios para explicar a las masas los preceptos de la ley e incitarlas a ejercitar sus derechos; pero el jefe de la policía resolvió

el pleito con la amenaza de un desalojo a balazos que amedrentó a los pacíficos ciudadanos e indignó a las muchedumbres, a tal extremo, que esbozóse gravísimo conflicto, conjurado por el propio Madero, al llevarse las urnas a su casa, haciéndole escolta el populacho. Inaugúranse las persecuciones, y el gobernador, que se reelegía, dictó orden de prisión contra Madero, la cual fue revocada por don Porfirio ante los iracundos grupos que apercibiéronse a impedirlo. Al propio tiempo, el gobernador dispuso la aprehensión de los redactores de *El Demócrata* y de un periodiquillo jocoso, *El Mosco*, al que odiaban los esbirros. No encontrándoles en sus respectivos domicilios, pretendióse catear el de Madero, donde estaban las imprentas, y con alardes de fuerza presentóse el jefe a desempeñar su cometido; pero la esposa de Madero, doña Sara Pérez, identificada con el héroe y digna de acompañarle en sus hazañas, le contuvo, y los perseguidos pudieron guarecerse. Es un capítulo de novela por folletín, algo que recuerda a los forajidos de la Masborca argentina en tiempos de Juan Manuel Rosas. La policía saltó a medianoche las tapias del jardín para impedir que los delincuentes se fugasen. Mas un rasgo de extraordinario atrevimiento emancipó a los periodistas, que salieron ocultos en un carro de paja, precedido de otros dos, rumbo a "Tebas", no la ciudad egipcia de las cien puertas, ni la patria de Epaminondas, el heroico demócrata de la Beocia, sino la finca del prócer con tan rebuscado nombre bautizada. En una de las garitas extramuros, la policía detuvo el convoy para clavar el sable afilado en diversos puntos de la carga del primer carro. Los prófugos atravesaron la frontera americana.

[Del libro *Los últimos días del presidente Madero*]

Madero

Ramón Puente

Alguna vez sostenía el licenciado Miguel Díaz Lombardo que Francisco I. Madero era la figura más blanca de la historia de México. El aserto podrá parecer exagerado, pero es exacto.

La vida política de Madero es breve, pero de una intensidad sin precedentes. Para muchos es un hombre casual; para otros, un hombre del destino. Aparece rodeado de un candor infantil, mejor dicho, de alucinado. Arrastra consigo una larga historia de incomprendido; los únicos que lo han tomado en serio son los humildes, para los que ha sido un consejero y un médico. Ha fortalecido multitud de espíritus con su palabra y ha aliviado multitud de enfermos con el poder magnético de sus manos. Posee ese fluido misterioso, pero innegable, que alivia con el solo tacto muchos dolores.

Pero su ambición es la de aliviar un dolor más grande: el dolor y la miseria de un pueblo. Su estatura es tan corta, que se antoja la de un pigmeo para tamaña empresa. ¿En dónde hay que buscar, pues, el indicio de la grandeza? ¿En la frente? ¿En la mirada? ¿En el gesto? Su fisonomía, sin ser hermosa, tiene algo de imperdible. El color es pálido; la cerrada barba negrísima, y las cejas espesas y casi unidas. Pero de las pupilas se desprende una luz que ilumina aquel rostro entre nazareno y socrático. A Cristo se parece en la mansedumbre, al hijo de Sofronisco en la nariz y un poco en la cabeza arredondada y voluminosa en desarmonía con el cuerpo. Fijándose algo más, tiene todos los rasgos del predestinado al

martirio y todos los signos del valor impertérrito para morir en una cruz o apurar la cicuta.

Fue un niño raro, precoz. A veces inteligente y a veces candoroso y distraído; pero el rasgo distintivo de su temperamento es la bondad, una bondad en parte congénita por su herencia materna, pero en parte muy personal, producto de un instinto remoto. Nace en la abundancia, y aquella misma circunstancia lo hace ser más sensible a la miseria ajena. Desde la escuela primaria se despierta en él un afán de dar, de socorrer a los necesitados. El dinero que recibe para golosinas se lo entrega a la maestra para que les compren libros o útiles escolares a los niños pobres. Un día se quita sus zapatos nuevos para cambiárselos a un compañero que los tiene rotos.

Crece, y con los años ese hábito generoso se aumenta. Llega a hombre, y entonces los beneficios que distribuye son más cuantiosos. De su mesa comen muchos necesitados. No tiene hijos en su matrimonio y adopta varios huérfanos. El día en que adquiere en propiedad la hacienda "Australia", el acto inicial es romper el libro de cuentas de la "tienda de raya", en donde estaban endrogados, con muchos miles de pesos, los labriegos, y suprimir esa explotación.

Por todos esos desprendimientos, por todos esos arranques, por su amor a la teosofía, al espiritismo, a la medicina homeopática y su creencia en una fuerza cósmica que rige la vida de los hombres y determina su destino, se le toma por loco.

Hasta pasados los 35 años, su vida ha sido quieta, sencilla, fuera de un corto periodo de juveniles devaneos. Pero desde que contrae matrimonio con una joven a la que conoce por una circunstancia casual, pero que le inspira un amor idealista, su vida íntima es intachable. ¿Por qué no se conforma con la paz hogareña? ¿Qué irrefrenables inquietudes o qué tremendos imperativos son los que lo determinan a poner en peligro su idilio y a llenar de amargura un torrente de miel? El destino, que le había dicho, desde que estuvo estudiando en Francia y hojeó los prime-

ros libros de filosofía y las primeras revistas de espiritismo, que su misión era apostólica.

En el silencio de la provincia escribe sus primeros ensayos, después el libro que lo va a hacer famoso: *La sucesión presidencial*. Aquel hombrecito pacífico, miembro de una de las familias más acaudaladas de México, con el crédito de su solo nombre, para nada necesitaba de la política, y, sin embargo, la política ha sido su eterna tentación, no sólo para componer un país sino para componer el mundo. En su ambición espiritual ha soñado en suprimir todas las tiranías, especialmente la miseria. Ama la libertad, el sufragio, la democracia que desea para todos los pueblos. Ha soñado en una República perfecta donde no se eternicen los mandatarios ni violen la justicia ni el voto. Quiere hacer de su nación un conglomerado próspero para disfrutar de las grandiosas riquezas de su suelo.

En eso va a consistir el apostolado. Y en unos cuantos meses, en un país que ha permanecido en paz cerca de 40 años bajo una dictadura mitad férrea y mitad paternal, comienzan a agitarse los anhelos de mejoría. Madero se encamina por todos los pueblos predicando la buena nueva de una liberación: se respetará el voto público, será efectivo el sufragio, se suprimirá la reelección de los funcionarios y se hará justicia a los despojados de sus terrenos. México es una nación de gobernantes abusivos que necesitan ser patriotas y honrados, únicas fuentes de virtud para la prosperidad comunal.

La promesa de Madero es ese paraíso. No es un orador, pero su palabra es persuasiva y su pureza de intenciones tan manifiesta, que la gente sencilla cree en él, y lo sigue ansiosa de encontrar el milenio.

Se acerca a Porfirio Díaz para pedirle un arreglo pacífico y pasar insensiblemente de la dictadura a la democracia; pero sus proposiciones son desechadas por ilusas. El viejo caudillo, que tiene el temor de habérselas con un contrincante de otra índole, y hace que varios agentes policiacos permanezcan en una pieza inmediata, pendientes de una señal para pro-

ceder en contra de aquel trastornador del orden, acaba por considerarlo inofensivo y lo despide con una negativa.

Entonces el apóstol se transforma en revolucionario, y aquella revolución que hacen en su mayoría los campesinos, acaba, en un corto periodo, por derribar al viejo dictador, que abandona el país para no volver jamás a pisarlo.

Una votación aplastante lleva al vencedor a la Presidencia, transformando al apóstol en político, dos papeles que no se hermanan. Desde ese momento, comienza la gestación de un gran drama. El mismo día que Madero llega a la Ciudad de México, en medio de un entusiasmo delirante como no lo hubiera presenciado su historia, se registra un formidable temblor que se antoja un horrendo presagio.

Pasados los primeros momentos de entusiasmo, principia el vía crucis. Ya nadie está contento con el héroe. Piden más estatura, más energías, más arrestos. Pero aquellas manos suaves no quieren mancharse de sangre, tampoco de hurto. No viene a dominar ni a sacar ventajas, quiere inaugurar un régimen de justicia y establecer lentamente la pequeña propiedad, por lo que entra en pugna con el radicalismo de Emiliano Zapata. De entre los miembros de su numerosa familia escoge a algunos para sus colaboradores. Su hermano Gustavo, que ha sido su compañero en lo más arduo de la campaña, es inteligente, activo, emprendedor, pero se rehúsa a ayudarlo en el campo de los negocios. ¡Nada que sea pecaminoso ni exageradamente lucrativo! Pero ese solo contacto es suficiente para que los enemigos emprendan una campaña de calumnias. La prensa es libre, y es libre la tribuna en las cámaras; por primera vez, después de muchos años, los periodistas van a ser soberanos para atacar con la palabra y con el dibujo caricaturesco; por primera vez, después de un largo silencio octaviano de obligada consigna, diputados y senadores van a poder hablar. No hay contra qué, pero el blanco es Madero y su gobierno. Con más rabia a su hermano, que por tener un ojo de esmalte se le pone el mote de

“Ojo Parado”. El corifeo de la prensa católica es el padrino de bautizo, y el despectivo remoquete prospera.

Contra Madero se levanta, primero, Pascual Orozco, que fuera el primer capitán de sus tropas, abominando de la Revolución maderista y poniendo a Madero y a sus ministros fuera de la ley. Enseguida, el general Bernardo Reyes, sempiterno enemigo de su familia, y después Félix Díaz, sobrino del dictador, y a los dos les perdona la vida. El general Victoriano Huerta lo ayuda a vencer a Orozco; pero más tarde, Huerta, en unión de Félix Díaz que se subleva, aliado a Bernardo Reyes, fugándose ambos de sus prisiones, también se subleva para derrocarlo y sacrificarlo.

Un amigo muy íntimo le había dicho: “¿Por qué no fusilas a Félix Díaz? ¿Le tienes miedo?” Y Madero contesta, después de una pausa: “Puede ser que se necesite más valor para no matarlo”.

Lo mismo le pasó en Ciudad Juárez con el general Juan Navarro, a quien Orozco y Villa querían fusilar. Necesitó de una proeza para rescatarlo.

Pero su caso fue distinto: él, Pino Suárez, el vicepresidente, y Gustavo; llegan juntos al martirologio, tras una jornada hondamente dramática. El drama es colectivo, y el enemigo común, Huerta, que tiene la fisonomía de los más grandes trágicos de la historia: pariente de Macbeth, de Calibán, de Iago, de Enrique III *el Jorobado*. México, quizá ni el mundo, desde Cristo, se había manchado con un crimen así, sobre la persona de un justo. Pero Huerta por trascendental ironía resulta el brazo que le impide a Madero ser cruel —tal vez si hubiera triunfado, su blancura moral se hubiera salpicado con la sangre de los vencidos— y toda le queda al victimario para empurpurar su figura.

[Del libro *La dictadura, la revolución y sus hombres*]

Semblanza de Madero

Adrián Aguirre Benavides

Era de estatura baja, sin llegar a ser lo que nosotros los mexicanos llamamos muy expresivamente “chaparro”. Si las personas que lo rodearon le decían el “chaparrito”, ello era más bien por cariño y simpatía que precisamente por su estatura. Sin embargo, su estatura era en verdad, más baja que la regular; sus facciones no eran hermosas, pero sí agradables. Diríamos que era de una fealdad muy varonil. Abultada y alta la frente; los ojos pardos, muy vivaces y expresivos. Desde su juventud dejó crecer su barba, hasta usarla al estilo francés, de piocha. Su pelo era de color castaño, sedoso y lacio. Desmedrado, de fuerte complexión, verdaderamente vigorosa. Muy ágil de movimientos y de tipo marcadamente castizo, predominante en su familia. Sus ademanes eran característicamente norteños: ásperos, bruscos, arrogantes. Su hablar era fuerte y claro; la espina dorsal, erecta, como de hombre no acostumbrado a las inclinaciones y genuflexiones. Su temperamento era nervioso, lo que percibían fácilmente los que lo trataban, y adolecía de un tic nervioso que consistía en levantar el hombro izquierdo. Gran caminante, gustaba de emprender largos recorridos. Jinete, a caballo, era incansable. Era, además, un gran nadador. En este tipo vigoroso, enérgico y decidido, a floraba como sorprendente contraste, una expresión clara y nítida de bondad y de dulzura. Si los ojos son la ventana del alma, los suyos dejaban ver un alma grande, noble, pura, capaz de todas las empresas, de las más sublimes decisiones, de los más aquilatados sentimientos, de los más grandes ideales. Su rostro, en

fin, transpiraba la expresión del amor a todo lo bueno, santo y puro. Su vigor corporal era la garantía completa de la fuerza de su bondad y pureza. El físico de Madero garantizaba el asiento de su alma iluminada. A toda virtud, a toda expresión, espiritual, correspondía una cualidad física, excepto una: su corta estatura no correspondía a su alma de gigante.

Desde la más temprana edad, cuando tenía 13 años, en el internado del Saint Mary's College, inmediato a Baltimore, Maryland, Estados Unidos, él mismo cuenta este episodio:

De la época en que estuve en aquel colegio conservo el recuerdo de paseos en trineo, ya tirados por caballos o de pequeños trineos en los cuales nos sentábamos y bajábamos las pendientes con vertiginosa velocidad; tampoco se me ha borrado el recuerdo de uno que otro asalto de box a puño pelón. Una vez sostuve un asalto de esa naturaleza, con uno de mis condiscípulos americanos durante 15 minutos, que fue lo que duró el recreo. Todos los estudiantes formaban círculo a nuestro derredor, y al llegar uno de los hermanos que nos vigilaban, suspendimos momentáneamente el asalto, pero él dio su consentimiento para que continuáramos y tanto él como otro hermano de jerarquía superior, que llegó después, no sólo eran espectadores de ese asalto, sino que nos incitaban a no desmayar. Recuerdo que mi contrincante estaba en un rincón más alto que el punto en donde yo me encontraba, lo cual es muy ventajoso para esa clase de asaltos; algunas veces me quedaba en mi lugar, con la esperanza de que él me atacara y proseguir la lucha en condiciones más ventajosas para mí; pero él nunca abandonó su lugar y yo fui el que tuve que atacarlo constantemente, incitado por los buenos padrecitos que casi nos daban lecciones prácticas de moralidad. Terminado el recreo terminó el asalto; los dos teníamos los ojos inflamados, las narices chorreando sangre y la cara llena de contusiones. Fuimos a la pila a darnos una buena refrescada y muy cortésmente nos ofrecimos el primer lugar. Un cordial *shake hands* puso término a nuestra rivalidad.

*

Madero tenía una resistencia física inagotable. En la época del litigio contra "Las Filipinas", que se convirtió en un episodio de trascendencia

histórica, tuvimos ocasión de recorrer a caballo una distancia de no menos de 50 kilómetros a través de una serranía abrupta cubierta por raquíca vegetación del sotol, lechuguilla, guayule y una que otra gobernadora. Salimos del rancho de San Luis, en Puerto Antonio, antes del alba, habiendo tomado antes de la salida un frugalísimo desayuno, consistente en una taza de café, con dos o tres tortillas de harina. Era un grupo formado por el juez de Parras, su secretario y abogados e ingenieros de todos los predios colindantes; más de 30 personas. Madero iba al frente del grupo montando una mula tejana, trotona y gran alzada; caminamos todo el día sin comer, al rayo de un sol canicular, de tal modo sofocante.

Recuerdo con fruición aquella agotadora jornada. Caminando en diligencia por aquellos andurriales del rancho de "Australia", se nos atascó el vehículo en un lodazal, y los mozos y el sota no podían desatascarla hasta que Madero se descalzó y los ayudó a empujarla vigorosamente. Además, Madero era también un gran nadador; en 1897, cuando estudiaba en Francia, fue a pasar unas vacaciones en Royan, en la desembocadura del Gironda, en compañía de su tío Manuel. Nadaron de ida y vuelta a una isla de más de tres millas de distancia de la playa, o sea más de 40 kilómetros.

Madero era sobrio y frugal en la comida; como era vegetariano, los únicos alimentos animales que comía eran huevo y leche; gustaba mucho de las frutas frescas y secas, particularmente las regionales, como pasas de higo, de membrillo y durazno, nueces y cacahuates que ordinariamente llevaba en un morral en sus correrías por el campo.

Era limpio como una gota de agua; en los días calurosos se bañaba dos veces al día y se cambiaba ropa diariamente; su atuendo era sencillísimo; comúnmente usaba, cuando vivía en San Pedro de las Colonias, trajes blancos o bien pantalones ajustados y camisolas, sombreros de charro sin ningún adorno, o casco *sarakof* al que era muy afecto para contrarrestar el vigoroso calor de la región lagunera. Aunque era sano,

padecía frecuentemente jaquecas que lo obligaban a recluirse en un cuarto oscuro hasta que le desaparecía el dolor.

Espiritualmente, Madero era de una perfección extraordinaria, su conducta privada era de una pureza inmaculada, limpio de espíritu, sin mancha ni pecado.

Nunca supo lo que era orgullo, ni odio, ni pasiones. Era de una modestia rayana en humildad, sencillo, abierto, veraz, jamás mintió, y tenía el valor de decir siempre la verdad, sin medir siquiera las consecuencias; tolerante en sumo grado de las opiniones ajenas.

Madero era un hombre de buen humor, afable y bondadoso con todas las personas, ponía énfasis en su trato con los humildes; jovial, con la sonrisa a flor de labio; todo esto, fruto de una conciencia limpia.

La cualidad preponderante de Madero, que hasta sus más enervados enemigos y detractores han tenido que reconocer, fue su bondad; la firmeza rayana en tenacidad de no apartarse del camino del bien, llegando en muchas ocasiones hasta el heroísmo. A Madero, de suyo valiente, nada le arredraba para mantenerse en esa línea de conducta; sin alardes, sin ostentación, sin que blasonara de ello, con la más sencilla naturalidad y espontaneidad, porque la virtud en él era temperamental. La práctica del bien en Madero era una función biológica. Esa bondad originó que sus detractores y enemigos políticos, principalmente los porfiristas reaccionarios, lo tildaran de ingenuo, inocente y tonto. Para los que sólo buscan en la vida la satisfacción de los placeres mundanos, las comodidades de la vida regalada, e ignoran la dulzura de los dones del espíritu; para los malvados y los pícaros, la bondad es atributo de los tontos.

Ciertamente, Madero carecía de malicia, de sagacidad, de suspicacia, facultades, cualidades o atributos —llámeseles como quiera— esenciales en política, en nuestra política a la mexicana.

Repugnaba la mentira, la hipocresía, la violencia y la injusticia. No le importaba el halago. Cuando escaló el poder y abundaron los aduladores, él se mantenía imperturbable. No ambicionó el poder ni hizo el menor

esfuerzo por llegar a la Presidencia de la República: como meta de ambiciones personales; la admitió y desempeñó cumpliendo un deber patriótico, sólo por realizar los nobles ideales que lo llevaron a la lucha. Es una verdad que para él, la suprema magistratura no fue sino fuente de desazones, penalidades, sufrimientos y amarguras; obró siempre inspirado por el más sano y limpio patriotismo, aferrado tenazmente al amplio y debido cumplimiento de los principios que proclamó, sobre todo el de la libertad individual y de expresión irrestricta, que en la prensa se convirtió en el más sucio libertinaje para execrarlo, calumniarlo, vejarlo, insultarlo y ridiculizarlo, soportando injustamente todas las majaderías de que fue víctima.

Y no se diga del respeto a la vida humana, pues llegó hasta exponer la suya propia a manos de sus exaltados partidarios para salvar la vida ajena.

Recibió una educación muy amplia: estudió la instrucción primaria en Parras, en escuelas rudimentarias; las primeras letras las aprendió con doña Albinita Maynes y, más tarde, con don Manuel y doña Chonita Cervantes. A los 10 años ingresó en el internado del Colegio de San Juan Nepomuceno, en Saltillo, manejado por padres jesuitas; a los 12 fue a estudiar al Saint Mary's College, en el pueblecito de St. Mary, inmediato a Baltimore, estado de Maryland, Estados Unidos, en donde estuvo en compañía de su hermano Gustavo y los medio hermanos de su papá, casi de su edad: Ernesto, Manuel y José; el año 1887 fue mandado a Francia e ingresó al Liceo Hoche, situado en Versalles, y más tarde a la escuela de altos estudios comerciales, en la Plaza Malesherbes, de París, en donde estuvo hasta el año 1892, o sea más de cinco años en escuelas francesas. Finalmente, sus últimos estadios los hizo, como toda su carrera, en compañía de su hermano Gustavo en la Universidad de California, en Berkeley, en donde conoció a Sarita Pérez, que había de ser su esposa y quien estudiaba en aquella ciudad, y en el colegio de Notre Dame. Madero hablaba francés e inglés. Terminando sus estudios el mes de octubre de 1893, se radicó en San Pedro de las Colonias, quedando a su cargo las fincas algodonerías de su padre

denominadas “Porvenir”, “Buenavista”, “Tebas” y “Palmira”, que tenían 30 lotes de 100 hectáreas, o sea 3 mil hectáreas, las cuales administró hasta el año 1909, en que decidió apartarse de los negocios para entrar de lleno a las actividades políticas.

En la vida de campo se levantaba antes del amanecer, para llegar a las labores a la salida del sol, a tiempo de empezar el trabajo del día. Madero soportaba al rayo del sol, el calor sofocante de La Laguna; durante su vida de soltero se llevaba en la mañana su comida en un morral colgado a la cabeza de la silla de montar, y gustaba de comer con sus peones. Así fue como Madero compartió su vida entera de trabajo en comunión diaria, íntima con sus trabajadores, conociendo sus necesidades y miserias que siempre remedió en cuanto pudo, entre otras, ministrándoles medicinas; quizá por esto se aficionó a la homeopatía, así él mismo podía curar las enfermedades de sus trabajadores y familiares; cuando creía no poder ayudarlos, los mandaba al médico por su cuenta.

Madero era sumamente caritativo; en San Pedro todos los menesterosos sabían que en él encontrarían alivio. El guerrillero antimaderista, miembro de la acaudalada familia chihuahuense, Luján Che Campos (*sic*), decía, sobreponiéndose a su antagonismo: “No hay mejor amigo, ni hombre más bueno, ni más virtuoso, que Pancho Madero, en toda La Laguna”.

Y el coronel don Carlos Herrera, de la época de *La Chinaca*, porfirista y corralista a ultranza, decía de Madero, criticándolo por haberse metido en política: “Pobre Pancho: todo lo tiene para ser feliz; sano, modesto, rico, sin vicios, es el hombre más dichoso de todo San Pedro. Y vive como un pobre y da dinero a todos los pobres”. Madero inició, entre las clases ricas de la comarca, la idea de fundar un comedor público para el sostenimiento de innumerables personas, aparte de la comida que en su casa daba diariamente a los pobres. Contribuía con la cuota más alta al sostenimiento del hospital del lugar, con la cooperación de ricos de la región. Estableció un colegio comercial en el que sólo los hijos de los ricos pagaban cuota; de allí salieron Elías de los Ríos, que fue su taquígrafo, y Chole

González, que fue secretaria particular del general Calles cuando fue Presidente de la República.

Madero no sólo ayudaba con dinero y cooperando al sostenimiento de institutos de servicios sociales. Recogió y trató como hijos a seis huérfanos hijos de sus peones de a tres reales; eran dos grupos de tres hermanitos uno, y de dos, el otro: Aniceto, Margarita y Manuel Espinosa, y Josefina y Catalina Lira; los dos muchachitos, cuando estuvieron en edad, se incorporaron a las fuerzas del general Villa y los dos dieron su vida a la causa que había acaudillado su protector.

Estaba muy lejos de su temperamento hacer alarde de su hombría; era valiente cuando la necesidad de serlo se imponía; con sencillez y naturalidad, características de su manera de ser, y hay que repetirlo una y otra vez: a Madero no le importaba la vida, como no le importaban los bienes terrenales, ni las dulzuras y los placeres humanos; era un espíritu superior que aspiraba a cumplir su deber y su misión. Nada más.

Madero, en materia de honradez, era un immaculado; no tuvo ambiciones de dinero, él nunca se preocupó por la riqueza y los bienes terrenales, y tanto tuvo capacidad para enriquecerse, que en los 16 años que administró las fincas algodoneras de su padre, hizo una fortuna de alrededor de 600 mil pesos, que en aquellos años equivalía a 300 mil dólares, cantidad que íntegra gastó en su campaña política; y debo agregar, por ser la verdad, que también su padre don Francisco y su hermano Gustavo, vaciaron sus arcas en pro de la causa que acaudilló Madero y acabaron con sus riquezas, quedando sin cosa alguna. Cuando Madero llegó el 1 de noviembre de 1911 al Palacio Nacional, ungido por el voto de sus conciudadanos, no tenía un solo centavo, y cuando Madero murió en holocausto a su santa causa, el 13 de febrero de 1913, tampoco tenía un solo centavo. El capital de su padre estaba cercenado, y Gustavo, que llegó a tener más de un millón de pesos, estaba en estado de quiebra. A su muerte, únicamente dejó a su viuda una póliza de seguro de vida por la modesta suma de 100 mil pesos, que la Compañía de Seguros pagó cuando ella con la

familia vivían desterrados en Estados Unidos. En esos siete años de destierro, y para que toda la familia pudiera subsistir, Sarita le prestó a don Francisco el importe de la póliza. En tiempo de Calles, y por gestiones de su secretaria, Cholita González, que había sido educada por Madero, Calles mandó pagar a Sarita esa suma, a cuenta de los perjuicios que la Revolución causó a don Francisco Madero. Sarita, con ese dinero, compró su casita de la esquina de Córdoba, que a su muerte dejó a sus cuñados Alfonso, Emilio y Raúl. Cuando Madero cayó, Huerta no permitió que Sarita recogiera del castillo de Chapultepec ni su ropa, se apoderó de un caballo árabe que Madero casi acababa de comprar, en el que aparece retratado en la avenida Juárez, cuando en la mañana del 9 de febrero de 1913 y escoltado por los cadetes del Colegio Militar, hizo su recorrido de Chapultepec al Palacio Nacional.

Quiero presentar, porque es lo debido, para justificar la inmaculada honradez de Madero y su familia, un cuadro completo de su posición económica y de las vicisitudes que sufrió hasta su completa ruina. Fui abogado de los negocios de los señores Madero desde que me recibí el 3 de febrero de 1902.

Tenía don Francisco, en 1909, una fortuna que valía de 5 a 6 millones de pesos. En San Pedro de las Colonias los ranchos algodoneros del “Porvenir”, “Buenavista”, “Tebas”, “Palmira”, que sumaban 3 mil hectáreas, o sea 300 lotes de a 100 hectáreas cada lote; la hacienda de San Enrique, ganadera, en el margen del río Bravo, inmediata a Laredo; el “Rancho del Colorado”, cerca de San Pedro, negocio de leña seca de mezquite. Los terrenos guayuleros de “Australia”, que compró Panchito para explotación del ganado, y que para entrar en la política vendió don Francisco. La explotación de este negocio se hizo organizando una sociedad anónima, que se llamó Compañía Ganadera de la Merced. Una fábrica de hule de guayule en Cuatro Ciénegas. Acciones en el Banco de Nuevo León y en la Compañía Industrial de Parras; accionista de la Compañía Minera de la Paz de Mathuala, San Luis Potosí, y casas propias en Parras, Monterrey y México.

Ciertamente, don Francisco siempre tuvo un pasivo más o menos considerable, porque las siembras del algodón requieren mucho dinero, lo mismo que la explotación de guayule; pero a pesar de eso, su posición económica era brillante y, como llevo dicho, su fortuna no valía menos de 5 o 6 millones de pesos.

La primera acometida que el gobierno del general Díaz libró contra los intereses de don Francisco Madero, con el ánimo de quebrantar los bríos del mismo, fue aprovechando un litigio que sobre una zona de cerca de 60 sitios de ganado mayor de ricos terrenos guayuleros en “Australia”, que se extiende desde la punta de la Sierra de la Punta, Cuchilla de García, al poniente, hasta Puerto Antonio, en el oriente. En esta que fue la primera infamia que perpetró el gobierno del general Díaz contra don Francisco Madero, éste dejó de percibir, desde el 20 de diciembre de 1909 y hasta que vino la Revolución, no menos de 200 mil pesos mensuales que valía el guayule que de allí se extraía.

Seguimos narrando cómo se esfumó la riqueza de don Francisco Madero durante la Revolución de 1910. El gobierno del general Díaz buscó a un acreedor de los Madero, flexible a la consigna gubernamental: un francés que había hecho un contrato con Gustavo para la construcción de un ferrocarril llamado del Centro, en el que aparecía don Francisco como consejero, y, por consiguiente, no era personalmente responsable de crédito alguno a cargo de esa compañía ni de los personales de Gustavo. Este francés promovió, en los juzgados de Monterrey, la declaración de quiebra de los señores don Francisco y don Gustavo, y así se incautaron, durante la Revolución, de todos los bienes de dichos señores Madero.

Y así fue cómo la sucesión (pues don Francisco ya había muerto) se vio en el caso de no poder pagar las deudas, y entramos Alfonso y yo en arreglos con los acreedores para pagarles con los bienes, y a ese efecto se organizó un comité que se denominó “Comisión administradora y realizadora de los bienes de la intestamentaría de don Francisco Madero”, que

fue presidida por el licenciado Ismael Palomino, en representación del Banco Central Mexicano.

Y tan admirable como es su honradez, es su desprendimiento. En un año que duró la campaña política acabó con sus ahorros de 16 años de trabajo al rayo del sol, del alba al ocaso, y en cinco años que duró la lucha armada, se convirtió en ceniza la fortuna de 6 millones del padre. Dinero sobradamente bien empleado, porque Madero conquistó la redención del peón esclavizado, la libertad del pueblo de México y su derecho por medio del voto público de regir sus destinos.

Francisco I. Madero

Juan Sánchez Azcona

A él me ligó una amistad entrañable, desde nuestra adolescencia hasta su muerte. Conocí íntimamente su modo de sentir y de pensar. Pude asomarme hasta el fondo de su alma, como a una fuente de agua diáfana y cristalina. Confundiendo el efecto con las causas, muchos creyeron en México —algunos lo creen todavía— que mi adhesión a Madero y mi estrecha amistad con él provinieron del hecho de haber sido su secretario. El error es manifiesto; escogíome para secretario porque me sentía su amigo y me tenía confianza. El cargo fue resultante de la amistad y de la confianza, y no éstas de aquél.

Terminada mi colegiatura en Alemania, mi padre exigíame que revalidara mis estudios en la Sorbona. Como él estaba entonces en Buenos Aires, al hacerme ir a París delegó su paterna autoridad en el ilustre maestro don Ignacio Manuel Altamirano, por entonces cónsul general de México en la “ciudad luz”. Resultó que sobrándome materias estudiadas conforme al plan alemán, para revalidar el título me faltaba precisar algunos estudios conforme al plan francés. Eran necesarios unos pocos meses de preparación para satisfacer los deseos de mi padre. El maestro me recibió amablemente en su casa; pero, para darme cierta dosis de libertad que es necesaria a un estudiante en París, arregló que fuese a vivir después junto con unos buenos muchachos mexicanos, de muy distinguida familia, que tenían un piso en la rue Pigalle, y cuyos estudios sobrevigilaba el profesor Serrano, español de origen, pero nacido en Francia y, por lo tanto,

de nacionalidad francesa. No hablaba español y él mismo pronunciaba su apellido a la francesa: Serranó, con la *rr* gutural, naturalmente.

Esos buenos muchachos eran los Madero: Ernesto, Manuel y José. Poco antes habían regresado a México otros dos Madero: Evaristo y Gustavo. A la sazón los visitaba mucho y aun solía permanecer breves temporadas en la casa un primo de ellos que había terminado sus estudios de ingeniero y que se perfeccionaba en trabajos de viticultura en la Gironda: Marcos Hernández, Marquitos, como todos le decíamos. (El fatídico 10 de febrero de 1913 murió Marquitos, acribillado por las balas pretorianas y liberticidas en el salón del consejo en el Palacio Nacional.) Tenían un sobrino que no vivía con ellos porque estudiaba como interno en la Escuela de Altos Estudios Comerciales, y sólo salía los sábados para internarse nuevamente a primera hora de los lunes. Se llamaba Pancho, y durante la primera semana muy frecuentemente me hablaban de él sus tíos que le tenían gran cariño; por modo que con impaciencia esperé el sábado para conocer al famoso Pancho.

Poco mayores que yo eran Ernesto, Francisco I. Madero y Marcos Hernández; poco menores, Manuel y José Madero. El primero, muy serio y enteramente consagrado al estudio, terminaba su carrera de ingeniero en la difícil Escuela Central de Artes y Manufacturas, célebre en el mundo entero, y en la que obtuvo su título poco después, obteniendo un hermosísimo número de salida. Manuel y José estudiaban aún en el Liceo Chaptal, preparándose para futuros estudios superiores. Yo opté por emprender mi requerido perfeccionamiento mediante explicaciones particulares por profesores de la Universidad y del Liceo Condorcet, repasando mis estudios matemáticos —los que más pena y menos amor me han proporcionado en mi vida— con el mismo profesor Serrano, que vivía en otro piso de la misma casa, y cuya familia nos proporcionaba una buena asistencia.

Llegó el sábado y hube de conocer a Francisco I. Madero. Apareció menudo y sonriente. Apuntábale apenas el bigote y usaba el “clavo” muy alargado, pero aún no tenía barba. Iba pulcramente ataviado de chaquet y

tocado con sombrero de seda de copa alta y de alas semiplanas y relativamente anchas, cual se usaban entonces entre catedráticos y estudiantes.

Simpatizamos en seguida. Coetáneos entrambos, con algunos “luisés” en el bolsillo entrambos, avidísimo yo de acabar de conocer París (en el que aún era novato, porque antes sólo había estado allí en mi inocente niñez), y ávido él por su parte, como todo estudiante interno, de aprovechar su salida semanal, decidimos irnos de paseo; y de tal suerte lo hicimos, que si mal no recuerdo —porque puede haber sido en algunas de las semanas subsiguientes— seguimos juntos hasta que fui a acompañarlo, el lunes temprano, hasta la puerta de la Escuela de Altos Estudios Comerciales. Y esto, con buen divertimento de todo género; pues en aquel entonces, Francisco I. Madero era afecto al solaz y a la expansión y estaba muy lejos de ser el austero apóstol que más tarde llegó a ser, como se ha inmortalizado en la historia al precio de su vida, pero después de haber regado mucho bien y de haber sembrado semillas de redención que, aunque mustias y postradas hoy, estoy seguro de que han de reverdecer algún día.

Desde entonces, cada semana, pasábamos juntos largas horas, y nuestra amistad se estrechó. Claro es que no sólo discurríamos de frivolidades, sino también de cosas serias, hasta donde por aquel entonces podíamos entenderlas. A Madero no le interesaban las cuestiones políticas para nada; a mí sí, como retoño de estirpe de políticos. Y me escuchaba con paciencia y bondad, para después hablarme de sus estudios, de sus proyectos financieros e industriales para la hora de su regreso a la patria y sobre problemas del “más allá” que mucho le preocupaban y que no sé bien a bien cómo ni de dónde habían penetrado en su espíritu.

Con mi juvenil salida de la patria y mi larga permanencia en Alemania, éranme poco menos que desconocidos los progresos que México iba obteniendo en el orden material, así como su extraordinaria potencialidad. Pero Francisco I. Madero, de familia agricultora, industrial y comercial, sí los conocía bien, y me hablaba de ellos con gran entusiasmo,

expresándome sus propósitos de terminar pronto sus estudios, para regresar a México y consagrar todos sus esfuerzos al progreso de la patria, a la vez que a forjarse en lo personal una posición independiente. Porque en la patriarcal familia de los Madero, millonarios desde el tronco ancestral, había la costumbre de que los varones, una vez terminada su preparación escolar, se establecieran por cuenta propia y en negocios propios para atender a su subsistencia y para crearse fortuna personal. Ciertamente encontraban muy allanado el terreno para sus empresas, merced a la influencia política, financiera y social del abuelo don Evaristo —“Papá Evaristo”, le decían hijos y nietos—, pero éste les exigía que desplegasen actividad propia y definiesen prácticamente sus capacidades de vida y de medro. Por lo tanto, Francisco I. Madero, aunque rico de nacimiento, se aprestaba a una vida de lucha y de trabajo.

Sus intenciones eran de establecerse en su estado natal, Coahuila, para emprender grandes trabajos agrícolas. Como buen lagunero —era hijo de San Pedro de las Colonias—, el cultivo del algodón le atraía. Y como este cultivo es inevitablemente subsidiario de un buen sistema de irrigación, el joven Madero, desde París, pensaba en la construcción de presas y en la distribución de aguas.

Con tales proyectos, seguía tranquilamente sus estudios en la Escuela de Altos Estudios Comerciales, en la que, por su bondadoso y alegre natural, era muy popular entre sus compañeros. Era la época del pleno florecimiento de la novela en Francia; vivían los principales maestros modernos del *roman* y producían incesantemente. Todos los estudiantes latinoamericanos que estábamos en París establecíamos competencias para ver quién lograba leer primero el último libro publicado. Sólo Madero desdénaba las novelas; no le interesaban para nada, y en cierta ocasión me dijo que en materia de novela, le bastaba con Balzac, cuyas obras completas poseía. Su lectura favorita era la historia, y como en su escuela el estudio de esta materia era muy secundario, Madero lo emprendió fuera de las aulas, valiéndose de los mejores autores. Aparte de la historia, le preocu-

paba la teosofía. Sufren un gran error los que, por ligereza o por espíritu de crítica y de burla, han considerado a Francisco I. Madero como un espiritista de tres al cuarto, de los que sólo se dedicaban a consultar el trípode. Madero exploraba los misterios del karma y era muy erudito en filosofía hindú. Conmigo poco hablaba de estas cosas, desde que descubrió que no me atraían mayormente. Yo era entonces neófito en la filosofía comtista y, como neófito, casi fanático de ella. Por eso Madero me llamaba “materialista”, pues formaba parte de esa legión de hombres cultos que no han querido o podido comprender la honda espiritualidad y la rígida moral del positivismo comtista. Mas, a pesar de esta divergencia de sentir filosófico, nuestra amistad fue muy estrecha y sincera, cimentada en recíproco afecto y en estricto respeto de nuestras ideas respectivas.

Terminé mis estudios antes que él, y regresé a México. Como casualmente hube de ser compañero de travesía de su familia paterna, desde El Havre hasta Nueva York, a bordo del transatlántico *La Bourgogne*, Panchito Madero, mi gran amigo, fue a despedirnos hasta el primero de dichos puertos; y recuerdo que cuando el lujoso barco (que años más tarde se perdió en trágico naufragio) zarpó del embarcadero de El Havre, mi joven amigo Madero, tripulando un bote con remeros, nos acompañó saludándonos mientras la velocidad del transatlántico lo permitió.

No volví a verlo en algunos años, pues una vez que dio cima a sus estudios en Francia, vino a Coahuila, y en seguida marchó a California, donde terminaban de educarse sus hermanos menores, con objeto de perfeccionar ciertos estudios especiales sobre cuestiones agrícolas y de irrigación, así como de acabar de dominar la lengua inglesa, que ya conocía. Fue en California donde Madero conoció a la que más tarde había de ser su esposa, la joven doña Sara Pérez, oriunda de San Juan del Río; “Santa Sarita”, como le hemos llamado después todos los amigos íntimos que tuvimos oportunidad de conocer y de aquilatar su abnegación y sus virtudes.

Madero tornó a México y se estableció en Coahuila, trabajando empeñosamente en la agricultura. Construyó una gran presa que todavía rinde

grandes beneficios. Estableció escuelas, condonó viejas deudas que encontró entre los peones de sus fincas; procedió, en fin, como él soñaba que deberían proceder todos los grandes terratenientes de nuestro país, mucho antes que la ley exigiera lo que Madero implantó espontáneamente. De modo que, cuando él predicó determinados procedimientos altruistas, no era un soñador utopista, como muchos lo creyeron, porque ya había experimentado prácticamente que lo que él venía proclamando era positivamente realizable, con sólo prescindir un poco del egoísmo que, por desgracia para la nación y por desventura, después, para ellos mismos, ha caracterizado a la mayor parte de nuestros latifundistas.

Consagrado a las labores de la tierra, y sin ser entonces el austero varón que más tarde llegó a ser, hubo de palpar los abusos del cacicazgo local; y entonces, por vez primera, se interesó en la política; pero no con aspiraciones personales, sino con miras de justicia y de mejoramiento colectivo. Comprendió y sintió el apremiante deber que tiene todo ciudadano consciente de cooperar con su grano de arena en el esfuerzo público por mejorar las condiciones de vida de los pueblos de que forman parte, y en luchas municipales, primero, y estatales más tarde, hizo sus primeras armas para establecer en México la política orgánica. Habían transcurrido algunos años desde nuestro regreso de Europa, y yo por entonces estaba ya por completo dedicado al periodismo político. Madero púsose en contacto conmigo recordando nuestra vieja e íntima amistad. Pero yo encontraba sus propósitos demasiado audaces y radicales, pues nunca creí que fuera factible alejar del poder al general Porfirio Díaz mientras no muriese. De aquí que, aunque conservando incólume nuestro afecto, Madero y yo tuviésemos entonces divergencias de criterio en puntos concretos de procedimiento inmediato, aunque no en finalidades democráticas. Eran los fines del año 1908. Yo acababa de fundar, con otros amigos, el Club Central del Partido Democrático, y al propio tiempo, en muy modestas proporciones, mi después célebre diario *México Nuevo*. En las páginas de éste, por aquella época pueden leerse varias cartas que nos cambiamos Madero y

yo acerca de nuestras respectivas apreciaciones sobre el momento político. Es muy triste que los que hoy estudian el movimiento de 1910, y su consecuente revolución económico-político-social, desconozcan aquellos prolegómenos; porque ellos indican claramente, aunque a grandes lineamientos, que nos dábamos exacta cuenta de todo lo que pudiera sobrevenir.

Ya en 1909, y establecido el Partido Antirreeleccionista, estuve en completo acuerdo con Madero, y después de la Convención de 1910 me declaré abiertamente su partidario.

Los críticos de Madero, juzgándolo desde muy lejos, le han atribuido dos características principales: insuficiencia cultural y debilidad de carácter. De ellas tratan de derivar otras secundarias, y que de aquéllas serían consecuentes, empirismo en la orientación, indecisión en la acción, veleidad en las actitudes, inconsciencia de las consecuencias, etcétera, etcétera.

Pues bien, yo afirmo que aquellas características no existieron en Madero.

Su instrucción y su cultura tuvieron un nivel muy superior al promedio que en la sociedad presenta un hombre que solemos llamar ilustrado y hasta erudito. Cultamente no fue su preparación áulica de aquellas que llevan al cultivo de las bellas letras, de las bellas artes y de las abstractas investigaciones en el devenir de las ciencias; ni tampoco de las que conducen a inventos y descubrimientos de la ciencia aplicada, aunque llegó a patentar algún invento industrial.

Hizo un curso brillante y completo en la más exigente de las altas escuelas comerciales que existen en el mundo, y sobre eso, leyó constantemente a los autores literarios, filósofos y científicos que fueron de su predilección; de tal suerte que, por autodidáctica, y bien preparado para la vida material, económica, industrial y agrícola de su tiempo, Madero era un gran preparado para toda la vida misma.

(En estos últimos tiempos tengo misivas claudicante-disculpantes —¿se me entiende?— de individuos que por abolengo político deberían seguir siendo maderistas, quienes disculpan sus agresiones personales

con el hecho de confesarse incultos e incapaces de comprender ciertas cosas, aunque se sienten íntegramente “revolucionarios” y patriotas... ¡Como si fuera posible ser de veras una y otra casa sin cultura!]

La ilustración de Madero, sin ser técnicamente comparable a la de los principales colaboradores del general Díaz en sus ramos respectivos, fue muy superior a la de los que no eran colaboradores principales (ni remotamente puede ocurrirse compararla con la “ilustración” de los “directores” de hoy). Y como la cultura no es sino la armonía entre el saber, el sentir y el obrar, la personalidad cultural, ética y moral de Madero fue muy superior a la de todos los otros.

¿Que era débil, dicen sus críticos...? Yo pregunto, ¿qué debe entenderse por debilidad...? ¿Acaso el valor civil de rectificar equivocaciones? ¿O el horror al derramamiento de sangre y la inclinación al perdón? ¿O la facultad de saber escuchar a los bien intencionados y mejor preparados para recoger sus sugerencias y, en determinados casos, seguir sus consejos?

Pues ésas y sólo ésas fueron las “debilidades” de Madero, las cuales, en mi concepto, son fortalezas en un gobernante. Pecó quizá Madero de exceso de confianza en los hombres, suponiéndolos en lo general de igual pureza moral y de igual alteza de miras que él mismo. Esa virtud le perjudicó a menudo y fue la causa eficiente de la traición de que fue víctima. Pero de ninguna manera fue débil en el sentido de carecer de voluntad propia y poder ser comparado a una veleta caprichosamente movida por los vientos, como algunos han pretendido. No, los que muy cerca le vimos, y pudimos seguir todas las violaciones de su espíritu, estamos persuadidos de que Madero fue un gran carácter, además de haber poseído el más grande de los corazones.

Cuando él, tras madura reflexión, tomaba una resolución en definitiva, nada ni nadie le hacía cambiar la ruta que se había trazado. Ni en la energía ni en la condescendencia. Era un acero rectilíneo, pero que nunca supo herir.

En su poder los fuertes enemigos que se habían rebelado contra él, y a sabiendas de que con un acto inmediato de extremo rigor quedaba conjurado todo peligro para su régimen, no quiso matarlos. Cerró sus oídos a todas las numerosas y apremiantes insinuaciones que lo invitaban a dar castigo cruento. Prefirió exponerse a todos los peligros que mancharse con sangre.

Esa benignidad, ese horror al homicidio, son señalados como debilidades en el gobernante; pero, si bien se considera, fueron fortalezas que grabaron una saludable ficción en la conciencia nacional, lección que algún día ha de dar sus frutos.

Sonora y la Revolución

Álvaro Obregón

CÓMO FUI SIMPATIZADOR DEL SEÑOR MADERO

Corrían los últimos años de la dictadura del general Díaz. Ésta había extendido sus ramificaciones en todo el país, y automáticamente comenzaron a formarse dos Partidos: el que explotaba y apoyaba al Gobierno de la dictadura, y el de oposición.

En el segundo de esos Partidos me contaba yo, que en el largo periodo de 10 años que pertenezco al gremio obrero y que administré algunas haciendas, pude darme cuenta exacta del trato que recibían —de los capataces y de los patrones—, todos los hombres que llevaban a sus hogares el pan ganado con el sudor de su frente; y pude apreciar también el desequilibrio inmenso que existía entre las castas privilegiadas y las clases trabajadoras, debido al inmoderado apoyo que las autoridades prestaban a las primeras para todo género de monopolios y privilegios.

Esta experiencia me llevaba al convencimiento de que era necesario odiar la tiranía, ya que sabíamos amar y conquistar la libertad.

Cada espíritu de oposición que surgía, era para nuestro partido una esperanza: Flores Magón, Reyes, quienquiera, menos Díaz.

A medida que la división se acentuaba, multiplicábase también las vejaciones de todo género para los que no aplaudíamos incondicionalmente todos los actos despóticos de las autoridades de aquel régimen.

Después de un periodo de decepciones y angustias políticas, surgió Madero, quien con valor y abnegación sin límites, empezó su labor antirreeleccionista, enfrentándose al tirano.

Todos los enemigos de la dictadura reconocimos en Madero a nuestro hombre; y el “maderismo” germinó simultáneamente en la República.

El tirano y su corte dijeron: “Dejemos a este loco, que se burlen de él en todo el país”.

Aquel abnegado apóstol, en unos cuantos meses, recorrió la mayor parte de la República, encendiendo la verdad en todas las conciencias y conmoviendo con ella el podrido andamiaje de la dictadura.

Aprehendido Madero, arbitrariamente, por un supuesto delito que le inventara uno de los cachorros de Ramón Corral, el licenciado Juan R. Orcí; perseguidos sus principales colaboradores, no quedaba más recurso que la guerra.

Así lo comprendió la generalidad; pero no todos nos resolvimos a empeñarla. Madero logra fugarse, y, burlando a los esbirros, gana la frontera.

La Revolución estalla...

Entonces, el Partido Maderista o Antirreeleccionista se dividió en dos clases: una, compuesta de hombres sumisos al mandato del deber, que abandonaban sus hogares y rompían toda liga de familia y de intereses para empuñar el fusil, la escopeta o la primera arma que encontraban; la otra, de hombres atentos al mandato del miedo, que no encontraban armas, que tenían hijos, los cuales quedarían en la orfandad si perecían ellos en la lucha, y con mil ligas más, que el deber no puede suprimir cuando el espectro del miedo se apodera de los hombres.

A la segunda de esas clases tuve la pena de pertenecer yo.

La guerra seguía... y la prensa venal lanzaba los calificativos más duros a los hombres empeñados en la lucha contra el dictador.

Los maderistas inactivos nos conformábamos con hacer una propaganda solapada y cobarde. Seguíamos siendo objeto de mayores vejaciones, contentándonos con decir: “¡Ya nos la pagarán!”

LA REVOLUCIÓN EN SONORA

Cuando en todo el país aparecían ya grupos rebeldes, y en el Distrito de Álamos se preparaba el levantamiento encabezado por el hoy general de división, Benjamín G. Hill, a quien todos los de aquel Distrito reconocimos como jefe, por su valor civil y su entereza, fue éste aprehendido en compañía de los señores Flavio y Ventura Bórquez.

Con la aprehensión de Hill, no se sofocó el movimiento insurgente en Sonora; al contrario, se precipitó...

Unos días después se iniciaba la revolución en Navojoa, río Mayo, encabezada por los señores Severiano A. Talamante; sus dos hijos, Severiano y Arnulfo; Carpio; Demetrio Esquer; los hermanos Chávez y Ramón Gómez con algunos otros; pero éstos, debido a la escasez de los elementos con que contaban, después de algunas escaramuzas con las fuerzas federales, tuvieron que emprender su marcha hacia la frontera para pertrecharse, habiendo tenido que librar un sangriento combate en Sahuaripa, el cual fue de resultados desastrosos para ellos.

Las fuentes de información que nosotros teníamos eran muy vagas; y a la prensa y al telégrafo ningún crédito podía dárseles, porque estaban bajo la censura más escandalosa.

En abril empezó a notarse alarma en los círculos oficiales; alarma que fue aumentando hasta que pudimos saber que los maderistas se aproximaban a Navojoa, y, por fin, que atacaban aquella plaza, y que, al ser en ella rechazados, avanzaban con rumbo a nuestro pueblo, Huatabampo, en el que había una guarnición de 40 hombres perfectamente armados y pertrechados, a las órdenes del presidente municipal, José Tiburcio Otero, quien era uno de los colaboradores que más se distinguieron en la época de la dictadura, por lo identificado que estaba con los procedimientos arbitrarios.

Otero, al saber la aproximación de los maderistas, huyó con su gente abandonándola en El Tóbari, pequeño puerto de cabotaje que se encuentra

al pariente de la desembocadura del río Mayo, en el Golfo de California; refugiándose el expresado individuo en la pequeña isla de Ciari, que está frente al puerto.

Al siguiente día hicieron su entrada a Huatabampo los rebeldes. Éstos iban comandados por José Lorenzo Otero, Ramón Gómez y los hermanos Chávez.

Todos sus partidarios nos apresuramos a recibirlos.

La impresión que yo recibí al verles no se borrará jamás de mi memoria: eran como 100; de ellos, 70 armados; de los armados, más de 30 sin cartuchos, y los que llevaban parque lo contaban en reducidísima cantidad; los jefes se podían distinguir en que llevaban dotadas sus cartucheras. Las ropas que usaban todos aquellos hombres indicaban que no habían tenido cambio en mucho tiempo. Las dos terceras partes de ellos poseían montura, y el resto, la improvisaban con sus propios sarapes. Todos aquellos combatientes revelaban las huellas de un prolongado periodo de privaciones... Empecé a sentirme poseído de una impresión intensa, la que poco a poco fue declinando en vergüenza, cuando llegué al convencimiento de que para defender los sagrados intereses de la patria sólo se necesita ser ciudadano; y para esto, desoír cualquier voz que no sea la del deber. Encontraba superiores a mí a cada uno de aquellos hombres.

Los hermanos Chávez nos relataron, con detalles vivos, la batalla que habían librado en Sahuaripa, en la cual perdieron a sus principales jefes, los señores Talamante, quienes quedaron prisioneros en poder del general Ojeda, y por orden de éste fueron fusilados.

Unos días después salía de su prisión el hoy general Hill, e impulsando el movimiento revolucionario, tomó la plaza de Navojoa, y avanzó sobre Álamos.

A raíz de tales acontecimientos, el telégrafo comunicó las noticias de los tratados de Ciudad Juárez y la fuga de Díaz, y, posteriormente, la orden de Madero para suspender las hostilidades.

¡El triunfo de la Revolución era ya un hecho!

De pie en mi conciencia quedó la falta, ya en nada había contribuido al glorioso triunfo de la Revolución y, sin embargo, me consideraba made-rista; sólo porque había protestado con alguna energía con el presidente municipal de mi pueblo que pretendió hacerme firmar una acta de adhe-sión al general Díaz.

CÓMO FORMÉ PARTE DEL GOBIERNO DEL SEÑOR MADERO

Las elecciones municipales se preparaban en Sonora, dos meses después del triunfo de la Revolución.

El Partido Reaccionario y el Antirreeleccionista empezaban sus traba-jos políticos para formar el Ayuntamiento de Huatabampo.

El Partido Liberal me postuló para presidente del Ayuntamiento; y los reaccionarios, encabezados por José Tiburcio Otero, vástago de la tiranía e individuo que impunemente había quedado en la población, postularon para presidente municipal al reaccionario Pedro Z. Zurbarán.

Triunfó el Partido Antirreeleccionista. Desde ese momento era yo una autoridad legítima, porque había sido elegido por la voluntad del pueblo; pero esto no me reconciliaba con mi conciencia, la que constantemente me decía: "No cumpliste como ciudadano en el movimiento libertario".

[*El Nacional Revolucionario*, 2 de noviembre de 1885]

Don Francisco I. Madero

Andrés Iduarte

Blanco, barbado, pequeñito, enfebrecido de fe, bueno como el pan, humilde como San Francisco, siempre me ha recordado a David: su honda fue la que abatió a Goliat, gigante que fue la dictadura.

Al servicio de la causa del pueblo puso sus caudales y la vida propia, y la de los suyos. De él lo que más se recuerda es la sonrisa, la palabra dulce y cariñosa, hasta para sus amigos. En su brega no faltaban, a su hora, los soles y los rayos, pero aun en su fuego había ternura de creación, calor de hogar. Nadie dijo del dictador cosas más desapasionadas, más justas, y hasta el último momento, hasta el último límite, lo llamó a la verdad con la razón más serena, más lúcida, más cordial, a despecho de los violentos que no alcanzaban la mejor fuerza del hombre. Todavía no se ha visto bien cuánta sangre evitó, con haber habido mucha, ese juego milagroso entre la admonición y el combate, de la admonición que no frenaba sino fortalecía su combate. En éste nunca usó el odio, porque no lo sentía, porque no lo conoció, porque lo había dejado en los remotos orígenes del hombre común, ni en el poder la venganza, porque había venido precisamente para desterrarla. Envuelto en la luz bienhechora, en ella cabalgó sin desmayos, en ella descansó sin temores, y en ella murió sin flaquezas.

No lo entendieron quienes no tenían sus quilates, y lo siguen ignorando quienes no lo han leído. ¿Cuántos recuerdan su libro inteligente, penetrante, *La sucesión presidencial en 1910*? No fue un erudito, no era escritor,

pero sí un hombre, qué hombre tan alto y tan hondo, de los hombres que saben más y escriben mejor que los eruditos y los escritores: llegan arriba y adentro, al cielo y al corazón, y él llegó a los del pueblo. La jauría lo mordió, y él no tuvo más que compasión por la jauría: a mil codos de ella, no la temía sino la amaba, triste parte, pero parte, al fin, de la humanidad que era su arcilla.

*

Alzó a todo el país como sin esfuerzo, porque su fuerza era mágica. Con el dedo meñique alzó un mundo, y le enseñó el camino. No perdió la sonrisa ni en la cárcel, ni en el sinsabor de la política, ni en la sangre del combate, ni ante la traición artera, ni aun en el mismo instante del asalto por la espalda, ni cuando rindió el espíritu sobre el polvo mexicano que tanto amaba. El sabio de la guerra lo quiso tanto como el rayo de ella. Juntaba a su derredor a los hombres como sin darse cuenta, y los mandaba en voz baja que no parecía mando, el mando único y verdadero, el mando que no se siente, no imperativo, el aura y la seducción del justo. Para bien del pueblo voló a buscar, en medio de la tormenta, al hermano que se había hecho adversario, porque sabía que el pobre, aun en su ansia apresurada de justicia, tenía verdades ocultas más valederas que las suyas, que había sido rico; y lo trajo otra vez a su regazo, le dio el santo y seña, ya no para que lo siguiera en la vida, sino tras de su muerte y hasta en la muerte.

En ésta, en su hora, sus enemigos lloraron. Al hombre fuerte, al dictador allá en su destierro de París —cuenta quien allí lo oyó—, “sólo un suceso le merecía juicios en voz alta”, el crimen que abatió a su David. Su asesinato no sólo llenó de luto los corazones, sino los iluminó y los lanzó a caballo, del norte al sur y del sur a norte, en la batalla por cuanto él había creído y querido para México. Su entierro lo siguieron no sólo los ángeles, sino los “villas” salvados y sublimados por su luz, todos los hombres, todos, en los que él nunca dejó de ver y de sembrar y multiplicar lo

angélico. La procesión no termina, y es el México de hoy, y no terminará hasta su más alto destino.

*

México va teniendo lo que él quería que tuviese, y lo tendrá más a cada minuto. No sólo tuvimos en él un rebelde, sino la esencia de lo mejor del hombre, como lo tuvo Cuba en José Martí. Los que crecieron en el seno de la familia porfirista, de la privilegiada, no lo saben menos que los que crecieron en la revolucionaria. No se tapa el sol con un dedo, ni se escamotea la verdad cuando es quemante y pura. Todos llevamos su huella, que es la de la buena batalla, la de la guerra justa, la de la pelea sin odio. Sonrisa en la vida y sangre en la muerte, su semilla es invencible: es la del bien, bien plantada en México.

Hay dos vidas que por sí solas destruyen la pintoresca leyenda de la violencia mexicana. México tiene el privilegio de que el gozne del pasado y del presente esté en don Justo Sierra, otro hombre impoluto, bueno además de sabio, y de que el héroe del tramo más largo y trágico de su revolución esencial sea este hombre dulce y pequeñito. No en balde, sino como signo simbólico —en él todo es simbólico—, el apóstol enterró con honores, meses antes de su muerte, al maestro, al otro mexicano grande de su tiempo. No es un azar —ya se ve— que en nuestra historia marchen juntos el ángel de la paz y el ángel de la guerra.

[Nueva York, Columbia University, enero de 1960.

Excelsior, 20 de febrero de 1960]

El agrarismo de Madero

Manuel González Ramírez

La administración de don Francisco I. Madero fue seguramente la más atacada. Los partidarios del “antiguo régimen”, que habíanse mostrado dóciles y silenciosos durante los días que siguieron a la renuncia de Porfirio Díaz, se fueron convirtiendo en intrigantes y combativos. Los miembros del Ejército Federal, pasados los momentos de estupefacción, y una vez que adquirieron la seguridad de que no serían desplazados, recobraron su orgullo de clase y, conforme estaban educados, entendieron que la única paz que tenía que haber en el país, era la paz que ellos impusieran. De este modo, la matanza que acaeció en la ciudad de Puebla en 1914, constituyó el primer aviso de que la casta militarista no estaba dispuesta a dejarse arrebatar la preeminencia que sentía tener.

A su vez, los antiguos partidarios de Madero, como los nefastos Vázquez Gómez (que deseaban para el doctor Vázquez Gómez la vicepresidencia), que hablaban en nombre del pueblo y de las prácticas democráticas, no hicieron otra cosa que dividir al nuevo régimen. Ellos fueron los que destruyeron la unidad que debió soldarse para la defensa de las nuevas instituciones, frente a las insidias porfiristas. Ellos fueron los que arrastraron a la división a personas como Emiliano Zapata; e hicieron propicio el alzamiento de Pascual Orozco. Ellos debilitaron a la administración del señor Madero sin otro resultado que la restauración que se abrió camino en febrero de 1913, por el cuartelazo de la Ciudadela y la traición de Victoriano Huerta.

Esto es, Madero tuvo que sortear cinco levantamientos; y si se toma en cuenta que su gobierno duró 15 meses, entonces, hubo cuartelazo por trimestre, según puede obtenerse el promedio trágico en el que se atentó contra la seguridad y la paz de la nación. Y en medio de esa vorágine, Francisco I. Madero puso esmero en salvar a su régimen. Por el momento, lo inquietante era la rebelión al grito de “Tierra y Libertad”, iniciada en el sur por Zapata. Y lo era, no tanto por la fuerza que representaba, sino porque el problema agrario que prolijaba era de “interés público” y “motivo de preocupación nacional”, o como afirmaba Madero que, en torno a la cuestión agraria, estaba “vinculado el porvenir de la República”.

Por esto, la política agraria de Madero apuntó soluciones que se sustentaban en estas ideas fundamentales: primero: mejorar a las clases desheredadas dentro del respeto a la propiedad privada, y mejorarla por medio de la redistribución de esa propiedad para el mayor número de individuos y creando el patrimonio familiar inalienable, a la manera del *Homestead* norteamericano. Segundo: crear y organizar el crédito agrícola que permitiera al poseedor de tierras contar con los medios necesarios para cultivarlas.

Para lograr esas metas, el gobierno del señor Madero propuso y comenzó a poner en práctica: a) deslindes, fraccionamiento y reparto de los ejidos en lotes o parcelas entre los jefes de familia; b) rectificación de los deslindes hechos con anterioridad de los baldíos y terrenos nacionales, para luego proceder a su venta a bajos precios y largos plazos; c) adquisición y enajenación de propiedades particulares; d) creación de la Comisión Nacional Agraria, de la Escuela Nacional de Agricultura, de verdaderas Escuelas Regionales de Agricultura, e impulso al Cuerpo de Instructores Ambulantes (todo ello, destinado a aumentar la producción agrícola por medio de la capacitación del hombre del campo); e) reforma a la Caja de Préstamos para Obras de Irrigación y Fomento de la Agricultura, con el fin de hacer efectivo el refaccionamiento; y, f) impulso a la exportación de productos agrícolas a través de una oficina comercial que colocara en plazas europeas y norteamericanas nuestras riquezas del campo.

Por lo demás, desde el punto de vista elevado en que el poder público tenía que considerar la cuestión agraria, Madero afirmó que era propósito suyo procurar que en el territorio nacional se distribuyera el mayor número de individuos, como unidades productoras, en condiciones tales que, su prosperidad e independencia económica, fueran posibles y que, con ellas, se hiciera posible también, el desarrollo de otros elementos y la explotación de nuevas fuentes de producción de la riqueza.

Pero lo inaplazable era redistribuir la propiedad. A satisfacer esta exigencia fue expedida la circular de 8 de enero de 1912, en la que se daban las instrucciones necesarias para el deslinde, amojonamiento, subdivisión y reparto de los ejidos de los pueblos; y el 17 del siguiente febrero, la Secretaría de Fomento se dirigió a los gobernadores de los estados y jefes políticos de los territorios, recomendándoles fijar su atención en las operaciones relativas a los ejidos.

A partir de entonces, como directa consecuencia de las dos circulares señaladas, multitud de pueblos ocurrieron a la Secretaría de Fomento solicitando la autorización correspondiente para deslindar y amojonar sus ejidos; autorización que se concedió con éxito lisonjero, en lo general, pues fueron pocas las cuestiones que se suscitaron, ya que esa dependencia actuó como amigable componedora, evitando que los interesados ocurrieran a los tribunales. Al caer el gobierno de Madero, se habían deslindado y fraccionado ejidos en 15 estados de la República; en los territorios de Tepic y Baja California, así como en el Distrito Federal. Eran como una gota de agua en el mar; pero de todas maneras, constituían la prueba de la voluntad que había en Madero para atender al problema agrario.

[*Novedades*, 11 de julio de 1960]

Madero, gobernante

José Vasconcelos

Nunca prometió Madero imposibles, por más que sus enemigos lo tacharon de demagogo. Desde sus primeros discursos a los obreros de Orizaba, recordó que el secreto de la prosperidad está en el trabajo y no en la engañifa de sistemas que adulan a tal o cual clase de la población. Sin incitar al indio contra el blanco, inició la tarea de despertar a la raza vencida; sin proclamarse de derecha o de izquierda, estuvo siempre atento al mayor bien de los humildes, sin preocuparse de la enconada hostilidad de los explotadores. Más allá de lo económico, también vio su atención de estadista. Durante su gobierno, la educación pública recibió el primer gran impulso de difusión. En los mejores tiempos de la administración porfirista, el presupuesto de educación pública no alcanzó más de 8 millones de pesos. Madero elevó el presupuesto de educación a 12 millones, y con el aumento estableció las primeras escuelas rurales sostenidas por la Federación. La Universidad le fue antipática por su positivismo, que él quería substituir con un espiritualismo libre. Su empeño de difundir la enseñanza respondía al deseo de cimentar la democracia. Desde el principio nuestra sociedad padece la periódica invasión de la barbarie del campo sobre los centros de cultura que se forman en la ciudad. Cada evolución ha sido desencadenamiento salvaje que arrasa el transplante europeo penosamente cultivado por mestizos y criollos. Así, nuestras ciudades son islotes de un mar de incultura.

Desde la época de las misiones, la dificultad de penetración en la masa indígena explica el constante peligro de la idea cristiana, diseminada en un ambiente que sigue siendo azteca en su capa profunda. Transformar este aztequismo subyacente, es una condición indispensable para que México ocupe sitio entre las naciones civilizadas. Mientras no sean educadas las masas, subsistirá el sistema de sacrificios humanos, así se llame Victoriano Huerta o el Moctezuma en turno. Todo esto sentía latir Madero bajo la costra de la democracia que implantaba. El viejo instinto que pide sangre no estaba vencido. Para aplastarlo, confiaba en su ejemplo y confiaba en la escuela. Madero liquidaba el facundismo, la supremacía del bruto armado, sobre el civilizado constructor. Es decir, cambiaba el sentido de la historia nacional.

Y nunca desperdició ocasión de hacer prevalecer los valores de la mente sobre los impulsos del instinto. Entre los hombres del porfirismo salvó a Justo Sierra, lo hizo ministro de México en España. Y al ocurrir su muerte honró al educador por encima del guerrero.

En el Paraninfo de la Universidad se celebró una mañana la ceremonia mortuoria. Presidió Madero desde el sitial de la Rectoría. Llenaron el hemisiciclo centenares de estudiantes, poetas, artistas, jóvenes, viejos, mujeres, todo lo que en México representaba algo en materia de pensamiento. En la plataforma central, el féretro recién desembarcado de ultramar, cubierto de paños negros, era escoltado por guardia de honor, alumbrado con pebeteros de llama azulosa.

Dijo el discurso oficial Urueta. Recordando su protección comparábalo a la de aquel elefante de la India que vigila a los niños cuando juegan y los recoge con la trompa en el instante en que, trasponiendo los linderos del jardín, podrían ser presa de las fieras que vagan en torno. Urueta lloraba al terminar su discurso; el auditorio se conmovió profundamente, y Madero secó en público sus lágrimas. Nada le debía a don Justo, pero rubricaba el esfuerzo del patriota que persiguió en su tarea no obstante el medio impuro que hubo de tolerar. La gente se sorprendía de ver al

presidente llorando, y no pocos siervos murmuraron: "Aquello era contrario a la dignidad del cargo". Otros recordaban al tirano de ayer que lloraba cuando le comunicaban el cumplimiento de sus propias órdenes de fusilamiento. Un buen número de personas, sin embargo, comprendió la trascendental diferencia de las dos maneras de llanto, y en patriótico voto asoció los nombres de Justo Sierra y Madero.

Desde una cámara lateral, la orquesta del Conservatorio ejecutó los temas lentos, lacerantes de la *Marcha fúnebre* chopiniana. Hubo otros discursos, y, al final, acompañando el cortejo, escuchóse la marcha del *Crepúsculo de los Dioses*: dolor esencial inconsolable de cada destino; la ilusión del heroísmo cortada por la brutalidad inexorable de la muerte. Duda de la inmortalidad. Sin embargo, valía la pena una vida de dolor a fin de merecer los lamentos heroicos de la creación wagneriana.

Afuera, bajo una mañana de gloria, se descubría el pueblo alineado en las avenidas por todo el trayecto al cementerio de Dolores. En el ánimo de los que formábamos la comitiva persistía la sensación del río wagneriano que se derrumba en abismos, arrastra las imágenes y avanza disolviendo, liquidando la tarea del mundo. Y como éramos por entonces nietzchianos, experimentábamos la hueca conformidad del orgullo que se contempla a sí mismo y se engríe, así sea de su propia fealdad...

[Del libro *Ulises criollo*]

La doctrina maderista con vista a los problemas nacionales

Juan Sánchez Azcona

Si del maderismo no fuese posible extraer todo un cuerpo de doctrina político-social, estricta y concretamente adecuada a México para la resolución de nuestros problemas palpitantes, el maderismo no podría ser ya más que un recuerdo, de muy respetable valor afectivo, pero estéril, para influir en los acontecimientos contemporáneos, fatalmente preparados de los futuros. Sería una fenecida facción política personalista, como los no tantos otros “ismos” personalistas de nuestra historia que, con la creciente e inevitable desaparición de sus respectivos parciales, acaban por borrarse del todo en la realidad fecunda de nuestra vida nacional. Sobran fuentes y elementos de investigación para emprender la obra, como son los escritos oficiales y privados de Madero, el periodismo revolucionario producido bajo su égida inmediata, la documentación y los actos de su gobierno y, más que nada, su propia vida y los actos todos de ella, que siempre fueron fiel reflejo de sus convicciones doctrinarias. Sirviéndome de esas fuentes, quiero terminar este modesto ensayo sobre la etapa maderista de la gran Revolución Mexicana, con el señalamiento del punto de vista maderista sobre algunos de nuestros problemas palpitantes.

Al iniciarse la acción maderista, el problema capital, el que abarcaba a todos los demás, era de índole claramente política; y político era también el principal obstáculo inmediato que urgía remover y que se llama “dictadura”. Por tal motivo, el lema del movimiento fue “Sufragio Efectivo, No Reelección”, porque condensaba el objetivo inmediato y básico de la acción

renovadora, pero no porque el maderismo estimara contenidas en él todas las necesidades de la nueva reforma nacional, como con gran miopía, sincera o fingida, han asegurado algunos comentaristas superficiales e indocumentados. Para convencerse de esto, basta conocer el programa de gobierno de la Convención del *Tívoli del Elíseo* en 1910, el discurso en el que Madero delineó ante ella su programa personal y los señalamientos sintéticos del Plan de San Luis Potosí.

Pero aquel lema político sí proclama la conformidad del maderismo con el sistema de gobierno nacional adoptado en la Constitución, entonces vigente, de 1857, y que ha sido conservado sin alteración en la Constitución actual de 1917. No se ocultó el maderismo que la forma federativa de gobierno tuvo en sus orígenes mucho de artificial y de imitativo de los Estados Unidos de Norteamérica; pero se creyó necesario sostenerlo en virtud de que, con el tiempo, los sentimientos regionales en la República, habían adquirido ya (y siguen reafirmando en nuestros días), un marcado arraigo privativo, difícil y peligroso de destruir, y, en cambio, muy aprovechable para crear progresistas estímulos recíprocos para provecho colectivo de la nación. Sin embargo, hay ciertos puntos en los que el maderismo desearía la aplicación de un franco centralismo, como la enseñanza, verbigracia, que está tan vinculada a la educación nacional, y que, de ser siempre impartida al azar de las tendencias del gobierno de cada estado, indudablemente presenta el peligro de que llegue a perderse la cohesión en la mentalidad nacional, y de que, a través del tiempo, los hijos de una misma nación ofrezcan diversos matices de cultura, lo cual vendría aparejado a una seria amenaza de relajamiento y de disgregación. Y en otros temas de esta o análoga naturaleza, el maderismo tuvo y tiene tendencias centralistas; pero siempre con íntegro respeto a la autonomía interna de las entidades federativas, porque así está prescrito en la Ley Suprema. Lo que el maderismo no tolera y sí rechaza enérgicamente es la simulación legal, cualquiera que sea la vestidura en la que se la envuelva. Prefiere la confesión paladina de que tal o cual precepto constitucional se

adelantó demasiado a su aplicación real y efectiva en nuestro medio y que, por ende, haya que rectificarlo sobre medida, a mantenerlo luminoso en la teoría para violarlo ignominiosamente en la práctica. Para el maderismo, la rectificación no es una mengua; menguado es el que engaña y defrauda a sabiendas de que lo hace.

No hay quien pueda negar que el maderismo doctrinario proviene originalmente de nuestro liberalismo histórico, el que, a su vez, como todos los liberalismos de los países de nuestra raza, arranca de los principios abstractos de la Revolución Francesa, en su fase girondina. Los derechos del hombre constituyen para el maderismo preceptos imborrables. De la misma manera, es devoto de la trilogía revolucionaria que impone a las sociedades humanas el culto y la práctica de *la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad*. Pero interpreta cada una de esas abstracciones en el terreno rigurosamente positivo y realista y, por lo tanto, no confunde la libertad con el libertinaje, y la sujeta a las leyes y al respeto y al derecho de los demás. Considera que todos los hombres son iguales ante la ley, cualquiera que sea su prosapia, y estima que todos ellos deben obtener, de parte de la sociedad de que forman parte, iguales facilidades para cultivar y desarrollar sus respectivas capacidades; pero reconoce una desigualdad que nada ni nadie podrían borrar que reside en la virtud y en la cultura, cimentadas en la inteligencia. Con tales características, funda y reconoce la existencia de una aristocracia humana, respetable e indestructible mientras no abuse de sus naturales prerrogativas y sepa conceder a cada quien lo suyo. En cuanto a la fraternidad, le llama altruismo y reconocimiento pleno de los derechos ajenos, y sólo excluye de ella a quienes consciente y deliberadamente causen graves daños a la sociedad, considerada ésta tanto en su conjunto como en las individualidades que legítimamente la componen. En tal virtud, el liberalismo maderista es siempre tolerante, menos en los casos en que la honestidad y la rectitud sean premeditadamente quebrantadas, con perjuicio social.

Todo lema sintético de lucha o de doctrina está sujeto a la interpretación intencional que le dieran sus autores, y ninguno es absoluto en una interpretación restringida y unilateral. Así, el "Sufragio Efectivo, No Reelección" del maderismo, interpreta la efectividad del sufragio y la evitación de la reelección con un alcance muy extenso. No hace consistir la efectividad del sufragio únicamente en la realidad de los votos emitidos, y en el escrupuloso y limpio recuento de los mismos, sino también en la libertad y en la conciencia con que fueron emitidos. No ve el peligro de la reelección únicamente en el hecho de que un funcionario, al terminar su periodo legal, se suceda a sí mismo, sino también en el hecho de que imponga a su sucesor inmediato y a sus sucesores ulteriores, permitiendo que una facción política determinada se prolongue indefinidamente en el ejercicio del poder. De modo que, para el maderismo, "Sufragio Efectivo" significa limpieza en la calificación electoral y, además, libertad y conciencia ciudadanas en la expresión de la voluntad popular; y "No Reelección" significa también no imposición y no continuismo. El primero de los postulados de su lema sintético, "Sufragio Efectivo", es absoluto y permanente; no así el segundo, "No Reelección", que es relativo y circunstancial y obedece a las tristes experiencias que nos ha legado nuestra realidad histórica. El maderismo reconoce que el precepto antirreeleccionista es hasta lesivo de la libertad democrática absoluta, porque no habría razón, en teoría pura, para vedar a un pueblo que reelija a sus mandatarios si con ellos está satisfecho; pero la realidad nos ha demostrado que en México la reelección es la antesala del continuismo, y que el continuismo en el poder produce la degeneración de los principios de gobierno, e invariablemente engendra el absolutismo en los gobernantes y el servilismo en los gobernados. La restricción antirreeleccionista es, pues, un precepto precautorio, cancelable a muy remoto plazo, para cuando la educación política del país y el robustecimiento cívico del noventa por ciento de los ciudadanos mexicanos sean hechos manifiestamente consumados. Contra la tilde de

iluso y de soñador que con frecuencia se le pone, el maderismo es medularmente realista.

Somos demócratas los maderistas, y desde 1910 declaramos, y seguimos declarando ahora, que consideramos, en principio, que el pueblo mexicano está ya apto para el ejercicio de la democracia, y que si se le deja ejercerla rectamente, sin trabas ni presiones, se perfeccionará cada día más en ese ejercicio, que es el único que en definitiva habrá de redimirlo, afianzando su sosiego y su prosperidad, y librándolo de toda tiranía de arriba y de abajo.

Hay que advertir, empero, que el maderismo, al declararse demócrata, no considera a la democracia en su aspecto tradicional; es decir, integrada exactamente por unidades individuales, sino dentro de la evolución social que ha sufrido universalmente y que la hace consistir en unidades corporativas formadas por afinidad de intereses y de necesidades de grupo, lo que la impregna de una esencia que pudiéramos llamar socializante. El maderismo es, por tanto, social-democrático. Esta circunstancia deja abiertas las puertas para la oportuna y adecuada transformación de las modalidades, para constituir la representación popular en las asambleas de carácter gubernativo que integran el funcionamiento del Estado.

El Estado, formado en su base por los tres poderes constitucionales, es un *delegado* de la sociedad y no un amo de la misma. El Estado está sujeto a la sociedad nacional, y no ésta al Estado. Así pues, no son admisibles ni tolerables no digamos ya los despotismos unipersonales, pero ni tan sólo las oligarquías, de cualquiera índole que sean.

Son fuentes igualmente respetables y eficaces de la economía colectiva tanto el trabajo como el capital; vale decir tanto el esfuerzo muscular o intelectual de los individuos —medio de producción actual e inmediata—, como el capital, trabajo acumulado de generaciones pretéritas y que sirve para poner en actividad a aquéllos. Uno y otro son pivotes de la vida social, y la actividad y producción de los dos son socialmente obligatorios. Tanto el individuo como el capital tienen la obligación de trabajar y de

producir. Cualquiera de los dos que no trabaje y produzca, quedan sujetos a severas y justas sanciones sociales. Para tener pleno derecho a la vida social y a sus inherentes garantías, ni uno ni otro han de permanecer ociosos.

Como fuerzas concurrentes que son para la prosperidad colectiva, el maderismo estima que es urgente establecer una coordinación sólida y cimentada en bases equitativas, entre esos dos pivotes sociales, el capital y el trabajo. No una lucha entre ellos, porque toda lucha implica, a la postre, la subordinación, de cualquiera de los dos; implicaría sin duda un entorpecimiento de la producción, en calidad y en cantidad, nociva siempre al bienestar colectivo. Esa coordinación no es fácil, ciertamente, porque exige el desarraigo de seculares injusticias; pero no es imposible, si para lograrla se aplican, previa meditada o idónea orientación, la perseverancia y la buena fe por entrambos factores sociales. Dentro de esa coordinación caben perfectamente el sindicalismo genuino y el derecho de huelga, como legítimo derecho defensivo, dentro de normas legales claramente especificadas. El maderismo reconoce y respeta a los guidores preparados de las colectividades gremiales; pero rechaza a los líderes agitadores y demagogos que, bajo el disfraz de representantes de los trabajadores, se entremeten en el dominio de la política propiamente dicha. La socialización evolutiva de las fuentes, los instrumentos y los procedimientos de la producción, es su ideal; por lo que es de fomentarse un sistema cooperativo estrictamente ajustado y condicionado a nuestro real medio propio, ampliándolo e intensificándolo a medida de la manifiesta perfectibilidad de este medio nuestro. Una vez descartada la posibilidad de que en el orden político la sociedad pueda ser sojuzgada por un hombre o por un grupo de hombres, hay que empeñarse porque los diversos núcleos corporativos, que constituyen la misma sociedad en su conjunto, no estén supeditadas en el terreno económico a cacicazgos particularistas.

Pero si el maderismo defiende por principio al desvalido contra sus explotadores y desea, antes que nada, el mejoramiento de las condiciones

de vida de las clases menos favorecidas, no quiere que esto se realice por caridad, sino como debida recompensa a un esfuerzo determinado; pues sabe muy bien que la aceptación sostenida y sistemática de la caridad sólo conduce a la inacción infecunda, a la servidumbre automática y a la cancelación definitiva de la humana individualidad, todo lo cual se refleja necesariamente en la vida de la sociedad. Por eso rechaza la teoría de que el pobre mejore su situación despojando al rico, y por eso quiere obligar al rico a merecer lo que su destino le ha hecho poseer. El desvalido tiene que desarrollar conscientemente un esfuerzo para salir de su triste condición, y el favorecido por la fortuna tiene que aplicar otro esfuerzo para seguir siendo merecedor de ella ante la anhelada inflexibilidad de la justicia social que tanto se pregona. Ningún beneficio sin esfuerzo paralelo, ningún derecho sin deber previo.

El malestar evidente de las clases desvalidas no depende exclusivamente de su precaria situación económica, sino también de su escasa instrucción, de su deficiente cultura, de su rudimentaria educación. Por eso el maderismo, junto al esfuerzo por el mejoramiento del nivel económico de las masas, propugna el mejoramiento de su nivel moral e intelectual por medio de la escuela. La escuela —cuyo inicio original es el conocimiento y el aprovechamiento del alfabeto—, la escuela, piensa el maderismo, debe estar dondequiera y cómo sea, en los palacios y en los jacales, cristiana, mahometana, judía, budista, no importa cómo sea, con tal de que enseñe a leer, porque éste es el principio de aprender a pensar y a saber, para después prever y poder obrar conscientemente. La tendencia concreta en el pensar y en el obrar, la imprimirá más tarde la vida misma, sin que esté vedado al Estado poner su propio sello en las aulas oficiales, pero no obstruyendo el funcionamiento de las que no lo sean. Por lo que la enseñanza oficial debe ser laica. Porque el alfabeto no tiene matiz confesional y su conocimiento, enséñelo quien lo enseñe, es de necesidad primordial y vital para los pueblos. En cuanto al sentimiento genuino, corresponde al hogar poner la base germinativa, y a falta de ésta, lo creará la misma

vida social por objetiva y experimental persuasión individual, que en la realidad jamás puede ser suplida por normas artificiosas y autoritariamente impuestas.

Por tanto, el maderismo ni siquiera se atreve a poner a discusión la libertad de pensamiento y de sentimiento, que son las que conforman la conciencia individual, porque sabe que es humanamente imposible aherrojarlas y que su esfuerzo en su encauzamiento, por doctrina o dogma determinados, nunca pasa a ser forzado encauzamiento, por doctrina o dogma determinados, nunca pasa de ser una mera simulación. Así pues, considera el sentimiento y el credo religiosos como del exclusivo dominio de la vida interna y privada del individuo, y niega al Estado todo derecho de inmiscuirse en ellos. En cuanto a la práctica de los cultos conforme al ritual privativo de cada uno de ellos, el maderismo sólo impone al Estado la obligación de cuidar de que dicha práctica se realice sin perjuicio ni molestia de tercero, sin lastimamiento espiritual de nadie, y sin privilegio o preferencia sobre ninguno. Libertad absoluta en cuanto a concepciones de índole metafísica; sujeción de los actos derivados de aquéllas a prescripciones legales de orden y de policía.

Pero si el maderismo niega al Estado todo derecho de intervención en los credos religiosos y en el ejercicio de sus actos rituales, siempre que éstos se sujeten a las normas de los reglamentos de orden y de policía, también rechaza categóricamente toda intervención eclesiástica en los asuntos del Estado.

Concomitantes de la libertad de conciencia y de pensamiento, son la libertad de asociación y de asamblea y la libertad de prensa; porque son los medios más directos de la expresión de aquélla. También estas libertades, que del fuero interno pasan al externo y que, en consecuencia, son susceptibles de producir actos, quedan sujetas a determinadas reglas de convivencia social, pero de muy amplia liberalidad en el maderismo, según supo demostrarlo el efímero régimen con hechos sostenidos, que fueron convincentes, públicos y notorios.

Es evidente que estos puntos de vista del maderismo, referentes a normas generales y fundamentales de libertad individual y de convivencia social, recuerdan, en muchos aspectos, los del liberalismo clásico; lo cual se explica por sí solo, pues ya he dicho que el maderismo es medularmente liberal. Pero es un liberalismo también medularmente evolucionado, porque desde un principio ha reconocido y proclamado sin ambages que la solidez de un régimen político y el afianzamiento y progreso de un estado social, dependen principalmente del mejoramiento económico de las condiciones de vida de las clases trabajadoras y productoras, de la equidad en el repartimiento entre el trabajo y el capital de las utilidades de la producción y, en general, de una justa y equilibrada distribución de la riqueza nacional.

Por la naturaleza misma de sus anhelos esenciales, sencilla y claramente expuestos, y sin que hubiera necesidad de recurrir a aparatosas declamaciones ni a falaces señuelos, el maderismo de acción se reclutó espontáneamente en 1910 entre gente proletaria, como es bien sabido, y por eso se nos llamó “el partido de la tilma y el huarache”; designación que recogimos con sincera ufanía, porque interpretaba con exactitud la tendencia básica de nuestras aspiraciones altruistas y libertarias, y porque denotaba a las claras nuestra irresistible fuerza popular.

El contacto personal y directo de Madero con el surco y con el taller habían despertado en él la comprensión de la vida proletaria, con todos sus sufrimientos, abnegaciones y necesidades insatisfechas; y supo transmitir sus impresiones y difundir su amor al mundo proletario, hasta entre aquellos de sus primitivos correligionarios que sólo adivinaban esas condiciones desde muy lejos, logrando que en la acción redentora que se emprendía, la suerte del obrero fabril y del labrador de los campos constituyese una de las principales y preferentes preocupaciones.

El maderismo señaló la justicia y la necesidad del alza equitativa de los salarios de los obreros, a más de la participación de éstos en las utilidades netas de la producción. Señaló también, y en parte pudo realizar, la

necesidad y la conveniencia de la nacionalización del asalariado laborante en las grandes empresas.

La concepción maderista del problema de la tierra —cuya adecuada solución es apremiante en nuestro país, tanto en lo moral como en lo material—, es muy vasta y compleja. No se limita a considerar la distribución de la propiedad de la tierra, sino también el mejoramiento de producción, en cantidad y en calidad. Es franco enemigo de toda tierra ociosa o improductiva y combate la existencia de todo latifundio, no solamente en el caso de que en parte permanezca ocioso, sino también en el de que, por la índole de su explotación, aunque ésta sea total, venga a constituir un monopolio entorpecedor del trabajo y cuya producción resulte gravosa para los consumidores del producto. Pero no rechaza de plano la gran propiedad territorial, al esforzarse por el fomento de la pequeña, porque se da cuenta de que en el conjunto de la producción agrícola nacional puede haber cierta índole de labranzas, cuya naturaleza exija la existencia de la propiedad territorial en extensión, así como el empleo de fuertes capitales tanto para satisfacer las necesidades naturales de la producción misma, como para poder resistir los quebrantos eventuales producidos por la propia naturaleza, los “malos años” tan peligrosos para el cultivador de determinados productos de la tierra. Por este motivo, en el Plan de San Luis se habla explícita y categóricamente del fomento de la grande y de la pequeña propiedad, y no solamente del de esta última. Naturalmente, la atención oficial tiene que concentrarse de preferencia en el fomento de la propiedad pequeña, tanto porque representa el mejor medio de lograr la más equitativa distribución de la riqueza nacional, como porque los labradores pobres tienen mayor necesidad de la solicitud gubernativa que los agricultores capitalistas, que cuentan con medios propios de empresa y de defensa.

En el Plan de San Luis se habla de la restitución a los pueblos de las extensiones ejidales que tenían concedidas, en propiedad y usufructo, desde los tiempos de la Colonia y que, sucesivamente, les fueron arreba-

tadas por constantes abusos dictatoriales. Mas no proclamó ni prometió la resurrección, por nuestros días actuales, del circunstancial sistema ejidal de los tiempos de la Colonia, porque sabe que la propiedad en comunidad, aun en el supuesto de que logre su viabilidad y prosperidad económicas, inevitablemente tiene que engendrar pequeños cacicazgos particularistas, algo así como tiranías domésticas, que escapan a la vigilancia de la ley y a la sanción de la justicia oficial. Efectivamente: la propiedad agrícola comunal tiene que ser trabajada en común, y todo trabajo requiere organización, esto es, especificación de tareas y de funciones que exigen jerarquías; de modo que, hasta en el caso de que los copropietarios ejidales alcancen a librarse de la onerosa tutela de los supervisores, instructores o “coyotes” oficiales u oficiosos, siempre habrá un copropietario más avisado que se imponga sobre los demás, como un cacique doméstico y virtualmente omnimodo. El ideal maderista de la pequeña propiedad agrícola es la granja, propiedad firme de cada familia y por ésta trabajada. La cooperación comunal se limitaría a la adquisición colectiva regional de cierta maquinaria agrícola, con uso reglamentado para los granjeros todos, y la organización de cooperativas de concentración, distribución y venta de los productos. Pero todo esto exige educación y tiempo, factores indispensables que exigen casi todos los ideales maderistas para su efectiva y completa realización. Exige, además, algo que sí es de inmediata obtención: una acrisolada honestidad, de hecho y de ejemplo efectivo, de parte de todos los manejadores de la cosa pública, así como una enérgica y severa sanción social y penal contra todos los prevaricadores.

[Del libro *La etapa maderista de la Revolución*]

Francisco I. Madero

Martín Luis Guzmán

Los héroes, lo mismo si surgen de la realidad que si viven en la fantasía, son siempre hijos del alma de los pueblos. Propiamente hablando, nunca hubo héroes falsos: los hombres que se tornan héroes son siempre héroes, independientemente de su capacidad real y de sus actos y sus ideas. Por esto los héroes no se discuten, o se discuten sólo dentro de su heroicidad. Acaso se diga: ¿cuál es la virtud esencial del héroe? ¿Cómo se le conoce? ¿Quién la descubre? A estas preguntas responde apenas el instinto de los pueblos, y, naturalmente, no con un avaloramiento preciso, ni un análisis, sino de manera sintética e imperativa: con la fama. La fama es el atributo heroico inconfundible.

Francisco I. Madero es un héroe. Héroe lo hizo el pueblo de México desde el primer momento. Desconociendo en él esta esencia, a menudo se le ha discutido como a simple mortal, y de allí que nadie haya separado hasta hoy a Madero héroe de Madero hombre, sino que, confundiendo al uno con el otro, se persista en el equívoco de engrandecer o destruir al primero con las cualidades o los defectos mortales del segundo. En Madero héroe, inmortal e intangible, el pueblo de México ha querido simbolizar —encarnar más bien, haciéndolos particularmente humanos y activos— muchos anhelos vagos, muchas esperanzas contra sus dolores. Madero es para México la promesa donde se encierra cuanto a México falta en el camino de la tranquilidad y la ventura; el hombre que nos hubiera salvado; el héroe que nos salva en nuestra imaginación; el recipiente de la generosi-

dad trascendental y del poder extrahumano que necesitan los pueblos ya sin esperanza.

Todo eso es Madero, y de ello hay que partir cuando de él se trate, aceptando el dato inicial como se acepta un axioma. No quiere ello decir que Madero carezca de significación modestamente humana y transitoria; su significación en la historia política de México. Este 20 de noviembre es el sexto aniversario de la Revolución, iniciada por él. En el desarrollo de este movimiento social, Madero fue, y sigue siendo, el valor más importante. Para explicar la parte más noble de la Revolución quizá no haya mejor camino, ni camino más corto, que el de reducir la Revolución a la esencia y los atributos del carácter de Madero. Madero significa, dentro de nuestra vida pública, una reacción del espíritu, noble y generosa, contra la brutalidad porfiriana; una reacción del liberalismo absoluto, el liberalismo que se funda en la cultura, contra la tiranía inherente a los pueblos incultos; tiranía oligárquica unas veces, demagógica otras. Lo mismo los revolucionarios vociferantes de 1911 y 1912, que los reaccionarios de 1913, vieron siempre en Madero un ser incapaz (tan sólo porque no recurría a los excesos ni a la violencia), y así se explica que algunos de los primeros se hayan unido a los segundos en la hora del crimen. Así se explica también el fracaso de Madero en la obra transitoria de dominar a su pueblo, inculto y excesivo. La verdadera revolución iniciada por Madero, revolución esencialmente del espíritu, fue obra incomprendida por los mexicanos dirigentes, aunque sentida por las masas populares. Todavía hoy, después de seis años de sangre, de ira, de incapacidad cultural, y a medida que la veneración por Madero crece y se hace más irresistible, su obra se entiende menos en su significación profunda.

Madero, por su valor, por su bondad, por su mansedumbre, por su confianza en los procedimientos justicieros y humanos; en una palabra, por su moralidad inquebrantable, es la más alta personificación de las

ansias revolucionarias de México. El pueblo de México presintió en él la fuerza generosa y moralizadora, dispuesta al sacrificio y enemiga del crimen, que México espera hace mucho tiempo.

[Del libro *A orillas del Hudson*]

Madero

Gilberto Bosques

El marco histórico de Madero es el pueblo, la colectividad, la masa. El examen correcto del estado social, económico y psicológico del fondo humano en 1910, nos dará la explicación de una personalidad juzgada hasta hoy desde ángulos diversos, algunos de ellos sin más contenido que el episodio, el accidente, la actitud aislada, la frase autónoma, el gesto.

Madero no tiene las dimensiones de un héroe. No apareció en la escena de la vida para forzar el destino de su nación con los resortes soberanos de su voluntad o para mudar las cosas con el giro de su inspiración. La épica del maderismo corresponde a la “actitud vital de un pueblo” —que dijera Frobenius—, no a la tensión imperativa de una mano cesárea.

Madero tenía la mentalidad opuesta a la típica del caudillo. Fue antimilitarista. Humano. Plural en la cima del promontorio de su tiempo. Para el peligro, no tuvo la ferocidad eléctrica de los grandes capitanes, sino la luminosidad vertical de la verdad concluida, fatal, serena, en síntesis. Fue modesto, rectilíneo, sin complicaciones ni reservas acechantes. Cabal. Probo. Soñador. No fue un héroe de Carlyle; pero alcanzó y exaltó el múltiple heroísmo del deber. Su virtud audaz cruzó sin velos un túnel de puñales y resultó ingenuo y humilde instrumento para el juego fullero de la política. Tuvo la fe espléndida que resiste todos los vértigos de la duda; pero no la fe orgullosa en sí mismo, sino la fe en la ascensión histórica de su pueblo. La resultante espiritual, moral, afirmativa, de Madero, es toda la respuesta que las masas oprimidas querían dar a la corrupción de la

tiranía. Por eso fue la suma de la popularidad y mereció el nombre de apóstol.

Madero sintió su relación “con la existencia colectiva” y canalizó sus actos para dar un esfuerzo vibrante a la causa multitudinaria. Su conducta, su perfil ético, tiene más valor que sus palabras. El verbo de Madero no abarcó todo el clamor que flotaba en la atmósfera nacional del Centenario; pero más alto que su verbo, estaba su ecuación personal, como un símbolo.

No expresó la fórmula mágica que despierta a las multitudes dormidas. No se formaron las muchedumbres al conjuro de sus labios. Surgió ante la búsqueda angustiosa, ante la espera larga de los siervos. Y se le vio llegar como un Mesías ideado ya, revestido por el anhelo popular con los atributos deseados. Fue un producto genuino del momento histórico.

Lo admirable de la trayectoria superior de Madero es que se mantuvo en el vértice representativo a que fue llevado por los brazos convergentes de las masas. En la prédica, en la lucha, en la victoria, en las vicisitudes de la traición, adelantó siempre sus títulos de enviado de la voluntad nacional. Se ciñó al mensaje que le fue entregado. Siguió siendo diafanidad moral, integridad moral, superación moral. Y en esto conservó la confianza del pueblo. Los errores señalados al gobernante no refractaron ni empañaron la fe puesta en su decoro.

La demanda unánime de urgente depuración de los establos del cientificismo encontró al hombre pertrechado espiritualmente para realizarla, y el pueblo se congregó a su alrededor cuando fue investido con el carácter de jefe de Estado. Pero no se detuvo allí la esperanza colectiva, pues ya otras demandas de mayor volumen empezaban a ponerse en pie de exigencia y a hacerse bandera en el sombrero jarano de Emiliano Zapata.

La protesta suriana era fruto de una lógica impaciencia, un grito de alerta a tiempo y un ataque dirigido más bien contra el cerco de trampas puestas en torno del ungido, por el despecho y la reacción porfirista, para frustrar el desarrollo de la obra emprendida y que podía adquirir la extensión que pedían los insurrectos de Morelos, si Madero la incorporaba a su

obediencia para los mandatos populares. La oposición acometía contra Madero y contra Zapata. Un loco. Un bandido. Dos ilusos.

Cayó Madero en una noche que pesa plúmbeamente sobre la historia. De su muerte surgió la tempestad liberatriz, y su herencia fue a las manos de otros hombres llamados a misiones más altas y a responsabilidades ingentes. Pero siempre que el pueblo piensa en la necesidad de los valores morales para aliviar el dolor de México, Madero llena con su presencia la esperanza.

[El Nacional Revolucionario, 22 de febrero de 1935]

Segunda parte

**Semblanzas y poemas
de Pino Suárez**

Pino Suárez

Salvador Azuela

El grupo más valioso, en el orden moral, de la última época de la historia de México, es el de los maderistas. A ellos sí se les puede estimar como una verdadera generación. Fueron nobles, probos y soñadores. Combatieron de un modo abnegado al soportar todos los sacrificios, por redimir a nuestro pueblo. El ensueño de la libertad y la democracia movió sus voluntades quijotescas. Ahora, naturalmente, se les juzga a través de la actitud peyorativa del utilitarismo para los quimeristas, que entran a la siniestra encrucijada de la política mexicana, con la ingenuidad de un niño.

Pese a su afán de permanecer en segundo término, Pino Suárez, el gran calumniado, descuella entre sus contemporáneos. El retrato del mártir representa su mejor defensa. Mirada la suya empapada de ternura, llena de bondad, propia de poeta, místico o visionario. En la épica contienda del civismo, que es la aventura que don Francisco I. Madero encabeza, su compañero de tragedia pone el entusiasmo y la sensibilidad lírica de un temperamento tropical.

No obstante haber nacido en Tenosique, Tabasco, Pino Suárez se sentirá siempre yucateco. Sus estudios los hace en Yucatán. Allí forma una familia, a la que consagra los desvelos del padre y esposo ejemplar. Las aptitudes de periodista de combate que lleva consigo despiertan, durante su permanencia en Mérida, en la hora de la juventud que anhela reformar el mundo, hasta que los acontecimientos lo conducen a ponerse al lado de Madero.

La viril campaña del futuro vicepresidente de la República, en contra del régimen porfiriano, hecha en su periódico *El Peninsular*, acaba con la destrucción del popular diario, que le significa la pérdida de 150 mil pesos, allá por el año 1905. Eran los días en que estar entre los opositores del gobierno equivalía a arriesgar vida, patrimonio y nombre. Pino Suárez sobresale briosamente, a través de la campaña presidencial de Madero, en 1910. Por eso se le designa para jefaturar a los antirreeleccionistas en Tabasco, Campeche y Yucatán.

A lo largo de su vida se revela un poeta. Poeta, más que por lo que escribe, por su vida de insatisfecho que se pronuncia contra las miserias de la Tierra, sin conformarse ante el espectáculo de la explotación del hombre. Publica *Melancolías* y *Procelarias*, libros en los que colecciona sus versos juveniles. De claro tipo romántico, lo vemos defender con fervor a los débiles y a los desheredados. Caballero andante de nuestras luchas cívicas, hace a la libertad su hada madrina.

La rebeldía de Pino Suárez y los rudos ataques que endereza al porfirismo, lo arrojan a la pobreza, la persecución y el destierro. Se ve forzado a trasladarse a Estados Unidos. Ya por entonces ha tenido lugar la Asamblea Nacional Antirreeleccionista que proclama a Madero candidato a la Presidencia, así como el encarcelamiento del apóstol y el fraude electoral subsecuente. Adquiere relieve en la Convención, y al estallar la lucha armada, se le designa secretario de Justicia del Gobierno Provisional. Al formularse los tratados de Ciudad Juárez, que sellan la caída del porfirismo, aparece firmándolos como uno de los representantes de la Revolución.

Llega al gobierno de Yucatán. Tiene, aquí, un detalle de magnífica rectitud. En los días difíciles, Manuel Sisniega Otero le entrega un cheque por 70 mil dólares, para ayudarlo. En un banquete que los amigos de Pino Suárez le ofrecen, al tomar posesión de su cargo, hace entrega pública a Sisniega, del mismo documento, en virtud de que no estimó debido dispo-

ner de la cantidad que autorizaba, a pesar de las condiciones precarias en que vive en el destierro.

Los indígenas yucatecos encuentran en Pino Suárez a un devoto paladín. Desde sus tiempos de periodista denuncia los abusos a que están sometidos. Y, descendiendo de las abstracciones fáciles, alude a los casos dolorosos de los trabajadores de las fincas rurales, inicuaamente atormentados, en solicitud de justicia y con un ademán de generosidad combativa, que descubren al revolucionario por formación y temperamento.

Su conducta en el periodo de prueba, no obstante que él no lo busca, por su carácter extraño a las ambiciones de mando y a los honores palaciegos, le conquista la posibilidad de llegar a la vicepresidencia de la República, triunfante el maderismo en la lucha militar. Las diferencias entre Madero y Vázquez Gómez determinan este incidente definitivo para el destino del gran patriota. Así se lanza su candidatura en la segunda convención de los antirreeleccionistas, a fines de agosto y principios de septiembre de 1911, en la que tiene lugar, con tal motivo, la formidable batalla dialéctica entre Jesús Urueta y Luis Cabrera.

Designado secretario de Instrucción Pública, tiene conciencia clarísima de los acontecimientos frente a los que se debate el régimen maderista. A sus íntimos les confiesa el seguro presentimiento de la muerte próxima. Encarna el propósito de gobernar con los principios revolucionarios, sin colaboraciones suicidas ni nexos tenebrosos. Por eso su figura y la de Gustavo Madero, otro hombre de positiva valía, perseguido implacablemente por la iniquidad, son el blanco del odio de los enemigos del pueblo, que no se detienen ni ante el asesinato.

Con lealtad ejemplar, acompaña al presidente en el trance del martirio. Al borde de los acontecimientos siniestros del cuartelazo, manifiesta a sus amigos la resolución de morir al lado del apóstol. Cumple su designio heroico. Madero le aconseja huir y ocultarse; pero él se niega a hacerlo, con plena lucidez que le indica que está en el momento estelar de su destino.

Cautivo de Huerta en la Intendencia del Palacio Nacional, al ejecutarse la traición pretoriana, el 21 de febrero de 1913, escribe una carta a Serapio Rendón. Estas líneas, transidas de emotividad, pueden llamarse el testamento de Pino Suárez. Ha sentido, en la noche, la sombra de la muerte que flota en torno de su lecho. Describe la estancia lóbrega, en la que acompaña al presidente y discurre sobre la luz que entra con timidez por una clara-boya, como temerosa de ser aprisionada. A uno de los sicarios lo pinta en una sola frase magnífica: cara de hiena y ojos de tigre. Recomienda al amigo, a la esposa y a los hijos desamparados. Se considera libre de culpa, porque no entendió la política como intriga, lucro, mentira o crimen.

La noche del día siguiente, caminan Madero y Pino Suárez rumbo a la Penitenciaría. Antes de llegar se cumplen los fúnebres presagios del poeta. Cae en proditorio asesinato, a los 34 años de edad. La familia carece de recursos para sepultarlo. Y la premonición del abnegado ciudadano al afirmar que muertos él y el apóstol serían más grandes que vivos, se cumple cabalmente.

[*Novedades*, 22 de febrero de 1945]

Pino Suárez

Ramón Puente

En su *gira* por los estados de Yucatán y Tabasco, conoce Madero a José María Pino Suárez, un abogado de mediana edad, de origen humilde, pero de reconocida honradez. Ya varios años antes había fundado un periódico para defender a las clases trabajadoras esclavizadas en Tabasco y Yucatán de tiempo inmemorial, publicación que no tuvo una larga vida porque los capitalistas de la península le declararon una guerra a muerte. Había publicado también un volumen de versos, *Procelarias*, y su temperamento era soñador.

La constitución de Pino Suárez parecía endeble, su fisonomía apacible y sus ojos hundidos en cuencas de sufrimiento o vigilia. Madero simpatizó entrañablemente con aquel abogado poeta, más por lo poeta que por lo abogado. Se lo lleva grabado indeleblemente en sus recuerdos, y cuando es necesario lo manda llamar para el cumplimiento del pacto en que habían convenido.

Pino Suárez, que no había tenido inconveniente para gastar más de 80 mil pesos, que era todo el patrimonio de su familia, en fundar un diario de combate, tampoco lo tuvo para acudir a la cita con el jefe de su partido político. Salió sigilosamente de Tenosique, su pueblo, acompañado únicamente de su concuño Arcadio Zentella, para internarse por El Petén, en territorio guatemalteco, a donde llega una noche tempestuosa, iluminada solamente por los relámpagos. Lo recibe en su rica montería su amigo don Manuel Sisniega Otero, y los 8 mil pesos que había conseguido por conduc-

to de Zentella, pues todo su haber no llegaba a 300, aumenta en dólares 70 mil, que Sisniega Otero le da en un cheque contra el Banco de Nueva York, para gastos de la Revolución.

Se une a Madero en Ciudad Juárez, asiste a las conferencias de paz y forma parte de su gabinete provisional en compañía de Abrahám González, de Francisco Vázquez Gómez, de Venustiano Carranza, etcétera, y hace estrecha y sincera amistad desde entonces con Gustavo Madero, de cuyas ideas radicales participa.

Al regresar a la península, después del triunfo del maderismo, para hacerse cargo del gobierno de Yucatán, en un banquete que le ofrecen sus partidarios, después de ensalzar en un brindis la acción de desprendimiento que para la Revolución, tuvo Sisniega Latero, le devuelve su cheque porque no había sido necesario emplear la cuantiosa suma que amparaba.

Ese hombre sincero, altruista, honrado hasta el quijotismo, fue el escogido por Madero para substituir a Vázquez Gómez en la vicepresidencia de la República. Los oradores de la Convención del Partido Liberal Progresista hicieron triunfar su candidatura; pero los enemigos del régimen se empeñaron en sostener que había sido una imposición, y en hacer repetir a las multitudes en manifestaciones hostiles el grito de: "¡Pino... no! ¡Pino... no!".

A más de su carácter de vicepresidente, se le confía a Pino Suárez la cartera de Instrucción Pública en substitución del licenciado Díaz Lombardo, cargo que desempeña con la constante hostilidad de algunos miembros del gobierno, más inclinados a los elementos conservadores y aristócratas que a los genuinamente revolucionarios.

Su amistad y entendimiento con Gustavo Madero fue invariable hasta el último día, igual que su fidelidad al presidente. Hubiera podido salvarse, si hubiera accedido a las solicitudes de algún amigo que llega hasta a forcejear con él tratando, por la violencia, de esconderlo.

La noche antes del cuartelazo, Pino Suárez y su secretario particular, el poeta José Inés Novelo, reciben la visita de Huerta, que finge un estado de ebriedad que le da un aspecto siniestro. Va a enterarse de la actitud de

su víctima, a semblantearlo, y a darle el eterno abrazo de dudas. Pino Suárez, que siempre tuvo el presentimiento de su muerte, parece, en ese instante, cadavérico, esquelético, con sus ojos más hundidos que nunca en sus cuencas de sufrimiento o vigilia. Pero acude al cumplimiento de su deber.

Y en la prisión, se pone de relieve la diferencia fundamental entre aquellos dos caracteres hermanos. Madero era optimista; Pino Suárez, de un pesimismo concluyente. Para Madero, nunca se cierra la claraboya de la esperanza, y con frecuencia busca su claridad para asomarse al futuro. Para Pino Suárez la cerradura es hermética, ni siquiera cree que su sacrificio pueda ser entendido por la posteridad. Muere acongojado, por dejar en la orfandad una numerosa familia; y, por una cruel ironía, para terminar con aquel cuerpo endeble, en lugar de un solo tiro como a Madero, hay necesidad de acribillarlo a balazos.

[Del libro *La dictadura, la revolución y sus hombres*]

Don José María Pino Suárez

Daniel Muñoz y Pérez

Nació en Tenosique, Tabasco, el 8 de septiembre de 1869, siendo sus padres don José María Pino y doña Baltasara Suárez. Hizo sus primeros estudios en su pueblo natal, en la escuela dirigida por don Tomás Ortega. A los 12 años pasó a la ciudad de Mérida, en donde ingresó en el Colegio Católico de San Ildefonso, en calidad de interno. Desde entonces amó a Yucatán, entidad a la que llegó a considerar como su segunda patria chica. Muy estimado fue allí por el director del plantel, don Norberto Domínguez, y por sus maestros y condiscípulos, debido a sus notables virtudes.

En ese colegio empezó el joven Pepe Pino a realizar sus primeros ensayos de poeta y a manifestar sus aspiraciones al bien común. En 1891 terminó sus estudios de Preparatoria e inició los de Derecho, que siguió hasta graduarse de abogado, el 12 de septiembre de 1894. Entre 1890 y 1894, publicó atildados trabajos poéticos en el semanario *Pimienta y Mostaza*, redactado por el literato licenciado don Manuel Sales Cepeda, el poeta don José Inés Novelo y don Fernando Juanes (Milk). En 1896 publicó un pequeño volumen de versos que distribuyó entre sus amigos. Ese mismo año contrajo matrimonio en Mérida con la virtuosa y bella señorita María Cámara Vales, miembro de una de las más distinguidas familias de la altiva sociedad meridana. El siguiente año, 1897, nació su primogénita, que fue bautizada con el nombre de Mimí.

Radicado el matrimonio en la Ciudad de México, el licenciado Pino Suárez se dedicó al ejercicio de su profesión. En la antología titulada

Trovadores de México, impresa en Barcelona en 1898, publicáronse algunas de sus hermosas poesías. A pesar de que el licenciado Pino Suárez contaba con el apoyo del distinguido juriconsulto don Joaquín Casasús, se persuadió en seguida de que su profesión no se llevaba bien con su carácter ni con sus ideales de hombre de alto espíritu moral. Por tal motivo, regresó a Mérida en octubre de 1899, en donde se dedicó al comercio en sociedad con su suegro, el señor don Raimundo Cámara Luján, hombre que gozaba de un prestigio envidiable. “Pronto las tibias auras de la fortuna besaron plácidamente el hogar de los esposos Pino Cámara, para quienes la vida parecía delinear en lontananza venturosas siluetas”, al decir de su excelente biógrafo, don Fernando Patrón Correa.

Pero el desastre financiero que flageló al país en 1904 lo obligó a liquidar su capital, muy mermado ya por la depreciación de los valores de la plaza. Con lo que le quedaba y todo el patrimonio familiar reunió 80 mil pesos, que utilizó en la fundación del diario de combate *El Peninsular*, que apareció el 19 de marzo de 1904. Publicábanse en aquel entonces en la ciudad de Mérida dos periódicos de bien cimentada fama, dirigidos por periodistas de envidiable experiencia: *El Eco del Comercio*, liberal, y *La Revista de Mérida*, conservador. Por tanto, el licenciado Pino Suárez tenía que competir con enemigos muy difíciles de igualar y mucho más de superar.

Fue redactor en jefe de *El Peninsular* el licenciado don Ignacio Ancona Horruytiner, y figuraban como valores distinguidos en su redacción el historiador don Serapio Baqueiro y el poeta don Ricardo Mimenza Castillo. En ese periódico se trataban las más arduas cuestiones sociales, que motivaban vehementísimas polémicas en las que se batía heroicamente el licenciado Pino Suárez, siempre en la defensa de sus altos ideales sociales.

En 1905 hizo una nueva edición de sus poesías, en la que agregó otras nuevas, con el título de *Melancolías*, prologada por el licenciado Ancona Horruytiner, que dedicó al licenciado don Manuel Sales Cepeda. Muy bien

acogidos fueron sus trabajos por la crítica, habiendo quedado su autor consagrado como todo un señor poeta.

Como órgano divulgador de grandes ideas avanzadas, *El Peninsular* tuvo muy buen éxito, pero económicamente fue un fracaso. Por tanto, el licenciado Pino Suárez tuvo que suspender su publicación en 1906. Seis gruesos volúmenes constituyó su “querido diario”, como él lo llamaba con gran satisfacción. Fue aquel tiempo de mucha actividad provechosa en su cultura, pues se dedicó a profundos estudios literarios y filosóficos y a recopilar sus substanciosas obras poéticas.

De nuevo entró en sociedad con don Raimundo Cámara, esta vez en un rancho azucarero llamado “Polyuc”, situado al sur de Yucatán. Sin fe en su buen éxito, participó en el negocio el licenciado Pino Suárez, pues siendo muy costosa y muy difícil la extracción de agua para el riego en aquella región, sólo se contaba con las aguas pluviales, desgraciadamente muy raras. Allí hizo la mayoría de los sonetos que formaron su libro que más tarde publicó con el título de *Procelarias*.

En marzo de 1907 regresó a Mérida, empobrecido y triste, pero listo para la lucha por la vida. Dedicóse entonces al ejercicio de su profesión en compañía de su dilecto amigo, el licenciado Ancona Horruytiner. En 1908 publicó su libro mencionado, *Procelarias*, prologado por don Gonzalo Pat, que dedicó a su conterráneo, el distinguidísimo poeta licenciado don Joaquín D. Casasús.

Desatada la campaña antirreeleccionista de don Francisco I. Madero contra la ya vetusta dictadura del furibundo “antirreeleccionista” de La Noria y Tuxtepec, general Porfirio Díaz, el licenciado Pino Suárez fue su ardiente partidario. Habiendo estado el señor Madero en Yucatán en junio de 1909, fundó el Partido Nacional Antirreeleccionista de Yucatán, del cual resultó electo presidente el licenciado Pino Suárez. Publicó entonces su periódico *La Defensa Nacional*, en el que con gran valor combatió la tiranía. Este partido postuló al licenciado Pino Suárez para gobernador del estado, en oposición al candidato del dictador Díaz, don Enrique Muñoz Arístegui,

quien estaba ejerciendo el poder como gobernador sustituto desde el 11 de abril de 1906, fecha en la que el gobernador constitucional, licenciado don Olegario Molina, dejó su alto cargo para ponerse al frente de la Secretaría de Fomento, Colonización e Industria. Innecesario es decir que Muñoz Arístegui “ganó” la elección.

El día 9 de octubre de 1909, el licenciado Pino Suárez tuvo que refugiarse en su pueblo, en Tabasco, huyendo de la persecución del gobierno de Yucatán. Allí preparó una invasión de Yucatán que no pudo realizar en virtud de que fue descubierto en Campeche. Acompañado por su cuñado, don Arcadio Zentella, quien le había conseguido 3 mil pesos, pues él sólo disponía de menos de 300 pesos, salió de Tenosique rumbo al Petén, Guatemala, en donde fue recibido por don Manuel Sisniega Otero en su montería, quien le entregó un cheque por 70 mil dólares, cantidad con la que contribuía para los gastos de la Revolución. De allí partió a Estados Unidos en busca de recursos para enviar una expedición a las costas de Campeche y Yucatán, siendo llamado en esos días a la frontera mexicana a tomar parte en las conferencias de paz. Firmó, por tanto, el funesto Tratado de Ciudad Juárez el 21 de marzo de 1914, y formó parte del gabinete provisional del presidente don Francisco I. Madero como secretario de Justicia.

Al triunfo de la Revolución, el licenciado Pino Suárez fue nombrado gobernador interino de Yucatán por el Congreso local, el 5 de junio de 1914. Ejerció su alto cargo del día 6, en que tomó posesión, al 8 de agosto, habiendo sido notabilísima su labor de gobernante. Dictó magníficas disposiciones en pro de la instrucción pública y de la raza indígena, habiendo promovido ante la Legislatura el reparto de ejidos y la creación de escuelas rurales.

Efectuadas las elecciones para gobernador del estado de Yucatán, el 15 de septiembre, resultó vencedor el licenciado don José María Pino Suárez, postulado por su Partido Nacional Antirreeleccionista de Yucatán, y fue declarado gobernador del estado por el Congreso local el 27 del propio mes, habiendo tomado posesión de su elevado cargo el 8 de octubre.

Entro tanto, en la Ciudad de México también corría con buena suerte el licenciado Pino Suárez, pues constituido el Partido Constitucional Progresista, sucesor del Nacional Antirreeleccionista, el 17 de agosto en el Teatro Hidalgo de la Ciudad de México, cambió la fórmula Madero-Vázquez Gómez para las elecciones de presidente y vicepresidente de la República por la de Madero-Pino Suárez. Y efectuadas las elecciones, el 15 de octubre, triunfó la fórmula mencionada por abrumadora mayoría. El 2 de noviembre, ambos candidatos fueron declarados presidente y vicepresidente de la República por la Cámara de Diputados erigida en Colegio Electoral.

A tan alto cargo se agregó al licenciado Pino Suárez el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, que desempeñó del 26 de febrero de 1912 al 19 de febrero de 1913, día en que, obligado por las trágicas circunstancias que prevalecían, firmó su renuncia a su alto cometido en unión del señor Presidente de la República, don Francisco I. Madero.

Víctima de las trágicas consecuencias del funesto Tratado de paz de Ciudad Juárez, el gobierno de los señores Madero y Pino Suárez se inició cuando se acababa de rebelar abiertamente, el general Emiliano Zapata con sus huestes del sur enarbolando el Plan de Ayala, proclamando el 25 de noviembre, que exigía la restitución y dotación de tierras a los campesinos. Agrégase a esto la ridícula rebelión del general don Bernardo Reyes, quien pasó la frontera norte el 13 de diciembre, que aunque nada hizo, fue motivo de alarma. A fines de enero de 1912 estalló la rebelión de los hermanos Emilio y Francisco Vázquez Gómez en Ciudad Juárez, secundada por el profesor Braulio Hernández, en Chihuahua, y por la guarnición de Casas Grandes. El 3 de marzo se sublevó en la ciudad de Chihuahua el general Pascual Orozco Jr., arrastrando consigo la casi totalidad de las fuerzas irregulares del Estado, pues sólo el general Francisco Villa permaneció fiel al gobierno. Esta rebelión costó mucha sangre a México. El 16 de octubre se rebeló en la ciudad de Veracruz el general Félix Díaz, sobrino del derrocado dictador, por lo que se le llamaba "el sobrino de su

tío". Todas estas rebeliones fueron dominadas, con excepción de la de Zapata, que era social. Debe añadirse a este estado de cosas la oposición al gobierno en las Cámaras, en su mismo gabinete y el feroz libertinaje de la prensa que tan vilmente aprovechaba la libertad que se le había concedido para atacar a su benefactor, el presidente Madero y a su gobierno.

Al fin sobrevino la definitiva cuartelada que derrocó al gobierno. Estalló en Tacubaya el domingo 9 de febrero como a las 4 de la mañana, en pro de Félix Díaz, dirigida por los generales Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz. Al mismo tiempo, rebeláronse los alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes de Tlalpan, que se apoderaron del Palacio Nacional. Gracias a la heroica lealtad del entonces mayor Juan Manuel Torrea, el comandante militar de la Plaza, general don Lauro Villar, logró recuperar el Palacio. Allí perecieron los generales Bernardo Reyes y Gregorio Ruiz.

Después de su fracaso en el Palacio Nacional, los rebeldes atacaron la Ciudadela, que cayó en su poder a la una de la tarde. Los siguientes días fueron de lucha contra los rebeldes, en la que se vio la lentitud mal intencionada con que actuaba el general Victoriano Huerta, jefe de las fuerzas del gobierno. El 18, el traidor Huerta desconoció al gobierno, se unió a los rebeldes, hizo prender a los señores presidente y vicepresidente de la República y asumió el poder. No se encontraban juntos ambos altos funcionarios cuando fueron prendidos, pues el licenciado Pino Suárez había salido de la Presidencia para dirigirse a la Secretaría de Guerra, siendo detenido en el patio grande del Palacio en unión de los ministros, don Ernesto Madero y don Rafael Hernández, en tanto que el señor Madero lo fue en el Patio de Honor. El vicepresidente fue encerrado en uno de los garitones de la puerta central del Palacio, de donde se le llevó a la Intendencia de la Presidencia, en la que estuvo prisionero con el presidente y el general don Felipe Ángeles.

Obligados por la terrible realidad, los señores Madero y Pino Suárez renunciaron sus altos cargos el 19, poniendo algunas condiciones en bien del país y otra que consistía en que la doble renuncia no sería presentada

al Congreso antes de que ellos se encontraran a bordo del vapor *Cuba*, surto en Veracruz, generosamente ofrecido por el ministro cubano don Manuel Márquez Sterling para llevarlos a La Habana.

No cumplió este compromiso el usurpador, y los señores Madero y Pino Suárez fueron sacados de su prisión pasadas las 10 de la noche del día 22 y conducidos en dos automóviles a espaldas de la Penitenciaría, en donde fueron asesinados a balazos, el primero por un mayor de rurales de nombre Francisco Cárdenas, y el segundo por un cabo, también de rurales, llamado Rafael Pimienta. Fueron sepultados el día 24; el señor Madero en el panteón Francés y el licenciado Pino Suárez en el Español.

El 22 de febrero de 1920 fueron trasladados los restos del licenciado Pino Suárez al panteón Francés, y el 11 de agosto de 1939 depositados en una fosa inmediata a la del Madero.

[*Boletín Bibliográfico*, 15 de febrero de 1964]

Semblanza de José María Pino Suárez

Miguel Alonso Romero

El licenciado José María Pino Suárez desde muy joven fijó su residencia en Yucatán, donde se le acogió con generales simpatías. En la “ciudad blanca” formó un hogar respetable, dedicándose entre otras actividades al ejercicio de la profesión de abogado. Caballero ejemplar, mereció el más alto concepto de propios y extraños. Como intelectual, escritor brillante, poeta de altura... fue objeto de distinguidos honores en el seno de las sociedades culturales que se ufanaban en seleccionar a sus miembros.

Pino Suárez, poeta, como tropical auténtico, en sus producciones hace gala de sensibilidad artística, como se advierte en el amoroso racimo de poemas que denominó *Melancolías*; en tanto que en *Procelarias*, otro bello grupo de versos del mismo autor, palpita un temperamento revolucionario. En el haz de *Composiciones varias* abunda un sentido poético que encanta. Los versos del bardo tabasqueño revelan claramente su modo de ser franco, generoso, altivo o ponderoso según las circunstancias.

En el libro denominado *Melancolías y Procelarias* reunió sus poemas dispersos en periódicos y revistas; desafortunadamente, las ediciones se agotaron muy pronto. Por consiguiente, muchos de sus admiradores no tuvimos el privilegio de guardarlo en nuestras bibliotecas bajo siete llaves. Pero el licenciado Alfredo Pino Cámara, hijo muy estimable del poeta, en su afán de conservar aquel tesoro, tuvo la civilizada idea de hacerlo reeditar en 1930, “con el único objeto de rendir un homenaje a la memoria del autor

y provocar en los que fueron sus amigos un recuerdo amable y afectuoso". De ahí que haya podido ocuparme brevemente de su contenido...

Si en las diversas actividades de su vida intensa, el licenciado Pino Suárez fue siempre un índice, como periodista se mantuvo erguido en el campo de la prensa libre. Pregonaba sin ambages: "Más vale ser simple espectador que actor en una representación de títeres". Periodista de combate durante los días álgidos de la dictadura porfiriana, y siendo director de *El Peninsular*, diario independiente de la ciudad de Mérida, afrontó con valor y dignidad las responsabilidades del delicado cargo, ya que en las columnas de aquel órgano memorable, jamás tuvieron laxativas los devotos de la "libre expresión", quienes habitualmente iban a dar con sus arrestos libertarios a los separos de la Penitenciaría Juárez, como los déspotas de aquellos tiempos apellidaron irónicamente dicho antro dantesco de reclusión.

Me es grato recalcar que en aquel diario dirigido por Pino Suárez, nos iniciamos en el periodismo sin amos.

Nuestro eminente maestro de Filosofía y Letras, don Manuel Sales Cepeda, "apóstol del culto más hermoso de la tierra, el amor al arte y a la belleza", cuyas sabias enseñanzas y nobles orientaciones alentaban a batir alas hacia planos superiores, fue quien me relacionó con el licenciado Pino Suárez, que indudablemente estaba predestinado a constituir un factor de brillantes relieves en la conquista de nuestros mejores destinos.

Es evidente que a la sencillez patriarcal y demás virtudes humanas inherentes al licenciado Pino, se debió en gran parte su extraordinaria popularidad. Profesionistas, estudiantes, políticos y aspirantes a la "buena nueva", como calificábamos en las aulas a la Revolución en cierne, íbamos a escuchar sus pláticas, porque don Pepe, como le decíamos sus amigos, no era un demagogo, y sí un convencido de que "no hay mal que dure 100 años".

A todas esas razones tan difíciles de juntar en una sola personalidad, y a las relevantes virtudes cívicas del licenciado Pino Suárez se debió que

sus partidarios y amigos nos fijáramos en él para gobernar constitucionalmente el estado. Pero los malquerientes políticos del ilustre adoptivo del Mayab, denominaron lo que en los comicios había sido un legítimo ejemplo de democracia electoral, "imposición del señor Madero". Igual cargo se hizo al Caudillo de la Revolución cuando aquél fue electo por abrumadora mayoría candidato a la vicepresidencia de la República el 3 de septiembre de 1911, en la histórica convención del teatro Hidalgo.

En el breve lapso de 15 meses, el licenciado Pino fue gobernador de Yucatán, ministro de Educación Pública y vicepresidente de la República, tiempo perentorio para poder juzgar con serenidad las capacidades de un hombre en tales puestos. Empero, muchos volúmenes podían escribirse acerca de la solvencia moral, intelectual, política y revolucionaria del vicepresidente mártir. Aunque basta la síntesis que antecede para fijar una idea de quien puede servir de guía a los vacilantes o carentes de fe en los máximos embates. El camino que señaló el licenciado Pino Suárez, es definitivo: "Ser íntegro, leal, por más que haya que pagar con la vida tan excelsas virtudes".

Sin embargo, la historia ha sido ingrata con el licenciado Pino Suárez, mejor dicho, los historiadores de bandería, ya que la justicia debiera ser el índice severo de la verdad histórica. Pero no ha sido así. Por eso padecemos tantos panegiristas que mueven a risa, y críticos que pugnan con la más elemental moral. Aunque el mérito, como ha dicho el poeta, "es el náufrago del alma, vivo se hunde, pero muerto flota".

La Asociación de Diputados Constituyentes de 1916-1917, en atención a la plausible iniciativa de nuestro recordado Colega de Jornada Queretana, doctor Salvador R. Guzmán, ya fallecido, ha puesto todo su empeño cerca de las autoridades indicadas, para que en el 49º aniversario del nefando asesinato del vicepresidente de la República, señor licenciado Pino Suárez, por los sicarios de la Ciudadela, sean trasladadas sus cenizas del panteón Francés a la Rotonda de los Hombres Ilustres, como fervoroso homenaje a su memoria.

La “imposición” de Pino Suárez

José Pino Cámara

En estos últimos años se ha suscitado el fenómeno, cada vez más perceptible, de una escisión sentimental entre la provincia y la capital. La provincia, que en viejos husos de oro desvaído teje sueños nostálgicos de imposible grandeza; en tanto que un duro, brutal trabajo atrofia sus músculos y desmadeja su alma, vese impelida, cada vez más, a separarse de la capital, donde toda opulencia tiene su asiento y que, en su esplendor parasitario, siente con acrecentado fervor que es Cuautitlán todo lo que yace en su derredor. No puede haber vínculos auténticos entre la una y la otra. Y así vamos perdiendo los oscuros provincianos interés por lo que ocurre en la capital. Debido a ello, quizá, no fue sino tardíamente que me enteré, y ello por trasmano, de las violentas diatribas que ha venido formulando el señor licenciado Rubén Salido Orcillo, contra la personalidad de mi padre, el licenciado José María Pino Suárez, coautor, con Francisco I. Madero, de nuestra Revolución.

La luz se aleja cuando el camino se prolonga, decía Goethe, y acaso por eso ha ido perdiendo el señor licenciado Salido certidumbre en la mirada. Como *leit motiv* de una actitud que quiere ser implicable, manifiesta que hubo apostasía en el credo democrático de Madero cuando impuso a Pino Suárez. Cabe, en primer lugar, decirse que Madero nunca impuso la candidatura de Pino Suárez a la vicepresidencia de la República. Brotó dicha candidatura de la espontánea voluntad colectiva de una Convención. Pero, haciendo abstracción de esa falaz distorsión de los hechos, es evidente que incurre en error

el señor Salido cuando confunde la expresión de un deseo de Madero con una imposición.

En los pocos regímenes presidenciales en que subsiste la figura de un vicepresidente se ha admitido como legítimo el deseo del candidato a la Presidencia de que se elija a determinada persona para que lo supla, eventualmente, en las funciones inherentes a su cargo. Así, Roosevelt sugirió a Truman como su posible sucesor, no obstante que un considerable grupo, en su propio partido, prefería a Wallace. Y no por eso va a decirse que hubo por parte de Roosevelt imposición. Y es que aparece plausible, desde cualquier punto de vista que se contemple, semejante actitud. El presidente y el vicepresidente deben estar identificados plenamente en sentimientos e ideas, para que haya unidad y continuidad en su obra, en caso de la desaparición de aquél.

La personalidad de Vázquez Gómez, respetable por muchos conceptos, no ofrecía a Madero las suficientes garantías de seguridad. Y hechos posteriores justificaron, sin adarme de duda, la clarividencia del apóstol. Vázquez Gómez, inteligente, dinámico, padecía, no obstante, de una invencible ambición, que hubiera truncado la obra de Madero. Como tantos otros políticos mexicanos, postergaba en su ánimo, Vázquez Gómez, los más puros ideales a la bastarda afirmación de su personalidad, a una egolatría irreducible e insaciable.

No quiero referirme a quisicosas vanas, como la que si fuera mi padre yucateco o tabasqueño, vegetariano o no. Fue ante todo un mexicano que sintió profundamente el dolor por el que discurría, hace 50 años, su patria. Entonces, como ahora, los campos yertos, carcomidos, exangües, proyectaban hacia el infinito su cenicienta uniformidad trágica. Pero ahora, y demasiado proclives están las generaciones actuales a olvidarlo, vibra en esos campos, espiritualizados por el dolor, un pueblo a quien la justicia ha impulsado hacia nuevas y optimistas metas. La sangre de Madero y Pino Suárez ha contribuido a instalar en nuestro pueblo ese ánimo. Sería imperdonable olvidarlo.

Va a ser medio siglo que acaeció el crimen magno. Nuevas generaciones han surgido de las fecundas entrañas mexicanas. Quienes ayer sufrimos en nuestra propia carne el doloroso gestar de esta Revolución memorable, bendecimos, sin embargo, su labor. La traición, la rapacidad, el rastrero y cobarde egoísmo han logrado opimas cosechas en los surcos abiertos por la Revolución, la nuestra, la única y bien amada, la que, a pesar de todo, atrae y subyuga nuestros corazones, ateridos por los años. Y lo que conmueve nuestra alma y le devuelve en toda su integridad el prístino fulgor que hace 50 años la iluminara, es la contemplación de las conquistas ásperamente alcanzadas en el espíritu de las nuevas generaciones mexicanas. La juventud, que sobre rescoldos aún ardientes, se levanta, es audaz y generosa. Un nimbo de dignidad se percibe en su semblante. No se inclina cortesana ante el destino sino que se apresta vigorosa a domeñarlo a sus plantas.

Por eso, si no por otras causas, merecen Madero y Pino Suárez nuestro respeto. Porque han auspiciado el advenimiento de esta juventud briosa y gallarda.

[*Novedades*, 18 de enero de 1963]

Poemas de
José María Pino Suárez

A LA JUVENTUD

*Para los jóvenes literatos
de la sociedad "Lord Byron"*

Dichosos, ¡oh vosotros!, los que vivís soñando
en ideales de arte y en anhelos de gloria,
y por florida senda penetráis a la historia,
a la belleza augusta y a la virtud cantando.
Que como errantes pájaros de vuelo poderoso
al sol tendéis las alas, llevando en la pupila,
fulgores más intensos que los que el sol rutila;
y en el cerebro, empuje de océano proceloso.
Que con la frente erguida miráis la enhiesta cumbre
donde el volcán desata su furia vengadora,
y en donde el rayo prende su luz deslumbradora
que ciega y que fulmina a ignara muchedumbre.
¡Oh juventud excelsa! Bien haces, cuando, altiva,
los insistentes ojos, elevas a la altura:
la luz de los ideales muriente ya fulgura,
y a ti tan sólo salvarla rediviva.

15 mayo de 1908.

José María Pino Suárez. *Melancolías y Procelarias*

CINCO DE MAYO

Pasaron Moctezuma Ilhuicamina,
Cuauhtémoc y Cortés con sus hazañas,
la indomable ambición de las Españas,
la enamorada, intrépida, Marina.
El águila de Anáhuac, peregrina,
vuelve altiva a posarse en sus montañas;
mas, ¡oh patria infeliz!, huestes extrañas
vienen, después, a pretender tu ruina.
Oponiendo la fuerza a tu derecho,
hollar quieren tu honor republicano,
pero encuentran un héroe en cada pecho,
un Cuauhtémoc en cada mexicano...
y al dar a Francia la lección severa,
respetó el universo tu bandera.

Mérida, 1890.

José María Pino Suárez. *Melancolías y Procelarias*

¡ADIÓS...!

Adiós, voy a partir, en breves horas
gallarda nave se dará a la vela
y surcará las ondas mugidoras,
como alado corcel que raudo vuela,
llevándome de aquí.
Mañana que al alzarse en el oriente
el Astro-Rey surgiendo de los mares,
te traiga con sus rayos, dulcemente,
las notas que me arranquen mis pesares,
¡acuérdate de mí!

Que en la noche callada y misteriosa
cuando en las ondas plácidas del río
surja la luna, bella, esplendorosa,
soñando en el amor, dulce bien mío,
ime acordaré de ti!

Y si al herir la clave de tu piano
brota a raudales toda la poesía
que le arranca tu genio soberano,
acuérdate de mí, gentil María,
iacuérdate de mi!

Que cuando vague a orillas del torrente,
de la selva escuchando los rumores,
en el éxtasis puro que se siente
de esa vida entre pájaros y flores...
ime acordaré de ti!

Mérida, 1894.

José María Pino Suárez. *Melancolías y Procelarias*

A MI MADRE

Yo no te conocí, madre querida;
nunca sintió mi frente de proscrito
ese ósculo de amor santo y bendito
que redimiera mi alma dolorida.
Del infortunio cruel bajo la égida
me hallé desde la cuna, que es un mito
cualquier amor, sí falta el infinito
amor de los amores en la vida.
Y cual la débil yedra que rastrea
sin encontrar la encina salvadora

que le sirva de apoyo, así a porfía,
del mundo artero en la mortal pelea,
he invocado tu sombra bienhechora,
¡he implorado tu auxilio, madre mía!

San Juan Bautista, 1895.

José María Pino Suárez. *Melancolías y Procelarias*

PAX ANIMA

¡Oh mi risueño hogar!, playa bendita
en cuya margen pura
se detiene y jamás se precipita
la onda arrolladora y engañosa,
tan llena de amargura,
de la vida intranquila y tormentosa.
¡Oh mi plácido hogar!, ¡mi hogar querido!,
de tiernos corazones
acerado broquel, caliente nido,
cuyo ramaje con furor azotan
las férvidas pasiones,
y en la brega sus ímpetus agotan.
Y tus puertas me postro y te bendigo,
Oasis de mi vida,
y en tu inocente y generoso abrigo,
santuario de todos los amores,
mi alma enternecida
viene por fin a deshojar sus flores.
No más sueños, ni más locos anhelos
perturbarán sombríos
la majestad augusta de tus cielos.

De hoy más, en tus serenos horizontes
se esfumarán las brumas
de los enhiestos y escarpados montes;
y veré disiparse en tus riberas,
de marinas espumas
que el huracán formó, las cordilleras.
Quiero en tus verdes y floridos campos
descansar sonriente,
y que de amor a los hermosos lampos
se resbale la nave ya impelida
por la mansa corriente
de las serenas ondas de la vida.
Y así vivir; y cuando llegue el día
de dar mi adiós postrero
a lo que fue mi encanto y mi alegría,
en el plácido y dulce arrobamiento
de tu halago sincero
para siempre exhalar mi último aliento.

Mérida, 1900.

José María Pino Suárez. *Melancolías y Procelarias*

SURSUM

A mi musa

No más versos de amar y desencanto;
que ni al doliente corazón acallan,
ni esforzados se yerguen y batallan
contra la dura pena y el quebranto.
Broten, de hoy más, en el rebelde canto
las tempestades que en el alma estallan

y del poder hacia las cumbres vayan
las voces del derecho sacrosanto.
Cuando las multitudes irredentas
se revuelvan en potros de tormento,
y de justicia, y de piedad sedientas,
alza en vano el desgarrado acento,
los ayes de las liras son afrentas:
¡no lancemos, de hoy más, quejas al viento!

Mérida, 8 de julio, 1905.

José María Pino Suárez. *Melancolías y Procelarias*

ALMA DE LUCHA

Para Isidro Mendicuti Ponce

Combatir contra todos los tiranos
y contra toda imposición injusta,
defender la verdad santa y augusta
y del Paria los fueros soberanos.
Sólo a hombres libres extender las manos;
a los serviles: descargar la fusta
de nuestra frase señorial y adusta
con valor y civismo catonianos.
Contra el Error y la Injusticia alertas,
montar la guardia austera y formidable
del Honor y el Deber ante las puertas.
Y en el suplicio siempre inacabable
de Tántalo infeliz, dejar abiertas
nuestras alas con rumbo a lo insondable...

Mérida, 12 de agosto, 1905.

José María Pino Suárez. *Melancolías y Procelarias*

A LA LIBERTAD

Para Manuel Irigoyen Lara
No eres, ¡oh libertad!, un nombre vano,
ni en vano sirves de pretexto al crimen;
que los que al hombre sin piedad oprimen
el yugo sienten de tu férrea mano.
Y cual las ondas del inmenso océano
las multitudes irredentas gimen
hasta que sopla el huracán y esgrimen
su brazo vengador contra el tirano.
Y ¡ay! de la raza que aguantó el ultraje
de llevar en la frente pensadora,
de odiosa esclavitud el tatuaje;
como el mar en su furia arrolladora,
¡la arrasará con su tremendo oleaje
la libertad augusta y redentora!

Mérida, agosto de 1907.

José María Pino Suárez. *Melancolías y Procelarias*

A JUÁREZ

En medio de horroroso desconcierto
surgiste como un alba redentora,
y nos guiaste a la cima salvadora
al través del Mar Rojo y el Desierto.
Y dictaste magnánimo y experto
las tablas de tu ley benefactora,
y poniendo a la luz la blanca prora
señalaste a la patria rumbo cierto.

Y creíste, señor, en la victoria,
y confiaste, sereno, en la grandeza
futura de tu pueblo; y en la gloria,
transfigurado hundiste la cabeza...
mas, despierta, señor, contempla el caos,
y otra vez di a tu pueblo: ¡Levantaos!

Mérida, abril de 1907.

José María Pino Suárez. *Melancolías y Procelarias*

A LA VERDAD

Fanal inmenso en el espacio abierto
que en la oscura conciencia reverbera,
y cuya luz la humanidad entera
prosigue en marcha hacia seguro puerto.
Accidentado, claudicante, incierto,
del hombre el paso por la vida fuera,
si tu voz para siempre enmudeciera
como la eterna Esfinge del desierto.
Que al eclipsarse el sol de tu justicia,
la conciencia lanzada al fondo abismo
del error, en horrendo cataclismo
la Humanidad hundiera, y en tu nombre,
harían la maldad y la injusticia
la explotación del hombre por el hombre.

Polyuc, julio de 1907.

José María Pino Suárez. *Melancolías y Procelarias*

A MIS HIJOS

Venid a mí; que en vuestras frentes lea
al través del cristal de mi ternura,
la página de gloria que perdura,
cual de mi vida singular presea.
Venid a mí; que en vuestros ojos vea,
tras el azul del cielo en que fulgura
vuestra inocencia candorosa y pura,
de un nuevo Sol, del orto que chispea.
Triunfaréis ¿Por qué no? Lleváis impreso
de mi lucha viril el sello fuerte,
y vuestra madre os dio con embeleso
los tesoros de amor que su alma vierte.
¡Ya triunfé, yo también, sintiendo el beso
de la inmortalidad tras de la muerte!

Polyuc, 1906.

José María Pino Suárez. *Melancolías y Procelarias*

SIC SEMPER

Para Gonzalo Pat y Valle

Atleta y luchador, sereno y fuerte
hoso el semblante y la cabeza erguida voy librando el com-
bate de la vida
de cara al soplo de la adversa suerte.
Y jamás en afrenta se convierte
la queja que de mi alma estremecida
se exhala, alguna vez, entristecida,
mirando a las riberas de la muerte.

¡Que si en veces lloré alguna derrota,
o el temblor reprimí de mi coraje,
a excelsitud más alta nos levanta,
rodar vencidos, con la espada rota,
rindiendo hasta la muerte vasallaje
del Deber ante el ara sacrosanta!

Mérida, 1905.

José María Pino Suárez. *Melancolías y Procelarias*

Tercera parte
Escritos de Madero

Algunos aspectos del ideario de don Francisco I. Madero

- La libertad es un bien precioso sólo concedido a los pueblos dignos de disputarla.
- Que vengan las luchas de la idea, que siempre serán luchas redentoras, pues del choque de éstas siempre ha brotado la luz, y la libertad no la teme, la desea.
- El poder absoluto corrompe a quienes lo ejercen y a quienes lo sufren.
- Nadie sabe de lo que es capaz un pueblo cuando lucha por su libertad.
- Demostraremos con hechos que no hay esfuerzo perdido cuando lleva un fin bueno.
- Todos unidos dediquemos nuestros esfuerzos a trabajar por el engrandecimiento de México.
- Más vale un puñado de valientes que una legión de tímidos.
- Los pesimistas generalmente intentan ocultar su miedo encontrándolo reflejado en los demás.
- Cuando los pueblos abdican de sus libertades, la fatalidad los persigue.
- Los hombres más humildes con los poderosos son los más déspotas con los débiles.
- A los hombres no podemos juzgarlos por un acto, ni por varios actos aislados de su vida.
- El único sentimiento que me guía es el amor a la patria.

Las dictaduras militares

Las dictaduras militares tienen efectos diversos según su naturaleza cuando son francas y audaces, no tienen otro efecto que el de marcar un paréntesis en el desenvolvimiento democrático de los pueblos, después del cual viene una poderosa reacción que restablece la libertad en todo su esplendor, y al pueblo en el uso de sus derechos.

En cambio, cuando la dictadura se establece en el fondo y no en la forma, cuando hipócritamente aparenta respetar todas las leyes y apoyar todos sus actos en la Constitución, entonces va minando en su base la causa de la libertad, los espíritus se ven oprimidos suavemente por una mano que los acaricia, por una mano siempre pródiga en bienes materiales, y con facilidad se doblegan, y ese ejemplo, dado por las clases directoras, cunde rápidamente, al grado de que pronto llega a considerarse el servilismo como una de las formas de la cortesía, como el único medio de satisfacer todas las ambiciones... las ambiciones que quedan cuando se ha matado en los ciudadanos la noble ambición de trabajar por el progreso y el engrandecimiento de su patria, y sólo se les ha dejado y se les ha fomentado la de enriquecerse, la de disfrutar de todos los placeres materiales.

Estos placeres llegan a ser el único campo de actividad para los habitantes de un país oprimido, puesto que, no habiendo libertad, les están vedados los vastísimos campos que ofrecen las prácticas democráticas, las que necesita el pensamiento para elevarse sereno, a las alturas donde se encuentra la clarividencia necesaria para discurrir sobre los negocios

públicos, teniendo esto por consecuencia inmediata, el enervamiento de los pueblos, la muerte en su germen de las nobles aspiraciones, de los ideales levantados, y haciéndoles perder la idea de su responsabilidad para con la patria, resulta que cuando llegan los momentos de supremo peligro, el pueblo permanece indiferente, la patria se encuentra sin defensores, sus hijos la han olvidado y la dejan caer inerme bajo los golpes del invasor extranjero.

Los que llevan una vida regalada, tranquila, despreocupada, entregados a las mil diversiones que proporcionan las bagatelas que acompañan a nuestra civilización, los que sólo se preocupan por su bienestar material, encontrarán sin duda que soy un espíritu pesimista, que veo todo con colores demasiado sombríos; pero que esas personas se tomen la molestia de hojear la historia, y verán la suerte que han corrido los pueblos que se han dejado dominar, que han abdicado todas sus libertades para entregarse a los placeres, que han sacrificado la idea de patriotismo, que significa abnegación, a la del más ruin de los egoísmos; que han dejado de preocuparse de la cosa pública, para ocuparse exclusivamente de sus asuntos privados.

[La sucesión presidencial en 1910]

El poder absoluto en México

Para apreciar debidamente la nefasta labor del absolutismo, veamos cuál es el ideal que debe perseguir todo gobernante que ama a la patria.

Desde luego podremos citar como un bellísimo programa de gobierno, el que tan elocuentemente encerraba en estas palabras el inmortal Morelos, cuando convocó al Congreso de Chilpancingo:

Soy el siervo de la nación, porque ésta asume la más grande, legítima e inviolable de las soberanías; quiero que tenga un gobierno dimanado del pueblo y sostenido por el pueblo. Quiero que hagamos la declaración de que no hay otra nobleza que la de la virtud, el saber, el patriotismo y la caridad; que todos somos iguales, pues del mismo origen procedemos, que no hay abolengos ni privilegios, que no es racional, ni humano, ni debido que haya esclavos; que se eduque a los hijos del labrador y del barretero como a los del más rico hacendado y dueño de minas; que todo el que se queje con justicia tenga un tribunal que lo escuche, lo ampare y lo defienda contra el fuerte y el arbitrario; que tengamos una fe, una causa y una bandera bajo la cual juremos morir antes que ver a nuestra patria oprimida como lo está, y que cuando ya sea libre, estemos siempre listos para defender con toda nuestra sangre esa libertad preciosa.

En estas sencillas palabras están pintados, con elocuencia conmovedora, los grandiosos ideales con que soñaban quienes no vacilaron en derramar toda su sangre para legarnos la preciosísima conquista de nuestra independencia.

Ese ideal es el que aún alienta a todos los pechos generosos que sobreponen el amor a la patria a las ruines pasiones.

Pues bien, el poder absoluto del general Díaz ha creado en México una situación muy distinta de la soñada por Morelos.

El jefe de la nación, en vez de ser siervo y acatar los decretos del pueblo, se ha declarado superior a él y desconocido su soberanía; así es como el gobierno actual no está nombrado por el pueblo ni sostenido por él. Su fuerza dimana de las bayonetas que lo llevaron de Tecuac al Palacio Nacional, en donde lo sostienen todavía.

La nobleza de la virtud, del saber, del patriotismo, es completamente desconocida por la actual administración, que sólo premia las acciones de los que le sirven y adulan, y persigue a todos los que no se doblegan.

La instrucción pública es tan desigual, que mientras en la capital de la República y en las grandes ciudades se construyen costosos y espléndidos edificios dedicados a la enseñanza, y se mandan a educar a Europa muchos de los afortunados, permanece aún el 84 por ciento de la población sin conocer las primeras letras.

En cuanto a la administración de justicia, está tan corrompida, que para fallarse cualquier litigio de importancia, se toma en consideración, no la justicia de su causa, sino las influencias de los litigantes, resultando que el “hilo siempre se revienta por lo más delgado”, como vulgarmente se dice; así es que la administración de justicia en vez de servir para proteger al débil contra el fuerte, sirve más bien para dar forma legal a los despojos verificados por éste.

Por último, para que estuviéramos resueltos a defender nuestra patria hasta morir, necesitaríamos que se nos enseñara a amarla, y hasta ahora no ha pasado tal cosa; vemos que entre nosotros goza de más prerrogativas el extranjero que el nacional; que cuando debemos litigar en países extraños confiamos más en la justicia, que en el nuestro; que una parte de nuestros conciudadanos se han apropiado las riendas del gobierno y declarado ineptos para llevarlas a todos los demás mexicanos, y no solamente, sino que los han

declarado incapaces hasta para designar los funcionarios públicos, y que, en vez de combatir esa incapacidad por medio de la instrucción y de las prácticas democráticas, se les impide con la fuerza bruta cualquier ensayo que intentan para elevarse.

Por consecuencia, se ha acabado el patriotismo entre nosotros, porque hay que decirlo claro: el patriotismo no solamente se demuestra en el momento de una guerra extranjera, rechazando una agresión injustificada, sino que debe manifestarse constantemente, puesto que en tiempo de paz es cuando pueden organizarse las fuerzas de una nación, y no es lógico esperar grandes esfuerzos en la defensa de la patria, de hijos que no han sabido trabajar para fortalecerla.

No hay que imaginarse que para sostener las guerras extranjeras lo único necesario sea el dinero; esto es cierto solamente para las guerras de conquista, a las que se refería el gran Napoleón. Para las guerras defensivas lo indispensable, ante todo, es el patriotismo: España, el país más pobre de Europa, fue el único que Napoleón nunca pudo someter.

Aquí en México, a no ser por el patriotismo de un puñado de héroes, habríamos perdido nuestra independencia cuando en Puebla fueren destruidos nuestros elementos de guerra por el ejército francés.

Pues bien, esos patriotas se habían forjado en las luchas democráticas, en las guerras intestinas, defendiendo nuestros caros principios de libertad. ¿Dónde están ahora esos hombres que salven a la patria en caso de peligro?

Todas las esperanzas de la nación las han querido concentrar en un anciano octogenario.

Éste, celoso de su poder más que de las glorias patrias, no ha preparado a la nación para una defensa seria, ya que en vez de militarizarla adoptando algún sistema económico, se ha reducido a sostener un ejército que sólo sirve para oprimirnos.

Por otra parte, vemos que el general Díaz ya no puede con la carga del gobierno, y quizá para evitarse la dificultad de resolver problemas arduos, prefiere posponer su resolución indefinidamente, y está amontonando pro-

blemas que revestirán una importancia pavorosa cuando tengan que resolverse todos de golpe, con la muerte del que ha logrado mantener un equilibrio artificial en nuestra situación.

No declamamos. ¿Qué haremos con la concesión otorgada a Estados Unidos, para que ya no hagan uso de la Bahía de la Magdalena como estación carbonífera, cuando la nación no quiera prorrogar el permiso?

¿En dónde encontraremos al que ha de llevar constitucionalmente las riendas del gobierno, si sólo conocemos criaturas del general Díaz, que engraidos con su política han de querer seguirla?

Indudablemente que existen hombres de mérito; pero no los conocemos, ni ellos mismos han tenido tiempo de formarse en las candentes luchas de la idea, en el vasto campo de la democracia.

En resumen, el poder absoluto ha aniquilado las fuerzas de la nación, porque los ciudadanos que podrían prestar su contingente para la buena marcha del gobierno, se han abstenido de hacerlo por temor de no aparecer como descontentos. Esa costumbre les ha hecho perder todo interés por la cosa pública, sabiendo que no podrán remediar la situación.

Tal indiferencia en el elemento intelectual, ha paralizado todo esfuerzo por el mejoramiento. Las mismas autoridades, viéndose adultas en todos sus actos, creen firmemente que no se puede hacer más ni mejor.

Además, los pueblos son siempre influidos por el ejemplo de arriba. Los que gobiernan, embriagados por la adulación, van dando poco a poco rienda suelta a sus pasiones; por costumbre, vulneran la ley y sus más solemnes protestas las ven como fórmulas vanas. Como resultado, el pueblo también va dando rienda suelta a sus pasiones, según lo atestigua el aumento pavoroso del alcoholismo, la criminalidad y la prostitución; se acostumbra a no apreciar el imperio de la ley; obedece servilmente al principio de autoridad, y se acostumbra al disimulo, amoldándose en todo al medio en que se encuentra.

Total: una nación en donde la virtud es encarnecida y burlada; el éxito siempre premiado aunque sea obtenido a costa del crimen, y el patriotismo

visto con desdén o perseguido, tiene que ir por una pendiente fatal, a donde la impulsan además las riquezas con todas sus voluptuosidades.

Los hombres superiores, los que con la clarividencia del patriotismo han visto el peligro, permanecen silenciosos; una mordaza terrible los ahoga y les impide articular una palabra.

Que en estas circunstancias venga una tempestad sobre la patria y adiós independencia; la perderemos con la misma indiferencia con que hemos perdido nuestra libertad; y así como hemos visto pisoteada nuestra Constitución, veremos hollar nuestro territorio.

En tal caso, la pérdida de nuestra independencia no sería considerada como un mal por los hombres de negocios, pues todas las propiedades subirían de valor; y como el espíritu mercantil es el único que se ha desarrollado a la sombra del despotismo, resultará que ese espíritu seguirá invadiendo poco a poco todas las masas sociales, hasta que llegue a predominar lo que en estos tiempos se llama “ser práctico”, y todo el mundo “será práctico” y a nadie se le meterá en la cabeza la locura de dejarse matar por defender a la patria, pues la patria, ¿qué es?. “Es un mito, una cosa inmaterial, intangible, que no produce nada”.

Ese principio ha llegado a ser el criterio nacional en gran parte de la República, pues ya hemos visto cómo se expresan algunos malos hijos de México que habitan la Baja California; la indiferencia con que el pueblo se enteró de la concesión de la Bahía de la Magdalena, y más que todo, estamos presenciando el indiferentismo con que todos dejan hollar sus más sagrados derechos de ciudadanos.

Quizá al leer esto asome una sonrisa volteriana a los labios de los escépticos, otros pensarán que vemos el porvenir al través de la lente del pesimismo.

Que todas esas personas releen el capítulo anterior en donde, a grandes rasgos, procuramos describir los efectos del poder absoluto en el mundo. No hay que olvidarlo, estamos durmiendo bajo la fresca, pero dañosa sombra del árbol venenoso; soñamos deslumbrados por el progreso material; arrullados por la voluptuosidad de la riqueza y el bienestar; enervados por la inacción,

y sobre todo esto, el miedo paraliza nuestras facultades, hasta la del discernimiento, puesto que, para no abochornarnos de nuestra debilidad, exageramos demasiado la importancia de los obstáculos que se nos presentan en el camino del deber, y para no vernos obligados a salir de nuestra inacción, nos convencemos fácilmente de que navegamos por un mar de aceite y que ninguna tempestad asoma por el horizonte de la patria.

Para terminar este capítulo, haremos las consideraciones siguientes: El actual gobierno se ha preocupado tan poco del pueblo, de la clase trabajadora, que tiene establecidos en los estados fuertes impuestos para los trabajadores que emigran aun a otras partes del país en busca de mejores sueldos. Los impuestos están disimulados bajo la forma de una contribución en los contratos de enganche, a razón de tanto por cabeza.

El estudio que hemos hecho de la situación actual, se puede condensar en las siguientes frases: En las esferas del gobierno predomina la corrupción administrativa, pues aunque el general Díaz y algunos de sus consejeros son honrados, no pueden por sí solos saber todo lo que pasa en la República, pero ni siquiera cerca de ellos; bien sabido es que entre las personas que los rodean se cometen grandes abusos, ya sea especulando con los secretos de Estado o ya por medio de concesiones ventajosas para ello.

Además, todos los funcionarios públicos se han acostumbrado a burlar la ley, gozan de una impunidad absoluta y están muy engreídos con el actual régimen de cosas.

En las esferas de los gobernados, tenemos en primera línea la clase privilegiada, la gente rica que goza de toda clase de garantías cuando sólo emplea su actividad en los negocios, cosa que no le cuesta mucho trabajo, porque la riqueza siempre ha fomentado el egoísmo. Parte de esta clase es constantemente beneficiada por el gobierno, y la inmensa mayoría, que no lo es, está también contenta con la situación actual, pues le permite dedicarse al hijo, al placer, a todas las voluptuosidades que le proporciona el dinero, y no solamente tiene libertad absoluta para ello, sino que goza de impunidad relativa.

Por último, tenemos la clase humilde, el pueblo bajo que nunca se ve obligado a ir a la escuela y que encuentra en todas partes el medio de satisfacer sus instintos bestiales, sobre todo, el desenfrenado deseo de alcohol. Ése no sabe si estará o no contento, pues en el triste estado de abyección a que está reducido, no se da cuenta de su situación ni sabe si podrá aspirar a elevarse.

Sin embargo, ese pueblo aplaude todos los espectáculos que se le presentan a su vista; aplaude al torero, al cirquero, al cómico, y también aplaude las ceremonias oficiales, que no considera sino como representaciones teatrales en grande escala, pues en el fondo, a pesar de su ignorancia, bien comprende que todo cuanto le dicen es mentira.

Por lo expuesto se verá cómo puede decirse que la mayoría de la República está contenta con el actual orden de cosas. Pero los únicos que no están contentos, son los intelectuales pobres, que no han sufrido la corruptora influencia de la riqueza, y entre los cuales se encuentran los pensadores, filósofos, escritores; los amantes de la patria y de la libertad; la clase media que no tiene grandes distracciones, se dedica al estudio y no recibe ningún beneficio con el actual régimen de gobierno y que, en el taller, mientras pone en juego su fuerza física para el desempeño de su tarea diaria, deja vagar su inquieta imaginación por el espacioso campo del pensamiento, concibiendo brillantes ensueños de redención, de progreso e igualdad; por último, entre las clases obreras, el elemento seleccionado que aspira a mejorar y que ha llegado a formar ligas poderosas, a fin de obtener por medio de la unión la fuerza necesaria para reivindicar sus derechos y realizar sus ideales.

A pensar de lo modesto de estos elementos, la patria tiene cifradas en ellos sus esperanzas, y serán los que la salven.

[Del libro *La sucesión presidencial en 1910*]

Los campesinos y los obreros mexicanos bajo el porfirismo

LA GUERRA DE TOMÓCHIC

La nación no supo de esa guerra, pero se dijo que fue ocasionada porque los habitantes de aquel pueblo, que se encuentra en el corazón de la Sierra Madre, no querían pagar las contribuciones o algo tan baladí e insignificante así. Pues bien, los esfuerzos que hizo el gobierno para arreglar pacíficamente la cuestión fueron bien pocos, y quizá esos esfuerzos fueron neutralizados por la ineptitud, el orgullo o la ambición de los delegados del gobierno. El resultado fue que éste mandó fuerzas federales en gran número, que destruyeron casi por completo el pueblo y acabaron con casi todos los habitantes que opusieron una resistencia heroica y causaron a las fuerzas federales numerosas bajas, al grado de desorganizar por completo los primeros cuerpos que marcharon al ataque.

Ahí tenemos un cuadro terrible.

Hermanos matando a hermanos, y la nación gastando enormes sumas de dinero por la ineptitud o la falta de tacto de alguna autoridad subalterna.

El general Díaz, encerrado en su magnífico castillo de Chapultepec, supo de las dificultades, pidió informes al gobernador, éste a su vez se dirigió a su jefe político o autoridad, verdadera causa del conflicto; ésta informa favorablemente a sus miras, y por los mismos trámites llega ese informe a manos del general Díaz, que juzga necesario mandar batir

a aquellos humildes labradores, pacíficos ciudadanos, que han llegado a ser representados a su vista como terribles perturbadores de la paz pública, y el general Díaz, para hacer respetar el principio de autoridad, ordena que vayan fuerzas a Tomóchic.

En este caso, el criterio del general Díaz fue el del jefe político.

¿De qué nos sirve, pues, que el general Díaz tenga un criterio tan recto, un tacto tan admirable para tratar a todo el mundo, si en muchos casos, por la razón natural de las cosas, su criterio tendrá que guiarse por el del más ínfimo de sus subordinados?

Un valiente y pundonoroso oficial pensador, escritor notable, indignado de las torpezas de sus superiores y por las infamias que les hicieron cometer llevándolos a exterminar a sus hermanos, escribe un bellissimo libro denunciando esos atentados; pero la voz varonil de los hombres de corazón nunca es grata a los déspotas de la Tierra, y ese oficial pundonoroso fue dado de baja y procesado.

El epílogo de ese drama no podría ser más conmovedor: un pueblo destruido por el incendio, regado de los cadáveres de sus valientes defensores, abandonado por las numerosas madres, viudas y huérfanos que muy lejos fueron a llorar su muerte; y más allá, entre los bosques que rodean al pueblo, muchos cadáveres también, pero de resignados oficiales y soldados que, sin saber por qué, fueron los portadores del exterminio a la casa de sus hermanos, y a los cuales hacían melancólicamente los honores de reglamento, los compañeros que les sobrevivieron.

¡La patria perdió muchos hijos!

¡El tesoro nacional fue sangrado abundantemente!

¡Y las contribuciones, origen de esa hecatombe, no fueran pagadas!

¡Mil veces mejor hubiera sido que ese pueblo no pagara contribuciones por algunos años, esperando que las luces de la instrucción penetraran en él, y le hicieran comprender sus derechos!

Pero no; que no conocen sus deberes, a balazos los han de enseñar, en vez de hacerlo por medio de la instrucción.

Éste es el mal de los gobernantes militares: que todo lo quieren hacer valiéndose de la fuerza bruta.

GUERRA DEL YAQUI

Otro atentado del cual no podemos hablar sin sentirnos conmovidos, invadidos de profunda piedad hacia tanta víctima; poseídos de tremenda indignación contra sus verdugos.

¡Cuántas veces nos hemos horrorizado al leer en la prensa las lacónicas noticias del teatro de la guerra!

¡Cuántas veces nos hemos visto impulsados a tomar la pluma para lanzar a la República nuestras protestas indignadas, nuestras vehementes imprecaciones para conmovierla, para pintarle con toda su horrible desnudez los crímenes sin cuento que se están cometiendo en las fértiles regiones bañadas por el Yaqui y el Maya!

Pero, ¿de qué hubiera servido nuestra protesta? ¿Lograríamos conmovir la opinión pública para evitar tal atentado? Indudablemente que nuestros esfuerzos hubieran sido estériles. A una nación oprimida no se le despierta con un escrito aislado, se necesita un conjunto de hechos, que a la vez que la despierten, la hagan concebir esperanza de redención.

Por esas razones, comprimíamos nuestra indignación, ocultábamos nuestras lágrimas, esperábamos llenos de ardor el momento oportuno para lanzar a los cuatro vientos nuestra protesta inflamada de indignación.

Hemos creído el momento llegado, pero si no es así, si nuestro optimismo nos engaña, habremos satisfecho una de las más apremiantes exigencias de nuestra alma, al lanzar este acto de protesta contra tan inicuos atentados.

¡Que sepan los desventurados sobrevivientes de esa heroica raza, que no todos los blancos, los yoris, somos sus enemigos; que sepan los que gimen bajo el látigo del esclavista, que muchos de sus hermanos compartimos su dolor, que lloramos con ellos su esclavitud, que no están solos

en el mundo, que hay quienes se preocupan por su felicidad, que existe una poderosa corriente de opinión que, indignada, clama justicia.

Una vez satisfecha en este preámbulo la necesidad que tenían nuestros sentimientos más afinados de manifestarse; una vez salida de nuestro pecho esta doliente queja; una vez que hemos cumplido con el deber mas elevado que nos exigía nuestro amor a aquella desventurada raza, hermana nuestra, descendamos al terreno de la razón, de la lógica inflexible, para proseguir nuestro estudio.

*

En una de las más feraces regiones de la República, surcada por dos caudalosos ríos que la fertilizan y la fecundan: el Yaqui y el Maya, vivían dedicados a la agricultura y a la ganadería los numerosos miembros de la tribu yaqui. Esos indios se habían desparramado por todo el estado de Sonora y constituían los mejores jornaleros, tanto para la agricultura como para la minería, pues tienen un gran desarrollo físico, una gran resistencia para el trabajo y su inteligencia es superior a la de muchas razas indígenas de las que habitan el vasto territorio de la República.

En la región que ellos ocupaban casi exclusivamente se dedicaban con buen éxito a la agricultura, la ganadería y la pesca, y surtían a Guaymas, Hermosillo y casi todo el estado de Sonora de legumbres, cereales, volatería, mariscos y en general de los productos del mar, así como de los agrícolas y pastoriles.

Esos indios, fuertemente organizados, vivían independientes de la acción del gobierno mexicano, dándose sus propias leyes y viviendo bajo el régimen patriarcal. Estaban en paz, y quizá había menos disturbios y más seguridad en los caminos de Sonora que en muchas otras regiones de la República, antes de que los ferrocarriles vinieran a ayudar poderosamente la acción del gobierno en la persecución de las gavillas de bandoleros.

Pues bien, durante el gobierno del general Díaz, que tan pródigo ha sido con los terrenos nacionales, llamados baldíos, se dio una concesión

para explotar los terrenos del Yaqui a algunos amigos de la administración o de sus miembros más influyentes. Estos traspasaron sus derechos a una compañía extranjera que fracasó en sus trabajos.

Pero lo más funesto del asunto fue que los yaquis se vieron despojados de los terrenos que cultivaban desde tiempo inmemorial, y como eran valientes, numerosos y estaban bien armados, empezaron a defender sus propiedades con rara energía.

El gobierno federal, informado por las autoridades locales, probablemente por los mismos que eran los beneficiarios de la productiva concesión, juzgó necesario mandar tropas para sofocar a los indios rebeldes.

Los indios, conocedores del terreno, que les proporciona seguro albergue, han sostenido una guerra interminable, por el sistema de guerrillas.

Los jefes de las fuerzas federales han obrado con mala intención manifiesta o con torpeza suma, pues se ha prolongado la guerra más de lo que debía esperarse, contando con tan poderosos elementos.

La nación ha perdido, en esa guerra infructuosa, muchos de sus hijos; encendió en su seno una guerra interminable, arrancó a sus mejores y más laboriosos hijos de los terrenos que cultivaban para pasarlos a algunos de los favoritos del gobierno que no los cultivan; empobreció a todo el estado de Sonora quitándole sus mejores labradores, sus mineros más hábiles, y gastando 50 millones de pesos en esa guerra.

Viendo el gobierno que no podía terminar con los valerosos indios, que se defendían en las inaccesibles montañas que les sirven de fortalezas naturales, ha recurrido al inicuo expediente de deportar a toda la raza, empezando por los más inofensivos, los que estaban más a la mano.

Esos deportados son prácticamente reducidos a la esclavitud en los estados en donde el clima es más inclemente; quizá se hayan escogido de intento esos lugares malsanos, para que más pronto encuentren la tumba que no pudieron encontrar defendiendo sus patrios lares esos valerosos guerreros.

Las descripciones que se hacen de esas deportaciones, aunque lacónicas, son desgarradoras.

Mujeres ha habido, que viéndose arrancar de su suelo natal, separadas de sus maridos y quizá de sus mismos hijos, se han arrojado al mar, prefiriendo una muerte pronta entre las ondas amargas, a los espantosos sufrimientos de la esclavitud.

En México, en la capital de la República, que se blasona de civilizada, que ha querido imitar todas las magnificencias de Europa y que tan sólo ha sabido imitar sus vicios. Por esa flamante y bellísima ciudad, han desfilado los lúgubres convoyes de carne humana.

Los interesados en llevárselos a sus haciendas, los esclavistas, disputándose la presa, y como si esos desgraciados estuvieran rematándose en pública subasta, pujan cada vez más, ofrecen más y más dinero, hasta que al fin logran comprarlos, y los transportan a sus haciendas a reducirlos a la esclavitud, en la cual encontrarán prontamente su tumba, esos leones en el combate, y que como valerosos, saben apreciar su libertad.

Hemos dicho la terrible palabra “comprarlos”, quizá no sea exacta; pues no sabemos quién sea el vendedor; pero lo que es cierto es que los interesados en llevarse a los indios a sus terrenos, ponen en juego toda clase de influencias y quizá usan del cohecho para llegar a ser los preferidos.

Hemos sabido de un ciudadano francés que explotaba una rica mina en Sonora. Por intrigas de que él no se dio cuenta, declararon conspiradores o complicados de algún modo, a todos sus sirvientes, y en masa fueron deportados.

Ese francés, de entrañas más sensibles que nosotros, o que no estaba bajo la misma influencia del vergonzoso pánico que se ha infiltrado en todas las capas sociales de la República Mexicana, vino a esta región para ver si arreglaba que se quedaran a trabajar aquí, en donde se les trataría bien, en donde podrían vivir tranquilos. Al hablar de sus fieles sirvientes, se le inundaban los ojos de lágrimas, la garganta se le cerraba de congoja...

No logró su objeto, aquellos seres humanos que tanto amaba, corrieron la misma suerte de todos sus desventurados compañeros.

Estas medidas, en vez de calmar a los yaquis, les han hecho perder toda esperanza, y aun los mansos han tomado las armas para defender su libertad y la de su mujer y sus hijos.

La deportación ha llegado a ser enorme, al grado de que todos los agricultores de Sonora han puesto el grito en el cielo y se han dirigido al Presidente de la República para que revoque esa orden, pues calculan que si sigue esa rápida deportación, no tendrán peones para levantar su cosecha de trigo.

El gobierno federal se alarmó de esas consecuencias, pues era importantísimo levantar el trigo, y gracias a estas reflexiones meramente económicas, el gobierno no revocó la orden hasta cierto punto, declarando que se suspendiera la deportación sistemática de indios, ipero que por cada fechoría que se cometiera por cualquier yaqui, serían deportados 500!

Un hacendado de aquellos rumbos, tanto por humanidad, como por conveniencia propia, se llevó a sus fieles sirvientes al vecino estado de Culiacán, y le hicieron que los devolviera para deportarlos junto con los demás.

Las mujeres yaquis ven morir a sus hijos con indiferencia. Preguntaba a una de ellas de dónde provenía esa indiferencia, contestó que puesto que las habían de matar los yoris era mejor que murieran de una vez.

Pero basta de esa narración que tan profundamente nos afecta. Notemos la conducta de la prensa de casi toda la República que se ha abstenido de comentar tales noticias, y es natural, puesto que no tenía permiso de hacerlo.

Un anciano general extranjero es asesinado en las calles de la metrópoli. Noble indignación estalla en todos los órganos de la prensa: tenían permiso para indignarse. En cambio, a nuestros desventurados hermanos se les despoja de su patrimonio, se les separa de sus familias, se les reduce a la esclavitud: silencio sepulcral. ¡Ay de quien diga una palabra!

*

Pero los tiempos han cambiado, el Centenario de nuestra independencia se alza majestuosamente bañado con los refulgentes albores de la libertad.

Los escritores independientes, los que amamos a la patria, ya no estamos solos; el pueblo—león empieza a sacudir su melena y perezosamente se prepara al combate. Él será nuestro firme sostén, y lo que necesitamos todos es prepararnos igualmente para la lucha, erguirnos, sacudir el miedo letal que ha sellado nuestros labios, diciendo la verdad, alto y claro.

En cumplimiento de ese sagrado deber, pasamos ahora a comentar esa desastrosa contienda entre hermanos.

Ya hemos hecho un especie de resumen de los incalculables perjuicios que ha sufrido la nación con esa guerra inicua. Sin embargo, veremos ahora el mismo asunto desde otro punto de vista.

A la nación le hubiera convenido más conservar a esa colonia de yaquis, que con su trabajo fecundaba una de las regiones más fértiles de la República, y que, en caso de guerra extranjera, hubieran prestado un importantísimo contingente, pues ya han demostrado que si son excelentes labradores, son también guerreros incomparables.

En vez de esto, casi toda esa región ha estado a punto de ir a manos de una compañía extranjera y ahora está dividida entre unos cuantos propietarios que no la explotan por falta de brazos.

Veamos ahora si ésta era posible, habiendo observado una política más patriótica.

Indudablemente que hubiera sido muy fácil, pues bastaba reconocer a los yaquis como dueños de la vasta extensión de terreno que ocupaban, lo cual era perfectamente legal, puestos que se considera como título perfecto de una propiedad el haber estado en posesión no interrumpida por más de 20 años y los yaquis desde tiempo inmemorial, por derecho de origen, están en quieta y pacífica posesión de esos terrenos, puesto que nadie les ha disputado la propiedad.

Para observar esta conducta, encontramos un antecedente en la acción observada por el gobierno americano que ha dedicado para que habiten los indios y les ha reconocido como propiedad, un vastísimo territorio. Nuestros vecinos del norte han preferido civilizar, aun a gran costo a los indios, antes que exterminarlos y vamos que en aquel caso se trataba de indios bárbaros, indomables y de raza distinta a los americanos del norte, mientras que aquí se trataba de indios pacíficos, dedicados a la agricultura. El mismo gobierno mexicano ha seguido ese saludable ejemplo, dedicando con buen éxito una fértil región en este estado, en un punto llamado Nacimiento, sobre las márgenes del río Sabinas, para que lo habiten exclusivamente los indios lipanes y comanches, que eran el terror de la comarca, y que ahora viven en paz y civilizándose lentamente.

En cuanto al hecho de que no reconocían de un modo absoluto la autoridad federal, no era motivo para exterminarlos, pues con paciencia se hubiera logrado introducir entre ellos la luz de la enseñanza, las ventajas de nuestra civilización; y muy pronto, en mucho menos tiempo que el que se ha necesitado para exterminarlos, se hubiera logrado civilizarlos.

Examinando el pretexto de que no pagaran contribuciones, lo encontramos bien mezquino para declararles una guerra sin cuartel, que costará más que el tributo que ellos podrían pagar en 100 años, y aun que el valor de los terrenos de que se les quería despojar. Además, de todos modos pagaban contribuciones indirectas, puesto que todos los efectos manufacturados que consumían, tenían que comprarlos después de haber pagado sus contribuciones al fisco.

¿Por qué, pues, no se habrá seguido esa política tan fácil y tan patriótica, que hubiera contribuido poderosamente para aumentar la población y la riqueza del estado de Sonora, tan alejado de la acción del centro y que tanto necesita de poderosos elementos de defensa para resistir el primer choque de alguna invasión que nos amenazara por aquellos rumbos?

Indudablemente que el general Díaz, como hombre de Estado, como patriota, lamenta las consecuencias de esa guerra; pero esas consecuen-

cias son el fruto inevitable de su política de poder absoluto, indispensable para satisfacer su ambición personal. Así, siempre veremos las flaquezas del hombre, entorpeciendo la acción del estadista.

Las causas de esta guerra son oscuras, como todos los actos de un gobierno absoluto; pero se han llegado a vislumbrar, pues la opinión pública señala quiénes han sido los beneficiados con esa guerra y declara que los beneficiados son los culpables, empleando en esto el sencillo procedimiento judicial para investigar quién es el que cometió algún crimen.

Esos beneficiados ocupan altos puestos en la administración, en la política, en el ejército y tordo el mundo los designa por sus nombres, pero no entra en la índole de este trabajo acusar a todos los culpables de la administración actual, pues en el fondo de todos esos atentados, nosotros no reconocemos otro culpable que el régimen de poder absoluto, implantado por el general Díaz.

La actual administración, al pasar a la historia, conservará como mancha indeleble, la sangre hermana, la sangre inocente derramada en esa inicua contienda, y nosotros, que con nuestra debilidad hemos sido cómplices de tal atentado, también tendremos que pagar caramente nuestra indiferencia. Esa cadena que ahora doblega al yaquí, muy pronto tendremos que arrastrarla. La que llevamos ahora es dorada, ligera, pero con el tiempo se hará cada vez más pesada y más odiosa.

¡Hagamos, pues, un soberano impulso para no permitirle que se robustezca; para romperla ahora que aún es tiempo!

GUERRA CON LOS INDIOS MAYAS

Lejos esta comarca de los centros de comunicación, poco hemos sabido de ella, si no son los épicos relatos consignados en los partes oficiales.

Nosotros hemos sabido por algunos yucatecos que los indios estaban en paz cuando fueron sorprendidos por las fuerzas federales; así es que, según parece, no estaba justificada esa guerra, pues ya lo hemos dicho, la

civilización no se lleva en la punta de las bayonetas, sino en los libros de enseñanza; no es el militar el que ha de ser su heraldo, sino el maestro de escuela.

De cualquier modo que sea, allí tuvimos otra guerra costosa para el erario nacional, y como resultado, que el territorio de Quintana Roo fuera repartido entre un reducido número de potentados, lo cual será una rémora para que habiten colonos que podrían poblarlo y hacer efectiva las ventajas obtenidas por las armas federales.

En la antigua Roma, como el mejor medio de asegurar sus posesiones lejanas mandaban colonias de ciudadanos romanos y les repartían equitativamente los terrenos para que los cultivaran. De ese modo formaban colonias que constituían un parapeto formidable para la República.

¡Muy distinta ha sido la conducta del gobierno mexicano!

HUELGAS DE PUEBLA Y ORIZABA

En las huelgas de Puebla y Orizaba podemos encontrar cuál es la opinión que el general Díaz tiene de las necesidades de los obreros, y hasta dónde llega su amor hacia ellos, lo cual nos servirá grandemente cuando tratemos de investigar cuáles son las tendencias de su administración y qué debe esperar de él el obrero mexicano.

En el estado de Puebla, y sobre todo en sus alrededores, existen grandes fábricas de hilados y tejidos de algodón.

En esos establecimientos industriales se hace trabajar a los obreros hasta 12 y 14 horas diarias, pagándoles un salario que, según su opinión, no era suficiente para sus necesidades, o por lo menos, no estaba en relación con la labor que desempeñaban.

Con este motivo, y haciendo uso de un derecho legítimo, se organizaron fuertemente todos los obreros constituyendo una poderosa liga y principiaron a organizar sus fuerzas para emprender la lucha contra el capital, siguiendo en esto el ejemplo que han dado los obreros en todo

el mundo, que han tenido que unirse para no sucumbir en la incesante lucha entre el capital y el trabajo.

La primera precaución que tomaron los miembros de esta asociación fue reunir un fondo bastante fuerte para hacer frente a las necesidades de sus miembros cuando tuvieran que abandonar el trabajo; cuando, para conseguir los fines que persigue la sociedad, fuera necesario declararse en huelga.

Una vez que la asociación se sintió bastante fuerte, principió por hacer respetuosas solicitudes a sus patrones, a fin de obtener que su suerte mejorara, pagándoles un salario algo superior, y rebajándoles un poco las horas de trabajo, pues con el tiempo que les quedaba de descanso, no era suficiente para recuperar por completo sus fuerzas, y en todo caso, ni siquiera para dedicarse a alguna clase de distracciones, pues el trabajo de la fábrica absorbía y aun aniquilaba todas sus fuerzas. Además de esto, los obreros reclamaban un tratamiento más equitativo.

En esa época pasaba la industria algodonera por una crisis bastante seria, y todos los fabricantes tenían existencias enormes que no podían realizar, por cuyo motivo no quisieron hacer concesión alguna a los obreros, pues poco les preocupaba que se pusieran en huelga el tiempo que quisieran.

Viendo el elemento obrero que no se daba satisfacción a sus reclamaciones, juzgaron que declarando una huelga general de todos los obreros en las fábricas de los estados de Puebla y Tlaxcala, lograrían su objeto, y así lo hicieron después de tener entre ellos asambleas numerosas, en las cales se discutieron los intereses de la asociación con una calma y una prudencia muy significativas.

Los obreros, poco experimentados, no supieron elegir el momento más propicio para declararse en huelga, pues aquella época en que pasaba la industria algodonera por crisis tan seria, era la menos a propósito para tomar tal determinación, puesto que los fabricantes no se perjudicarían nada con cerrar sus fábricas por una temporada más o menos larga. Las

consecuencias de esta falta de experiencia fueron fatales para los obreros, que después de varios días de huelga se encontraban con que se habían agotado sus recursos y que no encontraban medio de llegar a un arreglo cualquiera.

Toda la República estuvo al tanto de las peripecias de la primer lucha entre el capital y el trabajo, y ostensiblemente las grandes simpatías de la nación estaban por el elemento obrero. Esto hizo que recibieran los huelguistas socorros de todas partes, pero los más cuantiosos eran los que les mandaban sus hermanos (es el tratamiento tan simpático que se dan entre ellos) de Orizaba y de algunas otras fábricas del país.

En estas circunstancias, bastante angustiosas para ellos, puesto que a pesar de la ayuda que recibían empezaban a sentir varias necesidades que no podían satisfacer, tuvieron varias reuniones en uno de los principales teatros de Puebla, en las cuales acordaron dirigirse al señor Presidente de la República para que se sirviera intervenir en la cuestión y con su valiosa influencia trajera a los industriales a su avenimiento. Digamos de paso que en esas reuniones reinó el mayor orden, lo cual habla muy alto en favor del obrero mexicano.

Igualmente, acordaron dirigirse a los gobernadores de Puebla y Tlaxcala y aun al obispo de su diócesis, para que intervinieran en su favor.

Pues bien, principiaron los obreros a cambiarse telegramas con el general Díaz y éste a tener conferencias con los industriales, mientras iba a México una delegación obrera a tratar la cuestión directamente con él.

En ese estado de cosas, se supo que los fabricantes de Orizaba habían cerrado sus fábricas, con el fin de evitar que sus operarios siguieran mandando auxilios a sus compañeros de Puebla.

Este caso es único en su género, pues no se tiene noticia de que haya pasado otro semejante en ninguna parte del mundo.

Por otro lado, es atentatorio, pues si las fábricas tuvieran facultades de cerrar sus puertas cada vez que se les antojara, estarían expuestos a perecer de hambre millares de operarios con sus familias.

No sabemos hasta qué punto ampararía la ley a los industriales de Orizaba para tomar tal medida, pero indudablemente que el gobierno, y especialmente el general Díaz, podía haber evitado que tomaran tal determinación.

Se nos contestará que el general Díaz no puede tener ninguna intervención en los estados, cuya soberanía respeta; pero nadie dará crédito a tal afirmación, pues está en la conciencia pública que la tal soberanía sólo sirve al general Díaz de pretexto, cuando se quiere quitar de encima alguna comisión cuyos miembros traen asuntos enojosos con él.

Además, el general Díaz estaba fungiendo en ese momento casi como árbitro en la cuestión, y es indiscutible que los industriales de Orizaba no se hubieran atrevido a cerrar las puertas de sus fábricas sin el consentimiento, por lo menos tácito, del general Díaz, sobre todo si tenemos en cuenta la influencia personal que tiene con los directores de aquella negociación.

Existen tantas circunstancias que hacen tal hecho muy verosímil, que en aquellos días corrió el rumor de que así había pasado.

Pues bien, a pesar del desagradable incidente que puso a los obreros en angustiosísimas circunstancias, siguieron adelante las negociaciones entre los industriales y los obreros, con la intervención del general Díaz y de su secretario de gobernación, el señor vicepresidente de la República, don Ramón Corral.

Los obreros expusieron sus quejas y presentaron un proyecto de reglamento o de acuerdo; los industriales presentaron el suyo.

En estos casos, se comprende que se encontrara bastante perplejo cualquier árbitro para saber a quién daba la razón, puesto que el principal punto de la controversia era esencialmente económico.

Las razones que cada grupo alegaba eran sin duda de gran peso: el obrero decía que era poco el jornal, y el trabajo aniquilador; el fabricante contestaba que tendría que parar su fábrica si se le exigía que pagara jornal más elevado.

El fallo que en este caso dio el general Díaz, ni podemos considerarlo como tal, pues no tuvo en cuenta los vitales intereses de la nación; no consideró que el humilde obrero es la base de la fuerza de la República, y que dignificándolo y elevándolo, hará que se consoliden las prácticas democráticas, que se robustezca la nación.

El general Díaz podía haber hablado a los industriales en los siguientes términos:

—A pesar de que ustedes han obtenido pingües ganancias con sus establecimientos industriales, pasan actualmente por una crisis muy seria y no quiero obligarlos a que aumenten los jornales a sus operarios; pero sí exijo de ustedes que los traten con equidad, que les proporcionen habitaciones higiénicas, que no permitan que sean explotados en las tiendas de raya, ni con multas indebidas, ni con cualquier otro pretexto; por último, les exijo que sostengan el número de escuelas suficientes para que se eduquen los hijos de los obreros. Para esto último, si es necesario, ayudará la nación; pero lo esencial es que no falten escuelas.

Los fabricantes hubieran aceptado esas proposiciones, y los obreros hubieran quedado muy complacidos con ellas, pues hubieran dado un gran paso en el terreno de las reivindicaciones que ellos persiguen.

En vez de esto, ¿cuál fue el fallo del general Díaz?

Poco o nada modificó las tarifas de pago. Le concedemos en este punto razón, pues los obreros escogieron un momento económicamente inoportuno para declararse en huelga y forzosamente tendrían que sufrir las consecuencias de su imprevisión.

En cambio, estableció un sistema de libretas en las cuales se anotaría cada vez que concurriera el obrero al taller, así como sus faltas, y cuyas libretas constituirían una arma poderosa en manos de los fabricantes, pues por ese medio, cuando algún operario fuera expulsado de cualquier fábrica, no podría encontrar trabajo en ninguna de las otras.

Otra disposición del general Díaz, que nos demuestra su incansable tesón en perseguir la libertad hasta en sus más modestas manifestacio-

nes, fue la que establecía prácticamente la censura previa en la prensa obrera, pues exigía, o por lo menos aconsejaba, que no publicaran ningún artículo sin la previa aprobación del jefe político, lo que pone de relieve la actitud del general Díaz, y nos enseña lo que debe esperar el obrero mexicano de él.

Este fallo causó una impresión indescriptible en el elemento obrero, sobre todo en Orizaba, en donde estaban doblemente indignados, porque de un modo atentatorio se había cerrado la fábrica en donde ellos trabajaban.

Lo que más indignación causó entre los obreros fueron las famosas libretas, que ellos consideraban degradantes, y que rechazaron de modo resuelto y unánime.

Los obreros mexicanos dieron pruebas de cordura, de gran cordura, de gran patriotismo, pues a pesar de su indignación, volvieron a sus puestos de trabajo con esa resignación estoica que caracteriza a nuestro pueblo.

Sin embargo, bajo esa aparente indiferencia, se agitaba un volcán de pasiones; el más ligero incidente lo haría estallar.

En Orizaba, que es en donde era mayor la indignación por las razones indicadas, en los momentos de entrar a la fábrica, los gritos de una mujer exaltada desviaron los pasos de la multitud, que en vez de entrar a ocupar sus puestos en el trabajo, se arrojó sin freno, como todas las multitudes enfurecidas, al ataque y destrucción del único establecimiento mercantil que tenía acaparado todo el comercio, y contra cuyo dueño existían indudablemente rencores sordos, puesto que allí dirigieron su ira, en vez de dirigirla contra las propiedades de sus patrones.

¡Cuántos desventurados obreros habrían pasado por las horcas caudinas de aquel abarrotero que en tan poco tiempo amasó una fortuna considerable!

Con ese motivo, el gobierno federal tomó medidas enérgicas, y sobre el terreno de los sucesos mandó fuerzas federales que fusilaran sin piedad, y sin formación de causa, a muchos desventurados, cuya falta consistió en un momento de extravío.

El número exacto de los que fueron ejecutados permanece aún en el misterio; pero lo que sí es un hecho, es que esa medida de rigor tan inusitada en casos semejantes, causó honda impresión en todo el país. Según la opinión general, fueron tratados con demasiado rigor los huelguistas de Orizaba, y hubiera sido más patriótico y más humano haber prevenido la exacerbación de las iras populares, no permitiendo que los industriales de Orizaba cerraran su fábrica, ni obligando a los obreros a suscribir las humillantes libretas.

CANANEA

Mucho más de lo que pensábamos, nos hemos extendido en este capítulo y esa circunstancia nos obliga a tratar brevemente los demás puntos que entran en el cuadro que nos hemos trazado.

En Cananea se han registrado dos acontecimientos importantes.

Con motivo de las huelas de los mineros, el gobernador del estado de Sonora, parece que pidió auxilio a las autoridades de la vecina República del norte, y que en su viaje a Cananea, para calmar los descontentos, se hizo acompañar por un destacamento de fuerzas americanas.

Este hecho, aunque lo han negado los órganos oficiales, está admitido generalmente por la opinión pública, pues además de que a las declaraciones oficiales nadie les da crédito, bien sabido es que en la vecina república procesaron o amonestaron seriamente a las autoridades que tomaron parte en esa culpable condescendencia.

Eso pasó en Estados Unidos, mientras que nuestras autoridades, mucho más culpables, puesto que su acción significaba un atentado contra la soberanía nacional, no fueron procesadas como era debido.

Otro acontecimiento de importancia en ese rico mineral fue que a causa de haber bajado el cobre en Estados Unidos, *el trust* de ese metal determinó suspender algunas minas, y entre otras la de Cananea.

Con ese motivo quedaron sin trabajo multitud de mineros y trabajadores de todas clases.

Pues bien, la única medida que tomó el gobierno, fue la de mandar tropas para que no permitieran que los hambrientos obreros fueran a cometer algún desorden. ¡Está bien que mueran de hambre, pero que se mueran en orden, en silencio, sin protestar, sin intentar organizarse para la defensa de sus derechos!

Con ese motivo, nosotros nos preguntamos: ¿Qué el gobierno mexicano, que tantos privilegios ha concedido a la compañía que explota el riquísimo mineral, no hubiera podido interponer su influencia a fin de que no tomara tal medida? ¿Qué, el gobierno está completamente desarmado para proteger en casos como el que nos ocupa los intereses del obrero mexicano?

O bien, ¿por qué no aprovechó el gobierno esa oportunidad, así como las huelgas de Puebla y Orizaba para formar con los que carecían de trabajo colonias agrícolas?

Con esta conducta, el gobierno hubiera prestado un importante servicio a los desgraciados que no tenían trabajo, hubiera influido indirectamente para que los patrones hubieran cedido, aumentando los salarios, lo cual, además de mejorar la situación del obrero mexicano, fomentaría indudablemente la emigración. A estos beneficios habría que agregar el hecho de que colonias agrícolas fundadas bajo tan buenos auspicios, hubieran fecundado inmensas superficies de tierra con gran provecho para la patria mexicana.

¿Por qué no se habrá observado esta conducta que toda la nación hubiera aprobado?

Porque el general Díaz no puede pensar en todo, ni le conviene apoyar al obrero en sus luchas contra el capitalista, porque mientras el obrero, al elevarse, constituye un factor importante en la democracia, el capitalista siempre es partidario del gobierno constituido, sobre todo cuando es un gobierno autocrático y moderado. El general Díaz encuentra uno de sus

más firmes apoyos en los capitalistas, y por ese motivo, sistemáticamente estará contra los intereses de los obreros.

¡El general Díaz permanece impasible ante esas catástrofes obreras; lo único que le conmueve, es que peligre su poder, pues su principal papel consiste en ser el celoso guardián del poder absoluto!

INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Indudablemente que es la instrucción pública la base de todo progreso, de todo adelanto, la única que ha de elevar el nivel intelectual y moral del pueblo mexicano, a fin de darle la fuerza necesaria para salir airoso de las tormentas que lo amenazan.

Dedicarse a impulsarla, era la más grande necesidad de la patria. Así lo ha comprendido el mismo general Díaz; pero a pesar de sus esfuerzos ha fracasado en su obra, porque con el sistema de gobierno que ha implantado, tiene que valerse de personas ineptas, pues su mirada, por más penetrante que sea, no puede abarcar un gran radio.

Según el censo de 1900, resulta que apenas el 16 por ciento de los mexicanos saben leer y escribir.

Para que se tenga una idea del pavoroso significado de esa cifra, diremos que según las últimas estadísticas del Japón, concurren a los planteles de enseñanza de aquel floreciente imperio, el 98 por ciento de los varones en edad de hacerlo y el 93 por ciento de las hembras.

Ésta es la prueba más elocuente del fracaso de la administración del general Díaz, en un ramo de tan vital importancia como éste.

El mismo Distrito Federal, que es donde más se siente la acción del Ejecutivo, la proporción de los que saben leer y escribir es 38 por ciento.

No entraremos a comentar el género de enseñanza que se da en las escuelas oficiales, y que tan rudamente ha sido atacado por el doctor Vázquez Gómez, y sólo nos limitaremos a afirmar un hecho: la juventud que se ha educado en los planteles oficiales, ha salido de sus colegios perfec-

tamente apta para la lucha por la vida, todos poseen grandes conocimientos que los ponen en condiciones de labrarse muy pronto una fortuna, puesto que poseen el principal factor, la maleabilidad para amoldarse a todas las circunstancias, para representar todos los papeles; con la misma imperturbable serenidad los vemos protestar solemnemente el cumplimiento de la ley, que son los primeros en vulnerar, como los encontramos declamando contra el gobierno que son los primeros en apoyar.

En cambio, esa juventud dorada, está poseída del más desconsolador escepticismo y las grandiosas palabras de patria y libertad, que conmueven tan profundamente a los hombres de corazón, los dejan a ellos indiferentes, fríos, imperturbables. El que tiene fe, el que ama a la patria y está resuelto a sacrificarse por ella, pasa a sus ojos por un loco, o cuando menos, lo tratan amablemente de desequilibrado.

Sin embargo, la savia de la patria es tan vigorosa, que en la juventud se manifiesta en todo su esplendor el entusiasmo por todo lo grande y por todo lo bello; lo que sucede es que las escuelas oficiales, y más aún, el medio ambiente, van minando esos nobles optimistas sentimientos, y sembrando en sus corazones el desconsolador escepticismo, la fría incredulidad, el amor a lo positivo, a lo que palpan, a lo que ven, y cuando llegan a la edad madura, es lo único que llegan a considerar como real, y clasifican las palabras de patria, libertad, abnegación, entre la metafísica que acostumbran considerar con cierto desdén.

[Del libro *La sucesión presidencial en 1910*]

Madero, candidato a la Presidencia de la República,
se dirige a Limantour, secretario de Hacienda
en el gobierno del general Porfirio Díaz,
para que medie en la contienda

*Si el gobierno sigue atropellando los derechos de los ciudadanos
y empleando el régimen del terror, todo arreglo será imposible,
y quién sabe lo que podrá suceder, pues la historia nos demuestra
lo funesto que ha sido siempre querer sofocar por la fuerza
movimientos democráticos, que, como el actual, están sostenidos
por la casi unánime voluntad del pueblo.*

19 de noviembre de 1909

México, 18 de noviembre de 1909

Sr. Lic. José Ives Limantour

México. D. F.

Muy estimado señor mío y amigo:

Aunque las relaciones que llevan algunos miembros de mi familia con usted son relativamente estrechas, las que yo llevo son tan escasas, que casi no me autorizan a escribirle la presente.

A pesar de ello, razones de interés general me mueven a dirigirme a usted.

Demasiado conocidos le son los móviles del Partido Antirreeleccionista, del cual soy uno de los jefes. Creemos sinceramente que al país no conviene la próxima reelección del general Díaz y, sobre todo, que sería una amenaza terrible para las instituciones republicanas la próxima reelección del señor Corral.

Las razones que tenemos para ello las hemos expuesto en multitud de artículos y folletos. Creemos que nuestro país necesita que funcionen con

regularidad las instituciones democráticas y que volvamos francamente al régimen constitucional.

La historia, con elocuencia irresistible, demuestra cuán funesto ha sido para los pueblos, el absolutismo. Si hasta ahora, bajo la administración del general Díaz sólo hemos recibido parte de los males que trae consigo tal régimen, en cambio, hemos conquistado la paz que bien puede indemnizarnos. Pero ya no existe motivo alguno para perpetuar este régimen de gobierno, y esto sucederá indefectiblemente si el señor Corral es reelecto vicepresidente. Si antes sólo teníamos presunciones para temer cuál sería la política del señor Corral, ahora ya tenemos hechos en qué basarnos para saber que no gobernará a la nación constitucionalmente, que no respetará la soberanía de los estados ni los derechos de los ciudadanos. De ello nos ha dado un ejemplo palpable con sus procedimientos para imponer candidatos partidarios suyos en Sinaloa y Coahuila.

Si el señor Corral llega a ser reelecto y sucede al general Díaz en el poder, está en la conciencia de todos los mexicanos que por ningún motivo lo dejará y hará lo posible por ocupar la Presidencia mientras viva, valiéndose, para reelegirse de los mismos procedimientos que ha empleado en los estados ya mencionados.

También es muy probable que el pueblo y el ejército no soporten su gobierno, pues como lo digo más arriba, ya ha demostrado de qué manera gobernará. Estamos, pues, amenazados de una revolución a la muerte del general Díaz, o de que se establezca prácticamente en nuestra patria una dinastía autocrática. Quién sabe cuál será más temible.

Es posible que los amigos del señor Corral piensen ejercer alguna influencia sobre él cuando esté en el poder y por ese motivo de buena fe apoyen su candidatura. Que estas personas recuerden lo que pasó al señor Benítez con el general Díaz, a fin de que no se hagan ilusiones, pues una vez en el poder supremo, raros son los hombres que admiten mentores.

Los antirreeleccionistas, convencidos de tan grave peligro, hemos iniciado franca y lealmente la lucha. Creemos estar en nuestro perfecto

derecho y nos creemos en la capacidad suficiente para ejercitarlo y para comprender lo que conviene a la patria. Digo esto porque el principal argumento de quienes desean perpetuar el actual régimen de cosas, es que no estamos aptos para la democracia, y en ningún país del mundo son las masas ignoras las que dirigen la opinión pública, sino pequeños grupos de intelectuales que van a su cabeza.

Pues bien; nosotros estábamos en el derecho de esperar que, así como hemos trabajado legalmente, así se portase el gobierno con nosotros. Hemos confiado en el patriotismo del general Díaz y en el de los que lo rodean, para iniciar esta campaña democrática, porque si en esta vez no se deja al pueblo que ejercite sus derechos, ya no habrá esperanzas de que vuelva a ejercitarlos durante la administración del señor Corral, y en el corazón de todo mexicano ansioso de libertad se irá preparando seriamente la idea de conquistarla por medio de la fuerza.

Nuestras esperanzas han sido en parte satisfechas, pues se nos ha dejado relativa libertad para trabajar. Sin embargo, un artículo anónimo publicado por una distracción o ligereza del director del *Antirreeleccionista*, fue motivo para que encarcelaran a todos los empleados y clausuraran nuestra imprenta, lo cual es inaudito y contra la ley.

En Puebla ha sido reducido a prisión valiéndose de indignos procedimientos, el señor Aquiles Serdán, y, por último, en Yucatán no solamente han hecho lo posible porque triunfe contra la opinión pública la candidatura oficial, sino que el elemento gobiernista ha dado rienda suelta a sus pasiones más violentas, ejerciendo toda clase de persecuciones y dictando órdenes de aprehensión hasta contra los candidatos independientes y contra los hombres más prominentes de esos partidos, valiéndose de fútiles pretextos o acusándolos de imaginario delito de sedición.

Las elecciones han terminado y las órdenes de prisión siguen vigentes y las cárceles públicas pletóricas de ciudadanos que no tienen más delito que no ser partidarios del candidato oficial.

Esto desacredita a la actual administración, pues hasta se ha salido a la política del general Díaz, que era la de emplear el *mínimum* de terror.

No es esto lo grave, sino que tal conducta aleja cada vez más al gobierno del pueblo, hace más tirantes las relaciones y puede acarrear consecuencias muy serias en un porvenir no lejano. El movimiento democrático se está manifestando de un modo tan vigoroso en la República, que será una locura pretender reprimirlo por la fuerza.

Hasta ahora aún predomina la idea de aceptar cualquier arreglo con el gobierno con tal de que se asegure el restablecimiento del régimen constitucional. Nuestro Partido Antirreeleccionista, el más radical en ideas, no tiene ninguna cláusula en sus bases constitutivas, ni en su reglamento para la convención, que impida algún arreglo para consolidar todos los intereses; pero si el gobierno sigue atropellando los derechos de los ciudadanos y empleando el régimen del terror, todo arreglo será imposible, y quién sabe lo que podrá suceder, pues la historia nos demuestra lo funesto que ha sido siempre querer sofocar por la fuerza movimientos democráticos, que, como el actual, están sostenidos por la casi unánime voluntad del pueblo.

Como sé que usted tiene ideas democráticas y en el seno del Gabinete siempre ha trabajado porque volvamos a un régimen constitucional y en todos sus actos se ha ceñido siempre a la Ley, me dirijo a usted para llamarle la atención sobre los acontecimientos de Yucatán y demás que he apuntado, para ver si logra con su poderosa y justificada influencia, que cesen esas persecuciones, que tanto desprestigian al gobierno y tan graves consecuencias pueden tener haciendo perder al pueblo toda esperanza de elegir sus mandatarios según las prescripciones de la Ley.

No he querido mencionar lo que pasó en Coahuila, porque allá no quisimos hacer oposición en las elecciones por considerarlo inútil, pues ya sabíamos las instrucciones que llevaban los encargados de imponer a toda costa la nueva candidatura oficial. Allí si se empleó el *mínimum* del terror.

Le suplico dispensarme que le haya dirigido una carta tan larga, pero sé que usted es un buen patriota y procurará remediar los males que le indico.

No escribo sobre estos mismos puntos al general Díaz, porque ya otra vez le dirigí una carta y no me hizo el honor de contestarme, y sólo le volveré a escribir cuando los intereses que represento en la cual contienda política me obliguen a ello.

Si usted se sirve tener en cuenta de alguna manera mis indicaciones, se lo agradeceré a usted altamente; pero con toda lealtad le digo que no por ello disminuirán nuestros esfuerzos porque triunfen los principios que defendemos y en los cuales creemos estriba el porvenir de la patria. Precisamente los últimos atropellos demuestran, irrefutablemente, lo indispensable de nuestro movimiento antirreeleccionista.

Si no se puede hacer nada por nuestros amigos en Yucatán, le agradeceré se sirva decirme si por lo menos el señor licenciado José María Pino Suárez y el señor Delio Moreno Cantón pueden tener garantías en esa Capital, a fin de que en último caso abandonen el estado donde viven, pues actualmente se encuentran ocultos y es imposible permanezcan allí más tiempo.

Vuelvo a repetirle que le suplico dispensarme por haber distraído su atención con tan larga carta, y me es honroso repetirme una vez más su afectísimo amigo y seguro servidor.

Franciso I. Madero

Desde la Penitenciaría de Monterrey, Madero,
candidato del Partido Antirreeleccionista
a la Presidencia de la República, se dirige
el 15 de junio de 1910 al general Porfirio Díaz

*Si los partidarios de usted cumplen con la ley; si las autoridades
partidarias de usted, investidas de su carácter, se erigen
en severos guardianes de la ley, el pueblo designará pacíficamente
sus mandatarios y habremos entrado para siempre
en la vía constitucional, única que podrá cimentar
definitivamente la paz y asegurar el engrandecimiento de la patria.*

Carta abierta al Presidente de la República
Penitenciaría del Estado, Monterrey, N. L.
15 de junio de 1910, México, D. F.

Muy señor mío:

En su carta del 27 de abril próximo pasado me decía usted:

“En la ley encontrarán tanto las Autoridades como los ciudadanos, el camino seguro para ejercitar sus derechos ‘y que la Constitución no lo autorizaba a usted’ para injerirse en los asuntos que pertenecen a la soberanía de las Entidades Federativas”.

A pesar de ello, la ley, aunque observada por mis partidarios, ha sido frecuentemente violada por los de usted que ocupan puestos públicos y aunque se desprendía de su carta que la Federación no podía intervenir en los estados para que se respetaran las garantías individuales, en cambio sí ha intervenido para apoyar los atropellos cometidos por las autoridades locales, como pasó aquí en Monterrey, en donde, para disolver una

pacífica y ordenada manifestación en mi honor, prestaron ayuda las fuerzas federales del regimiento de rurales.

Esta intervención directa de las fuerzas federales, no ha venido sino a confirmar lo que dije a usted en mi anterior y es que según la opinión pública, Ud. es el principal responsable de los actos de sus partidarias en toda la República a pesar de la soberanía de los estados, que sólo existe de nombre.

Eso está en la conciencia de todos y usted mismo lo dio a entender en su entrevista con Creelman, así es que no puede negarse; pero aunque no fuera así, el hecho innegable es que en toda la República los partidarios de usted que ocupan puestos públicos, están cometiendo toda clase de atentados contra mis partidarios y hasta contra mí mismo, acusándome de injurias a usted, basándose para ello en el testimonio del señor licenciado Juan R. Orcí, que confeccionó un discurso a su gusto y me lo atribuyó como pronunciado en San Luis Potosí. ¡Así es que una calumnia de uno de sus partidarios y la complacencia de los jueces y demás autoridades, me han privado de mi libertad!

Esto ya no tiene nombre y ha venido a demostrar que si conmigo, que hasta cierto punto merecía respeto, aunque no fuese sino por el decoro de usted, se han cometido atentados tan escandalosos, ¿qué será con mis numerosos partidarios?

Algunos de ellos tratados con crueldad, en Torreón, están acusados por sediciosos y el proceso tiene por base anónimos que el jefe Político pretende haber recibido!

Otros como en ésta, San Luis, Saltillo, Puebla, Cananea, Orizaba, etcétera, son reducidos a prisión porque se ocupan en preparar los trabajos electorales.

Pero no tienen ustedes en cuenta que la nación está cansada del continuismo, que desea un cambio de gobierno, pues desea estar gobernada constitucionalmente y no “paternalmente” como usted dice que pretende

gobernala. La nación no quiere ya que usted la gobierne paternalmente, ni mucho menos que la gobierne el señor Corral.

Usted me dijo que “era cierto que estaba muy desprestigiado el señor Corral, pero que ese desprestigio era injustificado”.

Pues bien, ese desprestigio no es injustificado, como lo demuestra la política de que se está valiendo para imponer su candidatura cometiendo toda clase de atentados contra las garantías individuales; haciendo que sus amigos como Orcí, calumnien a sus adversarios políticos como yo; recurriendo a medios reprobados, para callar la prensa independiente a pesar de su moderación que más resalta, si se compara con los órganos del partido de ustedes (*El Imparcial, El Debate, etcétera*), los cuales emplean intemperancias tales de lenguaje, que han trabajado más eficazmente que nosotros mismos, para el desprestigio de la causa que defienden.

No obstante lo desigual de la lucha, puesto que nosotros no tenemos órganos de gran circulación, porque nunca faltan pretextos al gobierno de usted para deshacerse de ellos, y a pesar de que en muchas partes son reducidos a prisión los que hacen la propaganda de nuestros impresos y los que organizan clubes, nosotros aceptamos y deseamos vivamente la lucha en los comicios, porque creemos que solamente será el gobierno legítimo y la paz estable teniendo por base la voluntad nacional y el respeto a la soberanía popular.

Por este motivo he publicado un manifiesto del cual adjunto a usted un ejemplar.

Verá usted que doy instrucciones a mis partidarios para que obren estrictamente dentro de la ley, y respeten los derechos de sus adversarios políticos, pero a la vez les indico que los obliguen también a trabajar dentro de la ley y respetarles sus derechos.

Si los partidarios de usted cumplen con la ley; si las autoridades partidarias de usted, investidas de su carácter se erigen en severos guardianes de la ley, el pueblo designará pacíficamente sus mandatarios y habremos entrado para siempre en la vía constitucional, única que podrá

cimentar definitivamente la paz y asegurar el engrandecimiento de la patria.

Pero si usted y el señor Corral se empeñan en reelegirse a pesar de la voluntad nacional y continuando los atropellos cometidos recurren a los medios puestos en práctica hasta ahora para hacer triunfar las candidaturas oficiales, y pretenden emplear una vez más el fraude para hacerlas triunfar en los próximos comicios, entonces, señor general Díaz, si desgraciadamente por este motivo se trastorna la paz, será usted el único responsable ante la nación, ante el mundo civilizado y ante la historia.

Publique usted un manifiesto en que haga a sus partidarios la misma indicación que yo les hago y ponga de su parte todo lo posible para que las autoridades cumplan con su deber, respetando la ley, y habrá hecho a su patria el mayor bien, consolidando para siempre la paz.

En cuanto a mí, desde este encierro en donde me tiene usted reducido, no puedo hacer más que publicar mi manifiesto aludido, y tranquilo espero sus consecuencias. Sé muy bien que con jueces obedientes a la consigna y superiores poco escrupulosos en darles cuando se trata de beneficiar a su partido, mi suerte está en sus manos y se me podrá procesar y condenar por los mayores delitos. ¡Que así sea!, pero tengo la conciencia de servir a mi patria con lealtad y honradez, y los mayores peligros personales no me han de arredrar para servirla.

Soy su atento servidor.

Franciso I. Madero

Plan de San Luis Potosí

1º Se declaran nulas las elecciones para Presidente y Vicepresidente de la República, Magistrados a la Suprema Corte de la Nación y Diputados y Senadores, celebradas en junio y julio del corriente año.

2º Se desconoce el actual gobierno del General Díaz, así como a todas las autoridades cuyo poder debe dimanar del voto popular, porque además de no haber sido electas por el pueblo, han perdido los pocos títulos que podían tener de legalidad, cometiendo y apoyando con los elementos que el pueblo puso a su disposición para la defensa de sus intereses, el fraude electoral mas escandaloso que registra la Historia de México.

3º Para evitar hasta donde sea posible los trastornos inherentes a todo movimiento revolucionario, se declaran vigentes, a reserva de reformar oportunamente por los medios constitucionales, aquellas que requieran reformas, todas las leyes promulgadas por la actual administración y sus reglamentos respectivos, a excepción de aquellas que manifiestamente se hallen en pugna con los principios proclamados en este Plan. Igualmente se exceptúan las leyes, fallos de tribunales y decretos que hayan sancionado las cuentas y manejos de todos los funcionarios de la administración porfirista en todos los ramos; pues tan pronto como la revolución triunfe, se iniciará la formación de comisiones de investigación para dictaminar acerca de las responsabilidades en que hayan podido incurrir los funcionarios de la Federación, de los Estados y de los Municipios.

En todo caso serán respetados los compromisos contraídos por la administración porfirista con gobiernos y corporaciones extranjeras antes del 20 del entrante.

Abusando de la ley de terrenos baldíos, numerosos pequeños propietarios, en su mayoría indigentes, han sido despojados de sus terrenos, por acuerdo de la Secretaría de Fomento, o por fallos de los tribunales de la República. Siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan arbitrario, se declaran sujetas a revisión tales disposiciones y fallos y se les exigirá a los que las adquirieron de un modo tan inmoral, o a sus herederos, que las restituyan a sus primitivos propietarios, a quienes pagarán también una indemnización por los perjuicios sufridos. Sólo en caso de que esos terrenos hayan pasado a terceras personas antes de la promulgación de este Plan, los antiguos propietarios recibirán indemnización de aquellos en cuyo beneficio se verificó el despojo.

4º Además de la Constitución y leyes vigentes, se declara ley suprema de la República el principio de *no reelección* del Presidente y Vicepresidente de la República, Gobernadores de los Estados y Presidentes Municipales, mientras se hagan las reformas constitucionales respectivas.

5º Asumo el carácter de Presidente Provisional de los Estados Unidos Mexicanos, con las facultades necesarias para hacer la guerra al Gobierno usurpador del General Díaz.

Tan pronto como la Capital de la República y más de la mitad de los Estados de la Federación, estén en poder de las fuerzas del Pueblo, el Presidente Provisional convocará a elecciones generales extraordinarias para un mes después y entregará el Poder al Presidente que resulte electo, tan pronto como sea conocido el resultado de la elección.

6º El Presidente Provisional antes de entregar el poder, dará cuenta al Congreso de la Unión del uso que haya hecho de las facultades que le confiere el presente Plan.

7° El día 20 del mes de noviembre, de las seis de la tarde en adelante, todos los ciudadanos de la República tomarán las armas para arrojar del poder a las autoridades que actualmente gobiernan. Los pueblos que estén retirados de las vías de comunicación, lo harán desde la víspera.

8° Cuando las autoridades presenten resistencia armada, se les obligará por la fuerza de las armas a respetar la voluntad popular; pero en este caso las leyes de la guerra serán rigurosamente observadas, llamándose especialmente la atención sobre las prohibiciones a no usar balas explosivas, ni fusilar a los prisioneros. También se llama la atención respecto al deber de todo mexicano de respetar a los extranjeros en sus personas e intereses.

9° Las autoridades que opongan resistencia a la realización de este Plan, serán reducidas a prisión para que se les juzgue por los tribunales de la República cuando la Revolución haya terminado. Tan pronto cada ciudad o pueblo recobre su libertad, se reconocerá como autoridad legítima provisional, al principal jefe de las armas, con facultad de delegar sus funciones en algún otro ciudadano caracterizado, quien será confirmado en su cargo o removido por el Gobernador Provisional.

Una de las primeras medidas del Gobierno Provisional será poner en libertad a todos los presos políticos.

10° El nombramiento del Gobernador Provisional de cada Estado que haya sido ocupado por las fuerzas de la revolución, será hecho por el Presidente Provisional. Este Gobernador tendrá la estricta obligación de convocar a elecciones para Gobernador Constitucional del Estado tan pronto como sea posible, a juicio del Presidente Provisional. Se exceptúan de esta regla los Estados que de dos años a esta parte han sostenido campañas democráticas para cambiar de gobierno, pues en éstos se considerará como Gobernador Provisional al que fue candidato del pueblo, siempre que se adhiera activamente a este Plan.

En caso de que el Presidente Provisional no haya hecho el nombramiento de Gobernador; que este nombramiento no haya llegado a su des-

tino o bien que el agraciado no aceptare por cualquiera circunstancia, entonces el Gobernador será designado por votación entre todos los jefes de las armas que operen en el territorio del Estado respectivo, a reserva de que su nombramiento sea ratificado por el Presidente Provisional tan pronto como sea posible.

11º Las nuevas autoridades dispondrán de todos los fondos que se encuentren en todas las oficinas públicas, para los gastos ordinarios de la administración y para los gastos de la guerra, llevando las cuentas con toda escrupulosidad. En caso de que estas fondos no sean suficientes para los gastos de la guerra, contratarán empréstitos, voluntarios o forzosos. Estos últimos con ciudadanos o instituciones nacionales. De estos empréstitos se llevará una cuenta escrupulosa y se otorgarán recibos en debida forma a los interesados a fin de que, al triunfar la revolución, se les restituya lo prestado.

TRANSITORIOS.

A. Los jefes de las fuerzas revolucionarias tomarán el grado que corresponda al número de las fuerzas a su mando. En caso de operar fuerzas voluntarias y militares unidas, tendrá el mando de ellas el jefe de mayor graduación, pero en caso de que ambos jefes tengan el mismo grado, el mando será del jefe militar.

Los jefes civiles disfrutarán de dicho grado mientras dure la guerra y, una vez terminada, esos nombramientos, a solicitud de los interesados, se revisarán por la Secretaría de Guerra, que los ratificará en su grado o los rechazará, según sus méritos.

B. Todos los jefes, tanto civiles como militares, harán guardar a sus tropas la más estricta disciplina, pues ellos serán responsables ante el Gobierno Provisional de los desmanes que cometan las fuerzas a su mando, salvo que justifiquen no haberles sido posible contener a sus soldados y haber impuesto a los culpables el castigo merecido.

Las penas más severas serán aplicadas a los soldados que saqueen alguna población o que maten a prisioneros indefensos.

C. Si las fuerzas y autoridades que sostienen al General Díaz fusilan a los prisioneros de guerra, no por eso y como represalia se hará lo mismo con los de ellos que caigan en poder nuestro; pero en cambio serán fusilados dentro de las veinticuatro horas y después de un juicio sumario, las autoridades civiles o militares al servicio del General Díaz, que una vez estallada la revolución hayan ordenado, dispuesto en cualquier forma, transmitido la orden o fusilado a alguno de nuestros soldados.

De esta pena no se eximirán ni los más altos funcionarios; la única excepción será el General Díaz y sus Ministros, a quienes en caso de ordenar dichos fusilamientos o permitirlos, se les aplicará la misma pena, pero después de haberlos juzgado por los tribunales de la República, cuando haya ya terminado la revolución.

En el caso en que el General Díaz disponga que sean respetadas las leyes de la guerra y que se trate con humanidad a los prisioneros que caigan en sus manos, tendrá la vida salva; pero de todos modos deberá responder ante los tribunales de cómo ha manejado los caudales de la Nación y de cómo ha cumplido con la Ley.

D. Como es requisito indispensable en las leyes de la guerra que las tropas beligerantes lleven algún uniforme o distintivo y como sería difícil uniformar a las numerosas fuerzas del pueblo que van a tomar parte en la contienda, se adoptará como distintivo de todas las fuerzas libertadoras, ya sean voluntarias o militares, un listón tricolor colocado en el brazo.

CONCIUDADANOS: Si os convoco para que toméis las armas y derroquéis al gobierno del General Díaz, no es solamente por el atentado que cometió durante las últimas elecciones, sino para salvar a la Patria del porvenir sombrío que le espera continuando bajo su dictadura y bajo el gobierno de la nefasta oligarquía científica, que sin escrúpulo o a gran prisa están absorbiendo y dilapidando los recursos nacionales, y si permitimos que continúe en el poder, en un plazo muy breve habrán completado su obra; habrán llevado al pueblo a la ignominia y nos habrán envilecido; le habrán chupado todas las riquezas y dejándolo en la más absoluta

miseria; habrán causado la bancarrota de nuestras finanzas y la deshonor de nuestra Patria, que débil, empobrecida y maniatada, se encontrará inerme para defender sus fronteras, su honor y sus instituciones.

Por lo que a mí respecta, tengo la conciencia tranquila y nadie podrá acusarme de promover la revolución por miras personales, pues está en la conciencia que hice todo lo posible para llegar a un arreglo pacífico y estuve dispuesto hasta a renunciar mi candidatura siempre que el General Díaz hubiese permitido a la Nación designar aunque fuese al Vicepresidente de la República; pero dominado por incomprensible orgullo y por inaudita soberbia, desoyó la voz de la Patria y prefirió precipitarla en una revolución antes de ceder un ápice, antes de devolver al pueblo un átomo de sus derechos, antes de cumplir, aunque fuese en las postrimerías de su vida, parte de las promesas que hizo en la Noria y Tuxtepec.

Él mismo justificó la presente revolución cuando dijo: "Que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el ejercicio del poder y ésta será la última revolución".

Si en el ánimo del General Díaz hubiesen pesado más los intereses de la Patria que los sórdidos intereses de él y de sus consejeros, hubiera evitado esta revolución haciendo algunas concesiones al pueblo, pero ya que no lo hizo... ¡tanto mejor!, el cambio será más rápido y más radical, pues el pueblo mexicano, en vez de lamentarse como un cobarde, aceptará como un valiente el reto, y ya que el General Díaz pretende apoyarse en la fuerza para imponerle un yugo ignominioso, el pueblo recurrirá a esa misma fuerza para sacudir ese yugo, para arrojar a ese hombre funesto del poder y para reconquistar su libertad.

San Luis Potosí, octubre 5 de 1910.

Franciso I. Madero

Manifiesto que don Francisco I. Madero dirigió al pueblo mexicano después de su entrada triunfal a la Ciudad de México en el mes de junio de 1911

CONCIUDADANOS:

Desde que crucé el río Bravo hasta la Capital de la República y después en mi gira por los Estados de México, Morelos y Guerrero, he sido constantemente saludado con las aclamaciones del Pueblo. En mí saludan mis compatriotas el advenimiento de una nueva era, era de libertad que será fecunda para nuestra patria y desarrollará sus energías en los diferentes campos de acción, permitiendo a la República Mexicana marchar sin tropiezo por el ancho sendero del progreso.

Pero es mi deber declarar con toda lealtad, que el triunfo pertenece esencialmente al pueblo, que sólo tuve el mérito de tener fe en él y de invitarlo a la lucha por la seguridad de que sería el vencedor. Por tal motivo, he aceptado las aclamaciones del pueblo que me proclama como vencedor, únicamente como jefe y miembro del Ejército Libertador, que es quien, representando las aspiraciones populares y secundado vigorosamente por la opinión, obtuvo el triunfo que todos celebramos con inmenso regocijo.

Hacía muchos años, me había dado cuenta de la triste situación por que pasaba nuestra querida patria y desde entonces principié mis trabajos. Comprendí que el único medio digno de celebrar el Centenario de nuestra Independencia era conquistar nuestra libertad, y me prometí dedicar todos mis esfuerzos para la realización de tan hermoso ideal. El éxito más lisonjero los ha coronado, y junto con el Pueblo Mexicano, tengo la inmensa

satisfacción de contemplar a nuestra patria libre, y al pueblo en posesión de todos sus derechos, como único legítimo soberano.

LA REVOLUCIÓN:

Los escépticos de todos los tiempos, los que creían que en el pueblo estaban dormidas todas las energías y todos los heroísmos, creen ahora que no será capaz de gobernarse por sí solo. Yo, que siempre he tenido fe en él, estoy convencido que así como fue invencible en la guerra y noble con los vencidos, sabrá gobernarse con serenidad y sabiduría.

Una vez que la Revolución ha triunfado y habiendo yo renunciado a la Presidencia Provisional, he quedado convertido en un simple ciudadano, formando, por tal motivo; parte integrante del pueblo. Pero como a los actuales gobernantes los considero también parte del pueblo, porque ya no son sus opresores sino sus mejores amigos, a todos me dirijo en el presente manifiesto:

AL PUEBLO SUFRIDO Y TRABAJADOR:

Para decirle que todo lo espero de su sabiduría y su prudencia. Que me considere su mejor amigo; que haga uso moderado y patriota de la libertad que ha conquistado y tenga fe en la justicia de sus nuevos gobernantes; que colabore con ellos para el engrandecimiento de la patria; que trabaje por elevarse de nivel, pues si su situación bajo el punto de vista político ha sufrido un cambio radical, pasando del papel miserable de paria y esclavo a la altura augusta del ciudadano, no espere que su situación económica y social mejore tan bruscamente, pues eso no puede obtenerse por medio de decretos ni de leyes, sino por un esfuerzo constante y laborioso de todos sus elementos sociales. Que tenga seguridad de que el nuevo gobierno y yo también, en cualquier esfera que me encuentre, dedicaremos todos

nuestros esfuerzos para que mejore su situación; pero para lograrlo, necesitamos su cooperación constante y laboriosa. Que sepa que su felicidad la encontrará en sí mismo, en el dominio de sus pasiones, en la represión de sus vicios; que la prosperidad y la riqueza sólo podrá lograrlas practicando el ahorro y desarrollando su fuerza de voluntad, a fin de no obrar siempre como le inspiren sus pasiones. Por último, que busquen la fuerza de la unión y tengan por norma en todos sus actos la ley.

A LOS CAPITALISTAS:

Me dirijo también para decirles que el Pueblo ha conquistado sus libertades y su soberanía; que no esperen ya pretender oprimirlo formando camarillas alrededor de los gobernantes, pues éstos, legítimos representantes del Pueblo, inspirarán siempre sus actos en un sentimiento de estricta justicia. Que tengan la seguridad de que se les dará protección siempre que la justicia esté de su lado; pero no cuenten con la impunidad de que en otros tiempos gozaban los privilegiados de la fortuna, para quienes la ley era tan amplia, como estrecha para los infortunados; que se resuelvan, pues, a entrar francamente en la nueva vía, comprendiendo que la justicia será inflexible para todos; que el más miserable trabajador de sus haciendas tiene los mismos derechos políticos que ellos y que será igual ante la justicia y la Ley. Que se resuelvan a entrar en esta nueva vía, tratando equitativamente a sus sirvientes y haciéndoles las concesiones que sean compatibles con el recto sentimiento de justicia, pues deben considerarlos como sus humildes, pero eficacísimos colaboradores.

A LOS GOBERNANTES:

En quienes el pueblo ha depositado su confianza, me permito recordarles, que inspirados en el sentimiento de justicia a que he hecho mención más

arriba, deben dirigir sus esfuerzos a fin de que los encargados de administrar justicia sean hombres rectos y desapasionados.

Que los impuestos sean repartidos equitativamente, para lo cual será necesario hacer una escrupulosa revisión de los catastros, porque hasta ahora los más grandes capitales y propietarios pagan igualas irrisorias o impuestos en proporción muy inferior a los que pagan los pequeños propietarios. Mientras la ley no determine otra cosa, deben repartirse los impuestos con absoluta equidad. Pero me permito recomendar, como una de las aspiraciones legítimas del pueblo, que se procure disminuir o anular los impuestos a los que sólo tienen un pequeño pedazo de tierra o que ejercen el comercio de artículos de primera necesidad en ínfima escala.

También es necesario que investiguen los hechos de la pasada administración, para que se exijan las responsabilidades debidas, y pueda la justicia resplandecer en todo su brillo.

AL EJÉRCITO LIBERTADOR:

Le recomiendo que ya que supo estar a la altura de su misión en la pasada etapa y derrocó a la tiranía, sepa elevarse al nuevo rango que le corresponde al ser representante de la Ley y guardián del orden, y que así como supo combatir a los que, como sostenedores de la dictadura, eran enemigos del pueblo, así sepa dominar a todos los que con cualquier pretexto intenten alterar el orden público, pues en lo sucesivo, desde el momento que todos los ciudadanos pueden tener seguridad de que se impartirá justicia, no tendrán razón para hacer ninguna reclamación a mano armada, y debe considerarse como enemigo de las instituciones y de los más altos intereses del pueblo, cualquiera que pretenda alterar el orden.

AL EJÉRCITO NACIONAL:

Deseo se regocije junto con todo el pueblo por el triunfo obtenido, por la libertad conquistada; libertad de la cual también disfrutará. Que no hay motivos para que sus miembros se consideren derrotados, porque el Ejército no fue derrotado, sino la dictadura. Puesto que las aspiraciones del Ejército eran la libertad y sus simpatías estaban con el pueblo.

¿Cómo podían vencer los miembros del Ejército Federal, si iban a la lucha con repugnancia, convencidos de la justicia de la Insurrección, y ellos mismos consideraban que hubiese sido una calamidad para la patria el triunfo de la dictadura? ¿Cómo era posible que esos valientes soldados fuesen a triunfar, si ellos preferían morir con tal de que el pueblo recobrase la libertad?

El Ejército Mexicano en la pasada contienda ha dado grandes pruebas del heroísmo y abnegación, y se ha captado la admiración de sus compatriotas, aun de los mismos que contendimos con él en el campo de batalla.

Con el nuevo régimen que se inaugura, un ejército como el nuestro es una garantía para las instituciones republicanas.

A LA PRENSA:

Que deseo para el nuevo gobierno, su cooperación franca y sincera. Que por mi parte, ya como simple ciudadano, como candidato a la Presidencia de la República o como gobernante, si algún día llego a serlo, consideraré como amigos a los que realmente me hagan conocer las faltas que cometa, pues mi intención será siempre recta, pero no por eso pretendo ser infalible. Los que me ayuden en mi carrera pública señalándome mis errores serán mis mejores amigos, y únicamente me cuidaré de aquellos que, desconociendo mi carácter, pretendan atraerse mi amistad aprobando incondicionalmente hasta mis errores.

Me he tomado la libertad de dirigirme en los términos anteriores al Pueblo y a sus gobernantes, porque creo que mi carácter de simple ciudadano me faculta para ello, sobre todo, me obliga el hecho de haber sido el jefe de la Revolución triunfante, pues ella me impone la obligación de dedicar todos mis esfuerzos, en cualquiera esfera que me encuentre, a fin de que las aspiraciones del pueblo se vean realizadas, y que la Revolución traiga a nuestra patria todos los beneficios posibles.

Espero la colaboración franca y sincera de todos mis conciudadanos; que todos se olviden de sí mismos y únicamente piensen en la patria; que borren su personalidad y sólo consideren los intereses colectivos; que repriman cualquiera ambición personal y se inspiren en el más puro patriotismo; y así unidos bajo el hermoso ideal de progreso y engrandecimiento de la República, nuestros esfuerzos serán fructuosos y muy pronto, nuestra patria, marchando por la anchurosa senda del progreso, dentro de la libertad y la ley, llegará a la altura a donde ambicionamos verla los buenos mexicanos.

Franciso I. Madero

México, D. F., 24 de junio de 1911.

Madero reprocha al general Victoriano Huerta
la felonía con la que atacó a las fuerzas zapatistas
en Cuautla y en Yautepec, mientras el propio don Francisco
—presidente electo de la República— sostenía conversaciones
de avenimiento con el general Emiliano Zapata

DE DON FRANCISCO I. MADERO A VICTORIANO HUERTA

Noviembre 2 de 1911

Señor general de brigada don Victoriano Huerta:

Hasta hoy me enteré de la carta que se sirvió usted enviarme con fecha de octubre próximo pasado, y que ha sido publicada por la prensa. Con gusto obsequio sus deseos, expreso por qué me pareció inexplicable la conducta de usted en Morelos. Apenas llegó usted a ese estado, fui personalmente para procurar un arreglo pacífico a la cuestión. Llevé una comunicación para usted del señor subsecretario de Guerra, que le explicaba claramente mi misión y le daba a entender que procurase obrar de acuerdo conmigo, a fin de no entorpecer mis gestiones pacificadoras.

Amante de traer a mi lado a todas las personas de valer en cualquier sentido, en el ramo militar como en los demás, traté a usted con todas las consideraciones posibles; lo llevé a comer varias veces a la casa donde me alojaba, y lo invité a mis paseos por la población, con el deseo de formar lazos de verdadera amistad entre usted y yo, y todo me hizo creer que usted compartía el mismo sentimiento, pues sus atenciones hacia mí y sus protestas de amistad y adhesión, no podían dejar duda en mi ánimo. Fue por esta circunstancia precisamente que me sorprendió de un modo tan penoso el hecho siguiente: Cuando creía haberme dado cuenta de la situación de

Morelos, y antes de ir a Cuautla, a donde proyecté ir a caballo, quise ir a la capital de la República para conferenciar con el señor presidente, y pocos momentos antes de tomar el auto para la capital, se me informó que las columnas de usted estaban en marcha rumbo a Yautepec. Mandé hablar a usted, y me aseguró que no era exacto, que únicamente iban sus tropas a hacer ejercicios militares en las afueras de la población y que regresaría pronto. Pues bien, llegando a esta capital de la República, supe que me había engañado usted, pues efectivamente habían avanzado sus tropas rumbo a Yautepec. Este movimiento en sí no hubiera tenido tanta importancia, si no hubiera sido por haberme usted informado lo contrario.

Después, cuando estaba yo en Cuautla, en los arreglos con Zapata, siguió usted avanzando a Yautepec, y acercándose a Cuautla sin recibir órdenes expresas del Presidente de la República, ni del secretario de Guerra, con lo cual entorpeció mis gestiones y al fin se rompieron las hostilidades, haciendo infructuosos mis esfuerzos y hasta habiendo puesto en peligro mi vida, pues Zapata muy bien hubiera podido creer que yo lo engañaba, porque en Cuernavaca telegrafíé que usted no avanzaba sobre Yautepec, sino sólo hacia una marcha instructiva, como usted me lo había asegurado, y después le dije que las tropas de usted no se acercarían a Cuautla, habiendo sido lo contrario, puesto que hasta se dijo en Morelos, que usted había capturado la escolta que Zapata había mandado para que me fuera a recibir cerca de Cuernavaca, lo cual no he podido confirmar. Pero de todos modos, todo esto podía haber despertado la desconfianza de Zapata o de sus soldados. En cuanto a lo que usted afirma que el estado estaba completamente pacificado cuando usted se separó del mando de las tropas, no sé hasta qué punto pueda asegurarse así, puesto que aún en los actuales momentos la prensa informa de depredaciones que cometen las fuerzas de Zapata.

Respecto a la pericia con que usted dirigió las operaciones contra Zapata, no quiero emitir un juicio en estos momentos, pues no me corresponde a mí hacerlo; únicamente haré notar que, cuando las hordas que venían a juntarse con Zapata entraron en Jojutla y la saquearon y pidieron auxilio a usted

los habitantes, y encontrándose a una distancia que podía haberse franqueado en una jornada de marcha, no dio usted auxilio a los habitantes de aquel pueblo, que por tres días fue saqueado e incendiado. No sé qué razones tendría usted para eso, pero contaba usted con cerca de 3 mil hombres, y con unos 300 que usted hubiera destacado, hubiera sido bastante para proteger aquella población. Y si usted obró en virtud de instrucciones amplias que tenía, no me explico por qué no fue usted a proteger a Jojutla. O bien se atenía usted al pie de la letra a las instrucciones que tenía usted de México, entonces tampoco me explico esa marcha que hizo usted para salir de Cuernavaca, pues fue lo que excitó los ánimos en Morelos e hizo que se aumentaran las fuerzas de Zapata y se levantaran los que fueron a saquear a Jojutla.

No hubiera hecho mención de la actitud de usted en Morelos, si no hubiera sido por la circunstancia de que se atacó injustamente al general González Salas, que era subsecretario de Guerra y me pareció de justicia decir la verdad, a fin de que se sepa quién provocó aquella guerra y a quién se debe no se haya podido terminar. Desde el momento que yo iba con una misión de paz, y aunque con carácter extraoficial, sabía usted muy bien el verdadero carácter de que iba yo investido, y si usted hubiera estado inspirado en el mismo patriótico sentimiento, hubiera obrado de acuerdo conmigo y no hubiera entorpecido mis planes, como lo hizo.

Tomo nota de que ha declinado usted el honor que el señor presidente le había conferido nombrándolo vocal de la junta Superior de Guerra, y que el señor subsecretario de Guerra pide a usted, su licencia absoluta del ejército.

Espero quedaran satisfechos los deseos de usted y con la anterior declaración, me repito su afectísimo, atento y seguro servidor.

Franciso I. Madero
[Del libro *Historia de la Revolución de 1910*,
de Adrián Aguirre Benavides]

Francisco I. Madero y la clase trabajadora

Discurso pronunciado por el C. Francisco I. Madero, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, en la inauguración del Parque de Obreros situado en la colonia Morelos de la Ciudad de México, el 25 de diciembre de 1911.

CONCIUDADANOS

He sido invitado para presidir esta simpática fiesta y he aceptado con gran satisfacción, porque siempre me causa placer encontrarme en medio del pueblo obrero, porque es el que me acompañó en los momentos difíciles, cuando se trataba de derrocar a una dictadura que parecía inmovible y que los que nos resolvimos a lanzarnos a la lucha corríamos grandes peligros. Los que se burlaban del pueblo, sus eternos enemigos, los que pretendían denigrarlo llamándole “chusmas ignaras” y de “tilma y huarache”, esos mismos calumniadores del pueblo nos trataban de locos, porque para ellos era locura sacrificarse por la patria, para ellos que únicamente pensaban en satisfacer sus mezquinas ambiciones. Era ilógico, irracional, irse a estrellar contra un poder que ellos consideraban inmovible, porque creían que todos los mexicanos sentían como ellos. Y esa locura que consistía en estar dispuesto a sacrificarse por la patria es la que palpita en todos los corazones mexicanos, es la virtud que radica en el pueblo obrero,

es la que le da su fuerza, y es la que nos permitió romper las cadenas de la tiranía.

Ahora que hemos entrado en una nueva era, los mismos que eran enemigos del pueblo, siguen atacándolo, únicamente ha cambiado el objetivo de sus ataques: antes era al pueblo al que atacaban directamente porque el gobierno era su enemigo, y ahora, que el gobierno es emanado de la legítima voluntad del pueblo y es su mejor amigo, a él es a quien pretenden atacar. Pero el pueblo mexicano ha dado pruebas de tener un admirable sentido para conocer cuáles son sus amigos y cuáles sus enemigos, y no se ha logrado engañarlo con 30 años de cantar alabanzas a la dictadura, ni tampoco ahora que se lo engaña haciéndole creer que sus aspiraciones han sido defraudadas.

Vosotros dais un ejemplo de lo que es el pueblo; vosotros que no habéis recibido aún otro premio de la revolución que haber conquistado vuestras libertades, os sentís orgullosos y felices porque tenéis lo que ambicionabais, porque sabéis que la Libertad es la base de la grandeza de los pueblos. Y no estáis contentos con los sacrificios que habéis hecho, no estáis satisfechos en que sobre nosotros pese la mayor carga social, todavía pedís sacrificar el único día de descanso, para dedicarlo a hacer ejercicios militares, para servir de esa manera a la patria, para ahorrarle dinero.

¡Cuán hermoso es vuestro ejemplo, y cuán digno de imitarse! Especialmente por aquellos que estaban acostumbrados a ser asalariados de la dictadura, a vivir de las arcas del tesoro, siempre abiertas a los aduladores. ¡Cuán digno de imitar es vuestro ejemplo! Los que aún ahora ansían que las arcas del tesoro vuelvan a abrirse para ellos, y que únicamente porque yo, que me inspiro en los mismos sentimientos de vosotros y que procuro ahorrar el oro de la nación para darle el mejor empleo posible, en bien de la patria y no satisfago sus ruines deseos, son mis peores enemigos. Pero el pueblo sabe que también lo son suyos y no se dejará engañar.

He tenido, además, la satisfacción de concurrir a la inauguración de este Parque porque viene a demostrar el esfuerzo del obrero por honradas diversiones, que elevan su espíritu. De esta manera contribuiréis de un modo eficaz con mi gobierno que ansía la regeneración de la clase obrera por medio del trabajo, por medio de la virtud, y así, me ayudaréis atrayendo a vuestro lado hermanos nuestros que actualmente pululan en los establecimientos de bebidas embriagantes. El alcohol es uno de los principales enemigos con el que tenemos que luchar, y estoy seguro que instituciones como la vuestra servirán de modo poderoso para combatir a ese enemigo y para dignificar al obrero mexicano, a fin de que hagamos a nuestra patria fuerte y grande, como lo deseamos todos los mexicanos.

Por último, cumplo con los deseos de los miembros de este club, declarando solemnemente inaugurado el Parque para Obreros, deseando que vuestro ejemplo sea imitado por todos los obreros de la República.

Cuarta parte

La Decena Trágica

El 1 de enero de 1913 se celebraron en el Palacio Nacional las ceremonias de felicitación al Presidente de la República... Al tocarle su turno al Cuerpo Diplomático, dijo el ministro de España, don Bernardo J. de Cologan:

Señor presidente, no acude hoy al Palacio Nacional el Cuerpo Diplomático para llenar la fórmula de un rito. Bajar el manto de estas solemnes exterioridades existen sentimientos inconformes con las subdivisiones geográficas y con los exclusivismos del afecto, individual o colectivo. La solidaridad creciente entre los hombres y la malla de los intereses económicos dificultan cada vez más las luchas entre las naciones y tienden a mitigar en los pueblos la propensión a la turbulencia, que sólo sería inobjetable en un régimen de absoluto aislamiento, lo cual no quiere decir que se desconozca la posibilidad de problemas y conflictos cuya solución concierna exclusivamente al pueblo que los padece. Este concepto, a la vez humanitario y distante de lo que pudiera tildarse de injerencia en la vida interna de cada país, atiende al bien propio, pero quiere también el ajeno, según aquí bastan a probarlo las espontáneas simpatías que sienten por la suerte de México las colonias extranjeras y el modo como colaboran con la sociedad mexicana cumpliendo la ley santa del trabajo. Por eso ningún pensamiento podría ser ahora más adecuado entre nosotros los miembros del Cuerpo Diplomático, que el desear con ardor que este año que hoy empieza vea afirmarse la alborada de tiempos más tranquilos, y que en él cese toda lucha armada y se arraigue cada vez más la orientación hacia los procedimientos legales, gracias al libre funcionamiento de las fuerzas sociales y políticas. Así podrá el gobierno, dignamente presidido por Vuestra Excelencia, dedicarse a fomentar, en sana concordia, el

progreso cultural, ya tan acentuadamente iniciado, y procurar el desarrollo de las fuentes vivas de riqueza que atesora el suelo mexicano.

Madero contestó:

Tiene mucha razón el señor ministro de España al afirmar que cada vez es mayor la solidaridad entre los pueblos y que cada vez afectan más a unos los acontecimientos ocurridos en los otros. La crisis que ha atravesado la República Mexicana durante estos últimos años ha sido una crisis necesaria, puesto que cuando un pueblo ansía conquistar su libertad, ningún sacrificio es demasiado grande para ello. Pero en una crisis como ésta los acontecimientos deben apreciarse desde un punto de vista alto y elevado; cuando un pueblo pasa por una convulsión así, no deben tenerse en cuenta los sacrificios realizados, sino las ventajas y los triunfos que se han de obtener. Nosotros lamentamos profundamente que algunos de nuestros huéspedes hayan sido víctimas de las inevitables consecuencias de la revolución. Lamentamos que en algunos puntos sus intereses hayan sufrido. Pero es indudable que a los extranjeros que residen en el país toca también, lo mismo que a los mexicanos, contribuir con su contingente de sacrificio para el bien común. Estoy seguro de que los perjuicios que han recibido algunas empresas extranjeras están ampliamente indemnizados con los beneficios que reciben. Pese a las vicisitudes sufridas por algunas de esas empresas, es seguro que el resultado general de sus operaciones es muy satisfactorio, y su rendimiento total, o sea, las utilidades que obtienen en conjunto los capitales extranjeros invertidos en México, han de ser por fuerza, no obstante los últimos contratiempos, muy superiores a las que obtendrían en sus respectivos países. Viendo las cosas así, no cabe dudar que todas las naciones amigas de México se alegrarán del enorme paso que hemos dado, pues pueden abrigar la seguridad de que una vez pasada esta crisis, la paz se restablecerá en absoluto, teniendo por base la ley y el derecho, y como bien saben los señores representantes de las naciones extranjeras, paz que se funda en el derecho y la justicia es paz firme y duradera. Que esto ocurra, lo deseamos ardientemente, y tengo fe en que al realizarse ese acontecimiento, todos los extranjeros residentes en México se beneficiarán.

[De *Febrero de 1913*,
libro inédito de Martín Luis Guzmán]

Empieza la Decena Trágica

Stanley R. Ross*

Madero, en un mensaje al Congreso en septiembre de 1912, declaró que “si un gobierno tal como el mío... no es capaz de durar en México, señores, deberíamos deducir que el pueblo mexicano no está preparado para la democracia y que necesitamos un nuevo dictador que, sable en mamo, silencie todas las ambiciones y sofoque los esfuerzos de aquellos que no entienden que la libertad florece solamente bajo la protección de la ley”.

¿Estaba el presidente empezando a apreciar la situación en forma más realista y a dudar de la eficacia de los fundamentos de su política en el medio mexicano? Más bien parecía que Madero, vacilante y perturbado por su experiencia como mandatario, hablaba retóricamente. En efecto, se negaba a creer que la situación fuera tan alarmante, que los mexicanos no estuvieran preparados para la democracia y que se necesitara un nuevo dictador; por eso continuó viendo la situación con confianza durante las primeras semanas de 1913. Aseguró a los visitantes que la paz sería restablecida muy pronto.

Las victorias obtenidas sobre Orozco, Reyes y Díaz parecían dar a la convicción del presidente nueva fuerza y nueva justificación a su manera de proceder. Entonces la situación era tal que se hacía imperativo prestarle una seria atención. El ejército no había traicionado al gobierno de Madero, pero ¿podía ser su conducta atribuida a la verdadera lealtad, o era que

*Profesor de la Universidad de Nebraska.

esperaba al hombre necesario en el momento preciso? El gobierno dependía casi enteramente de este ejército. La prensa de oposición y los líderes políticos continuaban obstaculizando la administración pública. Los terratenientes, que al principio miraban a Madero con sorna, se mostraban temerosos de que se moviera más enérgicamente hacia la reforma agraria. Más o menos reforzando esta formidable oposición, estaban otros de miras económicas conservadoras, incluyendo los intereses financieros extranjeros. Un comentarista observó con pesimismo que “como cosa segura, no conozco ningún grande interés en México que ejerza su influencia para fortalecer al gobierno de Madero...”. Sumada a estas condiciones, la inquietud de las masas y la insatisfacción de los revolucionarios, es evidente que el optimismo de Madero y de algunos de sus más cercanos consejeros era injustificado.

En todas partes existía una atmósfera de inquietud y de aprensión. Los renovadores se reunieron algunas veces para discutir ese estado de cosas. Los diputados revolucionarios resolvieron visitar al presidente para advertirle la gravedad de la situación y para urgirle que dictaras reformas más radicales. Fue a fines de enero de 1913 cuando este grupo de diputados dijo a Madero que “la revolución va hacia su ruina, arrastrando consigo al gobierno emanado de ella, simplemente porque no esta dirigida por los revolucionarios”. La delegación admitió que la contrarrevolución era lógica y natural, pero “también era natural y lógico que el más fuerte, el gobierno más popular que el país había tenido, debería haber sido capaz de sofocar la contrarrevolución. Sin embargo, lo contrario es lo que ha sucedido”.

Los renovadores declararon que la contrarrevolución buscaba “destruir el Plan de San Luis Potosí y hacer que la Revolución de 1910 pasara a la historia como un movimiento estéril, hecho por hombres sin principios que ensangrentaron el suelo de la patria y la hundieron en la miseria”. Argumentaban que el error del gobierno fue la creencia de que la contrarrevolución podía ser derrotada por la fuerza sola. Insistían en que la continuación y el

completo apoyo de la opinión pública eran necesarios, y que los excesos de la prensa opositora habían contribuido a la pérdida del prestigio del gobierno, cuya naturaleza era híbrida.

Ante el lúgubre panorama que le presentaban y ante la sugestión de reformas radicales, Madero contestó que los renovadores estaban equivocados en sus temores y que nada malo iba a pasar. Expresó su opinión de que el gobierno gozaba del apoyo del ejército y del pueblo. Cuando el diputado Eduardo Hay insistió en que el presidente estaba mal informado y que el momento era de mucha gravedad, Madero reprochó al grupo sus temores y sus dudas.

La violencia de los tiempos causó perturbación en otros centros revolucionarios. En el norte, el gobernador Carranza, de Coahuila, invitó a los gobernadores de Chihuahua, Sonora, San Luis Potosí y Aguascalientes para acompañarlo a una cacería en diciembre de 1912, en la montaña, cerca de Saltillo. El gobernador Cepeda, de San Luis Potosí, asistió personalmente, mientras que los otros sólo enviaron representantes. La cacería fue seguida por una recepción y cena en uno de los principales hoteles de Saltillo. Carranza dirigió la palabra a la reunión. Se refirió a que el gobierno de Madero atravesaba circunstancias muy graves y expresó su sentimiento de que la política de transacción y de debilidad estaban comprometiendo los ideales e intereses de la Revolución. Urgió a los gobernadores de origen revolucionario a que se unieran para afrontar cualquier situación difícil que se pudiera presentar. Los enemigos de Carranza sostienen que se preparaba a rebelarse contra Madero, pero que los acontecimientos de la Ciudad de México interrumpieron sus planes. Los partidarios del gobernador, con igual vigor defendían su conducta, afirmando que su único propósito era defender a Madero, y lo más importante, la Revolución. Haciendo caso omiso de sus íntimas intenciones, pues falta la evidencia de que quería conspirar, las actividades de Carranza son una pruebas más de que existían circunstancias alarmantes.

De un modo pesimista, el director de *Nueva Era* recalcó que se necesitaba valor para que uno se declarara maderista.

Los elementos conservadores intensificaron sus esfuerzos para hostilizar, desacreditar y destruir el régimen de Madero. La prensa de la oposición martillaba incansablemente. *El Mañana* gritaba que “ahora es el tiempo de salvar a la patria... Una renuncia haría milagros... La pedimos sin descanso”. El embajador Wilson, de regreso, derramó un torrente de palabras en su informe, describiendo de la manera más sombría la difícil situación del gobierno de Madero. El 7 de enero informó que la “situación es sombría, sin remedio”. Cerca de un mes más tarde su campaña de pesimismo alcanzó un crescendo, en una carta de 13 páginas. El embajador Wilson creyó que era necesario decir a sus superiores que:

en el presente cuadro de las condiciones políticas existentes en México, debo pedir al Departamento de Estado que crea que una actividad se debe solamente al cumplimiento de las obligaciones que me incumben... y que me sería más agradable enviar diferente clase de información si un cumplido deber por la verdad y la fidelidad, propios del carácter de mi misión, me lo permitiera.

El tono de los informes del señor Wilson era tal que el secretario de Estado, Philander C. Knox, se vio obligado a transmitir un memorándum confidencial al presidente Taft en el que, citándole ejemplos, notaba un pesimismo creciente en los informes del embajador norteamericano sobre la situación política de México, que parece al Departamento ser injustificado, si no en realidad engañoso...

—Algunos de los informes— pueden caracterizarse por la intención del embajador de forzar a este gobierno a inmiscuirse en la situación mexicana. El claro desacuerdo entre el embajador y el Departamento de Estado es tan fundamental y serio, que el Departamento cometería un error si no trajera ante usted esta difícil cuestión.

No contento con crear dificultades al gobierno de Madero, el embajador Wilson, por su creciente aversión personal, lo veía como un empedernido excéntrico y tirano, capaz de cometer las más grandes perfidias e infamias. Los opositores del régimen, en contraste, parecían al diplomático norteamericano caballeros, sabios, patriotas y desinteresados. A mediados de enero Wilson informó basándose en un rumor que le hizo llegar al cónsul Canada, de Veracruz, que el gobierno de Madero planeaba una “fingida revuelta revolucionaria” para “matar a Félix Díaz y a sus compañeros prisioneros”. Este informe estaba en desacuerdo con la política de perdón de Madero y con la verdadera naturaleza del Ejecutivo mexicano. En vista del papel de Félix Díaz en la rebelión, la preocupación del embajador por su seguridad era algo más que aparente.

Aún más sugestivos fueron los velados comentarios de Wilson al ministro de Cuba, Márquez Sterling contó su conversación con el diplomático norteamericano en un informe a su gobierno fechado el 20 de enero de 1913.

Él —Wilson— afirmó: “No espero que la situación mejore, sino pienso que ha de empeorar...”.

Entonces —le pregunté—, ¿usted no tiene confianza en el gobierno constituido?

El señor Wilson tardó algo en organizar sus ideas.

Esas palabras que usted ha pronunciado, ministro, son algo fuertes —me contestó con lentitud—. Por ahora, lo que puedo decir es que tengo dudas, muchas dudas...

¿Cree usted, embajador, que esté próxima la caída del gobierno del presidente Madero?

Vaciló el señor Wilson antes de contestarme:

Su caída no es fácil, pero tampoco imposible.

La oposición conservadora hablaba de cuándo, no de si Madero caería.

Entonces había dos elementos en la conspiración. Los miembros del anterior Partido *Científico* tenían la vista fija en el general Jerónimo Treviño, quien, aunque no pertenecía al grupo, gozaba de prestigio en el ejército.

El segundo grupo incluía a Rodolfo Reyes, director político de su padre, el general Bernardo Reyes; el general Manuel Mondragón, representante de Félix Díaz; el general Gregorio Ruiz y el primer resultado tangible fue el traslado de Félix Díaz a la Ciudad de México. Ocón conspiraba incesantemente, convocando reuniones de los descontentos, sosteniendo a la prensa de oposición y conferenciando con oficiales del ejército. El Partido Católico conocía la conspiración y miembros suyos participaban en ella. El general Huerta, que estaba siendo tratado de la vista en el sanatorio del doctor Aureliano Urrutia, adicto clerical y consejero suyo, fue sondeado por algunos partidarios reyistas, quienes, con el doctor, ayudaron a prepararlo para el papel que debía jugar. El disgustado milite sin duda era sólo un simple espectador en esta etapa del complot.

Los conspiradores se reunieron en casa del general Mariano Ruiz, en el suburbio de Tacubaya. Varios oficiales del ejército asistieron a esas sesiones, donde se formulaban los planes para la rebelión. Se planearon no menos de ocho proyectos. El golpe fue originalmente planeado para el primer día del año, pero se pospuso hasta el 5 de febrero. Cuando se descubrió que el vicepresidente Pino Suárez se había ausentado de la ciudad, se aplazó de nuevo para el martes 11 de febrero. La seguridad de que el gobierno conocía sus planes hizo que celebraran una sesión de emergencia el sábado en la noche, 8 de febrero, en la cual se decidió dar el golpe el día siguiente. Los conspiradores estaban tan confiados en el éxito, que se abastecieron de alimentos y licores en Tacubaya para celebrarlo.

El gobierno tuvo algunos avisos acerca de la proyectada revuelta. En realidad, los rumores, fechas precisas, nombres de los individuos y regimientos comprometidos, eran noticias corrientes en la capital. Madero creyó que los informes eran exagerados y recibió estos avisos con indiferencia. Consideraba las historias que circulaban como aspectos normales de la política mexicana...

Pero Gustavo, al oír estos informes, se apresuró a marchar de Monterrey a la Ciudad de México, a donde tenía que ir a prepararse para su viaje al

Japón. Acompañado de un amigo, pasó la noche del sábado recorriendo la ciudad, recogiendo las informaciones y confirmando las noticias y rumores.

Era característico de la Revolución Mexicana que el golpe que destruyó a su primer gobierno se fraguara en la capital, ciudad ésta tan ajena y antagónica a la Revolución que iba a destruir y a cuyos líderes devorarían, que la ciudad se convirtiera en un campo de batalla y que Madero confiara su destino y el de su gobierno a Huerta, un borracho inescrupuloso que traicionó la confianza depositada en él.

Los preparativos para el cuartelazo se llevaron a efecto cuidadosa y detalladamente. El objetivo inmediato era libertar a Bernardo Reyes y a Félix Díaz, quienes servirían como líderes del movimiento. En las tempranas horas de la madrugada del domingo 9 de febrero, el movimiento empezó simultáneamente en los suburbios de Tlalpan y Tacubaya. En el primero de los lugares mencionados participaron 300 alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes, una institución de instrucción militar fundada por Díaz. De los cuarteles de Tacubaya vinieron trescientos dragones, del Primer Regimiento de Caballería, y 400 hombres del 2º y 5º Regimientos de Artillería. Esta fuerza, con algunas adicionales de los cuarteles de la propia ciudad, se dividió en dos columnas. Una sección se encaminó a la prisión militar de Santiago Tlaltelolco, donde el general Reyes estaba encarcelado. Los guardianes no ofrecieron resistencia, y Reyes, que había sido avisado del cambio de fecha de la revuelta, estaba listo y salió de la prisión. Los otros prisioneros, buscando cómo escapar y en la confusión del momento, se amotinaron e incendiaron el edificio. Más de 100 prisioneros fueron muertos en la pelea.

Esta columna avanzó entonces hacia la Penitenciaría. Después de haberse colocado un cañón cerca del edificio, se exigió la libertad de Félix Díaz. El director de la prisión telefoneó al ministro de Gobernación pidiéndole instrucciones, y se le ordenó resistir. Sin embargo, con sólo 20 hombres disponibles para defender la prisión, el director comprendió que la

defensa era imposible y se rindió. Félix, que ignoraba que la fecha de la rebelión había sido anticipada, estaba rasurándose cuando llegaron sus libertadores. Completó esta faena antes de juntarse a sus camaradas en la marcha hacia el Palacio Nacional, que se creía en poder de la otra columna.

La segunda columna, compuesta de aspirantes y de una parte del Primer Regimiento de Caballería, había, en realidad, tomado posesión del Palacio Nacional. Gustavo Madero, que llegó al Zócalo, plaza principal, fue reconocido y capturado. También hicieron prisionero al ministro de la Guerra, García Peña, quien había sido herido levemente cuando trató de recuperar el Palacio Nacional. Cuando el general Lauro Villar, jefe militar de la plaza, descubrió la situación, prontamente reclutó algunas fuerzas leales y recobró el edificio del gobierno. Doscientos treinta y dos aspirantes fueron arrestados; Gustavo Madero y García Peña fueron libertados, y un personal leal fue puesto para resguardar el Palacio. Con su enérgica y valiente conducta, el general Villar destruyó los planes de la rebelión. Se preparó a defender el Palacio: las fuerzas federales fueron estacionadas en la azotea; era la plaza, de un extremo hasta el otro enfrente del edificio, los soldados del 41º Batallón tomaron posiciones, y en los pórticos fueron colocados dos morteros y seis ametralladoras.

La columna encabezada por los generales Reyes, Félix Díaz y Ruiz salió de la Penitenciaría y se encaminó hacia el centro de la ciudad. Las fuerzas rebeldes ocuparon una serie de calles paralelas que desembocan en el Zócalo. Entonces el primer grupo rebelde, guiado por el general Ruiz, entró en la plaza, aproximándose a la puerta central del Palacio Nacional, que creían estaba en poder de los aspirantes. El general Villar y Adolfo Bassó, intendente del Palacio Nacional, pistola en mano, forzaron al obeso general Ruiz a rendirse.

Unos pocos momentos después el general Reyes apareció a la cabeza de algunos soldados. Villar le ordenó detenerse y rendirse, pero el líder rebelde continuó avanzando, se dio la orden de fuego y el general Reyes

cayó acribillado a balazos. Su hijo Rodolfo recordó que había dicho a su padre que se detuviera en vista de la situación, pero que parecía que “estaba como enojado” y contestó con acento fatalista: “la columna debería pararse, no yo. Lo que va a suceder, que suceda y ya”. Rodolfo aseguraba que su padre tenía la fiebre de la desesperación, de la humillación y del pesar, “incesantemente esperaba que la muerte viniera a libertarlo”. El general Reyes parecía decidido a no sobrevivir a otro fracaso.

El principio del fuego fue la señal de la batalla que duró cerca de 40 minutos entre las fuerzas leales que defendían el Palacio y los rebeldes que ocupaban los pórticos, los edificios y las calles del lado oeste de la plaza. Muchos civiles fueron víctimas de este mortífero fuego cruzado. Cuando el combate cesó, casi tan bruscamente como había empezado, la plaza presentaba un aspecto de desolación. Más de 400 personas, la mayoría civiles, habían sido muertas y cerca de mil heridas. El general Villar quedó herido en la clavícula izquierda y esto hizo necesario nombrar un nuevo jefe leal. Reyes fue muerto y Félix Díaz retiró sus fuerzas de la plaza principal para atacar la Ciudadela.

Mientras tanto, en el castillo de Chapultepec el presidente Madero había sido informado de los acontecimientos ocurridos aquella madrugada. Cuando se le informó de que el Palacio Nacional estaba una vez más en poder de las fuerzas leales se decidió a ir allí, considerando que éste era el lugar que le correspondía. Montado en un magnífico caballo, y escoltado por la guardia presidencial y los cadetes del Colegio Militar, Madero prosiguió a lo largo del Paseo de la Reforma en dirección al Palacio Nacional. Aunque de temperamento nervioso y emotivo, el presidente una vez más demostró su serenidad en los momentos difíciles. Cabalgó serenamente a lo largo del paseo, sonriendo y saludando a las personas que vitoreaban al valiente jefe del Ejecutivo. Cuando la comitiva presidencial hubo llegado al fin de la avenida Juárez, cerca del Teatro Nacional, se oyó un nutrido fuego que venía del Palacio Nacional, y entonces resolvió esperar el resultado de la batalla del Zócalo. Ya que algunas balas llegaban

de un edificio adyacente, una de las cuales mató a un policía que estaba muy cerca de Madero, el grupo presidencial se refugió en el Estudio Fotográfico Daguerre. Con Madero estaban los ministros Hernández, Bonilla, Ernesto Madero y el general Huerta.

Se recibió la noticia de que el ataque de los rebeldes contra el Palacio Nacional había sido repelido, y Madero se preparó para continuar la marcha. Una multitud se reunió fuera de la tienda, y el presidente apareció en el balcón para recibir una ovación. Montó de nuevo en su caballo, y se le presentó la necesidad de nombrar sustituto para el herido general Villar. Contra su propio juicio, y a pesar de su profunda aversión, Madero, al parecer por recomendación del ministro de la Guerra, García Peña, nombró a Victoriano Huerta jefe militar de la plaza, para organizar la defensa y dirigir el ataque contra los rebeldes. Cuando el fiel Villar supo que Huerta había sido nombrado en su lugar, le advirtió al nuevo jefe: “Mucho cuidado, Victoriano, ten cuidado”.

Los rebeldes se retiraron del Zócalo, pero dejaron un pequeño grupo de aspirantes en las torres de la catedral. Estos permanecieron allí aislados durante dos días. Finalmente, disfrazados de curas de la catedral lograron escapar. El núcleo principal de los rebeldes se reunió cerca de la estatua de Carlos IV, donde la avenida Juárez se junta con el Paseo de la Reforma, y de este punto se movió al sur hacia la Ciudadela. Los rebeldes ocuparon las cuatro calles que conducían a la fortaleza, emplazando cañones y ametralladoras, y poco tiempo después, antes del mediodía, la Ciudadela se les rindió.

La vieja fortaleza, que hasta entonces había servido como fábrica de armas y bodega, es un edificio largo de un solo piso, con muros de más de un metro 20 centímetros de grueso. Rodeado de anchas calles, domina todo el frente, con excepción de la prisión de Belém, al sudeste. Hacia el sur estaba un pequeño espacio que separaba el área de algunas casas privadas. Hacia el oeste, el parque de Artillería y algunas casas, y hacia el noroeste, el jardín de Carlos Pacheco. La fortaleza es un monumento

histórico: en la época de Juárez, el edificio fue ocupado por los rebeldes durante la revuelta del general Negrete, pero el general Sóstenes Rocha la recapturó y sofocó la rebelión en unas pocas horas.

En 1913 la Ciudadela estaba menos acondicionada para resistir un asalto que en 1871, Porfirio Díaz había modificado los formidables y sólidos muros, agregándole un número de ventanas. La fortaleza ya no domina la ciudad, que ha crecido especialmente hacia el oeste. Aunque habían acumulado provisiones dentro de la Ciudadela, los rebeldes encerrados allí estaban destinados, en apariencia, a perecer con el tiempo o por la fuerza. El gobierno pudo obtener refuerzos y mantener un apretado bloqueo, y tomó la iniciativa. Rodolfo Reyes, afirmó que: "No entiendo las artes militares, pero creo que... si los federales hubiesen colocado su artillería debidamente, la Ciudadela habría sido barrida por el fuego de los cañones. Entonces habrían podido capturarla por asalto".

Sin embargo, siguieron 10 días de fingimiento militar. Fueron 10 días de lúgubre farsa y terror, de sufrimiento y muerte para un sinnúmero de no combatientes, y con enormes daños a la propiedad. La artillería federal fue mal instalada e ineficazmente empleada. Las tropas leales se enviaban para ser aniquiladas por los que se defendían atrincherados y que recibían abastos de afuera, a pesar del "sitio" federal. La farsa sangrienta fue jugada hasta la última carta con fría indiferencia para las inocentes víctimas.

Después de tomar la fortaleza los rebeldes se desplegaron sobre la azotea que tenía una trinchera de rieles de 39 pulgadas. Como el asalto no se llevó a cabo inmediatamente, los rebeldes tuvieron tiempo de instalar sus cañones en las calles. Una calma artificial siguió a los acontecimientos de la mañana. Las calles de la ciudad estaban enteramente desiertas, exceptuando pequeños grupos de individuos que, asustados, se reunían en las esquinas. En el Palacio Nacional, Madero notificó a los gobernadores que había ocurrido una fracasada revuelta y que el orden había sido restablecido. Su informe fue prematuro, como reveló la caída de la Ciudadela en poder de los rebeldes.

Tan pronto como fue conocida la verdadera situación, Madero empezó a consultar a su gabinete. Los consejos confirmaron el nombramiento de Huerta, acordaron llamar a Rubio Navarrete, de Querétaro, para comandar la artillería federal, y discutieron para pedir a la Comisión Permanente del Congreso poderes extraordinarios de Guerra y Hacienda. El gobierno telegrafió a los destacamentos cercanos ordenándoles concentrarse a la ciudad para pelear contra los rebeldes. El gabinete sugirió que Madero buscara su seguridad fuera de la ciudad, y se propuso que el ministro Bonilla visitara a los gobernadores del norte para procurar refuerzos y un posible refugio para el gobierno si se hacía necesario tomar esta medida. Madero decidió ir a Cuernavaca a traer al general Ángeles y a sus fuerzas a la capital.

Antes que Madero saliera de la Ciudad de México ocurrieron dos episodios desagradables. En un jardín que está al lado de la oficina principal, dentro del Palacio Nacional, el general Ruiz y 15 aspirantes fueron fusilados. Aunque no se sabe con seguridad quién ordenó este acto, no hay ninguna duda de que el general Huerta se apresuró a ejecutarlo. Se ha sugerido que su conducta fue motivada por el deseo de demostrar su lealtad y silenciar las protestas contra su nombramiento, o silenciar a Ruiz, que conocía sus contactos con los jefes rebeldes. El segundo episodio se refiere a los ataques de la multitud contra los edificios de la prensa opositora, que la opinión popular indignada culpaba de provocar la rebelión. La multitud trató de saquear y quemar las oficinas de *El País*, *La Tribuna*, *The Independent Herald* y el *Noticioso Mexicano*. Los elementos de la oposición alegaban que la multitud fue incitada y dirigida por miembros de La Porra.

Madero partió para Cuernavaca en un coche abierto, cerca de las tres de la tarde; iba acompañado por sus ayudantes, capitanes Federico Montes y Gustavo Garmendia, el diputado Alejandro Ugarte, el estenógrafo Elías de los Ríos y Alfredo Álvarez. Madero aseguró a sus compañeros que llegaría a Cuernavaca sin novedad. En Tres Marías encontraron un tren militar que se dirigía al sur, escoltado por 75 hombres. Madero aceptó continuar el viaje en el tren para mayor seguridad.

En el último vagón, la conversación gradualmente vino a enfocarse en el tema de la rebelión en la capital. Madero, lleno de confianza, predijo que sería aplastada tan pronto pudiera reunir fuerzas suficientes. Cuando el capitán Garmendia recomendó que, una vez que los rebeldes fuesen derrotados, debían ser todos pasados por las armas, Madero, riéndose, desechó el consejo diciéndole: “No te preocupes, Garmendia, todo se arreglará del mejor modo”. Esto impulsó a Álvarez a preguntar a Madero si había pensado que si él caía en manos de los rebeldes lo perdonarían. Madero contestó secamente con una negativa. Siguió un largo y significativo silencio. Algunos de los acompañantes estaban preocupados por el nombramiento de Huerta como jefe militar. Madero admitió que la designación fue un compromiso del momento, que no le gustaba, y dijo que, a su regreso, Victoriano Huerta sería removido.

El general Ángeles lo esperaba en la estación de Cuernavaca, y celebraron una larga conferencia en el Hotel Bellavista. Se acordó que Ángeles movilizaría sus tropas y las llevaría a la capital. Álvarez informó que Madero también discutió un plan por el cual Ángeles reemplazaría a Huerta como jefe de las fuerzas. Ambos, el general del ejército y el presidente, estaban de acuerdo en que la obligación de Madero era permanecer en su puesto mientras los militares aplastaban la rebelión. Se prepararon para regresar a la Ciudad de México al día siguiente.

El domingo por la tarde el gobierno ordenó la movilización de todas las fuerzas cercanas, y telegrafió a los jefes de algunas zonas y a los gobernadores diciéndoles que concentraran todas las fuerzas disponibles en un lugar cerca de la capital. Esa noche una quietud llena de ansiedad prevaleció en la ciudad. Solamente los vehículos de la Cruz Roja y de la Cruz Blanca circulaban por las calles lentamente. La Embajada norteamericana rápidamente fue convertida en un centro de refugio. Desgraciadamente, las actividades del embajador no estaban dirigidas a ese laudable esfuerzo. Su conducta durante la Decena Trágica hizo a Márquez Sterling tildar a la Embajada norteamericana como “centro de conspiración”.

Los informes del embajador Wilson durante esos difíciles días estaban llenos de críticas al gobierno, contenían errores y mixtificaban los hechos en favor de la rebelión. A las 5 de la tarde del día que estalló la revuelta, Wilson informó que “el Palacio Nacional era el único lugar todavía leal a Madero”. Esa tarde, un representante de Díaz lo visitó para pedirle que urgiera a renunciar a Madero para evitar el derramamiento de sangre. Wilson informó: “Contesté, que me era imposible tomar tal medida en vista de que Díaz no tenía credenciales y que no asumiría ninguna responsabilidad sin la aprobación de todo el Cuerpo Diplomático”.

Más tarde, con la aprobación de todo el Cuerpo Diplomático, aunque Wilson sólo mencionaba a Cologan, de España; Von Hintze, de Alemania, y Stronge, de Inglaterra, como asistentes a la Embajada, telefoneó al ministro de Relaciones Exteriores para saber “categóricamente” si el gobierno estaba capacitado para dar protección a los extranjeros; y aunque el ministro prometió hacer todo lo que pudiera, Wilson informó que “no podía obtener ninguna satisfacción”. Una similar solicitud de garantías fue sometida por un empleado de la Embajada al jefe rebelde.

La ciudad despertó el lunes en la mañana en un profundo silencio. Las casas de comercio permanecieron cerradas. El 10 de febrero fue el segundo día de expectación. Ese día se celebró una conferencia entre Félix Díaz y un comisionado del general Huerta en la pastelería El Globo, situada en el centro de la ciudad. En apariencia se arregló una entrevista entre los dos jefes principales para el día siguiente. En su mensaje de ese día, Wilson indicó que sabía que las “negociaciones se estaban llevando a cabo por medio del general Huerta”, y transmitía la fantástica noticia de que “prácticamente todas las autoridades locales, la policía y los rurales se habían rebelado a favor de Díaz”.

Esa tarde, el presidente regresó a la capital con más de mil hombres bajo las órdenes del general Ángeles. Los rurales habían llegado de Celaya y de San Juan Teotihuacán, y los recién llegados fueron estacionados a lo largo del Paseo de la Reforma, término oeste de la línea de fuego del

gobierno. Madero encontró la situación en el mismo estado que cuando salió para Cuernavaca. La Comisión Permanente del Congreso había votado dándole plenos poderes al Ejecutivo en las dependencias de Hacienda y Guerra. Los rumores acerca de las conferencias de El Globo parecían confirmar la creencia de Gustavo de que Huerta formaba parte de la conspiración y fortaleció la determinación de Madero para reemplazarlo. Cuando esta cuestión se discutió en el gabinete se suscitó la objeción de elevar a Ángeles sobre un jefe que tenía un rango más alto. En vista de este obstáculo y de las efusivas protestas de Huerta de su lealtad, Madero imprudentemente desistió de la cuestión. Ángeles fue puesto a cargo del sector oeste.

De la Barra dijo que, movido por “el patriotismo y la humanidad”, le ofreció en una carta que escribió al presidente servir como intermediario entre el gobierno y los rebeldes para encontrar una solución pacífica. Madero le contestó que no estaba dispuesto a tratar con los rebeldes. El día terminó con las calles desiertas y un ataque inesperado contra los rebeldes. El embajador Wilson, en unas notas no oficiales al ministro Lascuáin y a Félix Díaz, pidió que el bombardeo se hiciera de manera que causara los menores daños posibles en la zona residencial de la ciudad.

El martes la ciudad se hallaba en estado de sitio. Los rebeldes, durante los dos días de espera, habían ocupado todos los edificios alrededor de la Ciudadela con una fuerza de avanzada que ocupaba el edificio de la Y.M.C.A. Finalmente, cerca de las 10 de la mañana, el ataque del gobierno, largamente esperado, empezó con un terrible bombardeo. Este fuego fue vigorosamente contestado por los rebeldes. La ciudad retemblaba con el estampido de los cañones, con el traqueteo de las ametralladoras y con el ruido de la fusilería. Muchas granadas estallaron en San Francisco y calles adyacentes, y las ventanas y la luz eléctrica fueron dañadas por la atroz lluvia de fuego. Muchos curiosos perecieron y otros fueron heridos.

Los federales atacaron la fortaleza por cuatro lados, lanzando varios asaltos contra el enemigo. Ocho horas duró la furiosa batalla. El fuego

cesó a las 6 de la tarde. La lucha del día terminó con insignificantes cambios de la situación y sin aparente ventaja para ninguno de los bandos, aunque los rebeldes habían capturado y conservado el parque de Ingenieros. Las bajas entre muertos y heridos eran más de 500. Esa noche un silencio de terror siguió al clamor de la batalla, de vez en cuando interrumpido por esporádicas descargas de ametralladora.

El martes, a las 10:30 de la mañana, escasamente 15 minutos después de que empezó la ofensiva federal, el general Huerta y Félix Díaz conferenciaban en casa de Enrique Cepeda, en la calle de Nápoles, de la colonia Roma. Cepeda sirvió durante la Decena Trágica como emisario entre Huerta y la Embajada norteamericana, y entre Huerta y los rebeldes de la Ciudadela. En esta conferencia se selló la caída de Madero, pero la decisión de cuándo ocurriría se la reservó Huerta. El primer fruto del pacto se produjo en las horas avanzadas de esa tarde, cuando a un destacamento de las fuerzas rurales leales se le ordenó avanzar al descubierto sobre la calle de Balderas. Las ametralladoras de los rebeldes de la Ciudadela y las de los de la Y.M.C.A. hicieron pedazos la cerrada formación de los rurales.

El presidente Madero permanecía optimista. Las tropas continuaron llegando de los estados vecinos. Rubio Navarrete, de Querétaro, declaró su lealtad y fue puesto en el mando de la artillería del gobierno. Aseguró al presidente que la Ciudadela caería el día siguiente. *El Imparcial*, que recientemente había llegado a ser un periódico oficial, anunció que Madero, apoyado por 6 mil soldados contra 1,500 rebeldes, estaba seguro de la victoria. Madero tenía confianza en el futuro, y por eso dijo a Vasconcelos:

Luego que pase esto cambiaré el gabinete. Son muy honorables todos mis ministros, pero necesito gente más activa. Sobre ustedes los jóvenes caerá ahora la responsabilidad. No me van a decir que no. Verá usted; esto se resuelve en unos días, y, en seguida, reharemos el gobierno; tenemos que triunfar porque representamos el bien.

Arenga del presidente Madero a los alumnos del Colegio Militar, en la mañana del 9 de febrero de 1913

Martín Luis Guzmán

En Chapultepec, el señor Madero, ya a caballo, y poco antes de la hora en que aparecería frente a Palacio el general Gregorio Ruiz, había arengado a los alumnos del Colegio Militar, que lo oyeron armados y municionados para servirle de escolta hasta la Ciudad de México. “Ha ocurrido —les dijo— una sublevación, y en ella la Escuela de Aspirantes, arrastrada por oficiales indignos de su uniforme, ha echado por tierra el honor de la juventud del ejército. Este error sólo puede enmendarlo otra parte de la juventud militar, y por eso vengo a ponerme en manos de este colegio, cuyo apego a la disciplina y al deber no se ha desmentido nunca. Os invito a que me acompañéis en columna de honor hasta las puertas de Palacio, asaltado esta madrugada por los aspirantes y sus oficiales y vuelto otra vez a poder del gobierno gracias a la energía del Comandante Militar de la Plaza, que ha sabido reducir al orden a los revoltosos”.

Breve, elocuente por su dignidad y su emoción contenida, la arenga del señor Madero hizo de las dos compañías de alumnos que lo escuchaban un cuerpo unánime. El director, Víctor Hernández Covarrubias, contestó con palabras de encomio para el colegio, cuya sola fama lo definía, y de agradecimiento para el jefe del Estado, que, comprendiéndolo así, no dudaba de que los cadetes lo escudarían con su lealtad. En seguida, dirigiéndose a éstos, y alzando más la voz, resumió en un vítor lo expresado por el señor Madero y lo que él acababa de contestar:

“¡Viva el Presidente de la República!”

Lacónicos y solemnes, como con una sola voz, los alumnos respondieron: “¡Viva!”

E inmediatamente se ordenó la marcha.

[De *Febrero de 1913*,
libro inédito de Martín Luis Guzmán]

El embajador Wilson mete las manos

Stanley R. Ross*

El tercer día de la rebelión, Henry Lane Wilson informó que “la opinión pública, la nacional y la extranjera, tanto como puedo apreciarlo, parece estar en su inmensa mayoría a favor de Félix Díaz”. Él desestimó la fuerza federal, exageró la magnitud de la fuerza rebelde y se quejó del fuego no dirigido a objetivos precisos y de los enormes daños a la propiedad. Por la posibilidad de que las malas condiciones pudieran continuar, el embajador ofreció un inesperado proyecto:

Estoy convencido de que el gobierno de los Estados Unidos, en interés de la humanidad y en cumplimiento de sus obligaciones políticas, debería enviar instrucciones de carácter firme, drástico y quizá amenazante para ser transmitidas personalmente al gobierno del Presidente Madero y a los líderes del movimiento revolucionario.

Si yo estuviera en posesión de instrucciones de ese carácter o con poderes generales en nombre del presidente, podría posiblemente lograr el cese de las hostilidades y la iniciación de las negociaciones, que tendrían como objeto los arreglos de una paz definitiva.

El secretario de Estado, Knox, contestó que el presidente no estaba convencido de la conveniencia de dar tales instrucciones “por el momento”, porque podían precipitar una intervención, y porque “las medidas drásticas podrían decidir en favor de uno de los bandos la supremacía militar”,

*Profesor de la universidad de Nebraska.

de lo que el gobierno de Estados Unidos no deseaba ser responsable en ningún grado. Ese efecto era precisamente el que Wilson, bajo la máscara de humanitarismo, seguramente deseaba obtener.

En la mañana del miércoles (12 de febrero) se reanudó el fuego; pero fue casi totalmente centralizado en la zona de la Ciudadela, donde la intensidad de la lucha era mayor y abarcaba la posesión de la sexta Delegación de Policía, en las esquinas de las calles de Victoria y Revillagigedo. Durante las primeras horas del día, los rebeldes se apoderaron de ese lugar, y el fuego que provenía de allí desemplazó tres cañones federales. A hora más avanzada de la mañana, después de una terrible lucha, las fuerzas federales de vanguardia capturaron el edificio, y aprovechando la ventaja avanzaron a lo largo de la calle de Revillagigedo hacia el jardín de Carlos Pacheco. Sin embargo, el fuerte fuego directo forzó a los federales a retirarse de la posición avanzada. Se lanzaron otros ataques desde el este a lo largo de Arcos de Belén y del lado sur. Los primeros esfuerzos dieron como resultado un costoso avance hacia el frente de la prisión. En el último ataque avanzaron unas cuantas decenas de metros.

Como resultado del ataque del sur, en el cual los rebeldes concentraron sus cañones, fue abierta una brecha en las esquina noroeste de la Prisión de Belén, que alojaba a 5 mil prisioneros. Hubo un tumultuoso revoltillo para tomar ventaja de la situación. Muchos reclusos fueron muertos, algunos fueron capturados y llevados a la Ciudadela. Al mediodía se suspendió la lucha mientras algunos diplomáticos extranjeros trataban de señalar una zona neutral, pero cerca de las 4 de la tarde empezó de nuevo la lucha y duró hasta las primeras horas de la mañana siguiente.

La ciudad presentaba un aspecto desolador. No había luz en muchas calles y se carecía de policías y de otros servicios públicos. Se empezaban a descomponer los cadáveres de los que habían perecido en las zonas de combate. Los cuerpos se apilaban en las calles, se impregnaban de petróleo y se quemaban con la esperanza de evitar una epidemia. Empezaron a faltar artículos de primera necesidad y los precios se elevaron exagera-

damente. Los soldados del gobierno estuvieron racionados durante los dos primeros días de la lucha, y Gustavo Madero, de sus propios fondos, compró 10 mil emparedados diariamente para alimentar a los soldados leales.

En el cuarto día de lucha se confirmó que había pruebas circunstanciales del complot. Rubio Navarrete, después de conferenciar con Huerta la noche anterior, dijo a Madero que quería modificar sus predicciones optimistas. Le manifestó ahora que los muros de la fortaleza eran tan gruesos que no podría demolerlos con el equipo que tenía. El embajador Wilson estuvo muy activo la noche del miércoles, haciendo manifestaciones similares al gobierno y a los rebeldes. De acuerdo con su informe, en nombre de los diplomáticos que lo acompañaban protestó por la continuación de las hostilidades y la pérdida de vidas y propiedades norteamericanas, y declaró que estando el presidente de Estados Unidos preocupado de lo que ocurría, “había ordenado a barcos de guerra dirigirse a varios puertos... y que marinos desembarcarían si fuese necesario, y serían traídos a la ciudad para mantener el orden y dar protección a las vidas y propiedades extranjeras”.

A pesar de las instrucciones, el embajador empleaba lenguaje de “carácter amenazador” contra el gobierno. La interpretación que dio a la reacción producida por sus declaraciones fue una vez más característica de sus torcidos puntos de vista. Visitó el Palacio Nacional, cerca de las 11 de la mañana, con los ministros alemán y español. Después que hizo su declaración, Wilson supo que el “presidente estaba visiblemente molesto”. El embajador informó que Madero “trató de echar la responsabilidad a Díaz”, e informó entonces que el gobierno daba los pasos necesarios para terminar la rebelión a la noche siguiente. “Estas declaraciones no causaron ninguna impresión en mí, ni en mis colegas”. El diplomático norteamericano insistió en que cesaran las hostilidades mientras se hacía la misma solicitud a Díaz. Madero accedió a esta demanda. Los diplomáticos regresaron a la Embajada norteamericana, donde se les unió el ministro británico. Los cuatro visitaron a Díaz en la Ciudadela. Wilson, como se pudo haber

previsto, estaba favorablemente impresionado por el resultado de la entrevista. “Mis colegas y yo estamos satisfechos de la franqueza así como de los sentimientos humanitarios expresados por el general Díaz”. Dijo con satisfacción que “él —Díaz— nos recibió con todos los honores de guerra”.

El jueves, 13 de febrero, fue un día de terrible bombardeo que se prolongó hasta la noche. Una bomba disparada desde la Ciudadela estalló en las puertas del Palacio Nacional. Las baterías federales del general Ángeles colocadas cerca de la Estación del Ferrocarril Nacional, causaron daños considerables en la zona residencial, pero el bombardeo a la Ciudadela le causó poco daño. No fue difícil descubrir la razón. El lugar donde las baterías federales estaban emplazadas era tal que el ángulo de trayectoria no apuntaba contra los muros de la fortaleza. Además, la metralla usada en los cañones no podía penetrar en los muros, solamente podía destruir el techo o herir a los que se exponían al fuego directo.

Los rebeldes trataron de tomar la torre de la iglesia de Campo Florido, pero las tropas federales los rechazaron causándoles numerosas bajas en una batalla que duró una hora. Las posiciones, al terminarse el día, eran casi las mismas; pero el radio de actividad de los rebeldes parecía haberse extendido un poco. El gobierno continuó concentrando más tropas. Entre los refuerzos que llegaron ese día hubo una unidad de 100 hombres, que trajo 2 millones de cartuchos de Veracruz.

El bombardeo continuó el viernes 14 de febrero con variada intensidad. Las fuerzas federales lucharon avanzando casi hasta las puertas de la Y.M.C.A., pero se vieron obligadas a retroceder. El gobierno se sintió más fuerte, porque se informó que el general Rivera venía de Oaxaca a la capital con 900 hombres, y el general Blanquet había llegado de Toluca con el Batallón 29. Blanquet había teleografiado afirmando su lealtad el día 10, pero los rumores continuaron circulando acerca de la veracidad de sus intenciones. En vez de entrar a la capital, Blanquet acampó en las afueras de la ciudad.

Los grandes acontecimientos del viernes ocurrieron en los círculos diplomáticos más bien que en el campo de las operaciones militares. El gobierno estaba preocupado por la prolongación de las hostilidades y por la amenaza de complicaciones internacionales. Por tanto, Madero accedió a aceptar los servicios como mediador del ministro español, Cologan, y de De la Barra. La noche anterior, De la Barra habló con el general Ángeles acerca de la colocación de cañones cerca de la legación Británica, y durante el curso de la conversación había tocado el tema de una posible solución de las dificultades. Ángeles informó al presidente Madero, quien invitó a De la Barra al Palacio Nacional a las 10 de la mañana del viernes. De la Barra fue autorizado para hablar con los generales Díaz y Mondragón acerca de un armisticio para permitir a los civiles que salieran de las zonas de peligro, y para que se realizaran las negociaciones encaminadas a resolver el conflicto. De la Barra llegó a la Ciudadela y tuvo que esperar un poco mientras el ministro Cologan hacía un inútil esfuerzo con igual objetivo.

El emisario de paz hizo ver al jefe rebelde la situación difícil y el peligro internacional. Díaz y Mondragón repitieron lo que le habían dicho al ministro Cologan, que la condición *sine qua non* para las negociaciones era la renuncia del presidente Madero, la del vicepresidente Pino Suárez y la de todo el gobierno. Después de la entrevista, que duró una hora, De la Barra dio cuenta a Madero del resultado de su gestión, y éste le declaró que bajo ninguna circunstancia estaría dispuesto a renunciar. El presidente examinó la situación con los miembros de su gabinete. La mayoría presente, exceptuando a Bonilla y Jaime Garza, apoyaron la idea de la renuncia para evitar la intervención extranjera implícita en las declaraciones del embajador Wilson.

Madero se decidió a telegrafiar al presidente Taft para saber la verdad. En su mensaje le decía que los norteamericanos no correrían ningún peligro si salían de la zona de combate hacia otras partes de la capital o suburbios, que el gobierno aceptaba toda la responsabilidad por los daños

causados a la propiedad y que estaba tomando todas las medidas para evitar los perjuicios posibles y para terminar pronto la difícil situación:

Es verdad que mi país experimenta en el presente una situación terrible. El desembarco de fuerzas norteamericanas solamente empeoraría la situación. Por un error lamentable, los Estados Unidos harían un gravísimo daño a un país que ha sido siempre un amigo leal. Eso haría más difícil el restablecimiento en México de un gobierno democrático similar al de la gran nación norteamericana. Apelo a los sentimientos de equidad y de justicia que han sido la norma de su gobierno, y que indudablemente representa el sentimiento del gran pueblo norteamericano.

Despachado este mensaje, Madero dijo a su gabinete que no renunciaría bajo ninguna circunstancia. Refiriéndose al telegrama enviado al presidente Taft declaró con optimismo: "Ahora ustedes verán cómo se tratan las intrigas de este mal embajador".

Sin embargo, las actividades de Wilson continuaron. Esa misma mañana el ministro de Relaciones Exteriores, Lascuráin, visitó la Embajada norteamericana. El embajador "trató de impresionarlo con el hecho de que la opinión, tanto la mexicana como la extranjera, hacían responsable al gobierno federal por esta situación", y le urgía "tomar alguna medida inmediata que condujera a las negociaciones". Wilson sugirió la conveniencia de convocar al Senado y de acordar un armisticio. El diplomático norteamericano observó con satisfacción que Lascuráin estaba "profundamente impresionado con lo que él creía ser una amenazadora actitud de nuestro gobierno, y me dijo confidencialmente que él creía que el presidente debía renunciar".

En apariencia, la sugestión de Wilson dio resultado. A las 4 de la tarde una docena de senadores se reunió en casa del senador Camacho. El ministro Lascuráin asistió y discutió la situación, en particular la amenaza de la intervención norteamericana. Deseando una base más amplia de apoyo para tomar cualquier acción, el grupo decidió llamar a sesión

plenaria al Senado para las 7 de la mañana del día siguiente. Lascuráin hizo una convocatoria formal en nombre del Poder Ejecutivo.

El embajador Wilson también trató de persuadir a algunos de sus colegas del Cuerpo Diplomático para presionar a Madero a que renunciara. Pidió a los ministros de Inglaterra, Alemania y España que acudieran a la Embajada de Estados Unidos en las primeras horas de la mañana del 15 de febrero, “para completar el trabajo hecho con el señor Lascuráin en... —la— entrevista del viernes por la mañana”. Después que sus colegas llegaron, el diplomático norteamericano dio rienda suelta a sus obsesiones y temores: que Madero era inepto, que el saqueo por las chusmas era inminente y que las hordas de Morelos entrarían en la ciudad. Aunque el país en general estaba en calma, y solamente en la capital se luchaba, Wilson trató de hacer ver que la nación toda ardía en las llamas de la rebelión. Expresó su convicción de que el ejército federal era desleal a Madero. Como resultado de la sesión, que duró dos horas, los diplomáticos, como Wilson lo expresó, convinieron en una “idéntica opinión” para asumir la responsabilidad de hacer una solicitud extraoficial de que Madero renunciará. El ministro español fue el designado para representarlos ante el presidente mexicano.

El sábado por la mañana se reunieron en la Cámara 25 senadores. Por no haber el *quórum* reglamentario, los asistentes procedieron a celebrar una sesión privada. Durante las cuatro horas que duró la sesión, el ministro Lascuráin habló de la difícil situación internacional, y De la Barra narró sus inútiles esfuerzos de mediador. Los senadores acordaron que era necesario salvar la soberanía nacional por medio de la renuncia del presidente y del vicepresidente. Se constituyeron en Comité, nombraron a dos de sus miembros como portavoces, y se encaminaron hacia el Palacio Nacional acompañados por Lascuráin.

El Comité Senatorial iba presidido por el ministro Cólogan. El diplomático español cumplió el encargo en nombre de sus colegas. Madero contestó que él era el presidente constitucional y que su renuncia envolvería al país en un caos. Con dignidad dijo que él “no reconocía el derecho

a los diplomáticos de mezclarse en los asuntos internos” y que “moriría en defensa de sus derechos como presidente electo legalmente”. Madero se negó a recibir a los senadores que habían llegado con una misión análoga, los cuales se encontraron con algunos miembros del gabinete, incluyendo a Ernesto Madero, quien les informó que el presidente había salido con el ministro de la Guerra a visitar las posiciones de las fuerzas del gobierno.

Ernesto Madero dijo a los senadores que aunque no representaba al presidente ni tampoco podía hablar por él, consideraba su deber advertirles lo que sigue: que el gobierno tenía suficientes fuerzas para dominar la situación y que dentro de pocos días tomaría la Ciudadela, que las circunstancias en el país eran satisfactorias y que el peligro de la intervención norteamericana no se consideraba como cosa seria. Sobre lo último dijo que el presidente esperaba una respuesta del presidente Taft. Todavía el portavoz de los senadores subrayó la necesidad de la renuncia en vista de que la independencia nacional estaba amenazada. Después de la entrevista, algunos de los senadores se dirigieron a la multitud reunida fuera del Palacio. Urgieron el apoyo del Poder Legislativo con el claro objetivo de presionar a Madero para que renunciara en vista de que ellos consideraban inminente la intervención de Estados Unidos.

Esa tarde, Wilson y el ministro alemán, Von Hintze, visitaron el Palacio Nacional con el objeto de ver al general Huerta para tratar de arreglar un armisticio y tomar algunas medidas humanitarias. El informe del embajador contenía algunas observaciones y quejas inesperadas:

Al llegar a Palacio fuimos conducidos ante el presidente, a quien no habíamos solicitado ver. No fue sino después de muchos ruegos cuando nos permitió entrevistar al general Huerta, y solamente en presencia del señor Lascuráin... Había un marcado interés en impedirnos hablar a solas con el general.

Madero mostró a Wilson el telegrama que había enviado al presidente Taft con relación a la visita de Cóloman y a la amenaza de intervención.

En dicho telegrama, Madero decía que el embajador norteamericano le había instigado a que renunciara, y expresaba su preocupación por la amenaza del diplomático de que desembarcarían tropas. Sin embargo, Madero trató entonces de cambiar la actitud del diplomático por medios lógicos y delicadas consideraciones. Estuvo de acuerdo con la idea de un armisticio de 24 horas que empezaría a las 2 de la mañana del día siguiente (domingo); pero no pudo convencer a Wilson de que la situación del país estaba en desacuerdo con sus informes. Más tarde, por medio de Lascuráin, ofreció al representante norteamericano la seguridad de una residencia en el suburbio de Tacubaya. Wilson declinó la oferta e informó que “el cambio de residencia de la Embajada causaría muchas molestias a toda la colonia norteamericana. No se puede aconsejar a los norteamericanos ir a un lugar seguro porque no hay ninguno”.

El sábado no fue un día de lucha intensa, aunque continuaron el bombardeo y el fuego de las ametralladoras. En las primeras horas del domingo el pueblo empezó a salir de sus casas en busca de alimentos. Los que habían sido atrapados en sus residencias dentro de la zona de peligro, tomaron ventaja del sosiego de la lucha para dejar sus casas y trasladarse a lugares seguros; pero cerca de las dos de la tarde, sin aviso alguno, se reanudó el bombardeo. Muchas personas resultaron heridas por este inesperado rompimiento de las hostilidades. El gobierno declaró que los esfuerzos de los rebeldes para robustecer sus posiciones hacían necesarias estas medidas. Henry Lane Wilson se precipitó al Palacio Nacional para protestar. Márquez Sterling, que salía del Palacio, informó que el “nervioso y excitado” diplomático culpó al gobierno de avanzar y tomar “posiciones en las proximidades de la Ciudadela”.

Hacia solamente tres horas que Wilson había informado confidencialmente a Washington que “el general Huerta me había expresado el deseo de hablarme y lo veré durante el día... Espero buenos resultados de esta entrevista”. A medianoche, Huerta le envió un mensaje diciéndole que le sería imposible asistir a la cita, pero que “esperaba tomar esa noche me-

didias para terminar la situación". Tal vez la imposibilidad de Huerta para conferenciar con el embajador se debía a la embarazosa situación en que se encontraba el general esa tarde.

Un oficial, leal al gobierno, oyó la noticia de que durante el periodo del armisticio llegaban provisiones a los rebeldes sitiados en la Ciudadela. Investigó, y vio que 18 carros cargados de provisiones entraban a la fortaleza. El oficial Rubén Morales informó de eso a Madero, quien llamó al general Huerta, y le exigió una explicación. Al principio Huerta negó la información, pero, cara a cara ante un testigo ocular, admitió la veracidad de la información. Dijo que los rebeldes, faltándoles provisiones, se dispersaban y propagaban la rebelión por la ciudad; que si estuviera autorizado, mandaría mujeres y licores a los felicistas para que permanecieran contentos y reunidos, y que así, el día que la fortaleza se rindiera no quedaría un solo felicista libre en la ciudad.

Esta lógica no era muy convincente, pero Huerta insistió y luego varió la conversación sobre el tema de los ataques. En vista de que los asaltos durante el día no daban resultado, Morales sugirió un ataque nocturno. Madero y Pino Suárez estaban entusiasmados. El general Huerta bruscamente preguntó que si esto no implicaba una falta de confianza en su habilidad, cuando se insistía en un plan que él no aprobaba. El jefe federal se levantó y poniendo sus manos en los hombros de Madero dijo: "Usted está en los brazos del general Victoriano Huerta". Los acontecimientos posteriores exhibieron esta declaración como el credo de la traición, pero el presidente quedó desarmado por la aparente sinceridad del jefe militar.

El lunes el fuego continuó con más o menos intensidad. En casa del senador Camacho se reunió un pequeño grupo de legisladores, pero no pudieron ponerse de acuerdo sobre el curso de la acción a tomar.

Los senadores Pimentel y Obregón fueron a visitar al general Blanquet, en Tlaxpana, a fin de explorar su pensamiento. El general Blanquet les manifestó que Huerta había estado allí y que sería imposible asaltar con éxito la Ciudadela, porque para hacerlo el gobierno necesitaría 10 mil

hombres. Sugirió que informaran a Huerta de la reunión de los senadores. Pimentel y Obregón visitaron a Huerta y le dijeron que ellos consideraban conveniente que hablara con el presidente.

El general Huerta envió al embajador Wilson un mensaje en que le decía que “podía anticipar alguna acción que forzara a Madero a dejar el poder en cualquier momento, y que los planes estaban ya maduros”. El diplomático informó que no hizo ninguna pregunta ni sugerencia “más allá de pedir que no se fusilara a nadie sino por los debidos procedimientos legales —!—”. Los planes, en realidad, se estaban madurando. El general Blanquet rehusó, aparentemente por algún previo arreglo, poner su batallón en la línea de sitio. Al contrario, esa tarde esta fuerza fue asignada al Palacio Nacional. Wilson interpretó esto como parte del plan de Huerta para sacar a todos los “soldados puramente maderistas” del Palacio y reemplazarlos por “soldados en quienes podía confiar”. Con razón el embajador esperaba importantes acontecimientos de Cuba que “mañana todo habrá terminado, señor ministro”. Años más tarde, Henry Lane Wilson tuvo la audacia de declarar: “yo no supuse ni por un momento que un violento golpe de Estado ocurriría o que Madero se vería sometido a la presión de circunstancias aplastantes”.

A medida que la trama de la traición envolvía a Madero, un acontecimiento inesperado estuvo a punto de romper en pedazos los proyectos tan bien concebidos. Gustavo Madero se había convencido, desde el principio de la rebelión, de que el general Huerta estaba implicado en el complot. Instó a Francisco a que desplazara a Huerta del mando. Cuando un amigo, el diputado Jesús Urueta, cuya casa estaba junto a la de Cepeda en la calle Nápoles, informó de la reunión de Huerta y Díaz, Gustavo inútilmente trató de que su hermano actuara. En la noche del 17 Gustavo supo que la situación exigía una acción inmediata. Audazmente, pistola en mano, hizo a Huerta prisionero entre las protestas de inocencia y lealtad del general.

Eran las 2 de la mañana cuando el presidente supo este incidente. Ordenó que el general fuese llevado ante su presencia, y se le permitió defenderse. Huerta alegó que no deseaba iniciar un ataque mal preparado, exponiendo al presidente a una derrota, y recordó que al principio de su victoriosa campaña en Chihuahua también su tardanza había sido criticada. Huerta juró que era fiel y prometió que al día siguiente lo probaría. Madero, al parecer, quedó impresionado, porque dio al general 24 horas para dar pruebas de su inocencia; pero le dijo que si pasaba el término señalado sin resultado alguno, se inclinaría a creer la acusación. A solicitud de Huerta, el presidente personalmente le devolvió la pistola. A Gustavo lo reprendió por actuar "arrastrado por impulsos".

El martes por la mañana circularon por la ciudad rumores de un nuevo armisticio; pero desde tempranas horas se continuó oyendo disparos. Cerca de las 10 horas empezó un decisivo bombardeo en el área del Palacio Nacional, que procedía de la Ciudadela. Después de una hora el fuego se hizo más y más débil, hasta haber intervalos de casi una hora entre las descargas. La fase de la lucha giraba hacia una suspensión de las hostilidades, como para permitir que el engaño y la traición ocuparan el centro de la escena.

En las primeras horas de esa mañana, Huerta invitó al presidente de la Suprema Corte, Francisco Carbajal, y a un grupo de senadores, a su oficina. Cuando llegó Carbajal, Huerta ofreció poner sus fuerzas a la disposición de la Corte. El licenciado Carbajal contestó que él no representaba a la Corte y que no estaba autorizado para hacer arreglos. En este momento nueve senadores, que eran resueltamente antimaderistas, llegaron a la oficina de Huerta. El senador Guillermo Obregón informó al general de la visita a Blanquet y afirmó que hablaba por la mayoría del Senado, que sería que la renuncia del presidente era el único remedio a la gran amenaza que se cernía sobre la nación.

Huerta, a su vez, felicitó a los senadores por sus sentimientos patrióticos y les enseñó el informe de Rubio Navarrete sobre las dificultades de

bombardear la Ciudadela y las opiniones firmadas por militares de que era imposible tomar la fortaleza. El jefe federal añadió que el gobierno carecía de los elementos necesarios para dominar la situación. Indicó su deseo de que algunos de sus colegas militares oyeran lo que los senadores tenían que decir. El general y los legisladores estaban listos a cooperar. Los visitantes deseaban el apoyo de Huerta para un acuerdo, pidiendo a Madero su renuncia. El general Huerta necesitaba el prestigio y los motivos de los legisladores para asegurar el rango de los militares que lo respaldaban.

García Peña, ministro de la Guerra, el general Blanquet y algunos otros oficiales fueron llamados a la oficina del jefe militar. El senador Obregón repitió lo que ya había dicho anteriormente. El ministro de la Guerra contestó que él no creía posible que un grupo de senadores subleva- ra al ejército, y preguntó a Huerta si él apoyaba la propuesta de los legis- ladores. Huerta contestó que él solamente estaba sometiendo a su consi- deración una solicitud de audiencia con el presidente.

Después de 20 minutos de espera, Madero recibió a la delegación en el salón presidencial. En contestación a la pregunta del presidente, el senador Obregón manifestó el objeto de la visita en pocas y precisas palabras: para repetir la recomendación del Senado del 15 de febrero. Madero observó con actitud que no se sorprendía que un grupo que nunca había deseado que Porfirio Díaz saliera del Palacio Nacional viniera a él con tal propósito. Declaró que no había razón para su renuncia, porque los temores de una in- tervención extranjera eran infundados. Apoyando esta declaración, Madero leyó la contestación del presidente Taft a su telegrama, que consideraba como una firme promesa contra la intervención.

Los senadores Enríquez y Castellot trataron de asegurar al presidente que su gestión no debía considerarse como el producto de una actitud hostil hacia él o su administración, sino que más bien habían venido a expresar una honrada opinión patriótica. Madero reiteró su negativa de renuncia: "Jamás renunciaré. El pueblo me ha elegido y moriré si fuere preciso en el cumplimiento de mi deber". Solicitó a Enríquez y Castellot

que se quedaran para informar a Huerta del intercambio de opiniones y de que no existía el peligro extranjero. El jefe militar fue llamado, y los dos senadores hicieron lo que Madero les había pedido informando a Huerta de los resultados de la conferencia para que él los comunicara a los otros oficiales. El presidente pidió a Huerta que explicara sus planes de la tarde a los senadores. El general protestó su lealtad e indicó que a las 3 de la tarde la Ciudadela sería atacada. Madero exclamó: "Ahora, ¿ven ustedes? El general Huerta tiene sus planes y confía en los buenos resultados. No hay razón para alarmarse". El presidente trataba de usar a Huerta y a los senadores para mantener el régimen.

Era cerca de la 1:30 de la tarde, la hora normal de almorzar en el Palacio Nacional. El general Huerta, Gustavo Madero y algunos otros habían ido a un banquete que se serviría en el restaurante Gambrinus. Madero, varios miembros del gabinete y algunos ayudantes estaban en un cuarto pequeño, junto al Salón de Acuerdos, conferenciando acerca del aprovisionamiento de las tropas federales y de la población civil. La conferencia fue interrumpida por la entrada del coronel Jiménez Riveroll, del 29 Batallón, que dijo que había sido enviado por Huerta para informar que el general Rivera llegaba de Oaxaca en una actitud rebelde, y que Madero debía acompañarle a un lugar seguro.

El presidente estaba pensando rehusar este consejo cuando se oyó una conmoción en el salón contiguo. Madero y los otros se precipitaron hacia el cuarto principal. Allí encontraron al mayor Izquierdo con 25 o 30 soldados del 29 Batallón, a los que un ayudante leal había tratado inútilmente de desalojar. Las dos filas de soldados, vistiendo uniformes color plomo, con los fusiles dispuestos, cada uno con dos cananas que dejaban ver los relucientes cartuchos, y la bayoneta pendiente de sus cinturones, parecía cosa extraña y fuera de lugar en el alfombrado salón de conferencias del Ejecutivo.

El presidente se irguió, con su primo Marcos Hernández (hermano del ministro Rafael Hernández) a su lado, frente a Riveroll e Izquierdo. Detrás

del último estaban los soldados, y agrupados detrás del presidente, sus ayudantes, ministros y otros. Sin ninguna formalidad, Riveroll declaró que venía a arrestar a Madero por órdenes de Blanquet, que estaba de acuerdo con Huerta. Madero negó el derecho de Blanquet para ordenar su arresto. Cuando Riveroll quiso agarrar al presidente, dos de sus ayudantes, los capitanes Gustavo Garmendia y Federico Montes, desenfundaron sus pistolas. El capitán Garmendia disparó, matando a Riveroll.

Algunos de los soldados, ya sea porque oyeron al mayor Izquierdo ordenarlo o excitados por la tensa situación, dispararon sus armas. Las ventanas temblaron por la múltiple explosión, las cortinas se mecieron y el salón se llenó de humo de olor acre a pólvora quemada. En el piso estaban los cuerpos de Riveroll y de Izquierdo y el de Marcos Hernández, mortalmente herido. Madero, valiente hasta la temeridad, avanzó hacia los aturridos soldados. Repitiendo “calma, muchachos, no disparen”, avanzó lo suficientemente cerca para pasar por en medio del grupo por una puerta que conducía a otra antesala. Mientras que el pelotón se desbandaba, Madero se dirigió a los cuartos que dan a la plaza principal. De fuera del Palacio venían los gritos de los rurales que se habían alarmado al escuchar las descargas. El presidente apareció en el balcón y les dijo que no se preocuparan, que el incidente ya había pasado, que regresaran a sus puestos.

A pesar de que le aconsejaron que huyera y se salvara, Madero insistió en buscar al general Blanquet. El presidente no podía creer que había sido abandonado por todos los militares. Acompañado de algunos ayudantes, Madero bajó en el elevador al patio, donde encontró al general Blanquet. El general estaba, pistola en mano, al frente de la tropa del 29 Batallón, y en voz alta dijo: “Ríndase usted, señor presidente”. Madero, con voz alta, aguda e irritada, contestó: “Usted es un traidor, general Blanquet”. Blanquet afirmó entonces: “Usted es mi prisionero”. El presidente protestó: “Es el Presidente de la República con quien usted está hablando”; pero Blanquet sencillamente se limitó a repetir que Madero

era su prisionero. Siendo la resistencia inútil, el indefenso Madero fue llevado a la oficina del jefe militar, que estaba en el mismo patio. La mayoría de los miembros del gabinete, exceptuando a dos que escaparon, fueron arrestados.

En el restaurante Gambrinus, Gustavo Madero asistía a una fiesta privada en honor del presidente de la Cámara, que había sido ascendido al rango de general. El general Huerta estaba también presente. Poco tiempo después de la 1:30 de la tarde, Huerta hizo una llamada telefónica, evidentemente para confirmar que todo se había hecho en el Palacio como se había preparado, y después se retiró de la fiesta. Veinte minutos más tarde un pelotón de soldados se presentó y arrestó a Gustavo Madero, encerrándolo en un cuarto ropero del restaurante. El general Ángeles, quien a pesar de la orden de cese el fuego siguió disparando contra la Ciudadela, también fue arrestado. Doña Sarita y otros miembros de la familia Madero se refugiaron en la Embajada japonesa.

El general Huerta asumió el poder, y así lo notificó a la Embajada norteamericana y al presidente Taft: "Tengo el honor de informar a usted que he derrocado este gobierno. El ejército me apoya, y de aquí en adelante reinarán la paz y la prosperidad". En las últimas horas de esa tarde, las campanas de la Catedral y de otras iglesias repicaban por el suceso. A la caída de la tarde la gente salió a las calles, gozando de la libertad y seguridad que les había faltado durante los últimos 10 días. Hacia el sur, el cielo parecía estar en llamas; una chusma había incendiado el edificio de *Nueva Era*, el más importante periódico maderista. Todavía quedaban por formalizarse las relaciones entre Huerta y los rebeldes.

El embajador Wilson estaba listo para ayudar en el asunto. A primeras horas del día el diplomático se jactó de conocer el plan. Al mediodía informó a Washington que "lo que se supone ahora es que los jefes federales tienen el control de la situación". El arresto de Madero, inesperadamente retardado, no ocurrió hasta hora y media más tarde.

Esa noche el representante norteamericano invitó a los generales Huerta y Díaz a la Embajada. Huerta llegó acompañado por el teniente coronel J. Mass y Enrique Cepeda, y Díaz por Rodolfo Reyes y algunos otros. Siguió una prolongada discusión, y finalmente, después de 30 minutos de un intercambio de condiciones, se firmó el Pacto de la Ciudadela. Más tarde, Rodolfo Reyes justificó la firma del pacto en la Embajada norteamericana con el argumento de que era “zona neutral”. Después de ultimado el acuerdo, Wilson dijo a algunos de sus colegas, que estaban reunidos fuera del salón de la conferencia, que todo estaba arreglado. Cuando Félix Díaz entró de nuevo, el embajador gritó: “Goce de larga vida el general Díaz, salvador de México”. Después de las presentaciones y de la lectura de un parte del convenio, los generales salieron.

Por este pacto se decidió que el Congreso sería convocado, que se nombraría un nuevo gobierno (con considerable representación de partidarios de Díaz) y que el general Huerta haría de presidente provisional, en cuyo cargo apoyaría la candidatura de Díaz para presidente constitucional. El embajador Wilson informó que los tres acuerdos “estipulados”, que no fueron incluidos en el texto, eran: la libertad de los ministros de Madero, libertad de prensa y una acción conjunta de parte de Huerta y Díaz para preservar el orden de la ciudad. Wilson no hizo ninguna estipulación con referencia a las personas de Madero y Pino Suárez, lo que sin duda fue un error serio de omisión. Lo establecido en el pacto era asombroso, en vista de que Madero no había renunciado y aún estaba vivo.

En los años posteriores, Wilson repetidamente negó toda responsabilidad en la caída de Madero; pero la evidencia prueba concluyentemente que el diplomático conocía el complot y simpatizaba con él, y estimuló y apoyó a sus promotores hasta el punto de facilitar la Embajada para que concertaran el acuerdo. Un observador, considerando lo cerca que Madero estuvo de triunfo, sacó la conclusión de que “por pequeño que sea el valor que se atribuya a la infortunada influencia del embajador norteamericano, era suficiente para inclinar la balanza”.

Wilson, cándidamente, informó al Departamento de Estado:

“He asumido una responsabilidad considerable en proceder sin instrucciones en muchas cosas importantes; pero ningún mal se ha hecho, y creo que se han conseguido —!— grandes beneficios para nuestro país y especialmente para nuestros conciudadanos en México”.

Después que Huerta y Díaz se fueron de la Embajada, uno de los diplomáticos preguntó que cuál sería la suerte del “pobre” Madero. “Oh —contestó Wilson—, pondrán al señor Madero en un manicomio, donde debe permanecer siempre. Y en cuanto al otro —Pino Suárez— no es más que un pícaro, de modo que si lo matan no será una gran pérdida”. El representante chileno protestó y dijo “no debemos permitirlo”; pero Wilson insistió que “no debemos inmiscuirnos en los asuntos internos de México —!—”.

Los últimos días del presidente Madero

Manuel Márquez Sterling*

El Salón de Embajadores del Palacio Nacional de México —refinamiento del pasado régimen— hallábase repleto de altos funcionarios, entre los cuales lucían sus charreteras varios generales y coroneles, en competencia con los áureos bordados de mi traje diplomático...

Al fondo, en el centro de su Consejo de Ministros, don Francisco I. Madero, de frac, pequeño y redondo, con la banda presidencial sobre la tersa pechera de su camisa, me aguarda en la verde y sedosa alfombra.

No hay diplomático, incluso los avezados a la multiforme caravana, que no experimente fatiga en el acto de presentar las credenciales, leyendo un discurso de halagos y promesas. El mío es corto y sincero. Corto, porque la verdad no requiere derroche de vocablos. Y sincero, porque sólo así habrá de ser fecunda la diplomacia en América.

EL DISCURSO

Señor presidente:

...Admirador entusiasta de la heroica patria de Vuestra Excelencia, hermana de la mía en la sangre y en la gloria, no pudo confiarme el gobierno de Cuba misión más grata que la de mantener y, si fuere posible, estrechar aún más los lazos que unen en la historia, y que, en la civilización y en la

*Antiguo ministro de Cuba en México.

vida, identifican a ambos pueblos, nacidos, sin duda, para muy nobles ideales. Así, he de consagrar mis mayores afanes y esfuerzos a que estos vínculos se desarrollen en todas las formas del común beneficio, moral y material, encaminadas, como lo están las dos naciones, por la ancha vía del trabajo, del comercio, de la paz y del progreso, y cuento, para el éxito feliz de tan fecunda labor, con la benévola acogida del gobierno de Vuestra Excelencia.

LA RESPUESTA

Señor ministro:

Habéis, Señor Ministro, expresado una gran verdad al decir que vuestra patria y la mía son hermanas por el origen común y por las aspiraciones de gloria, teniendo, asimismo, profundas afinidades en su civilización y en su desarrollo histórico. Debo por mi parte manifestaros, que si motivos poderosos constituyen, como acabáis de decir, un vivo aliciente para el cumplimiento de vuestra misión diplomática, que harán poner a contribución vuestros esfuerzos para ensanchar y fortalecer más aún, si cabe, los cordiales vínculos que felizmente existen ya entre nuestros dos países, yo me esforzaré en cambio, en cuanto de mí dependa, como jefe de la nación, porque tan noble tarea sea llevada a término sin ningún obstáculo y redunde en beneficios positivos de todo orden para Cuba y para México...

Madero y yo nos estrechamos las manos, y uno a uno presentéme a sus consejeros, entre ellos, al vicepresidente, don José María Pino Suárez, que desempeñaba la cartera de Instrucción Pública. En seguida, ocupamos dos butacas de terciopelo colocadas, con ese objeto, detrás del presidente, y en un breve diálogo invertimos tres minutos mal contados. "Ya sé —exclamó Madero— que es usted leal amigo de nuestra democracia" y, a prueba mi discreción, repuse en elogio de las virtudes propias del pueblo mexicano, con lo cual dejé satisfecho el patriotismo del gobernante

y, con prudencia, le aparté de aludir, más directamente, a la rota corona de don Porfirio. Y allí mismo, aleccionado por el diligente subsecretario, me dio cita para el alcázar de Chapultepec en donde haría, dos días más tarde, mi primera visita particular. En la expresión de su rostro, no se adivinaba el menor presentimiento del cercano desenlace; y ninguna sombra anticipaba la tragedia. Los rumores de conspiración, al parecer, no traspasaban las puertas palatinas, ni hacían mella en el mandatario los furibundos ataques de la prensa, ni quitábanle el sueño las embestidas contra su gobierno, de senadores y diputados que tronaban.

Había saldado una deuda con mi tenaz curiosidad, y aprovechando coyunturas que la posición oficial me proporcionaba para tratar a Madero, proponíame el estudio de su carácter, penetrar su alma, analizar su inteligencia, explorar su cultura y sus tendencias políticas, materia, en aquellos momentos, de acaloradas discusiones, ya reconociéndole virtudes inimitables, ya en el extremo antípoda negándole aun los más elementales atributos del entendimiento.

Nació Madero el 30 de octubre de 1873 en Parras de la Fuente, estado de Coahuila, y perteneció a una familia opulenta de agricultores, ajena a las intrigas de la política, no obstante haber sido su bisabuelo, don José Francisco, diputado al primer Congreso Constituyente de Coahuila y Texas; y su abuelo, don Evaristo, gobernador en aquellas vastas regiones del norte mexicano. Estudió la carrera del comercio, primero, en Baltimore, después en el Liceo de Versalles; viajó por Europa e ingresó, finalmente, en la Universidad de San Francisco de California, hasta concluir su educación, a los 20 años de edad, y establecerse en San Pedro de las Colonias para administrar las propiedades que tenía su padre en La Laguna. Cuentan los biógrafos de Madero que se entregó de lleno a las faenas agrícolas e implantó modernos sistemas de cultivo; examinó el modo mejor de aprovechar las aguas del río Nazas, que fertilizan los campos del Tlahualilo, en el estado de Durango, y de La Laguna, en Coahuila, y conseguir su repartimiento, con equidad, entre los ribereños; en 1900 publicó, sobre ese tema, el folleto en

que propuso la fábrica de una represa en previsión de la sequía; y el dictador, que no pudo adivinar al hombre capaz de arrebatarse su imperio, le dirigió una de sus castas halagadoras felicitándolo por el proyecto. En las montañas tupidas y en los valles risueños, Madero explayaba constante actividad y ganábase el corazón de los labradores con singular ternura; cuidaba que no les engañasen los empleados de su hacienda, en el peso del algodón, como era en otras punible costumbre; aumentaba espontáneamente el salario del jornalero, construía para sus obreros habitaciones ventiladas e higiénicas; y, aficionado a la medicina homeopática, a menudo cargaba con su pequeño botiquín y curaba a sus peones. “En la ciudad —refiere uno de sus íntimos— era de verse cómo lo asediaban los enfermos menesterosos a quienes proporcionaba alivio del dolor, consuelo de las penas y recursos pecuniarios; y en años de malas cosechas, en que los vecinos carecían de trabajo, organizaba en Parras un comedor público, sin que, por eso, faltasen 50 o 60 niños pobres en su casa particular, donde se les diera toda clase de alimentos; contribuía siempre con sumas fuertes a sostener los institutos de beneficencia; recogía huérfanos desamparados; y le preocupaba sobremanera la instrucción del pueblo; protegió y educó a muchos jóvenes pobres que ansiaban abrirse paso en la vida y los mandaba, de su cuenta, a distintos lugares del país; fundó la Escuela Comercial de San Pedro asignándole, de su peculio, fuerte cantidad; y en sus dominios instalaba y sostenía colegios, y obligaba a los obreros a que enviasen sus hijos a las aulas, predicando, siempre, en contra de la ignorancia que engendra la ignominia”.

EL POLÍTICO

Imaginativo y sentimental, Madero pierde poco a poco el carácter de hombre de negocios y no goza, entre su propia familia, ni entre los amigos, faena de práctico, si bien todos a una reconocen su claro talento, algo desviado por lecturas que no eran precisamente de números, iniciado ya

en su definitiva orientación filosófica. Los afanes de la industria y los prodigios de la agricultura no llenaban su alma; ni el medio millón de pesos que ahorró satisfacía su ambición de más amplia esfera. Consideraba pasajeros y efímeros los bienes terrenales; íbase su pensamiento a los cielos en busca de grandes verdades que alimentaran su fervor; y volvía su alma toda a la doliente humanidad con el vivo deseo de servirla y empujarla hacia sus designios, en el espacio insondable. No tenía, desde luego, preparación suficiente para inventar una doctrina; ni adquirió ilustración literaria muy sólida, ni era dado a profundizar en el análisis de sus propias observaciones; pero, sobrábale fantasía para asimilar con lujo de adornos la lectura; y entregábase con toda buena fe, y con ímpetus de propagandista y de profeta, a la senda que sus autores favoritos le marcaran en las noches quietas y lánguidas de sus campos de algodón.

Detrás del filósofo está el político, y ambos precipitan el país a la Revolución. Porque, desde su retorno a la patria, le han producido amargo sinsabor los abusos de la dictadura, la ausencia de todas las libertades, la ruin condición de las clases inferiores, la miseria y la incultura del indio a precio de la paz "porfiriana" que paraliza las energías cívicas y el progreso de la nación, francamente rodada a su decadencia sin pasar por las cumbres del apogeo. No pensó, entonces, que él salvaría de la ruina a sus conciudadanos, ni previó a cuánto alcanzarían sus ímpetus de liberal sensitivo, y creyó cumplir con una santa obligación, a la práctica de la democracia, persuadido, por cierto, de que la democracia es el más eficaz remedio para los achaques del sufrido pueblo. Pero redobla sus ansias reivindicadoras, aunque limitadas, el espectáculo de Monterrey, el 2 de abril de 1903, ahogada en sangre por el general Bernardo Reyes la voluntad soberana de elegir gobernador; y la democracia fue en adelante su caballo de batalla, hasta empuñar las bridas de la oposición constituyendo, en San Pedro, un club de sus amigos más fieles denominado Partido Democrático Independiente y, por su órgano, fundando un periódico semanal, *El Demócrata*, que atacaba a las autoridades civiles. De aquel club, surgió una

Convención Coahuilense que, en busca de seguridad, reunióse en la capital de la República, designando candidato a la gobernación del Estado contra el de la dictadura vencedor, a la postre, como era usanza decir, “por inmensa mayoría de votos”, y defraudado Madero en sus propósitos de refacción. El día de aquella pantomima electoral, recorrió en su potro de gallardo trote los comicios para explicar a las masas los preceptos de la ley e incitarlas a ejercitar sus derechos; pero el jefe de la policía resolvió el pleito con la amenaza de un desalojo a balazos que amedrentó a los pacíficos ciudadanos e indignó a las muchedumbres, a tal extremo, que esbozóse gravísimo conflicto, conjurado por el propio Madero, al llevarse las urnas a su casa, haciéndole escolta el populacho. Inaugúranse las persecuciones y el gobernador, que se reelegía, dictó orden de prisión contra Madero, la cual fue revocada por don Porfirio ante los iracundos grupos que apercibiéronse a impedirlo. Al propio tiempo, el gobernador dispuso la aprehensión de los redactores de *El Demócrata* y de un periodiquillo jocoso, *El Mosco*, al que odiaban los esbirros. No encontrándoles en sus respectivos domicilios, pretendiese catear el de Madero, donde estaban las imprentas, y con alardes de fuerza presentóse el jefe a desempeñar su cometido; pero, la esposa de Madero, doña Sara Pérez, identificada con el héroe y digna de acompañarle en sus hazañas, le contuvo, y los perseguidos pudieron guarecerse. Mas un rasgo de extraordinario atrevimiento emancipó a los periodistas que salieron ocultos en un carro de paja, precedido de otros dos, rumbo a Tebas, la finca del prócer.

LOS PRÓFUGOS ATRAVESARON LA FRONTERA AMERICANA...

Aparecía la dictadura inmovible, pero en su naturaleza operábase ya el desgaste precursor. Don Porfirio, octogenario, habíase trocado en una especie de fetiche; y el poder lo usufructuaba, a saciedad, el círculo de sus amigos, presuntuosamente llamado Partido Científico. Asombra cómo

aquellos estadistas no vieron llegada la hora de una formidable Revolución, cómo creyeron que habría de vivir perennemente el pueblo mexicano en vasallaje, en el olvido de sus derechos primordiales, desmayada para siempre la opinión pública, sin escuelas ni tribunales...

Toda la habilidad de los científicos en el parlamento, en el gabinete, en el foro, en la cátedra, resultaría vana y efímera...

Don Porfirio asiste a los actos oficiales, habla a los extranjeros que le visitan... No tiene la menor sospecha de que contra él osarán alzarse portadores de ideales... En la historia moderna de México, es ésta una página trascendental. Cupo el honor de trazarla a un periodista yanqui, Mr. Creelman, de quien hizo don Porfirio el trasmisor de arriesgadas revelaciones. Así, anuncióse que, a juicio del dictador, el pueblo mexicano había madurado para la libertad y que él lo acataría si eligiese para presidente a un rival. "Recuerdo —me ha dicho uno de sus adictos— que subí las escaleras del Palacio e insinué los peligros de consentir que Mr. Creelman publicase los términos de aquel reportaje; pero, la resolución era irrevocable, la confianza en sí mismo ilimitada; y comprendí que una traición misteriosa, consecuencia acaso de la política del dictador, conducíale al cataclismo". En su retiro de La Laguna, Madero escribe ya su famoso libro *La sucesión presidencial en 1910*. El fracaso de la democracia local indúcelo a un movimiento político en toda la República. Su ética le manda que luche.

Las declaraciones de don Porfirio a Mr. Creelman rápidamente comprometieron la estabilidad y el equilibrio de la dictadura, que no podía, sin perecer, equivocarse, ni podía, tampoco, sin perderse, transar con la democracia, aunque, por la índole de sus procedimientos y por su mecánica, bajo la fe de evadirla, que era la fe de su propia subsistencia. Del vértigo que produjo aquel traspíe, volvería el dictador a deshora. Así, a principios del año 1911, poseído, en el entusiasmo que iluminaba su cerebro, de una decisión absoluta, a Madero no le arredra el sufrimiento, ni aquilata la pujanza del enemigo. El dictador cuenta con sus fusiles, y él cuenta con su moral.

Circula profusamente su libro *La sucesión presidencial en 1910*, y en pocos meses el autor es un personaje comentado y su nombre lo pronuncian todos los labios, para aplaudirle unos, en son de comentario receloso otros, a toque de ironía muchos, y los más disimulando su aquiescencia. El libro encuadraba en aquel momento, desempeñaba con propiedad su papel en la historia y no decía mas de lo que, en su fuero interno, cada mexicano supiera.

El señor Corral sufre, con estoicismo, la franquicia democrática jurada en la entrevista con Mr. Creelman por don Porfirio y desátanse, en contra suya, las más violentas pasiones, que no disgustan, en su fuero interno, al anciano general, si bien, por lógica de sus tendencias, no tolera que su colega en armas, don Bernardo Reyes, desaloje al candidato del gobierno. Pero, disminuye el genio político del dictador; y su mecanismo es ahora vulgar, netamente hispanoamericano y caudillesco.

EL APÓSTOL

Madero liquida sus negocios para no ser ya otra cosa que laborante en la política regeneradora; y la quimera, planta de rica esencia y raíces profundas, en las conciencias florece. Y Madero, infatigable, lleva de norte a sur, de Sonora a Yucatán, la noticia de su misión; escúchanlo absortas las muchedumbres; y su oratoria desordenada y cálida, premiosa, divagada, prende, sin embargo, en el hinchado entusiasmo del pueblo; se instalan sucursales y surgen, a la contienda, ignorados paladines, que encabezan nutridas huestes; y, entre soberbio y sorprendido, cuidase ya el gobierno de la demencia antirreeleccionista. Andadas muchas villas y ciudades y escaladas las montañas y navegados los mares y los ríos y atravesados los desiertos y las ciénagas, en un pintoresco pueblo ribereño, azotado por la lluvia, calado el fieltro de ancha ala, perora un hombre, desde su coche, a la embebida multitud. No es el vendedor ambulante que lleva al hombro su comercio de baratijas, o la medicina que cura todas las enfermedades, o

la sustancia que borra toda mancha. Es el apóstol que limpia de máculas el patriotismo y en quien clava la mirada un jefe de polizontes.

La Convención del Partido Antirreeleccionista, reunida en el Tívoli del Elíseo, como si dijéramos en el espinazo de la capital de la República, dejó atónitos al general Díaz, a sus ministros, a la cohorte de científicos y a la repantigada burocracia. Integráronla robustas delegaciones de todo el país; hacíanse los trabajos preparatorios, como si México se hubiese transformado en Suiza o en Estados Unidos; y lo que el gobierno creyó desvanecida lucubración y frustrado intento, adquiriría el bulto de gran asamblea donde recobraba su lustre la libertad. Procedimiento adecuado a la caduca dictadura, instruyóse a Madero un rápido proceso criminal, acusado nada menos que de robo a los colindantes de su finca de guayule; y mientras la Convención deliberaba, y lo elegía candidato a la Presidencia, púsose a buen recaudo.

Para vicepresidente el partido designó al doctor Francisco Vázquez Gómez, hombre de entendimiento y cultura, sigiloso en la estratagema política de internas rivalidades. Y... “40 mil ciudadanos —relata una historia— recorrieron las calles céntricas de la Ciudad de los Palacios, y cruzando frente a las ventanas de don Porfirio, vitoreaban frenéticamente a los candidatos...”. Conferenciaron Madero y don Porfirio; y enardecióse, en lugar de aplacarse, la discordia. Y se despiden “hasta los comicios”. En realidad, “hasta la Revolución”. Los antirreeleccionistas distribuyen profusamente un manifiesto al pueblo; redactan los designados un programa de gobierno; se reanuda la gira democrática, y Madero domina en el espíritu público, posee la virtud extraña de inflamar, sin retórica, al obrero, al campesino, al estudiante y, en un día grande, a la nación.

El 26 de junio, don Porfirio tiene encarcelado a su contrincante y se proclama vencedor. La Cámara declara que no ha lugar a revisión y anula una sola acta de diputado que ganó un solo antirreeleccionista en toda la República. En julio, Madero es trasladado a la Penitenciaría de San Luis Potosí, donde asevera el acusador que perpetró su delito, el juez le inco-

munica y, nombrando a su esposa por defensor, evita Madero el aislamiento. El 19 de julio se le concede la libertad bajo fianza.

Madero, en libertad caucional, recrease en paseos campestres, que no escaman a la confiada policía... En tierra de Tlaxcala, una moza garrida encabeza al entusiasta vecindario que lleva, en una estaca, el retrato de Madero; un hombre que luce espada en la cintura pretende arrebatarse la enseña que defiende aquellas manos femeninas hechas garras de valor; y el plomo de una pistola infame parte el corazón de la heroica Delfina Morales, que cae, para siempre, en una hermosa página de la historia.

Un rugido es la orden que sale de todos los pechos. Y se dirigen a la residencia particular del dictador y aclaman delirantes a Madero. La fuerza pública limpia de alborotosos la calle a poco silenciosa; y sólo quedan pedazos de cristal sobre el asfalto.

En San Antonio fija Madero su sede, allí se dan cita los agraviados de don Porfirio, los leales al candidato antirreeleccionista, don Francisco Vázquez Gómez, el doctor, y su hermano don Emilio, el licenciado, y 100 más; allí se reúne la familia del apóstol, que no tiene ya seguridad en Monterrey, ni en su estado de Coahuila; allá, los bélicos alborozos, el optimismo ingenuo; los conciliábulo y cabildeos y la pueril estrategia ilusoria y los prematuros desalientos y las reacciones. "Quince días de plazo a la victoria", en los cálculos del jefe. "Dos meses", rectifica el subalterno; y para muy pronto, el 20 de noviembre, desenvainar la escarquina; y, en pocos minutos la toma de una ciudad que lleva el nombre del dictador. Se hacen los preparativos, Madero atraviesa la frontera. Y sólo cuatro reclutas encuentra en la selva inmensa.

De su parte, don Porfirio se apercibe a la defensa y su gobierno acorrala y encarcela y mata; en Puebla de los Ángeles, entregada a los demonios, una batalla, en el domicilio de Aquiles Serdán, siembra pavura de sólo recordar, y adquiere la causa democrática dignidades y realces de martirio. Por la floresta del norte ha ido tomando cuerpo la incipiente Revolución. Gavillas aquí, allá, transfórmanse en bravo ejército. El infierno

es Chihuahua, hormiguero de sublevados la exuberante montaña. Contá-gianse de la revuelta Durango, Sinaloa, Zacatecas.

El tiempo se va en mirarse las caras compungidas mientras la dictadura cruje en rápida mudanza. Las paredes, tres décadas inexpugnables, caen hechas polvo; el régimen militar carece ya de soldados; y no hay brazos que carguen los fusiles, ni manos que disparen los cañones; lo que fue mampostería es ahora simple barro; y la taciturna capital rumora ya el próximo desastre.

Madero es entonces la pesadilla del gobierno que ha perdido su pista, en el torbellino de los graves acontecimientos, que se ha hurtado al espionaje como burló en San Luis a la dormida comisaría; esfumado como una sombra en el espacio; invisible como un hálito que cruza el horizonte; impalpable como el sonido y arrollador como la pólvora inflamada. El periodista lo busca en el humo de los combates; la policía secreta en los villorrios fronterizos. Está en todas partes y en ninguna y dice a todos los oídos y canta a todos los corazones y parece que huye y se aleja cuando ataca y se aproxima. La Revolución es ya un organismo perfectamente dispuesto, y tiende su túnica de fuego sobre la República convulsa...

El representante de la dictadura se bate en retirada; y palmo a palmo ganan los de Madero sus posiciones; transcurre un armisticio, y otro es menester, no basta y se prorroga y, a duras penas, contiene el jefe la enervación de la gente sitiadora; fiebre de impaciencia contagia a todo el campamento; y otro armisticio es imposible.

EL TRIUNFADOR

Y Madero, proclamándose presidente provisional, nombra su gabinete. El revolucionario está en la meta. Por los laberintos de la política irá solemnemente de su apoteosis al martirio.

La contienda cesa y los vencedores juegan al gobierno. Ha terminado, para cada combatiente, el riesgo de su vida, el riesgo de la derrota para

las huestes; y aparece, allí mismo, el peligro de la discordia, el peligro de las perversas disidencias, el peligro de la causa desvirtuada.

A la luz de los faroles de un automóvil suscribieron los plenipotenciarios el convenio de paz y, por su texto, renunciarán el dictador y el vicepresidente; haríase cargo del Ejecutivo el ministro de Relaciones Exteriores, don Francisco de la Barra; el agraciado, "en los términos que fija la ley, convocaría las elecciones". El dictador anunció su propósito de dimitir y el contento destapóse entre sus propios amigos; el júbilo electrizaba a la muchedumbre errátil por los contornos del Congreso y del Palacio Nacional.

Al fin, don Porfirio viaja rumbo a Veracruz, entre la escolta, que manda un general de confianza, Victoriano Huerta. El tren es tiroteado en el trayecto por los rebeldes que infestan la línea férrea. Y un transatlántico alemán lo conduce a tierra europea.

Madero fue de Ciudad Juárez a la capital de la República entre homenajes y flores, de pueblo en pueblo, abrazos de la muchedumbre, en todas partes bendecido como un dios. Mujeres descalzas llevábanle sus hijos para impregnarlos de su virtud. Los ancianos lloraban de emoción. Y el apóstol, predicando su doctrina y su moral, fustigaba a los tiranos y componía sus ritmos a la santa libertad. En México, un temblor de tierra le precede y 100 mil sombreros, batiendo el aire, saludan al caudillo. El ministro de Cuba, en raptó de entusiasmo, arenga a la multitud; y resuena un viva espléndido al general Enrique Lyonaz del Castillo, el primero de los diplomáticos en estrechar la mano de Madero.

LAS CONTRADICCIONES Y EL IDEALISTA

La democracia tenía, para Madero, un punto de apoyo: las altas clases; y, desde el asiento de ellas, pretende resolver los conflictos que deja en pie el dictador. La desigualdad y el despotismo proceden siempre de arriba; y de arriba quiere que descendan la fraternidad y la justicia. A

su entender, la Revolución, metida ya en todas las conciencias, obliga a los intelectuales y a los gobernantes a ser benignos, a ser honrados, a ser piadosos; la Revolución, además, en su pensar sincero, enseña a los ricos el amor a los pobres, enseña a los dichosos el amor a los desgraciados; la Revolución, finalmente, para Madero, al convertirse de partido armado en partido civil, modifica, repara, enmienda, pero no destroza, ni aplasta, ni menos incendia. A su juicio, la Revolución ha concluido como la siembra de un erial, poblado ahora de trigo, y comienza ya los cortes de la pródiga cosecha; a su juicio, las fuerzas inteligentes que sirvieron a la dictadura servirán a la democracia; a su juicio, la Revolución va curando las llagas, va borrando las máculas, va poniendo el bien dondequiera que estuvo el mal, con sólo haber pasado por la historia y fundirse luego en la existencia de la nación. Y profunda su contrariedad, inmensa su sorpresa, cuando se entera de la rebeldía de Zapata que no licencia sus tropas; Madero, a las veces apóstol y enemigo de Zapata, ama en Zapata a un correligionario y a un discípulo y ve, con recelo y con tristeza, en Zapata a un infidente... Zapata acude a un llamamiento de Madero; ofrece, sin idea de cumplir, y se vuelve a la montaña y a su conquista de Cuautla. El ministro de Gobernación es ya un disidente, y no anda acorde con Madero don Alberto García Granados, que da una vuelta al cerrojo "porfirista" del gobierno. Por todas partes registrábase asonadas, escándalos, motines en Sonora y Sinaloa; en Durango aumenta el bandolerismo; gavillas de salteadores en Jalisco, los hacendados de Morelos relatan asesinatos y robos que cometen los leales de Zapata. García Granados no "parlamenta con bandidos", y el general Huerta recibe orden de avanzar contra Cuautla y caer, como un torrente de lava, sobre el cabecilla.

En gravísimo predicamento situaba aquella disposición a Madero; y turbados urgiéronle a intervenir los de su grupo. Al efecto, expuso el jefe de la Revolución al Presidente de la República la importancia de un reto a las legiones de Morelos y obtuvo palabra de que la columna federal no

seguiría la marcha mientras él, personalmente, no entrevistase a Zapata. Un automóvil, a toda máquina, lo traslada, con su hermano Raúl y otros edecanes de confianza, a Yautepec, donde tiene Huerta su campamento y, después de breve charla, continúa su viaje de exhalación. Le han prevenido los de Huerta que peligra su vida en Cuautla, hervidero de malvados; y preságianle un golpe; mas no siente miedo al Caudillo, hasta el centro de la plaza no se detiene. La sorpresa paraliza y enmudece a los rebeldes. Y el hercúleo Zapata, a quien hacen rueda sus ayudantes, por invencible impulso de respeto y sumisión echa garras al sombrero galoneado y saluda a Madero, que salta y va a su encuentro decidido. No lleva otra arma que su inmensa fuerza moral. Y convence a Zapata y ajusta, con los comandantes de la forajida tropa, un convenio de inmediata y fácil ejecución: será Raúl Madero encargado del mando militar en toda la zona; y un revolucionario de grandes méritos, don Eduardo Hay, gobernador, y no quedará, en puesto alguno, un solo soldado federal.

El gobierno interino rechaza el tratado volviendo por los fueros de la inmarcesible autoridad: "El ministro García Granados no trata con los facinerosos como iguales; y el general Huerta reanuda su avance sobre Cuautla...".

Dominará a Zapata como dominó a Orozco. Y desde el balcón de la jefatura de Armas habla a los rebeldes; y los rebeldes lo vitorean, suggestionados por su palabra, y en jauría se dirigen a la batalla. Suenan muy distantes los primeros disparos. Y Madero va en su automóvil al encuentro del general Huerta.

En México la ansiedad crece. Se teme por la vida de Madero. Y se aglomera la gente en el Paseo de la Reforma. Al pie del monumento de la Independencia, un tribuno estupendo, Jesús Urueta, exclama:

El señor De la Barra nos brinda toda clase de seguridades y nos anuncia que las fuerzas federales no se han movido de los contornos de Yautepec. Pero, Huerta avanza y avanza a sabiendas de que en Cuautla está Francisco I. Madero, el li-

bertador del pueblo mexicano; y mientras nosotros deliberamos, la vida del Caudillo corre peligro inminente y Huerta avanza... avanza... avanza...

Desde luego, el apóstol, irritadísimo censura al general Huerta y no regatea inculpaciones al general Reyes, que ha recobrado su libertad de acción, respecto a su compromiso ministerial, para oponerse a Madero y funda un comité al que llama Republicano y desea presentar su candidatura al "Sufragio Efectivo", que él no ha recabado en el combate.

Se nutrió el pacto de Ciudad Juárez en las vertientes del "porfirismo" y, apenas en vigor, la Revolución victoriosa fue eliminada. El gobierno rebelde cedió el paso, cortésmente, al gobierno que nacía de la dictadura. Y una doctrina de relativa legalidad, en esencia antagónica a los principios revolucionarios, nubló, pasajeramente, el ideal reivindicador de Madero.

Madero pretende confederar a todos los elementos que reunió a las puertas desvencijadas de Ciudad Juárez; intenta actuar siempre sobre la masa común, sobre la Revolución unida, compacta en su fantasía; cocina el plato de sus optimismos para el demócrata claudicante y decepcionado; y persiste en la exégesis providencial que lo reanima y lo inspira.

MADERO ASUME LA PRESIDENCIA

Espectáculo novísimo para la juventud y recuerdo brumoso y distante para los viejos políticos, presentábase movido el periodo electoral; reuniones de mucha o poca importancia, turbulentas o tranquilas, públicas o privadas, renuevan la naturaleza deliberativa de la sociedad mexicana; oradores, que a sí mismos se ignoraron, van a la tribuna y hablan de sus derechos y de sus ideales; y sienten los espíritus la necesidad irremisible de asociarse en grupos grandes o pequeños, y de tratar en asambleas mínimas, los que no pertenecen a las asambleas máximas, como cosa propia, de los intereses de la República; liberales de abolengo salen del subterráneo, a que la dictadura los redujo.

Los días transcurren de zambra en zambra; pero las elecciones llegan tranquilas, no obstante el deseo de algunos en estorbarlas con escándalo, y llegan, con sus votaciones, casi unánimes, para Madero y con la mayoría de sufragios en pro de Pino Suárez, los ánimos en plena calma, los colegios electorales en absoluta normalidad. Las residencias lujosas de los “porfiristas” amanecieron y anochecieron herméticamente cerradas. Y el 6 de noviembre de 1911, Madero, entre arcos triunfales, penetra al bosque y sube la colina de Chapultepec. A los lados del carruaje presidencial galopaban dos generales de la insurrección: Pascual Orozco y Ambrosio Figueroa, luciendo su traje de charro. El cielo parecía sonreír.

México pudo vanagloriarse, en aquellos momentos, de ser un país libre. El nuevo mandatario, pese a sus enemigos, era un hombre virtuoso, apegado a sus ideales democráticos, que hacía de la Presidencia un altar de rosas en donde oficiaba el patriotismo. La obra política de don Porfirio, en estricta justicia, fue de suyo pesimista, inspirada, toda ella, en negociaciones. Madero, en cambio, traía su fe en el pueblo, su fe en la Constitución, hasta entonces por ningún gobierno practicada. Todo lo que la dictadura cerraba, él, de improviso, lo abre; todo lo que el dictador limitó, él en un segundo lo amplía; y no quiso mostrarse exclusivista, ni radical, ni absoluto. Y qué inmensa sorpresa la de don Porfirio al recibir un cablegrama del presidente Madero diciéndole que no era un desterrado, “que las puertas de México abríanse para él de par en par” y que se le guardarían las consideraciones “debidas a un ex Presidente de la República”. El cabecilla rebelde quiere ser, a ultranza, un verdadero jefe de Estado, envolviendo los negocios públicos en su doctrina filosófica, gobernando, a su manera, y también a su manera educando.

Y esto era, precisamente, y no su democracia, la utopía del apóstol; y su error trascendental. Porque, así, la Revolución, que pudo rehacerse en el poder, quedó supeditada a intereses “porfiristas”; y el gobierno perdía la ruta de su origen. Madero necesitaba ser aún el jefe de su partido para no ser víctima de los partidos rivales; tenía que seguir siendo rebelde

para seguir siendo fuerte. Por lo contrario, quiso unificar la opinión respetando todas las tendencias que no entorpecieran la libertad; quiso reconciliar a los distintos bandos y perdonar todas las antiguas faltas y convertir la República en un país de virtudes y de progreso, inspirado y encauzado por clarísimos patriotas. Inútil tentativa, los magnates del "porfirismo", aparentemente retraídos, atribuíanse, entre otros monopolios más productivos, que consumaron, el de la ciencia política, y en cada condescendencia de Madero anotaban una flagrante debilidad; y su respeto al prójimo y su amor al bien ajeno eran, según ellos, infantil preocupación y, en el fondo, miedo.

LA CONSPIRACIÓN VA A CUARTELAZO

Golpe a golpe, la fortaleza del gobierno se resentía, desacreditábase la eficiencia del régimen democrático entre los parciales más fervorosos de Madero, renegaban de la propia libertad, condenando la del prójimo; los periodistas de oposición, y envalentonándose los aristócratas del acabado imperio, ávidos de reaccionar. Concluidas las exequias del ministro suicida, y siempre optimista el presidente, entregó la cartera vacante a un general discreto, don Ángel García Peña, y la acéfala División del Norte al general de brigada Victoriano Huerta, el último escolta de don Porfirio. Era un hombre de 50 años, vigoroso, entendido en su arte, hábil organizador y, sobre todo, muy valiente. Huerta, a esas cualidades, unía las que hubiesen dado la victoria a su heroico antecesor; combatió, a prueba de calma, los elementos de combate; hizo prodigios de cautela y previsión.

Madero eleva a Huerta a la primera jerarquía del Ejército y con su banda de general de división pide licencia para curarse de una grave enfermedad en los ojos. A Trucy Aubert, la familia del presidente le regala una casa. En el hospital, sana Blanquet un pie herido y a su lecho le lleva el apóstol un diploma de general y un reloj de oro con incrustaciones de brillantes. El optimismo refresca las conciencias en derredor del presidente.

Madero contuvo el desenfreno de los periódicos adquiriendo acciones de las empresas de importancia con dinero de su familia. No obstante, la oposición fundaba, a diario, libelos difamatorios que resquebrajan el prestigio del gobierno y, sobre todo, la popularidad extraordinaria del apóstol. El sarcasmo, la sátira, la injuria, saciaban su odio en innoble retórica y las acciones más elevadas de Madero arrancaban, a la tremenda literatura de oposición, artículos de insidia que trastornaban el criterio público y cubrían, al presidente, con el disfraz de lo cómico y lo absurdo. En los mismos órganos maderistas el periodista pérfido se había introducido.

Las colonias extranjeras, en mayoría, odiaban al gobierno y sin disimulo conspiraban. El establecimiento francés y el almacén español se convertían, a menudo, en centros de conjura; y del dueño al más ínfimo empleado, infiltraban, en el ánimo de sus clientes, burgués o ignorante doméstico, la malquerencia a los hombres del poder; usaban algunos con destreza el instrumento del ridículo y referían anécdotas malignas que provocaban carcajadas; un presidente pequeño de estatura, de barbas negras y nervioso ademán, figurábaseles irrisorio, coincidiendo con no pocos mexicanos persuadidos de que la jefatura de la nación sólo debía conferirse a un ídolo corpulento, inmóvil en su trono, dictando, sin contraer el rostro, ni temblarle el labio, alguna orden a degüello... Y éste era el "porfirismo" que influía sin tregua en los elementos favorecidos por el régimen despótico, el "porfirismo" degenera en ansia demoledora y va derecho al suicidio y precipita la República a los brazos de Huerta, y en los brazos de Huerta la anarquía. Su idea del hombre férreo se sobrepone a la idea del hombre justo.

Las noticias falsas eran parte principalísima de la oposición a Madero. Y las noticias falsas llegaron a forjar un estado de conciencia en el pueblo y en el gobierno mismo. Relatábanse hechos de armas que no se habían realizado; aludíase, con pormenores, a partidas rebeldes que no existían, mandadas por jefes que no guerreaban y en sitios de tranquilidad perfecta y absoluta calma.

La presencia de Madero ya no despertaba el entusiasmo de antes en las clases inferiores, en el siervo a quien había redimido; y su aura popular, un tiempo extraordinaria, se esfumaba lánguida y triste, en cielos de tormenta. La oposición había inculcado a sus antiguos adoradores la desconfianza y el recelo.

El sábado 8 de febrero de 1913, un caballero, que gestionaba cierto asunto de escasa importancia en la legación, me advirtió que “el pronunciamiento” estaba listo... “¡El pronunciamiento! ¿Usted cree en un pronunciamiento?”, le pregunté.

—Ignoro quién ha de pronunciarse —fue su respuesta—; pero alguien se pronunciará.

—¡Comidilla diaria! —repuse—, y, ¿quién es el jefe?

—A ciencia cierta no lo sé —afirmó el asustado interlocutor que tal cosa acababa de oír no sé dónde—, pero creo que el general Huerta...

Y me refirió cierta curiosa anécdota rigurosamente exacta. Una tarde, poco antes, Huerta se anunció en la casa de Pino Suárez. El portero le hizo pasar a la sala; y el vicepresidente, en sus habitaciones, creyó que el objeto de Huerta era el de aprehenderlo. Grande fue su asombro cuando Huerta, abrazándolo, le dijo: “Señor Pino Suárez: mis enemigos afirman que me voy a sublevar. Y aquí me tiene usted a reiterarle mi adhesión al gobierno”.

Con los crepúsculos de la mañana del domingo despertó la tragedia, que dormía en el pecho del apóstol. Pino Suárez desencajado, los ojos fuera de órbitas, y la expresión de sorpresa en la fisonomía, espejo de sus pensamientos, corre a la casa del gobernador Federico González Garza, y le impone de cuanto acaba de saber: “El general Mondragón —le dice— se ha pronunciado en Tacubaya, y tiene formada la artillería de un regimiento para venir sobre nosotros con el proyecto de atacar la Prisión de Santiago y poner en libertad a Reyes”. El gobernador saltó de la cama, se vistió en un segundo y llamó, por teléfono, al inspector general de Policía, don Emiliano López Figueroa, que confirmó el terrible acontecimiento. Los dos per-

sonajes vacilan. ¿A dónde ir? ¿Qué disponer? Resuelven dirigirse al Palacio Nacional en automóvil. Llegan, y con sus carabinas al hombro, en luctuosa cabalgata, desembocaban los alumnos de la Escuela de Aspirantes Militares de Tlalpan que, antes de graduarse, tomaban lecciones prácticas en la revuelta. Gobernador y vicepresidente rodearon el nuevo edificio del gobierno, temiendo ser reconocidos por la fracción estudiantil, y encamináronse a la jefatura de Policía. Sepáranse allá los dos funcionarios, y González Garza da las órdenes que estima pertinente. Cuando Mondragón abrió las puertas de la fortaleza de Santiago, el general Reyes lo aguardaba en traje de campaña. Un abrazo, y Reyes toma en seguida el manado supremo de la columna facciosa. De Santiago a la Penitenciaría tardan breves momentos. El director del establecimiento penal quiso resistir con su escolta de 20 soldados. El sacrificio resultaba estéril. Y Mondragón, Reyes y Félix Díaz abrazáronse ante la tropa.

El presidente, en uno de sus caballos favoritos, gran jinete como era, bajó a galopé la colina de Chapultepec y se pone al frente de la gendarmería montada, que allí concentró el activo gobernador, y los alumnos del Colegio Militar que, así, en ejercicios prácticos, aprenden a defender las instituciones. A Madero no le aflige ni le amedrenta el golpe. La noche antes lo habían prevenido de la trama sus amigos. Y no la quiso creer. Sin embargo, recibió el aviso del alzamiento, impávido y sonriendo. “¿Usted tiene miedo?” —fue su pregunta al correligionario que vaticinaba desgracias. Y un rato después, arengando su escasa fuerza, inflamó su elocuencia en los íntimos cinceles oratorios. A lo largo del Paseo de la Reforma emprendió la marcha al Palacio Nacional, y en el trayecto incorporáronse los ayudantes del Estado Mayor, que salían de sus casas o de sus cuarteles a toda prisa, abotonándose las chaquetillas; varios ministros de su gabinete, algunos partidarios que deseaban seguir su suerte y grupos del pueblo bajo que amaban, fieles e incorruptibles, al apóstol. De un coche de sitio descende un hombre vestido de paisano, con espejuelos azules, acércase al presidente y se ofrece a sus órdenes: el general Huerta. Ma-

dero continúa el avance y el ministro de la Guerra, García Peña, es el técnico militar de la columna. En la avenida Juárez, numeroso público aplaude al presidente y le acompaña. Nada ocurre hasta enfrentarse a las obras del Teatro Nacional. García Peña detiene la marcha, y se oye nutrido fuego de fusilería, rumbo al Zócalo y a las calles de Plateros. Los generales convencen al apóstol de que es menester enviar exploradores. Apéase del caballo y discuten los ministros cuál debe ser la conducta de Madero: ir al Palacio o regresar a Chapultepec. El ministro de la Guerra opina que es necesario lo primero. Interviene Huerta y aconseja lo segundo. “El presidente —dice— no debe exponer la vida como lo hace ahora”. Hay un momento de confusión. Del núcleo, se desprende un cuerpo de caballería trotando hacia el lugar del combate. ¿Quién ha dado la orden? Imposible averiguarlo. Por las calles paralelas corren vertiginosamente muchos caballos que han perdido el jinete en la refriega. Y de unos balcones inmediatos una bala, dirigida a Madero, mata, a su lado, a un gendarme. Era peligroso estar allí. Huerta habla mucho. Y entran ministros, guardias y presidente a un edificio cercano: la fotografía Deguerre, que pasa, por esta circunstancia, a la historia. El ministro de la Guerra advierte que la situación es insegura, que hay riesgo inminente para Madero y denota profunda perplejidad. Huerta no desdeña ocasión y propone al presidente que le deje disponer. El ministro abdica, sin motivo, su autoridad. Dos ayudantes traen pormenores, “el Palacio está en manos leales”, dicen; y Madero monta su potro y reanuda la jornada. Parece un vencedor. La muchedumbre lo aclama. Y él esgrime, de continuo, su arma preferida: la palabra. Pensaríase que ha terminado el episodio.

El ministro de la Guerra y el comandante de la Plaza, don Lauro Villar, impusieron, con un valor estupendo, a los rebeldes, y lograron cambiar la guardia por gente suya; el ministro, levemente herido, salió al encuentro de Madero, y Villar puso en libertad a Gustavo, y presos a soldados aspirantes.

Los aspirantes vacían sus cananas desde las torres del templo sagrado, como un diluvio de plomo y de muerte. Y el espanto sacude los árboles del Zócalo y la sangre, en torrentes, tiñe el musgo y los rosales. Pero, Villar ocupa también las torres y un siniestro y frío silencio baja como un telón fúnebre desde el cielo tranquilo. Félix Díaz, ahora, es el generalísimo de la revuelta, y mientras mil heridos revuélcanse en las baldosas, él, con su escasa tropa, integrada por tipos de muy diversa catadura, soldados menos que paisanos, y extranjeros muchos, españoles de baja ralea sobre todo, buscan el refugio de la Ciudadela, en donde un corto piquete de custodia lucha y resigna la desigual contienda. Madero, entonces, con el sombrero en la mano, hablando a la multitud, que parece salir de un manantial de hombres, penetra al trote de su caballo hasta los patios del Palacio.

Huerta desplegó su acostumbrada actividad y puso empeño en que fuera inmediatamente pasado por las armas el general Ruiz; según los maderistas, para impedir que el desdichado militar descubriese las anteriores negociaciones entre los revolucionarios y el nuevo Comandante de la Plaza. Pero por mucha energía, destreza y deseo de victoria que tuviera Huerta, nada conseguiría sin suficientes tropas que lanzar contra la Ciudadela, en donde, a su vez, el contingente era corto y apenas bastante para sostenerse dentro de los viejos muros de la histórica fortaleza. A una orden telegráfica del gobierno, los destacamentos cercanos concentráronse en la capital; mas no aumentaban ellos de manera apreciable el ejército; y resolvióse Madero a una de esas aventuras propias de su valor estuendo. Con dos ayudantes y dos amigos y su secretario particular, emprendió, disfrazado, en automóvil, el camino de Cuernavaca; a través de las fragosidades que pertenecían a los dominios de Zapata, atraviesa pueblos y villas y aldeas, conservando el incógnito, habla con el general Felipe Ángeles que opera en Morelos, y discute lo que concierne a enviar ejércitos contra la Ciudadela; se comunica con los gobernadores de los estados que le son inquebrantablemente adictos; y regresa con tropas, al siguiente día, contento

y saludable, sin una sombra de duda en el espíritu. El ministro de la Guerra, a su encuentro en Tlanepantla, le aconseja que no entre a la capital. Madero, en su automóvil, va con rapidez y llega al Palacio, sin novedad, a las 9 de la noche.

EL MARTIRIO Y ASESINATO

Es el martes 18 de febrero en que, a juicio de los hombres, la suerte abandonó a Madero, acaso para dejarle reafirmar, en el martirio, su apostolado. Es un día lleno de acontecimientos; y cada minuto ha de aprovecharse en algo emocionante. Las 8... ¡muy temprano para ir un ministro a la casa del Canciller! La catástrofe no tiene horas. Y todas eran buenas y oportunas para ver y hablar al señor Lascuráin, que hacía sus preparativos de expedición al Palacio y comunicaba disposiciones a un subalterno.

Mientras yo hablaba con el señor Lascuráin, 11 senadores, en junta, oían gravísimas declaraciones del general Huerta que les leyó un documento, en el cual, varios militares aseguraban que era imposible tomar por asalto la Ciudadela, y otro del coronel Rubio Navarrete, jefe de la artillería, en donde consignaba los inconvenientes de bombardear la fortaleza; y, para remate, el mismo Huerta añadió que carecía de lo indispensable para aplastar la rebelión. Entonces, los reunidos acordaron llamar al ministro de Guerra. “Si Huerta tiene algo que comunicarme —respondió el general García Peña— es él quien debe venir a mí...”. Huerta replicó al ministro que “11 senadores y el presidente de la Suprema Corte de Justicia, y no él, eran los que le habían citado”. El ministro se presentó inmediatamente en la Comandancia y halló, a más de Huerta y de los nueve legisladores y del suministrador de Justicia, Carbajal, otro agente que comenzaba a desempeñar su cometido: Blanquet. “Señor —le dijo uno de los senadores del conciliábulo—, a fin de evitar la intervención extranjera e impedir mayores males, lo exhortamos a que tome la actitud que le corresponde, como jefe del Ejército, y convenza al señor Madero de que su renuncia es nece-

saría o le obligue, si fuere preciso, ya que eso es lo único que puede salvar a la patria...". El de la Suprema Corte de Justicia protestó de habersele convocado a una labor de tal índole, en pugna con su elevado cargo, y el ministro montando en cólera, y a gritos, tachó de corruptores del Ejército a los de la junta. Pero, un senador, de los nueve, que disponía de mucha flema, limitó el propósito de la reunión al deseo de que el presidente los recibiese, y el ministro ofreció conseguirles esa gracia. Entre tanto, Huerta con su enigmática fisonomía, fue a saludar a Madero, quien, al verle, en voz muy alta dijo: "Acabo de saber que algunos senadores, enemigos míos, le invitan a que imponga mi renuncia". —Sí, señor presidente —respondió el comandante militar de la Plaza—; pero no les haga usted caso porque son unos bandidos... Las tropas acaban de ocupar el edificio de la Asociación de Jóvenes Cristianos, que es la llave del asalto a la Ciudadela.

Huerta, cautelosamente, con los ases en una mano, terminaba, sobre el tapete rojo tendido por Félix, el trágico y lento solitario de naipes... Las tropas incondicionalmente "maderistas", gente revolucionaria de 1910, habían mermado. Lanzándolas a pecho descubierto contra la artillería gruesa de Mondragón, perecían, soldados y caballos, en horrible hacinaamiento. Y los carabineros de Coahuila, "mis bravos carabineros", como les llamaba el apóstol, fueron relevados, en Palacio, donde cubrían la guarnición, por soldados de Blanquet, la noche anterior a la del siniestro golpe. Los carabineros, conterráneos del presidente, montaron, hasta entonces, la guardia a Madero. Ya en la Tlaxpana, al oír los campanarios en alborozado repique, supusieron que se había rendido la Ciudadela, y ciñéronse, en raptó de júbilo, sus antiguas insignias "maderistas". Al persuadirse de la traición, se negaron a permanecer en sus cuarteles, desarmaron a los jefes que intentaban contenerlos y, en cuerpo, marcharon hacia la montaña, después de libertad a 100 compañeros detenidos.

Concluida la entrevista con los nueve senadores, Madero, "en un saloncito contiguo al Salón de Acuerdos", estudiaba con el vicepresidente, Pino Suárez, con los ministros de Relaciones Exteriores, Lascuráin; de

Gobernación, Hernández; de Justicia, Vázquez Tagle; de Fomento, Bonilla; de Hacienda; su tío don Ernesto, y, además, con el gobernador del Distrito, González Garza, los medios de proporcionar alimento a las clases pobres, mientras la lucha se prolongara, sin duda, sosegado su espíritu, no sólo por la evidencia del triunfo de su Ejército, sino por haberse descartado el problema intervencionista que, sin autorización de su gobierno, planteó, como inevitable el embajador norteamericano. De improviso, penetró en la estancia el teniente coronel Jiménez Riverroll. Su rostro demacrado, sus movimientos nerviosos, acusaban la tormenta de su alma y la agitación de su naturaleza moral. Sorprendido el presidente, salió, con él, a un pasillo próximo. “El general Rivera, gobernador de Oaxaca —exclamó el teniente coronel—, viene sublevado contra el gobierno en favor de la Ciudadela. Mi general Huerta. —prosiguió— me ordena que comunique a usted esta grave noticia para que salga de Palacio y vaya a lugar seguro...”.

—Diga usted a Huerta —respondió Madero retrocediendo—, que venga él a darme esos informes.

Jiménez Riverroll insistió: “Es preciso que usted salga de aquí, peligra su vida”, y, a la vez, tomaba de un brazo al presidente como intentando arrojarlo fuera. Pero, ágil y fuerte, como era el apóstol, consiguió, en un instante, desasirse y entrar, seguido de ministros y ayudantes, que apenas comprendían lo que pasaba, en el Salón de Acuerdos. Conocía Madero la absoluta e inquebrantable lealtad del gobernador de Oaxaca y entendió, desde luego, que era aquella una farsa y el pretexto de una infidencia. Detrás del teniente coronel penetraron 20 soldados rasos, con sus fusiles al hombro, y uno de los oficiales, al servicio de Madero, les gritó enérgicamente: “¿A dónde va esa fuerza?”, y ordenó la retirada. Los soldados obedecieron maquinalmente. Una voz dijo: “¡Traición!” Y Jiménez Riverroll, pálido, estremecido, los contuvo: “¡Soldados! Alto, media vuelta a la derecha, levanten armas, apunten, fuego...”. No concluyó la última palabra. Un rayo lo derribó en la alfombra. Era la pistola del capitán Garmendia que vengaba al presidente. Por la puerta del fondo el mayor Izquierdo corre a

tomar el mando. Pero hay otra pistola que castiga. Y en un relámpago rueda el conjurado por los abismos de la muerte. El piquete, hizo entonces una descarga cerrada sobre Madero. Un hermano del ministro de Gobernación cubrió al presidente con su cuerpo. Es el generoso Marcos Hernández que salta de la tragedia a la gloria y precede, cuatro días, al apóstol. Como si quisieran echar nuevos puentes al heroísmo, los soldados repiten la descarga. Y sumergidos en el espeso humo de la pólvora, Madero, con los brazos en cruz, avanza en dirección a los soldados diciéndoles: “¡Calma, muchachos, no tiren!” En aquella niebla de espanto, el piquete se desbandó; los ministros, por la escalera de honor, iban a la Comandancia Militar situada en el mismo Palacio, en busca de Huerta, a quien creyeran inocente; y Madero, asomándose a los balcones que dan a la calle de Acequia, arranca, un “Viva el Presidente de la República” al cuerpo de rurales desplegados en las aceras. Rápidamente pasó a los balcones que veían a la Plaza de la Constitución, y otro ¡Viva Madero! le devuelve la confianza en su providencial destino. El heroico ímpetu de los trances arriesgados lo lleva a los ascensores del patio y baja con algunos compañeros. No es una ilusión. Ha recuperado su autoridad. Los oficiales de guardia le prestan armas, conforme al reglamento. Y se encamina hacia la tropa, que debe ser su mejor pedestal... “Soldados —exclama—, quieren aprehender al Presidente de la República; pero ustedes sabrán defenderme; porque si estoy aquí es por la voluntad del pueblo mexicano”. El general Blanquet se interpone. Su Batallón 27 sólo a él reconoce, sólo su voz escucha, sólo su mandato respeta; y poniendo el revólver al pecho del apóstol, le intima la rendición: “Señor, es usted mi prisionero...”.

—¡Traidor! —contesta con la mirada encendida el presidente.

—¡Ríndase, ríndase! —insiste Blanquet—; y toda resistencia es ya inútil. El gobernador del Distrito y los ministros ya estaban presos, apiñados en un garitón. A Madero lo encerró Blanquet en las oficinas de la Comandancia Militar... El ministro Bonilla pudo fugarse.

¿Y Huerta? El héroe de Bachimba almuerza con buen apetito en el restaurante Gambrinus, a poca distancia del Palacio, en las céntricas avenidas de San Francisco. Es él, Huerta, el anfitrión, y sus comensales Gustavo Madero, el general Delgado y el coronel Romero, presidente de la Cámara, a quien el apóstol obsequia, con una victoria de la mañana; con las bocamangas de brigadier.

Me ha referido uno de sus “incondicionales” que, la víspera, se negaba el jefe del “maderismo” a entrevistarse con su ilustre hermano, a quien mandó, por un íntimo, este profético recado: “Pereceremos todos”. Desvaneciósese, para su desventura, aquel estado de ánimo, producto del instinto, y de sobremesa, con el comandante de la Plaza, ahogó, en una charla fina, irónica, alegre, sus tenebrosos presentimientos. De pronto, Huerta se duele de haber olvidado su pistola y pide a Gustavo la que lleva al cinto. Gustavo entrega su única arma. Y un criado avisa a Huerta que alguien le llama por el teléfono. El general se levanta con gesto de pereza y despreocupación. Es Blanquet que le participa cómo ha cumplido “las órdenes”. Y ya no regresa a sus convidados. En la puerta del restaurante algunos rurales y guardabosques de Chapultepec, escoltas del jefe de operaciones, esperan a que almuerce el general, y con ellos, ahora, quienes entran y substituyen al anfitrión. Los manda el capitán Luis Fuente. Y acercándose a Gustavo, que dobla la servilleta, le dice con firmeza: “Está usted preso...”.

Más tarde, se le condujo al Palacio, con el general Delgado, y unido a otro leal, Ángeles, tuvo, por segunda prisión, la del vicepresidente, el gobernador del Distrito y los ministros. Poco a poco fueron llenándose las partes del programa. A los dos generales y a Gustavo se les destina a otro lugar; Huerta recuenta sus prisioneros, uno a uno, y da un “¡Viva la República!”; pone en libertad a los ministros, y el vicepresidente y el gobernador son trasladados a la Intendencia del Palacio donde encontraron a Madero y al general Ángeles. “¡Gustavo! —pregunta el presidente—, ¿saben ustedes de Gustavo...?” Reflexiona: “En la Penitenciaría, tal vez...”.

Un individuo llamado, Cecilio Ocón, es el juez que interroga a los reos. Gustavo rechaza las imputaciones que le hacen sus enemigos e invoca sus fueros de diputado. Pero, Ocón, después de condenarlo, con Bassó, al cadalso, abofetea brutalmente a Gustavo: "Así respetamos nosotros tu fuero...", le dijo. Intervino Félix Díaz y fueron llevados los presos a otro departamento de la Ciudadela. Pero la soldadesca, envalentonada, los persiguió en comparsa frenética y rugiente. Unos befan a Gustavo, otros descargan, sobre el indefenso político, sus puños de acero y lo exasperan y lo provocan. Gustavo intenta castigar a quien más lo humilla. Y un desertor del Batallón 29, Melgarejo, pincha, con la espada, el único ojo hábil de Gustavo, produciéndole, en el acto, la ceguera. El infame espectáculo resultábale divertido. Gustavo, con el rostro bañado en sangre, anda a tientas y tropieza y vacila. Ocón dispone entonces el cuadro que ha de fusilarlo. Gustavo, concentrando todas sus energías, aparta al victimario que pretende escarnecerlo. Más de 20 bocas de fusil descargaron sobre el mártir agonizante que, en tierra, sacudía el postrer suspiro. "¡No es el último patriota! —exclama Bassó— Aún quedan muchos valientes a nuestras espaldas que sabrán castigar estas infamias".

La noche del 18 de febrero, fue una noche muy triste para quienes, amando profundamente a la patria mexicana, comprendieron que era presa del furor de la ambición. Y a las 10 de la mañana del día 19, salí de casa a observar el aspecto de la ciudad y el espíritu del pueblo. Detuve el coche en un establecimiento de cigarros; me dirigí al mostrador de cristales. A un lado, hablaban en tono grave unas cuantas personas, y al otro, un señor de mi amistad, escuchaba con gesto solemne. De pronto, el que llevara la voz cantante, me dijo: "Señor ministro: ¿ya sabe usted lo que pasa?". Reconocí, en seguida, al súbdito alemán que, a guisa de mensajero de Félix Díaz, llevó al Cuerpo Diplomático, cierta proposición que no fue aceptada. "Ayer fusilaron a 'Ojo Parado' —continuó— y hoy mismo, fusilarán también al presidente...".

Aquellas palabras, pronunciadas con cierto cinismo, me produjeron una sensación helada que recorrió toda mi piel...

—Pino Suárez —dijo después— ha logrado fugarse.

—¡Oh, señor ministro, fusilarán a don Pancho: son capaces de todo!

—No haga usted caso —le contesté—: lo que ese hombre dice es inverosímil...

—Aquí, desgraciadamente, lo inverosímil sería lo contrario, ministro. Me consta que a don Gustavo lo asesinaron ayer, sometiéndole antes a horrible tormento... y si ustedes, los diplomáticos, no lo impiden, correrá la misma suerte el presidente...

Fui a responderle, pero se ahogaron las palabras en mi garganta...

—¡No hay tiempo que perder, ministro, tome usted la iniciativa!

—Tómela usted, ministro, sólo usted... —afirmó mi alarmado amigo y con un apretón de manos, más afectuoso que nunca, nos despedimos.

¡Costaba trabajo convencerse de que no era aquello la ficción de una pesadilla!

Y subiendo al carruaje, ordené al cochero que me llevase a la legación.

—¿Sabe usted algo? —le pregunté.

—Sí... lo que sabe todo el mundo. Que han matado a Gustavo Madero y que... probablemente, matarán también a su hermano...

—¡Eso sería espantoso! —respondí—. ¿No cree usted que podríamos proteger la vida del presidente?

—Si el embajador quisiera...

Al llegar a mi residencia, profunda agitación me impulsaba. Aquellas palabras: "No hay tiempo que perder" vibraron en mi mente; y juzgué abominable cobardía cruzar los brazos ante la presa desgarrada. Hice, entonces, lo más cuerdo, lo más sensato: comunicar al embajador mis informes, invitarlo a que fuera suya "la iniciativa", si mía, débil e ineficaz, brindar el crucero *Cuba*, surto en el puerto de Veracruz, para el caso a mi entender probable, de que se acordara, con los jefes del golpe de Estado,

expatriar al señor Madero. Y escribí esta “nota privada” que, momentos después recibiera Mr. Wilson:

Legación de Cuba en México, febrero 19 de 1913.

Señor embajador:

Circulan rumores alarmantes respecto al peligro que corre la vida del señor Francisco I. Madero, Presidente de la República Mexicana, derrocado por la Revolución y prisionero del señor general Huerta.

Inspirado por un sentimiento de humanidad me permito sugerir a Vuestra Excelencia la idea de que el Cuerpo Diplomático, de que Vuestra Excelencia es dignísimo decano, tomara la honrosa iniciativa de solicitar de los jefes de la Revolución medidas rápidas y eficaces, tendientes a evitar el sacrificio inútil de la existencia del señor Madero.

Me permito rogar a Vuestra Excelencia que disponga del crucero *Cuba*, anclado en el puerto de Veracruz, por si la mejor medida fuese sacar del país al señor Madero; y, asimismo, que cuente con mis humildes servicios para todo lo relativo a dar asilo en dicho crucero al infortunado presidente preso.

Seguro de que participa Vuestra Excelencia del mismo anhelo que yo, propio de hombres nacidos en el suelo de América, reitero a Vuestra Excelencia mi más alta consideración.

M. Márquez Sterling.

En seguida, me dirigí a la legación japonesa donde se hallaba refugiada la familia del presidente cautivo. En una pequeña sala interior, recibían los padres y las hermanas del señor Madero la visita de algunos fieles amigos, y la de varios diplomáticos. Al verme, el señor Madero, padre, salió a mi encuentro.

¿Qué le parece, ministro...? ¡Yo nunca tuve confianza en Huerta!

Advertí que ignoraba el asesinato de don Gustavo y me limité a expresar el sentimiento que me causaban sus tribulaciones. Y como, al cabo de breves minutos, se retirasen las demás visitas, el señor Madero me rogó, porque así lo querían él y su esposa, que presentara, a nombre de ellos, una petición al Cuerpo Diplomático.

Y diciendo esto, el señor Madero me entregó un documento redactado así:

Al Honorable Cuerpo Diplomático residente en esta Capital.

Señores ministros:

Los que suscribimos padres de los señores Francisco I. Madero, Presidente de la República Mexicana, y Gustavo A. Madero, diputado al Congreso de la Unión, venimos a suplicar a Vuestras Excelencias que interpongan sus buenos oficios, ante los jefes del movimiento que los tiene presos, a fin de que les garanticen la vida; y asimismo, hacemos extensiva esta súplica en favor del vicepresidente de la República, señor J. M. Pino Suárez y demás compañeros. Anticipándole a Vuestras Excelencias nuestras más sinceras demostraciones de profundísimo reconocimiento, y el de los demás allegados a parientes de los prisioneros, quedamos con la mayor consideración, de Vuestras Excelencias, atentos y seguros servidores.

Francisco Madero.

Mercedes G. de Madero.

En la Embajada estaban, Mr. Wilson, el ministro inglés, el de España y el encargado de Negocios de Austria-Hungría, señor George de Pottère, un joven de gran entendimiento. Al exponer al embajador el asunto que llevábamos, no pudo reprimir una mueca de cólera... Tomó el pliego que le entregué, y después de leerlo, contestó que se oponía sin rodeos a que el Cuerpo Diplomático acordara nada.

—¡Eso es imposible! me dijo, en el mismo lugar donde la víspera se abrazaron Huerta y Félix Díaz. Y reflexionándolo mejor, o intentando “recoger la mueca”, añadió: “¿Por qué ustedes no le piden directamente al general Huerta un trato benigno para los prisioneros?”. Y volviéndose al de España: “Usted y el señor ministro de Cuba podrían ir al Palacio y entrevistarse con el mismo Huerta, hablando en nombre de cada uno de los ministros, pero no en nombre del Cuerpo Diplomático”.

Bajo la bandera cubana, y en mi automóvil, que volaba manejado por manos cubanas, fue cosa de un abrir y cerrar de ojos el vernos frente al Palacio, entre la turba de curiosos y los pelotones de soldados. Un oficial nos

condujo al entresuelo y nos hizo pasar a la sala donde se hallaba el general Blanquet; que conferenciaba con el ministro de Chile, señor Hevia Riquelme. Blanquet nos acogió amablemente y el señor Cólogan, embajador de España hizo uso de la palabra, explicando el objeto de nuestra misión. El chileno sonreía y Blanquet, hombre de aspecto rudo, pero no desagradable, afectaba tranquilidad de espíritu y... de conciencia. “¿Correr peligro la vida del señor Madero? ¡Qué absurdo! El presidente, en un principio, se negó a renunciar y esto complicaba el caso; pero cedió, al fin, a la razón”.

El ministro de Chile confirmó las palabras de Blanquet y quedamos en que se habla sería y definitivamente estipulado la dimisión sobre estas bases:

1ª Respeto al orden constitucional de los estados, debiendo permanecer en sus puestos los gobernadores existentes. 2ª No molestar a los amigos del señor Madero por motivos políticos. 3ª El mismo señor Madero, junto con su hermano Gustavo, el licenciado Pino Suárez y el general Ángeles, todos con sus respectivas familias, serían conducidos, esa misma noche del día 19, y en condiciones de completa seguridad, en un tren especial a Veracruz, para embarcar, en seguida, al extranjero. 4ª Los acompañarían, hasta el puerto, varios señores ministros extranjeros, depositarios de la renuncia del presidente y del vicepresidente, a cambio de una carta del general Huerta aceptando estas condiciones y ofreciendo cumplirlas. 5ª La doble renuncia sería enviada al Congreso en cuanto se hallaren embarcados aquellos personajes.

—Los señores Madero y Pino Suárez firmaron ya la dimisión, que fue entregada, a pesar de lo convenido, al ministro de Relaciones Exteriores —dijo al señor Huerta— y aguardan por la carta del general Huerta —Mirando a Blanquet, preguntó—: ¿Está hecha la carta? —y Blanquet, con su habitual serenidad, pidió informes a un ayudante que nada sabía. Giró entonces la conversación sobre el buque mercante o de guerra en que los prisioneros embarcarían.

—El crucero *Cuba* es el más indicado —convinimos todos—. Y si ustedes no piensan otra cosa —añadió Blanquet— sería bueno que se entrevistasen con el general Huerta...

—¿Firmó Madero la renuncia? —nos preguntaron—. El chileno respondió afirmativamente. El oficial reapareció comunicándonos que el general Huerta dormía. Y resolvimos ir a la Intendencia del Palacio a ver a los vencidos. El mismo oficial nos condujo hasta la puerta. Pino Suárez escribía en un bufete rodeado de soldados. En un cuarto contiguo, varias personas, en estrado, acompañaban a Madero, que, al vernos, desde el fondo, se adelantó.

—Señores ministros, pasen ustedes —dijo, bañado de júbilo el semblante.

—Estoy muy agradecido a las gestiones de ustedes —y señalándome, añadió—: acepto el ofrecimiento del crucero *Cuba* para marcharme. Es un país, la gran antilla, por el que tengo profunda simpatía. Entre un buque yanqui y uno cubano, me decido por el cubano.

De allí surgió el compromiso, para mí muy honroso, de llevar al señor Madero en automóvil a la estación del ferrocarril y de allí a Veracruz.

Pregunté la hora de salida.

—¿La salida?, a las 10 —respondió el presidente—, pero sí es posible venga usted al Palacio a las 8. Podría ocurrir algún inconveniente; y estando usted aquí sería fácil subsanarlo.

¿Qué duda era posible de que Madero y Pino Suárez no correrían la suerte de Gustavo?

Cumpliendo mi promesa, a las 8 entraba en el despacho de Blanquet.

—Usted puede entrar solo y cuando guste a la Intendencia —me dijo el general—. Además, hay orden de permitir la entrada libre a cuantos deseen despedirse del señor Madero.

Sin embargo, juzgué prudente que me “escoltara” un oficial, evitando, así, cualquiera pérvida interpretación. Blanquet me proporcionó uno amable y diligente. Por añadidura, cubano. Su apellido: Piñeiro. Su grado: capitán. Pronto lo ascenderían a mayor.

—Es usted hombre de palabra —exclamó Madero al recibirme—, y ministro que honra a su nación.

El ambiente era “franco”. Nada hacía la catástrofe. Echado en un sofá, el general Ángeles sonreía con tristeza. Cuando le dieron orden de volverse contra Madero se negó a obedecer y era el único, de todos los presentes, que no fiaba en la esperanza ilusoria del viaje a Cuba. Una hora después me decía, con su lenguaje militar, ante la sospecha de un horrible desenlace:

—A don Pancho lo truenan...

Madero me hizo sentar en el sofá y, a mi izquierda, ocupó una butaca. Pequeño de estatura, complexión robusta, ni gordo ni delgado, el presidente rebosaba juventud. Se movía con ligereza, sacudido por los nervios y los ojos redondos y pardos brillaban con esplendente fulgor. Redonda la cara, gruesas las facciones, tupida y negra la barba, cortada en ángulo, sonreía con indulgencia y con dignidad. Reflejaba en el semblante sus pensamientos que buscaban, de continuo, medios diversos de expresión. Según piensa, habla o calla, camina o se detiene, escucha o interrumpe; agita los brazos, mira con fijeza o mira en vago; y sonríe siempre; invariablemente sonríe.

¿Qué súbita idea lo asaltaba? A grandes pasos recorrió la distancia del espejo, del cuarto contiguo, al centinela inmóvil. Acercándose de nuevo, me dijo.

—Un presidente electo por cinco años, derrocado a los 15 meses, sólo debe quejarse de sí mismo. La causa es... ésta, y así la historia, si es justa, lo dirá: no supo sostenerse...

—Ministro —añade—: si vuelvo a gobernar me rodearé de hombres resueltos que no sean medias tintas... He cometido grandes errores. Pero... Ya es tarde...

Y reanudó sus paseos. Andando, hablaba a su tío, don Ernesto, que con el señor Vázquez Tagle era la única visita que no se había marchado todavía. Repentinamente, una duda lo alarma.

—Y la carta de Huerta. ¿Dónde está?

—Convendría que la redactaras a tu gusto —dijo el señor Madero; y en un pequeño block de papel, escribió el presidente varios renglones que acto seguido nos leyó. Era un “salvoconducto” en el que incluía a su hermano don Gustavo, muerto junto con el intendente.

—¿Sabe alguno de ustedes dónde está Gustavo? —preguntó sin el menor indicio del crimen—. ¡De seguro lo tienen preso en la Penitenciaría! Si no lo encuentro en la estación, para continuar viaje conmigo, rehúso a embarcar... Quise disuadirle de semejante proyecto.

—Eso... en realidad, compromete la situación. Es a usted, señor Madero, a quien hay que salvar, en las actuales circunstancias. El pobre don Gustavo... ya veremos.

Volvió el presidente a su mansa plática.

—El crucero *Cuba*, ¿es grande, es rápido? He pedido que la escolta del tren la mande el general Ángeles para llevármelo a La Habana. Es un magnífico profesor del arma de artillería. ¿No cree usted que el presidente Gómez le dé empleo útil en la escuela militar...? Escribales, ministro, en mi nombre; recomiéndelo. Si dejara al general aquí, concluirían por fusilarlo.

Don Ernesto llegó con una extraña noticia.

—El señor Lascuráin, ministro de Relaciones Exteriores, va en este momento al Congreso a presentar “tu” renuncia...

Madero saltó de la butaca...

—¿Y por qué no ha esperado Lascuráin a la salida del tren? Tráelo aquí, en seguida, Ernesto; que venga en el acto; sin demora, corre; vaya usted también, señor Vázquez, tráigalo en seguida...

Y a largos pasos, nerviosamente, cerrados los puños, rectos los brazos hacia atrás, recorría la distancia del espejo al centinela, más allá del centinela... Don Ernesto vuelve con peores noticias. “La renuncia ya fue presentada...”.

—¡Pues ve y dile a don Pedro que no dimita, él, la Presidencia Interina hasta que no arranque el tren...!

—¡Iré —contestaba don Ernesto—, pero cálmate, Pancho, que todo tendrá su arreglo...!

Y yo también medié, infundiéndole confianza en su destino.

—Llamen por teléfono al ministro de Chile —exclamaba ansioso—; que venga a buscarnos; y traigan el “salvoconducto” de Huerta. ¡Ese Huerta!

Mártir de la democracia mexicana

Stanley R. Ross

Los elementos conservadores de la capital aplaudieron “la acción patriótica” del general Huerta. La prensa opositora jubilosamente celebró el establecimiento del nuevo gobierno. *El País* anunció: “el maderismo ha caído estrepitosa y trágicamente para nunca nacer de nuevo”. *El Mañana* afirmó solemnemente que “era inevitable, era el destino”, y *El Imparcial* vertió todo el veneno de la venganza contra los jefes del gobierno depuesto:

Afortunadamente no hay ninguna contradicción entre los objetivos políticos y las demandas de justicia que requieren que a los funcionarios responsables debería castigárseles... Aquellos culpables de... crímenes deben sufrir las consecuencias legales de sus actos. La justicia debe ser severa, fría e inexorable con ellos.

Los partidarios de Félix Díaz exigieron que cuatro prisioneros, incluyendo a Francisco y a Gustavo Madero, les fueran entregados. Sin embargo, Francisco I. Madero y Pino Suárez eran esenciales en el plan de Huerta para legalizar su posición. Por lo tanto, solamente les entregó a Gustavo Madero y Adolfo Bassó, superintendente del Palacio Nacional, como evidencia de su buena fe. Entrada ya la noche del 18, Gustavo fue llevado en carro a la Ciudadela. Allí, cerca de las 2 de la mañana, el general Mondragón decretó su muerte.

El hermano del presidente fue llevado a golpes y empujones a la puerta que conducía al patio. Sangrante, desfigurada la cara por los golpes, sus

vestidos rotos, Gustavo trató de resistir aquella frenética y embriagada chusma de cerca de 100 individuos. Agarrándose desesperadamente a la puerta, apeló a aquel mar de caras que reflejaban la locura y la violencia. Mencionando a su esposa, hijos y padres, les imploraba que no lo mataran. Sus palabras eran recibidas con burlas y carcajadas. Uno de la multitud se adelantó y con la bayoneta de su rifle o la punta de la espada le sacó el único ojo sano al prisionero. Gustavo, ciego, lanzó un grito de terror y desesperación. Después de eso no se le oyó ni un sollozo, y cubriéndose la cara con las manos se volvió hacia la pared.

La chusma se reía, y burlándose lo llamaban “cobarde” y “llorón” y “Ojo Parado”. Empujándolo y pinchándolo con las bayonetas, y dándole bofetadas y golpes con palos, lo llevaron hacia el patio. Gustavo se movía vacilante sin pronunciar una palabra. Uno de los verdugos le puso el cañón del revólver contra la cabeza; la mano que empuñaba el arma temblaba y resbaló, y el tiro le rompió a Gustavo la mandíbula. Todavía pudo moverse y caminó un poco, cayendo al fin cerca de la estatua de Morelos, quien, ¡oh ironías!, fue testigo mudo de tan triste escena. Una descarga de tiros le atravesó el cuerpo. A la luz de una linterna se comprobó que Gustavo Madero había muerto. Uno del grupo descargó todavía otro tiro, y en el estado de ebriedad en que estaba, dijo que ése era el tiro de gracia. Los asesinos le robaron diversas prendas y le extrajeron el ojo artificial, que circuló de mano en mano.

Más tarde, otro carro trajo a Adolfo Bassó al mismo patio. Valientemente, con los ojos fijos en las estrellas, se enfrentó a la ejecución. El pretexto de la muerte de Bassó era que, como superintendente del Palacio Nacional y participante de su defensa, era responsable de la muerte de los rebeldes caídos en la plaza principal el 9 de febrero. El primer día del nuevo régimen había amanecido manchado de sangre.

El embajador Wilson, más interesado en las “aseveraciones satisfactorias” de Huerta relativas a la garantía del orden público, aceptó con indiferencia la explicación de que Gustavo Madero había sido muerto por

soldados “sin órdenes”. El diplomático creyó necesario agregar que el general Huerta le dijo que “el presidente y Gustavo Madero habían tratado de asesinarlo dos veces, y que lo tuvieron prisionero por todo un día”. Al día siguiente Wilson anotó que “hasta ahora, ninguna otra ejecución que las informadas ha llegado al conocimiento de esta Embajada”; añadió que Huerta le había asegurado que “todas las precauciones serían tomadas para custodiar a Madero y Pino Suárez”. El secretario de Estado, Knox, informó a Wilson que la muerte de Gustavo ha “causado una muy desfavorable impresión aquí. El presidente está satisfecho de saber que no hay ninguna amenaza de daño para los depuestos presidente y vicepresidente”.⁴

A causa del deseo de Huerta de legalizar su posición por medio de la renuncia de los funcionarios depuestos, los protegió al principio. En las últimas horas de la tarde del 18, el general libertó a los ministros, ostensiblemente en cumplimiento de la solicitud de Wilson; pero, en realidad, para convencer a Madero de la honorabilidad de Huerta y de la conveniencia de la renuncia de aquél.

A la mañana siguiente, los periódicos publicaron una invitación a los miembros de la Cámara de Diputados para reunirse a las 10 de la mañana con el objeto de discutir la situación. No asistieron los suficientes miembros para formar *quórum* y los presentes celebraron una sesión a puertas cerradas para un cambio de impresiones. Se sugirió que los conserjes fuesen enviados a traer a los representantes suplentes, quienes, aunque no podían participar con voz y voto, darían la apariencia de *quórum*. Así se hizo, y a las 4 de la tarde la Cámara se declaró en sesión permanente para tratar el asunto de las renunciaciones.

Esa mañana, un comisionado de Huerta, el general Juvencio Robles, había visitado a los prisioneros para exigirles su inmediata renuncia. El general Robles le dijo a Madero que si ellos renunciaban, sus vidas serían garantizadas; pero que si no lo hacían estarían expuestos a todos los peligros. El presidente

⁴Knox a la Embajada Norteamericana, 21 de febrero de 1913, S. D. F. 812.00/6294A.

depuesto creyó que la propuesta era hecha de buena fe, pero se portó evasivo, buscando cómo obtener las condiciones más favorables. El general Robles se retiró, mientras que Madero y sus compañeros de prisión, Pino Suárez y el general Ángeles, discutían las bases para un arreglo.

Se acordó pedir a Huerta las siguientes seguridades como condición de sus renunciaciones: que el orden constitucional en los estados sería respetado, y que a los actuales gobernadores se les permitiera seguir en sus puestos; que los amigos y partidarios de Madero no serían molestados por razones políticas, y que Madero, su hermano Gustavo (la noticia de la muerte de éste aún no había llegado a ellos), Pino Suárez, Ángeles y sus familiares serían llevados a Veracruz en tren especial, para en ese puerto embarcarse hacia el exilio. Madero creía que no había suficiente garantía de que Huerta cumpliera tal convenio. Por lo tanto, fue agregada una cuarta condición: que los ministros de Chile y del Japón acompañarían a los prisioneros a Veracruz, después de haber recibido Huerta las renunciaciones y Madero una carta en la que aquél aceptaba las condiciones. Los prisioneros esperaban que la intervención de los diplomáticos daría solemnidad a los arreglos y la seguridad de que se cumplirían. Poco tiempo después llegó Pedro Lascuráin; se le informó de las bases propuestas para las renunciaciones, y aquél se retiró a informar a Huerta.

En el momento en que se les servía a los prisioneros la comida del mediodía, Lascuráin regresó con Ernesto Madero y el ministro de Chile, Hevia Riquelme, y dijo que Huerta había aceptado las condiciones. A la una de la tarde las renunciaciones habían sido bosquejadas. Pino Suárez argumentaba en favor de la inclusión de la frase “que habían sido obligados a renunciar por la fuerza”. Los intermediarios lo persuadieron de que había vidas de por medio y que tal terminología era inconveniente en aquellas circunstancias. El texto definitivo de las renunciaciones dice:

Ciudadanos Secretarios de la Honorable Cámara de Diputados. En vista de los acontecimientos que se han desarrollado de ayer acá en la Nación y para mayor tranquilidad de ella, hacemos formal renuncia de nuestros cargos de pre-

sidente y vicepresidente, respectivamente, para los que fuimos elegidos. Protestamos lo necesario. México, 19 de febrero de 1913. *Francisco I. Madero. José María Pino Suárez.*²

Los intermediarios, con Lascuráin en posesión de la renuncia, se fueron a traer la carta de Huerta.

Esa misma tarde, el ministro Márquez Sterling, de Cuba, acompañado de Cologan, de España, llegaron a Palacio a entrevistar a Huerta acerca de la situación de los prisioneros. Se encontraron allí con el ministro de Chile, Hevia Riquelme, quien los informó de la renuncia. No pudieron ver a Huerta, y los tres se entrevistaron con Madero.

En esta reunión, Madero aceptó la oferta del crucero *Cuba* para su salida de México, y Márquez Sterling prometió acompañarlos a la estación y, de allí, a Veracruz. Aunque la hora del viaje estaba fijada para las 10 de la noche, el diplomático cubano accedió, a instancias de Madero, a regresar más temprano.

Fiel a su palabra, Márquez Sterling llegó a las 8 de la noche al departamento donde los prisioneros estaban detenidos, y consistía en tres cuartos grandes y uno pequeño. El primero servía de comedor a los prisioneros; el segundo, que conducía al patio; era la oficina del superintendente de Palacio. Cerca de la puerta estaba un centinela. A la derecha de la guardia, el salón de recibir, con algunos catres para los prisioneros. Madero, sonriente, saludó al diplomático. Hablando reposadamente dijo al cubano: "Un presidente electo por cinco años, derrocado a los 15 meses, sólo debe quejarse de sí mismo. La causa es ésta. Éste será el juicio de la historia si es justa". Sentándose añadió: "Ministro... si vuelvo a gobernar me rodearé de hombres resueltos que no sean medias 'tintas'... He cometido grandes errores... Pero ya es tarde...".³

²Alfonso Taracena, *Madero: vida del hombre y del político*, México, Ediciones Botas, 1937, pp. 401-2; González Garza, *La revolución mexicana*, pp. 410-412.

³Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero*, La Habana, El Siglo XX, 1917, p. 500.

Implicita en las palabras de Madero a Márquez Sterling, así como en otras declaraciones hechas durante su prisión, estaba su determinación de no darse por vencido en la lucha, sino que la continuaría en el destierro. Definitivamente, pensaba promover otra revolución contra los usurpadores. Francisco inquirió acerca de Gustavo. Como nadie le contestó, Madero declaró que, si su hermano no llegaba a la estación esa noche, él no partiría. El cubano, ocultando la verdad de los hechos, subrayó que era Madero quien tenía que ponerse a seguro, dadas las circunstancias.

Repentinamente, la sombra de una duda cruzó por la mente de Madero, y preguntó en dónde estaba la carta de Huerta. Ernesto Madero, que con Vázquez Tagle, también visitaba a los prisioneros, se ofreció para averiguaciones. Ernesto regresó con la alarmante noticia de que Lascuráin se dirigía al Congreso para presentar la renuncia de Madero; éste, sumamente agitado, envió a Manuel Vázquez Tagle a pedir que la renuncia no fuera presentada hasta que los prisioneros hubieran embarcado en Veracruz.

A las 8:45 de la noche, Lascuráin compareció ante la Cámara. Las renunciaciones fueron presentadas; pero algunos diputados liberales no estaban inclinados a aceptarlas. Después que algunos oradores, que eran allegados a Madero y a su gobierno, urgieron la aceptación porque la seguridad de los prisioneros y la de sus familias estaba en peligro, la renuncia de Francisco I. Madero y Pino Suárez fue aprobada por los votos 123-4 y 119-8, respectivamente. Vázquez Tagle llegó después que las renunciaciones habían sido presentadas; informó a Madero que había llegado tarde para cumplir con su misión.

Madero instó a Vázquez Tagle para que regresara a la Cámara a pedirle a Lascuráin que no renunciara a la presidencia provisional hasta que los prisioneros hubieran partido. A las 10:24 de la noche, Lascuráin, como ministro de Relaciones Exteriores, había sido declarado presidente provisional. Cerró la anterior sesión del Congreso y abrió la nueva. Después de tomar el juramento de ley, Lascuráin nombró a Huerta ministro de Gobernación. A las 11:20 de la noche Lascuráin renunció a la Presidencia

Provisional, y Huerta, seguidamente, asumió el Poder Ejecutivo. Pedro Lascuráin había sido presidente durante 56 minutos. El emisario de Madero había llegado demasiado tarde una vez más.⁴

Cuando los prisioneros supieron estos acontecimientos, el optimismo de Madero flaqueó, y Pino Suárez temió un atentado contra sus personas si los dejaban solos esa noche. Poco tiempo después un oficial avisó a Márquez Sterling que la partida de los prisioneros a las 10 de la noche había sido cancelada. Para seguridad de los mismos, y para el caso de que otra hora hubiera sido señalada para la partida, el diplomático cubano dispuso pasar la noche con ellos. Madero predijo resignadamente que “el tren no saldría a ninguna hora”.⁵

El presidente derrocado arregló tres sillas para que sirvieran de cama a su huésped. Pino Suárez, sonriente, observó que el cubano probablemente nunca había esperado dormir en una cama tan dura en el desempeño de sus funciones diplomáticas. Madero, olvidando las preocupaciones del momento, entabló una conversación cordial; dijo que el tiempo haría que el ministro olvidara las molestias de esa noche; pero le rogaba no decir al gobierno cubano que los diplomáticos en México tenían que llevar la cama en los bolsillos. Después que el cubano se quitó algunas de sus prendas de vestir, Madero continuó chanceándose acerca de lo “descuidado que era su huésped”, y se puso a arreglar cuidadosamente su ropa. Antes de dormirse, Francisco expresó su deseo de saber en dónde se encontraba Gustavo.

Márquez Sterling refirió que, cuando la primera luz de la madrugada penetró en el cuarto, Pino Suárez empezó a balbucear, como si discutiera consigo mismo:

⁴Lascuráin afirmó más tarde, en una declaración jurada, que Huerta había prometido libertar a los prisioneros, y que las condiciones de las renuncias no fueron cumplidas; además, declaró que la solicitud de Madero, la que atribuye a la falla de Huerta de dar la carta prometida, llegó demasiado tarde para cumplirse. Maldonado, *Los asesinados (sic)*, pp. 49-53.

⁵Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días...*, *op. cit.*, pp. 507-8.

Al general Ángeles no se atreverán a tocarle. En cuanto a nosotros, ¿verdad que parecemos en capilla? Sin embargo, lo que pelagra es nuestra libertad, no nuestra existencia. Nuestra renuncia impuesta provoca la revolución. Matar nos sería equivalente a decretar la anarquía. Yo no creo, como el señor Madero, que el pueblo derroque a los traidores para rescatar a sus legítimos mandatarios. Lo que el pueblo no consentirá es que nos fusilen.

El que habla parecía desconocer la lógica, y el pesimismo que se encerraba dentro de sí afloró a la superficie:

¿Qué les he hecho para que intenten matarme? La política sólo me ha proporcionado angustias, dolores y decepciones. Y créame usted que sólo he deseado hacer el bien... respetar la vida y el sentir de los ciudadanos... Cumplir con las leyes y exaltar la democracia... Por eso llevan al cadalso a dos hombres honrados que no odiaron, que no intrigaron, que no engañaron, que no lucraron.

A las 10 de la mañana, Márquez Sterling aún estaba con los prisioneros. A Madero le era difícil creer que sus vidas estaban amenazadas; pero Pino Suárez era más pesimista. Con un poético sentido de lo trágico, pero sin recriminar, el infortunado vicepresidente se lamentaba: "Los mismos odios que me persiguen, persiguen al presidente, pero sin la compensación de sus honores y de su gloria. Mi fortuna tiene que ser más triste que la suya, señor Madero".

Madero creyó que debían buscar la protección de la ley; pero sus compañeros opinaban que la única protección eficaz vendría del Cuerpo Diplomático. Márquez Sterling, antes de partir, prometió hacer todo lo posible ante el Cuerpo Diplomático y cerca de las familias de los dos presos, para que se iniciara un juicio legal.

La elección entre la renuncia y la vida de los prisioneros había sido una engañifa de Huerta. Una vez que la renuncia fue presentada, la vida de los prisioneros estaba en gran peligro. La salida del tren que debía llevarlos a Veracruz fue cancelada, porque se temía que se intentara liberarlos. Este pretexto fue robustecido por la declaración del general José Refugio Velasco, jefe militar de Veracruz, de que él continuaría conside-

rando a Madero como legítimo presidente hasta que el Senado legalizara la situación existente. La solicitud de Madero de que el general Ángeles los escoltara a Veracruz, produjo sospechas.

Las preocupaciones reales y fingidas eran sintomáticas, por el hecho de que el grupo que había llegado al poder consideraba que Madero en libertad era una amenaza. Rodolfo Reyes admitió francamente que Madero y Pino Suárez... eran (y nadie lo niega) un peligro indiscutible para nosotros; el que diga que hemos pensado en libertarlos... miente".⁶ El autor de las *Memorias de Huerta* declaró que el nuevo presidente conocía "la tenacidad de Madero y su fe en el triunfo de la revolución", y que él "temía que algún día (Madero) lo derrocaría".⁷

Existía preocupación por la seguridad de los presos, y era natural que las familias afectadas fueran las más temerosas. La esposa, la madre, y hermanas de Madero, hicieron todo lo posible por salvar a éste y a sus compañeros. Los padres de Madero enviaron una nota al Cuerpo Diplomático, rogándole usar su influencia para obtener una garantía de que serían respetadas las vidas de los prisioneros, y la desconsolada madre de don Francisco envió el siguiente telegrama al presidente Taft:

México, D. F., 20 de febrero de 1913

Ruego a usted interceder para que el convenio hecho por mi hijo Francisco, Pino Suárez y sus amigos, con el general Huerta, de permitirles embarcarse hacia Europa, sea cumplido. Sus vidas están en peligro... Tienen derecho a la libertad, porque son hombres honrados, y ésta fue la expresa condición de la renuncia como es sabido por algunos diplomáticos extranjeros que intervinieron en el asunto. Me dirijo a usted como madre atribulada que apela a la única persona cuya influencia puede salvar la vida de su hijo y conseguir su libertad.

Mercedes G. de Madero.

⁶Rodolfo Reyes, *De mi vida, memorias políticas*, Madrid, Biblioteca Nueva, II, 1930, pp. 93-94.

⁷Joaquín Piña, el autor de las *Memorias de Huerta*, era periodista e íntimo allegado al general. Aunque obviamente no reproduce las palabras exactas de Huerta, probablemente informa con fidelidad de la actitud de Huerta en lo más importante. Piña, *Memorias de Victoriano Huerta*, pp. 6-9.

Algunos diplomáticos extranjeros, alarmados por el peligro en que se hallaban los prisioneros, tomaron enérgicas medidas en su favor. El más activo a este respecto fue el representante de Cuba, Manuel Márquez Sterling. El 19 de febrero el ministro cubano escribió al embajador Lane Wilson, que era el decano del Cuerpo Diplomático, sugiriéndole que tomara medidas para “evitar el inútil sacrificio de la vida del señor Madero”, y ofrecía el crucero *Cuba* anclado en Veracruz, para transportar a los depuestos personajes al exilio.⁸

Teniendo en cuenta los fervientes esfuerzos de sus colegas, es asombroso que el embajador Wilson más tarde declarara inocentemente que “por lo que sé, solamente uno de mis colegas el señor Riquelme, ministro de Chile, que tenía íntimos vínculos de amistad con la familia Madero, se preocupó por la suerte del ex presidente”.⁹ Márquez Sterling continuó exigiendo una acción conjunta de sus colegas del Cuerpo Diplomático. El ministro japonés, Hurigutchi, alojó en la legación de su país a la familia Madero e hizo llegar llamamientos al Cuerpo Diplomático. Los representantes del Brasil y España, aunque el último seguía la política de Wilson muy de cerca, entrevistaron al general Huerta en relación con los prisioneros. El embajador Wilson, acompañado del ministro alemán, Von Hintze, también visitó al nuevo presidente; pero su intervención a favor de los prisioneros no fue muy enérgica.

Las peticiones en favor de los prisioneros no se limitaron a los diplomáticos. José Vasconcelos llamó a Wilson por teléfono el 19 de febrero; pero el embajador le aseguró que no había razón para alarmarse, que Madero no estaba en peligro y que saldría en un tren especial.¹⁰ El diputado Luis Manuel Rojas, gran maestro de la Gran Logia del Valle de México, a la que Madero y Pino Suárez pertenecían, invocó los vínculos masónicos para ayudar a los prisioneros. El 20 de febrero cablegrafió al presidente

⁸Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días...*, op. cit., pp. 483-84.

⁹Wilson Henry Lane, *Episodios diplomáticos en México, Bélgica y Chile*, Nueva York, Double day, Page and Company, 1927.

¹⁰José Vasconcelos, *Ulises criollo*, México, Ediciones Botas, 1936, p. 438.

Taft: "Como hermano masón le pido intervenir de algún modo para proteger la vida amenazada de Francisco I. Madero y la de José María Pino Suárez". El día siguiente visitó al embajador Wilson, que también era masón, con el mismo objeto. El temor por la seguridad de los prisioneros no existía solamente en la capital mexicana. Un gran número de miembros de las legislaturas de los estados, refugiados en Texas, telegrafiaron al Departamento de Estado insistiendo en que "tomara todas las medidas legales para salvar la vida del ex presidente Madero".¹¹

Henry Lane Wilson era la figura clave en la mente de aquellos que deseaban proteger la vida de los prisioneros. El 19 de febrero informó que el general Huerta le había pedido consejo acerca de si "sería mejor enviar al ex presidente fuera del país o encerrarlo en un manicomio". Wilson le contestó que él "debería hacer lo que fuese mejor para el país". Fue al siguiente día cuando Wilson, acompañado del ministro alemán, visitó a Huerta y "extraoficialmente solicitó que debía ser tomada la mayor precaución para evitar su muerte (la de Madero) y la del vicepresidente, excepto de acuerdo con los procedimientos legales".¹² El Departamento del Estado, alarmado, al parecer, por estos mensajes, envió prontamente al embajador la siguiente nota "confidencial y urgente":

La consulta a usted del general Huerta acerca de cómo tratar a Madero se encamina a dar a usted cierta responsabilidad en el asunto. Además no es necesario mencionar que el tratamiento cruel al ex presidente menoscabaría ante los ojos del mundo la reputación de la civilización mexicana, y este gobierno ansiosamente espera no oír tal cosa, sino al contrario, que se le ha tratado de acuerdo con los principios de humanidad.

Sin asumir ninguna responsabilidad, usted puede con discreción hacer uso de estas ideas en sus conversaciones con el general Huerta.¹³

¹¹Morris Sheppard al secretario de Estado, Knox, 21 de febrero de 1913.

¹²Wilson al Departamento de Estado, 19 y 20 de febrero de 1913.

¹³El Departamento de Estado a Wilson, 20 de febrero de 1913.

No solamente por su gobierno, sino también por el de sus colegas diplomáticos y por la familia y amigos de Madero, el representante norteamericano fue instado a emplear su influencia ante el nuevo gobierno. El 19 de febrero, Márquez Sterling y el ministro japonés trajeron la nota de la familia de Madero ante el Cuerpo Diplomático, a la Embajada Norteamericana. El diplomático cubano apoyó la solicitud de los Madero en el sentido de que el Cuerpo Diplomático actuara; pero Wilson dijo que esto era imposible. Especificó que los ministros podían entrevistar a Huerta individualmente sobre el asunto, pero que no podían actuar en nombre del Cuerpo Diplomático entero.¹⁴

La tarde siguiente, 20 de febrero, doña Sara Pérez de Madero fue a la Embajada norteamericana acompañada de su cuñada Mercedes para entregar el telegrama de la madre de Madero al presidente Taft y a pedirle la intervención del embajador en su favor. La señora Madero relató los detalles. Eso hizo en una entrevista celebrada con un periodista norteamericano más de tres años después de la conversación tenida con Wilson, y en estas circunstancias es dudoso que se incluyeran más que “detalles”, ideas generales e impresiones. Sin embargo, la entrevista, sin duda alguna, causó una impresión singular en doña Sara de Madero, quien juró la veracidad de su relato. Además, las ideas generales atribuidas a Wilson se corresponden muy estrechamente con sus declaraciones a otras personas y con los conceptos reflejados en sus informes y otros escritos.¹⁵

¹⁴Márquez Sterling, *Los últimos días...*, *op.cit.* Esta actitud está en vivo contraste con la preocupación y actividad de Wilson respecto de la seguridad de los prisioneros Félix Díaz y Bernardo Reyes, en enero, y la De la Barra, durante la Decena Trágica. Wilson al Departamento de Estado, 14 de enero de 1913. Wilson, *Episodios diplomáticos*, *op.cit.*

¹⁵La señora Madero relató su conversación con el embajador Wilson, en una entrevista con Robert Hammond Murray, corresponsal en México del *New York World*. En 1927, la señora Madero atestiguó la exactitud de la entrevista ante el vicecónsul norteamericano en la Ciudad de México (Ernest Gruening, *México and Its Heritage*, Greenwood Press, 1928, pp. 570-72). Márquez Sterling encontró a la señora Madero cuando salía de la Embajada, y le refirió la entrevista. El cubano dijo que las impresiones de la señora Madero eran paralelas en el tono de sus declaraciones a Murray (Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días...*, *op.cit.*).

La conversación con Wilson fue en inglés, y la señora de Madero se impresionó por la brusquedad del embajador. Ella le dijo que la razón de su visita era la de procurar protección para la vida de los prisioneros. Wilson le preguntó qué es lo que ella deseaba que él hiciera. La señora Madero le pidió que usara su influencia “para proteger la vida de mi esposo y la de los demás prisioneros”. El diplomático contestó: “Ésa es una responsabilidad a la que no deseo hacerme acreedor”. La esposa de Madero le dio el telegrama de su suegra para que se enviara al presidente Taft, y aunque Wilson le dijo que el telegrama no era necesario, accedió a enviarlo ante la insistencia de ella.

El diplomático norteamericano dijo a la señora Madero que la caída de su esposo fue debida al hecho de que no supo gobernar y “que nunca quiso consultarme... Usted sabe, señora, su esposo tiene ideas peculiares”. Aparte de declarar que su esposo tenía ideales muy altos, la señora Madero evitó cualquier alegato sobre este punto, y prosiguió la entrevista para pedirle la misma protección y seguridad para la vida del vicepresidente que había pedido para la de Madero. Declaró que el embajador Wilson le contestó impacientemente que “Pino Suárez es un hombre muy malo. No puedo hacerle ninguna promesa sobre su seguridad. Él es el culpable de las dificultades de su esposo. Esa clase de hombres debe desaparecer”. La señora Madero le dijo que Pino Suárez tenía esposa y seis hijos, que quedarían abandonados en el caso de su muerte, y aseguró que Wilson simplemente encogió los hombros.

El embajador le dijo que Huerta le había consultado sobre lo que se debía hacer con los prisioneros: “Yo le dije que debía hacer lo más conveniente a los intereses del país”. En este momento, doña Mercedes de Madero lo interrumpió exclamando: “¿Por qué dijo usted esto? Usted sabe muy bien... Que los van a matar”. Sin contestarla, Wilson se volvió a la esposa de Madero diciendo: “Usted sabe que su esposo no es popular. El pueblo no estaba satisfecho con él como presidente”. “Si eso era cierto — dijo la señora Madero—, ¿por qué se oponían a que se fuera al exilio?”.

Wilson le contestó: “No necesita preocuparse. La persona de su esposo no será dañada”. Que él sabía que el golpe de Estado ocurriría y que por eso sugirió la renuncia a Madero. La señora de Madero le preguntó: “¿Por qué si lo sabía no avisó a mi esposo?”. Wilson declaró torpemente: “Eso no hubiera sido buena política, porque entonces él lo hubiera evitado”.⁴⁶

A pesar de los temores del gobierno norteamericano, el de algunos colegas diplomáticos y el de la familia de Madero, no hay pruebas —fuera de algunas notas sin importancia— de que el embajador Wilson realizara gestión alguna más allá de las entrevistas con Huerta, ya descritas. Tal vez eso fue debido —como Wilson declara— a que no pensó que la vida de los prisioneros estuviera en verdadero peligro, o porque estaba preocupado por otros asuntos. El representante norteamericano se ocupaba de condenar al gobierno derrocado, alabando al nuevo y pidiendo el reconocimiento de éste. Evidentemente, Wilson estaba más interesado en el reconocimiento del nuevo régimen, que en la salvación de los reos.

El 20 de febrero informaba que “un inicuo despotismo ha caído”, y que se había instalado un nuevo gobierno “entre grandes demostraciones populares de aprobación”. Al final de la tarea de ese día, informó que el nuevo gobierno estaba “evidentemente asegurado”, y pidió que el Departamento de Estado le diera inmediatamente las instrucciones para reconocerlo. Recomendó que el Departamento considerara “que el gobierno provisional toma el poder de acuerdo con la Constitución y los precedentes”. Una justificación más del criterio que guiaba al embajador, se encuentra en el informe que envió dos días más tarde: “El ambiente público es ahora aquí muy amistoso, y los norteamericanos gozan de más consideraciones que nunca en la historia de México”.⁴⁷

El impaciente Wilson no esperó las instrucciones. En la noche del 20 de febrero: “En vista de la urgencia extrema de la situación y faltando las instrucciones”, convocó al Cuerpo Diplomático para discutir el reconocimiento. El

⁴⁶Ernest Gruening, *México...*, *op. cit.*

⁴⁷Wilson al Departamento de Estado, 20 y 22 de febrero de 1913.

pretexto de esa medida fue una invitación de Huerta para verlo. Wilson informó que sus colegas estaban de acuerdo con él en que el reconocimiento era imperativo, para hacer posible que el nuevo gobierno impusiera su autoridad y restableciera el orden. Los diplomáticos acordaron asistir a la recepción de Palacio. Al siguiente día, reunidos en el Salón de Embajadores, Wilson leyó una declaración como decano del Cuerpo Diplomático, en que se decía que había sido informado de “que su Excelencia había asumido el alto cargo de presidente provisional de la República de acuerdo con las leyes existentes en México”, y le expresaba “nuestras sinceras felicitaciones”. Huerta manifestó su agradecimiento con frases apropiadas.⁴⁸ Esa noche, 21 de febrero, Wilson envió un telegrama circular a todas las oficinas consulares, informándoles sobre la situación e instruyéndoles para que “en interés de México, exigieran general sumisión y adhesión al nuevo gobierno, que será reconocido hoy por todos los Estados extranjeros”. No había fundamento para esta última aserción.

Poco tiempo después de la recepción del Cuerpo Diplomático, Huerta se reunió con su gabinete. Se discutió el destino de los prisioneros y, al parecer, acordaron someterlos a juicio. El subsecretario de Gobernación fue comisionado para investigar los fundamentos que existían para una acción legal. En la tarde del día siguiente se celebró otra sesión, y Huerta avisó a sus ministros que los prisioneros serían trasladados a la Penitenciaría del Distrito Federal.

Después de la reunión, y con algunos ministros presentes, Huerta le dijo al coronel Luis Ballesteros, oficial del Ejército, que se hiciera cargo de la prisión y que se le haría responsable de la vida de los prisioneros.

Dos oficiales de los rurales, el mayor Francisco Cárdenas y el teniente Rafael Pimienta, fueron seleccionados para conducir a los prisioneros. Qué otras instrucciones se dieron a estos oficiales y quién se las dio, es una cuestión de la que no se puede hablar con certeza. Sin embargo, de acuerdo con la narración que se atribuye a Cárdenas, se le confió una misión de más importancia que la de conducir a los prisioneros, por el general Blanquet,

⁴⁸*La Prensa*, 12 de febrero de 1933.

jefe militar de la plaza. El secretario de Guerra, general Mondragón, confirmó las disposiciones, y Cárdenas tuvo la impresión de que Huerta y el gabinete las aprobaron. En realidad, en este relato se asegura que Cárdenas recibió la confirmación personal de Huerta. Cecilio Ocón, que había preparado a Pimienta para su papel, iba a arreglar varios detalles: conseguir los coches y simular un ataque para libertar a los reos.⁴⁹

Mientras tanto, en la Intendencia del Palacio Nacional los prisioneros vivían horas de gran ansiedad. Un visitante ocasional, la redacción de una carta y el cambio de la guardia, eran las únicas interrupciones en el lento paso del tiempo. La carta de Pino Suárez dirigida al diputado Serapio Rendón, de Yucatán, ofrece un vislumbre de los pensamientos de los prisioneros durante esas largas horas:

Querido Serapio:

Dispensa que te escriba con lápiz... Como tú sabes, hemos sido obligados a renunciar a nuestros respectivos cargos, pero no por esto están a salvo nuestras vidas. En fin, Dios dirá; por ahora te recomiendo que si algo malo nos acontece, procures ver a mi esposa y consolarla. La pobrecita ha sufrido mucho; tú sabes cuánto nos hemos querido.

Me resisto a creer que nos inflijan daño alguno después de las humillaciones de que hemos sido víctimas. ¡Qué ganarían ellos con seguirnos afrentando...!

Dícese que mañana se nos conducirá a la Penitenciaría. El presidente no es tan optimista como lo soy yo (acerca de las perspectivas del traslado), pues anoche, al retirarnos, me dijo que nunca saldremos con vida de Palacio. Me guardo mis temores para no desalentarlo... Pero, ¿tendrán la insensatez de matarnos? Tú sabes, Serapio, que nada ganarán, pues más grandes seríamos en la muerte que hoy lo somos en vida.

*José Ma. Pino Suárez*²⁰

La noticia de la muerte de Gustavo, que Madero escuchó de labios de su madre hacia el mediodía del 22 de febrero, lo dejó desconsolado, lleno de

⁴⁹Guillermo Mellado, *Crímenes del huertismo*, México, sin editor, 1916.

²⁰De Dekker, *Huerta*.

pesar y de tristeza. Cuando los prisioneros se acostaron esa noche, a las 10, Ángeles dice que Madero ocultó la cabeza bajo las colchas, y cree que estaba llorando por Gustavo.

Después de 20 minutos de haberse acostado los prisioneros, el coronel Joaquín Chicharro le dijo a Ángeles que Madero y Pino Suárez serían conducidos a la Penitenciaría. Como se vestían precipitadamente, Madero dijo que deseaba saber por qué no se les había notificado antes; pero la pregunta no tuvo respuesta. Madero abrazó a Ángeles antes de salir del cuarto, y Pino Suárez, que había llegado al patio antes sin acordarse de que no se había despedido, movió la mano y gritó: "¡Adiós, mi general!".²¹

Madero fue llevado a un automóvil cerrado, mientras que a Pino Suárez le dijeron que subiera en un coche "Peerles" que estaba estacionado cerca. Cada coche tenía su chofer, y había un ayudante en el asiento delantero del "Peerles". Cárdenas y otro oficial custodiaban a Madero, mientras que Pimienta, con otro asistente, a Pino Suárez.

Los dos vehículos avanzaron lentamente por la calle. En la puerta de la Penitenciaría del Distrito Federal, Madero se preparó para salir del auto; pero Cárdenas le ordenó esperar. Cárdenas bajó del coche y habló con una persona que salió de la Penitenciaría.²²

Después de unos pocos momentos, Cárdenas regresó al coche y ordenó al chófer que tomara la carretera del lado norte de la prisión. De acuerdo con algunas narraciones, Madero no dijo nada después que subió al coche; pero algunos dicen que exigió saber por qué los llevaban más allá de las puertas de la Penitenciaría. Cárdenas le dijo que entrarían por la "puerta trasera" para evitar a los curiosos. Los carros tornaron hacia la derecha y se pararon cerca de la mitad del muro este. Todas las luces de afuera de la prisión estaban apagadas, hecho que prueba la complicidad del nuevo director de la prisión.

²¹Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días...*, *op. cit.*

²²Un investigador cree que esta persona podía ser el coronel Ballestero. Sin embargo, en la declaración que se atribuye a Cárdenas, se dijo que la persona era Cecilio Ocón. (Maldonado, *Los asesinatos (sic)*; Pedro González Blanco, *De Porfirio Díaz a Carranza*, Madrid, Imprenta Helénica, 1916.)

Se ordenó a los prisioneros salir de los automóviles, y fueron muertos por la escolta. Cárdenas fue acusado de ser el principal responsable de la muerte de Madero, y Pimienta, de Pino Suárez. La escolta acribilló los carros a balazos como prueba de un "ataque", y después, los cuerpos fueron llevados a la Penitenciaría. La autopsia reveló que Madero había muerto a causa de dos tiros que le perforaron la cabeza, y Pino Suárez, de tres heridas en la cabeza y cinco balazos en el cuerpo.²³ Madero, que se negó a matar, que respetó la ley y la dignidad del hombre, fue asesinado. Aunque es difícil culpar a alguien de los asesinatos,²⁴ éstos desacreditaron al gobierno de Victoriano Huerta y al movimiento de la Ciudadela.

No fue sino el 24 de febrero, por la mañana, cuando los cadáveres fueron entregados a los familiares para ser enterrados. Sin ninguna pompa, los despojos del ex presidente fueron transportados en un carro fúnebre al panteón Francés. La policía ordenó que no se abriera el ataúd; pero se permitió levantar un poco la tapa a ruegos de la viuda, para depositar dentro un crucifijo. Esa noche, la señora de Madero, acompañada de los padres y de las hermanas de su difunto esposo, y de Ernesto Madero y su familia, se embarcaron en Veracruz rumbo a La Habana. Emilio Alfonso y Raúl Madero huyeron a Estados Unidos.

²³Maldonado, *Los asesinatos, La Prensa*, 12 de febrero de 1933.

²⁴Aunque los asesinatos fueron cometidos por la escolta, la huella de la responsabilidad guiaba hacia la oficina del comandante general de la plaza y al departamento de Guerra. Nunca se aclaró completamente la complicidad de Huerta. El intento fracasado de los miembros del gabinete de renunciar cuando supieron los asesinatos o perseguir a los culpables, los pone en una posición desfavorable. *El Universal*, 7 de octubre de 1915; 9, 12, 14 y 28 de noviembre de 1917, y el 4 de marzo de 1926; *Excelsior*, 23 y 25 de febrero y 3 de marzo de 1926.

Declaraciones del ministro de España, mediante las que se pone de manifiesto la intervención de Mr. Lane Wilson

Bernardo J. Cologan

Tan enormes como absurdas han sido las acusaciones lanzadas contra mí, y al parecer profundamente arraigadas, sobre todo, entre les revolucionarios del norte, gracias a la incomunicación, pero no sin haberme causado gran extrañeza no hallarán correctivo. Se me revelaron por medio de anónimos locales, que cesaron hace más de seis meses (por algo habrá sido), y fue el primero uno recibido, con gran sorpresa mía, el 18 de agosto de 1913, manifestándome se decía con insistencia en algunos círculos políticos que don Bernardo de Cologan, ministro de España, había recibido una considerable suma del asesino Huerta, en unión del cobarde Wilson, ¿dinero yo...? ¡qué irrisión...!

Después siguieron en serie, de todos calibres, algunos de españoles, poseídos también de la fiebre revolucionaria, más exaltada todavía por lo comprimida y peligrosa. Por cierto que en los primeros días de enero de este año, recibí uno de furibundo huertista insultante a más no poder y debido a mi actitud en cierto conocido incidente, respecto al cual respirando por otra herida, parece se llegó, en cambio, a escribir que yo había faltado a la dignidad, como alguien dijera también últimamente que fui un desorejado huertista. ¡Qué cosas y que orejas tiene el mundo!

A fines de abril llegó, por fortuna, a mi conocimiento un salvoconducto firmado por el jefe de Armas de una Brigada del Ejército Constitucionalista, documento en que ya se concretaban fríamente los cargos generales contra la Colonia Española, y contra mí. Respecto a la primera, creo han

quedado suficientemente disipados con los documentos que a ese fin coleccioné en un cuaderno, cuyas copias procedían limitar a la propaganda confidencial; pero hoy no he encontrado ya inconveniente en que los reproduzca el *Correo Español*, puesto que extender su conocimiento será beneficioso a mis compatriotas, por cuya suerte tanto me he interesado, y sólo he pedido esperen a mi salida para que no se sospeche siquiera que laboro para mí.

En cuanto a las acusaciones personales, guardaré absoluto silencio; con mi Gobierno, por delicadeza, temiendo aparecer ante mí mismo pidiendo indirectamente me sacara del atolladero; y aquí, por honor y dignidad de la representación, satisfecho de mi tranquila conciencia, sin temor y persuadido de que mis esfuerzos humanitarios resaltarán algún día para todos los mexicanos sin excepción, si quieren volver a acordarse de mí. Pero han cambiado las circunstancias, el rey y el Gobierno me han trasladado espontáneamente a otro puesto, en condiciones honrosas que nunca agradeceré bastante, pronto me voy, y hasta por respeto, he debido enviar un Informe Oficial detallado sobre mis actos y durante la “Decena Trágica”, debiendo asimismo dejar aquí copia constante; siquiera muy restringida y confidencial; satisfecho también indicaciones amistosas, porque la verdad tiene sus fueros y porque puede ser útil en lo futuro a mis compatriotas se sepa no tuvieron fundamento esos disparates que se han de disolver por sí mismos y ambicionaba quedarán deshechos en mi presencia.

En la legación Española se firmó una acta redactada y escrita por mi puño y letra, el día 19 de diciembre de 1913, y en la cual fue necesario introducir a los párrafos siguientes:

3º El ministro de Relaciones Exteriores se presentó en la legación de España a las ocho y media de la mañana el viernes 14 de febrero, habiendo sido aceptado el ofrecimiento que le hiciera la víspera el ministro de España, por si algún servicio podía prestar en la tremenda situación que atravesaba la Capital, para mitigar tanto infortunio; se dirigieron ambos

al Palacio Nacional y en él permaneció el ministro de España en compañía del Presidente de la República y de los ministros de Estado, hasta la una y media de la tarde, hora en que llegó la respuesta del general Díaz al anuncio que, de orden del presidente, se le hizo de la visita del ministro de España, que entonces se dirigió a la Ciudadela en un automóvil de guerra, acompañado de un ayudante. Propuso al general Díaz la celebración de un armisticio y, ante todo, la cesación diaria del fuego a hora fija, para que las atribuladas familias pudieran abandonar con seguridad la zona de peligro, y la ciudad entera aprovisionarse, transportar heridos, procurar auxilios médicos, llevar cadáveres a los cementerios; y regresó al Palacio Nacional para informar al presidente.

4º El ministro de España fue otras dos veces al Palacio Nacional durante la Decena Trágica, siempre exclusivamente guiado por fines cordialmente humanitarios o amistosos y aun caritativos.

En la mañana del martes vi al embajador Mr. Wilson, y le dije no debíamos permanecer impasibles, sin intentar algo. Asintió, pero no quiso entenderse con el Cuerpo Diplomático entero, sino con algunos de nosotros, y con este motivo dije en carta publicada por el *Correo Español*: "Había yo estado el martes 11 en el Palacio Nacional y en la Ciudadela, en unión de los señores embajadores de los Estados Unidos y ministros de Alemania e Inglaterra, con fines ante todo humanitarios entre los que señalé el conflicto generalmente tenido, por la situación aflictiva en que llegarían a encontrarse las clases menesterosas, sin trabajo, ni salario, y que a la verdad observaron una conducta ejemplar, creyendo también por mi parte, que procurar introducir en el diálogo entre cañones un elemento amistoso, pacífico y neutral era bueno, cualquiera que fuese el resulta de concreto inmediato.

Sólo añadiré que se trató principalmente de señalar una zona de fuego, que Mr. Wilson profirió, por su propia cuenta, en ambas partes y en nombre de los Estados Unidos algunas amenazas. El presidente nos dijo que según sus informes la Ciudadela sería tomada al día siguiente. Respecto

al párrafo tercero, y mi ida a la Ciudadela (a pie desde la esquina de Berlín y Dinamarca —350 metros—, por no consentir el fuego continuar al automóvil) acompañado ya por el cónsul, además del ayudante, solo falta algún relleno.

En el acta consta, citando testimonios vivientes, cómo fui a la Ciudadela y qué iba a tratar: armisticio y obra humanitaria. Fuera de eso, y fue muy breve mi visita, sólo cambié con Félix Díaz, hombre de poquísimas palabras, las siguientes frases. El fuego de fusilería y metralla era cada vez más vivo, los cristales de una gran claraboya caían a pedazos en la vasta sala en que estábamos, y adujo, como prueba de la mala fe del gobierno, el hecho de no haber ordenado eficazmente el cese de fuego, obligándolo a él a contestar y resultando mi vida en inminente peligro. “Sabía al venir que me exponía, pero no se preocupe usted por eso”, le contesté. Después de negarse rotundamente a toda concesión, me puse en pie y despidiéndome le dije me dirigía al corazón del patriota mexicano, haciéndole presente la gravísima situación del país, interior y exterior. “Cuento ya con los gobiernos de los estados de Puebla, Tlaxcala y una columna de 3 mil hombres al mando de un jefe de confianza (un cabecilla bastante sonado) está a las puertas de la Capital (poco le habrían valido esas esperanzas) y sólo me queda triunfar o pasar a la historia”. “General, le dije, creo que en estos momentos poco le importará a la nación mexicana como haya usted de pasar a la historia”, y me retiré, regresando al Palacio Nacional.

Aquí cabe un detalle. Después de mi conferencia con el presidente, en presencia de cuatro ministros, señores Lascuráin, general García Peña, Ernesto Madero y Rafael Hernández, y decidida mi ida a la Ciudadela, me retiré del despacho del presidente, me ocupé en mandar pedir una bandera a los señores Álvarez hermanos, españoles vecinos y pasé luego casi todo el largo espacio de tiempo que estuve en Palacio en compañía de los dos últimos ministros, tío y primo respectivamente del señor Madero. Se hacía ya muy tarde y fui invitado a almorzar. Al sentarme a la mesa, llegó el presidente con el señor De la Barra, a quien saludé. Estábamos termi-

nando ya, cuando entregaron al presidente la contestación escrita y firmada por Félix Díaz, diciendo recibiría con mucho gusto al ministro de España. Me levanté en el acto, y al decirme el señor De la Barra, delante de todos, que podríamos ir juntos, pues él también habría de ir, le contesté que siendo nuestras misiones sin duda alguna de carácter completamente distinto, y no queriendo yo tener ningún roce con la política, iría yo delante y podría él seguirme a los 20 minutos. Así se hizo, el señor De la Barra llegó a la Ciudadela estando yo con el general Díaz, y no le vi siquiera al salir por hallarse esperando en otra pieza interior. Sobrarían los testigos para corroborar todo ello, y jamás he sabido ni preguntado qué habló dicho señor con el presidente y después con Félix Díaz.

Demostrado ya cómo fui y qué hice en la Ciudadela el 14 de febrero, que tuve la candidez de apellidar entre los nuestros “día español”, como expresión de lo que en nombre exclusivo de nuestra patria intenté para mitigar tanto dolor y angustia, saliéndome el tiro por la culata. ¡Qué tonto es el corazón! Queda por explicar el otro fin humanitario, amistoso y aun caritativo, que me llevó por tercera vez al Palacio Nacional.

Bajo el título “El conflicto palpitante del día”, y a propósito de la mediación, en *A. B. C.* publicó don José Santos Chocano, y copia *El Dictamen* de Veracruz, una relación y comentarios sobre el triunfo de la usurpación, como denomina constantemente al régimen y gobierno acabados de desaparecer.

“Se apeló —dice Santos Chocano—, a las actividades de Wilson y a las personales ambiciones de Huerta”. La usurpación fue una criatura de Mr. Henry Lane Wilson, nacida, a mayor abundamiento, en el propio local de la Embajada Americana; “Victoriano Huerta está en el Poder Ejecutivo de la Capital de México, por obra de los Estados Unidos de América”; en el local de la Embajada firmaron Victoriano Huerta y Félix Díaz, el llamado Pacto de la Ciudadela, y en efecto, allí se reunieron y permanecieron de 9 de la noche a una de la madrugada el martes 18 de febrero, después de la prisión del señor Madero.

Por otra parte, en el *Diario Oficial* del 17 de abril de este año, continuando la reproducción comenzada en el número anterior, de una conferencia de Mr. Henry Lane Wilson, tomada de *The Springfields Republican*; consta el siguiente párrafo, tampoco necesito aquí comentar: “Era evidente que Madero no podía gobernar. Su régimen estaba ya hecho pedazos y se cometían toda clase de atentados. Americanos y otras personas fueron reducidos a prisión y más de 400 fueron matados, sin que hubiera sido instruido algún proceso a los asesinos. Dice Mr. Wilson que por requerimiento suyo los ministros residentes en la ciudad decidieron pedir a Madero su renuncia inmediata. Madero rehusó, insultándolos. Entonces vino el bombardeo y los 40 días de terror en la Capital de México. Pronto las calles quedaron intransitables por el temor a la muerte; a cada hora se perpetraban crímenes horribles, y los extranjeros quedaron amenazados no solamente por las balas, sino por la epidemia. Dice Mr. Wilson que la Embajada Americana se convirtió en el centro de todas las actividades en favor de la humanidad”.

Me satisface que todo lo anterior se haya externado y divulgado sin intervención ninguna mía, contribuyendo a demostrar la diafanidad de mi conducta, que ya sólo falta intercalar entre líneas lo que me concierne. De ese mismo relato se desprende que nada tuve yo que ver con la acción de los senadores, con quienes se comunicaron el viernes 14 directamente y por teléfono desde el Palacio Nacional de orden del presidente y después de deliberar con los ministros, naturalmente sin la menor injerencia mía; ni tiene razón o el menor fundamento ese disparate de suponerme aliado a los “científicos”, grupo inteligente y dominante bajo el pontificado de Limantour, los que ninguna simpatía me inspiraban y con quienes jamás quise tener trato, no obstante estar en auge, por su inconcebible desprecio al elemento español, quizá porque más que el fomento de la riqueza verdadera les interesaban las operaciones bancarias y financieras en el interior, los contratos o los beneficios a la especulación. Por eso barrieron a los nuestros del Banco Nacional, fundado sobre base española, hasta tal

punto que de los primeros 15 consejeros 10 fueron españoles. Hago esta observación sin pretender entrometerme en asuntos mexicanos, pero he de defender a los míos hasta el último momento.

Cansado y rendido de mi jornada del viernes, fui despertado a la una de la madrugada ya del sábado 15, llamado por el embajador, siendo misteriosamente conducido en automóvil con luces apagadas, diciendo en el trayecto el jefe de una patrulla a un militar que nos acompañaba y que yo no distinguía, acaban de fusilar a cuatro individuos. Siga usted, le contesté. Encontré en la Embajada a los ministros de Alemania e Inglaterra. Mr. Wilson, nervioso, pálido y con gesto excitado, nos repitió por la centésima vez (pues nunca lo ocultó) que Madero era un loco, un *fool*, un *lunatic* que podía y debía ser legalmente declarado incapacitado para ejercer el cargo; esta situación de la capital es intolerable; "I wil put order", nos decía dando un golpe en la mesa; 4 mil hombres vienen en camino, y subirán aquí si fuere necesario; Madero está irremisiblemente perdido, y su caída es cuestión de horas, dependiendo ya únicamente de un acuerdo que se está negociando entre Huerta, que estaba en el Palacio Nacional, al lado suyo como general en jefe y Félix Díaz; con Huerta me entiendo por el *gobetween*, correveidile, Cepeda, a quien ni de vista ni de oídas conocía yo (gobernador más tarde del Distrito Federal, cometió, ebrio, tras una orgía, un verdadero asesinato en la cárcel, y "desapareció" el año pasado en San Juan de Ulúa, quizá como testigo inoportuno o personaje nocivo por cualquier causa), y para tratar con Félix Díaz va continuamente a la Ciudadela un doctor americano, cuyo nombre no oí bien ni me ha importado averiguar; el general Blanquet llegó a Toluca con 2 mil hombres y en él confía Madero; pero no se moverá y sólo está esperando el momento del golpe (fue, en efecto, su Batallón predilecto, el 29, quien lo dio, perdiendo la vida el coronel y el teniente coronel en el tiroteo que hubo en la sala de Palacio en que acorralaron y detuvieron al presidente); Madero, continuó diciendo Mr. Wilson, cuenta ya solamente con la insignificante batería del general Ángeles y está (*doomed*) sentenciado; es llegado el momento

de hacerle saber que sólo la renuncia puede salvarlo, y propongo que sea el ministro de España quien por su cargo y “por cuestión de raza” se lo comunique. Poco o nada iba por tanto en el asunto a mis dos colegas, y al mirarme Mr. Wilson estuvo unos momentos callado, pensándolo, y dije en voz baja “está bien”, es decir: está interesado mi honor puesto que tú, embajador Norteamericano, invocas mi cargo y mis vínculos como pariente cercano escogido para decir al moribundo prepare su testamento, y además hay dolor en la misión y, sobre todo, peligro cierto (tan cierto que estás tan penetrado de la conspiración como jefe y zurcidor que vienes a ser de ella), son tan irrefutables los hechos y tus sorprendentes demostraciones respecto al siniestro plan de Huerta, a la plena seguridad de Félix Díaz en la Ciudadela (explicándome entonces perfectamente su intransigencia conmigo) a la pérdida inevitable del presidente Madero, que es cuestión también de corazón y un deber, no ya de amistad, sino de humanidad y caridad prevenirlo, salvarlo.

Sereno, pero consciente de lo solemne del momento, me presenté en el Palacio el sábado a las 9 de la mañana, y a solas con el señor Madero, permaneciendo de pie le dije: “Señor presidente, el embajador nos ha convocado esta madrugada a los ministros de Alemania e Inglaterra y a mí, nos ha expuesto la inmensa gravedad interior e internacional, y nos ha afirmado no tiene usted otra solución que la renuncia, proponiéndome, como ministro de España y por cuestión de raza —así dijo—, fuese yo quien lo manifestase a usted”.

Me esperaba, en verdad, a que el señor Madero me preguntase inmediatamente en qué se fundaba el embajador para creer que él no tenía más solución que la renuncia, y mi contestación también inmediata habría sido dejar la respuesta al embajador en persona, que enterado y documentado como yo no podía estarlo, era quién también podía explicarle con conocimiento de causa la realidad de la situación; y me habría ofrecido para invitarlo en su nombre a venir al Palacio Nacional o para pedirle las explicaciones que el presidente quisiera, forzando yo así el

desenlace frente a frente y cara a cara, con evidente ventaja, que yo, injerido ya en el asunto, había de perseguir a todo trance.

Mucho lo he pensado y lo pienso hoy que trazo estas líneas recordando aquellos luctuosos incidentes, tan vivos en mi memoria como si fueren de ayer. No desconocía que el señor Madero jugaba una tremenda partida y corría un inminente riesgo cualquiera, pues no podía ser adivino —y al reflexionar tristemente en lo después ocurrido, he sentido siempre en mi fuero interno, que mi misión fue buena, que yo habría podido salvar esa vida y quizá algo más, que hice bien en aceptar el encargo (aunque la prensa de Estados Unidos interpretó a su modo que yo había sido instrumento de Mr. Wilson, esas son jactancias imperialistas), y que por el contrario, me cabría el remordimiento de haber tenido ocasión de evitar el trágico desenlace y de no haberlo intentado por encogimiento, por egoísmo, o por falta de corazón.

Pero estaba escrito, había de suceder dado el conjunto de factores, me decía persona discreta muy afecta al señor Madero y a la Revolución, a quien no ha mucho narraba estos hechos, cautivando su atención. El señor Madero acorralado en el Palacio Nacional, como fijé antes, cazado como una fiera, reducido al pequeño círculo de sus ministros y algunos pocos íntimos, palpando quizá un inmenso vacío, no podía menos, aunque muy animoso, de experimentar los efectos de una alta tensión nerviosa, al cabo de siete días de tremenda agitación, y me hizo una inesperada pregunta: “¿Qué opinaron ustedes los ministros?” —Mis colegas no se habían de oponer a lo que sólo a mí concernía, según la forma que desde luego dio el embajador a su pregunta. “¿Y usted?” —Toda objeción mía habría sido completamente inútil; Mr. Wilson nos hizo afirmaciones terminantes y he venido a cumplir un penoso encargo. El señor Madero, que mucho antes había declarado a los periodistas sólo saldría de Chapultepec en carro fúnebre, cuyo amor propio y dignidad venían de tiempo atrás excitados por esta causa (bien sabía yo por él mismo cuán firme era su propósito) y obedeciendo a un impulso de altivez, que no había de ser yo

quien lo extraña, me dijo con viveza: “Los extranjeros no tienen derecho a injerirse en la política mexicana”; y salió precipitadamente de la pieza, dejándome solo.

Salí tras el presidente y encontré en el vasto salón de espera a don Ernesto Madero. Con él hablaba cuando entró el presidente dirigiéndose al teléfono y terminada su conversación, se acercó a nosotros, me dio la mano y empezamos a cambiar algunas frases; bien sabido es que el señor Madero era tan ingenioso como bueno, y empezaba yo también a querer reanudar la conversación sobre el encargo del embajador, cuando, ¡estaba escrito!, nos interrumpieron para anunciar al presidente que habían llegado los senadores. El anuncio pareció contrariarlo, se dispuso a alejarse y me apresuré a despedirme. Un ayudante me procuró en el espacioso patio central, teatro de bullicio militar, un automóvil de guerra, guiado por el primero a quien le vino en antojo, y emprendió tan vertiginosa carrera que al doblar una esquina nos habríamos estrellado, si no fuera por un caballo muerto, hinchado, sobre el que trepó el automóvil y se detuvo, dando el neumático tal estallido que se asomaron los vecinos alarmados y de una tienda medio abierta salieron unos españoles asustados, creyendo que habían hecho fuego.

No había yo de volver al Palacio Nacional durante la Decena Trágica. Mr. Wilson me dijo en la mañana siguiente que el presidente le había escrito y también teleografiado al presidente Taft, sobrando ya, por tanto, toda buena voluntad y todo acto mío, estando el señor Madero en brazos de Estados Unidos, pero me permitiré una reflexión. El carácter en extremo leal y la ingénita buena fe del señor Madero, le hicieron atribuir extraordinaria importancia a su telegrama a Mr. Taft y a la contestación, cuya sinceridad no he de poner en duda, sin desconocer por eso que en el político y hombre de Estado, la intención del momento podía no ser una decisión irrevocable; pero había algo mucho más interesante en el problema violento y de urgente resolución aquí planteado, con una gravedad para él creciente por minuto, aunque mantenido siempre en la ilusión de la próxima toma de la

Ciudadela; el peligro inmediato, decisivo, inevitable, no estaba en Washington, por mucho que se haya invocado; radicaba aquí, en la capital, y dependía exclusivamente de los varios elementos combinados y decididos a acabar con su Gobierno y con su Presidencia. A este propósito añadiré que, durante la Decena Trágica, se me había ya telefoneado por personas distintas, y una me visitó, diciéndome más o menos: esta situación es insostenible, el Ejército está contra Madero; es preciso que el Cuerpo Diplomático intervenga, y usted, como ministro de España, debe procurarlo. Contestación mía invariable: eso sería injerirme en la política mexicana y por nada lo haré; pero ya que me habla diré como opinión mía, que debe a todo trance evitarse el empleo de la fuerza, en sí odioso y funesto como precedente. De antemano sabía que mi opinión de nada había de valer, pero conste que me negué a servir a esos señores y que hablé. Llegó la tarde del 18 y apenas supe la detención del presidente y sus ministros, los fui a ver, y visité luego personalmente a sus familias para tranquilizarlas, siquiera relativamente. Sólo dejé de ver a la señora de Madero, pues al llegar a Chapultepec, me dijeron unos guardias que allí no había nadie y que todo estaba cerrado. Más tarde supe que la señora, los padres y las hermanas solteras del señor Madero estaban refugiadas en la legación del Japón, próxima a la nuestra.

Desde entonces hasta su partida de México, no hubo día en que no viera a la señora de Madero, viniendo ella tres veces a la legación. Encontrándola naturalmente inquietísima, en la mañana del 19, volví al mediodía para decirle, en presencia de sus cuñadas y madame Horigoutchi, que se nos acababa de dar palabra de honor al ministro de Cuba y a mí, pues fuimos juntos, de que la vida del señor Madero no corría ningún peligro; pero era difícil tranquilizarla. Se convino, en fin, en el viaje del señor Madero: debía salir a las 10 de la noche del jueves 20 en un tren que lo llevaría a Veracruz, y de allí a La Habana iría en el buque de guerra *Cuba*. El señor Madero sería conducido a la estación y allí se uniría con su familia.

A las 4 de la tarde fui a despedirme del señor Madero, e introducido a la intendencia, departamento del Palacio Nacional en que se hallaba preso en unión del señor Pino Suárez. Entró al mismo tiempo que yo el señor ministro de Cuba, Márquez Sterling, que debía acompañarlo, y fiable de los preparativos y circunstancias del viaje. Estuvimos más de una hora y nuestra entrevista fue muy afectuosa, felicitándole de su salida del país, de que él también se mostraba satisfecho. Ahora comprenderá usted, le dije en un momento oportuno, toda la sana intención y justificado propósito que me llevaron a Palacio para hacerle saber lo que el embajador tramaba y opinaba de su renuncia, observación que también había hecho su señora. A las 9 de la noche estaba con mi familia en la legación del Japón, únicos que allí fuimos para despedirnos y los vimos partir en dos automóviles para la estación. ¡Cuál sería nuestra sorpresa cuando supimos a la mañana siguiente que el tren no salió, después de haber estado esperando la hora de marcha hasta la una de la madrugada! La inquietud de la señora Madero crecía por momentos, y me ocupé ese día de que se le devolviera un baúl que, al fin, no le fue entregado.

Cronológicamente es éste el lugar de decir que en la mañana del 22 de febrero, aniversario del natalicio de Washington, fuimos mi familia y yo invitados a tomar el té en la Embajada, a la que debía concurrir el Cuerpo Diplomático y todos los prohombres del golpe de Estado (Huerta, Félix Díaz, Mondragón, Blanquet, etcétera, etcétera). Fuimos los únicos del Cuerpo Diplomático que faltamos a la fiesta, sin más razón que el no querer deliberadamente ir. Así lo declaramos claramente al día siguiente a madame Horigoutchi, al preguntarnos, diciéndonos ella se creyeron obligados a asistir por tener alojada a la familia Madero y ser prudentes. Esa misma mañana del sábado fatal, 22 de febrero, habían venido a vernos la señora de Madero su señora madre política, la señora de Pino Suárez, el señor Fernández de la Reguera, secretario particular del vicepresidente, y compatriotas que entonces conocí, y otro caballero, todos alarmados porque les habían dicho que la noche anterior habían sido trasladados a la

Penitenciaría, deseando que yo indagase lo que hubiera de cierto y al mismo tiempo pidiera se les permitiera enviarles colchones, etcétera, etcétera. Les informé poco después de que, según la averiguación practicada por mí, continuaban detenidos en el Palacio Nacional y podían enviarles los objetos que deseaban.

El domingo 23 de febrero despertó la ciudad conmovida con la enorme noticia de que los señores Madero y Pino Suárez fueron muertos al ser trasladados, durante la noche, a la Penitenciaría, atacando los automóviles un grupo armado y pretendiendo huir los prisioneros, según la sensacional declaración oficial; pero no oí a una sola persona, aun entre extranjeros, que no se sospechara fueron asesinados mediante alguna escaramuza o tiroteo forzado. A las 9 estaba a la puerta de la Penitenciaría en compañía del encargado de Negocios del Japón, para indagar lo que hubiera respecto a la recogida de los cadáveres, y por interés también, como dije al señor Horigoutchi, de hacer acto público de presencia. Sin apearnos, nos dijo el oficial jefe de la guardia que en aquel momento se estaba haciendo la autopsia, no pudiendo nadie entrar. Un grupo numeroso del pueblo, en estado bastante excitado, rodeó el automóvil, explicaba cómo oyeron los tiros detrás de la Penitenciaría, y nos invitaba a ir a ver los impactos en la pared y las manchas de sangre. Regresé a la distante Penitenciaría a mediodía y me encontré con las mismas órdenes prohibitivas, diciéndome el oficial de guardia habían estado señoras de la familia Madero, sin conseguir nada.

A las 3 de la tarde me telefoneó madame Horigoutchi de la casa a que se había trasladado la señora viuda de Madero, calle del Sena, número 42. Inmediatamente me puse en camino acompañado del cónsul de España, y al llegar cerca de la legación Inglesa, me llamaron del espacioso automóvil de don Ernesto Madero, en que estaba madame Horigoutchi y don Manuel Pérez, quienes me pidieron procurara hicieran entrega del cadáver del señor Madero. Subimos al automóvil, dejamos a madame Horigoutchi, recogimos en la primera Calle de Lucerna, residencia todavía de la señora viuda de Pino Suárez, a los señores Castillo Brito y Acereto,

diputado, y todos cinco fuimos a la Penitenciaría, donde me dijeron que estaban todavía embalsamando los cadáveres y que sin orden del ministro de la Guerra no podían entregarlos; de ahí fui al Ministerio, no estaba el general Mondragón; al Gobierno del Distrito, diciéndome el general Yarza no era de su “resorte”, hasta que en la comandancia militar, el general Blanquet prometió que al día siguiente temprano, serían entregados, y así fue. Dejé a cada cual en su casa y a las 9 de la noche llegamos el cónsul y yo a la legación.

Resuelto sigilosamente el viaje de la inconsolable señora viuda de Madero y de las familias para el 24 en la noche, lo que supimos aquella misma tarde por mi colega el ministro de Chile, fuimos excepcionalmente recibidos al anochecer, mi mujer, mi hija, y yo, presenciando nuevamente aquel conmovedor cuadro de profundo dolor en que tan sincera parte tomábamos; pues a los señores Madero les debíamos hasta gratitud por delicadas atenciones, y al despedirnos, tanto la señora viuda como sus cuñadas, las señoritas Mercedes y Angelita, nos hicieron muy expresivas manifestaciones que no me toca repetir.

El 27 de febrero recibí la siguiente carta: “Casa de usted, 3a. de Hidalgo N° 65.—México, 26 de febrero de 1913.—Excelentísimo señor ministro de España en México, don Bernardo de Cólogan y Cólogan.—Ciudad. Honorable señor ministro: Representando a los estados de Yucatán, Campeche, Tabasco y Chiapas, el que suscribe, y en nombre de esos estados de la República, da a usted las más expresivas gracias por la participación tan activa que en defensa del ex vicepresidente de la República, tuvo usted a bien llevar. Señor ministro: por las presentes líneas reitero a usted mis respetos y distinguida consideración (firmado) *Álvaro Manzanilla*”.

Como nunca he experimentado la necesidad o el deseo de documentarme, jamás se me ha ocurrido averiguar si la firma de este autógrafo es real o supuesta, por cualquier motivo, pero tampoco puse ni pongo en duda que lo en él expresado era sincero, y no tardé en contestar:

"México, 2 de agosto de 1913. —Señor don Álvaro Manzanilla— Muy señor mío: Tuve el gusto de recibir la muy atenta carta que se sirvió usted dirigirme ayer, como representante de los estados de Yucatán, Campeche, Tabasco y Chiapas. No me creo merecedor de tan expresiva manifestación de agradecimiento, pero al menos mi conducta en tan luctuosos días quiso inspirarse en sentimientos humanitarios, a todos extensivos, deplorando con los mexicanos, tanta desgracia. Aprovecho esta oportunidad para saludar a usted afectuosamente y ofrecerme Atto. SS. (firmado) *B. L. Cólogan*".

México, 2 de agosto de 1914.
—*B. J. Cólogan*.—Rúbrica".

La participación de Henry Lane Wilson

William Bayard Hale

*Fragmento del Informe Confidencial enviado
al presidente Woodrow Wilson por su emisario William Bayard Hale.
— El original se conserva en
los Archivos Nacionales de los Estados Unidos.—
Ha sido publicado por el historiador
Dr. John P. Harrison.*

El movimiento que estalló en la capital la noche del 8 al 9 de febrero no era, en ningún sentido, una revolución popular. Era una conspiración de oficiales del Ejército, apoyada económicamente por un grupito de españoles reaccionarios, en connivencia con los “científicos” desterrados en París y en Madrid.

Comenzaron a colectarse fondos para derribar a Madero, y esto se hizo en la capital en forma casi descarada. Pero el éxito de la colecta fue muy mediano; la suma más importante de que se sirvieron los conspiradores les vino de fuera, y fue un cheque de 12 mil libras esterlinas, pagadero por el Banco de Londres y México en su sucursal de Veracruz. Este dinero se había destinado primeramente para el levantamiento de Félix Díaz, en el mes de noviembre anterior. Quienes contribuyeron con más fuertes sumas en la colecta que se hizo en México fueron el general Luis García Pimentel y don Íñigo Noriega. Noriega, a quien se suele llamar “el Pierpont Morgan de México”, había sido beneficiario de gran número de concesiones y monopolios otorgados por el viejo régimen, y era apoderado de Porfirio Díaz. El agente más activo de la conspiración era el general Manuel

Mondragón, quien había amasado una buena fortuna en la época de Díaz como perito fraudulento en cuestiones de artillería. A él se le habían encomendado muchas compras de armas; uno de sus métodos predilectos era la ingeniosa idea de poner su nombre en nuevos “inventos”, con lo cual se embolsaba una buena comisión.

Mondragón compró a los oficiales (antiguos asociados suyos) y se ganó también a los cadetes de la Escuela de Aspirantes, de Tlalpan, suburbio de la Ciudad de México, y fueron ellos quienes formaron el núcleo del movimiento.

En la noche del 8 de febrero, cierto número de cadetes vinieron en tranvía a la ciudad. Se congregaron en la madrugada siguiente frente a la Penitenciaría, y allí pidieron la libertad del general Félix Díaz, que se hallaba preso mientras se le juzgaba por el delito de rebelión. Después de una breve charla, Díaz fue soltado. En seguida se dirigieron a la cárcel militar de Santiago, donde pidieron y consiguieron la libertad del general Bernardo Reyes, prisionero que se hallaba en la misma situación que Díaz. El presidente Madero, desoyendo la opinión de sus amigos, se había negado a autorizar el fusilamiento de Reyes y de Díaz, bajo el cargo de traición, en el momento de su captura (según la costumbre que entonces prevalecía en México), e insistió en que se les sometiera a juicio conforme a la ley.

Los que libertaron al general Reyes lo encontraron ya vestido con su uniforme de general del Ejército mexicano, que se puso mientras esperaba que le abrieran las puertas.

Reyes montó a caballo e inmediatamente se dirigió, a la cabeza de una columna de cadetes y de soldados amotinados, hacia el Palacio Nacional, situado en el centro de la ciudad, adonde llegó poco después de las 8 de la mañana del domingo. Reyes estaba plenamente seguro de que se le recibiría bien y de que se le entregaría el Palacio, pues sabía que los oficiales encargados habían sido sobornados. Avanzó, pues, como si se tratara de un desfile militar. Pero, no se sabe por qué, algo anduvo mal en los arre-

glos, y los oficiales que se hallaban en el Palacio el domingo por la mañana no eran de los conjurados. Reyes recibió unos balazos y cayó de su caballo, mortalmente herido. Los hombres que lo seguían fueron desbaratados, y muchos espectadores cayeron muertos en el confuso tiroteo que hubo a continuación.

El presidente Madero, que recibió aviso de estos hechos en su palacio de Chapultepec, a 5 kilómetros, se vino al centro de la ciudad, hacia las 9 de la mañana, con una pequeña escolta de jinetes. Al llegar al final de la ancha avenida Juárez, encontró atestadas de gente las calles más estrechas; se bajó entonces del caballo y entró en un estudio fotográfico que hay frente al inconcluso Teatro Nacional, y allí telefoneó pidiendo las últimas noticias. Se le unieron en esos momentos algunos ciudadanos y oficiales, entre ellos Victoriano Huerta, general del Ejército que gozaba de una licencia para curarse los ojos. Huerta estaba relegado, y a todos les constaba que se hallaba amargado porque Madero no lo había nombrado secretario de Guerra, pues el presidente sabía que era un borracho consuetudinario.⁴

Pero ahora Huerta venía a ofrecer sus servicios a Madero. Se le aceptaron inmediatamente, y Huerta fue nombrado comandante en jefe del Ejército dentro de la ciudad. Al día siguiente se le expidió el nombramiento en debida forma.

El presidente apareció en un balcón y dirigió la palabra a la muchedumbre, teniendo a Huerta a su lado. En seguida bajó y volvió a montar en su caballo, un espléndido animal que se encabritaba y piafaba en manos de los hombres que lo sujetaban, él les ordenó que lo soltaran, y, saludando a la multitud que lo aclamaba, avanzó solo, a buena distancia de su escolta, hacia el Palacio Nacional.

⁴El capitán Darr, ex oficial del ejército de los Estados Unidos, que ahora trabaja en México como agente de la Bethlehem Steel Company, me asegura que Madero le había dicho que por esa razón no había nombrado a Huerta, y que él se lo contó a Huerta, quien dijo: "Ya lo sabía yo".

El general Díaz había andado con mejor fortuna que Reyes. El papel de Díaz consistía en tomar posesión del arsenal o Ciudadela, en las orillas de la ciudad. Llevó a cabo su cometido sin oposición de nadie, y así se encontró dueño de un fuerte dotado de buenas defensas, provisto como estaba con las reservas de armas y municiones del Gobierno.

En la tarde de ese día Madero se dirigió a Cuernavaca, capital del vecino estado de Morelos, donde el Ejército luchaba contra las huestes del caudillo rebelde Zapata, y por la noche regresó con un tren cargado de armas y parque y alguna gente. En la mañana del lunes, Madero tenía una guarnición de mil hombres en el Palacio Nacional.

Durante el lunes, ninguno de los bandos hizo nada de importancia. El presidente había teleografiado al general Aureliano Blanquet diciéndole que viniera con los 1,200 hombres que tenía en Toluca, y le había llegado aviso de que el general se hallaba ya en camino.

El martes, como a las 10 de la mañana, el Gobierno inició el bombardeo de la Ciudadela. Los rebeldes contestaron el fuego vigorosamente, y la ciudad sufrió serios perjuicios. Durante el día llegaron refuerzos del Gobierno (aunque no la gente de Blanquet), y se recibieron de Veracruz nuevas provisiones de parque. Los rebeldes no hicieron ningún intento de salir de la Ciudadela, y en ninguna parte de la ciudad hubo señales de rebeldía contra Madero. Sin embargo, el embajador norteamericano decía a todos cuantos se presentaron ese día en la Embajada que el gobierno de Madero había caído ya prácticamente, telegrafió a Washington pidiendo facultades para obligar a los contrincantes a entablar negociaciones.

El siguiente día, martes 12 de febrero, continuó el bombardeo de los dos lados. El embajador se entrevistó con los embajadores de España y de Alemania (Bernardo Cologan y Almirante Von Hintze) y, como se ve en su informe de ese día al Departamento de Estado, protestó "contra la continuación de las hostilidades". "El presidente —prosigue el informe del señor Wilson— se hallaba visiblemente preocupado, y se esforzaba por determinar la responsabilidad de (Félix) Díaz".

Desde el comienzo, la actitud del embajador norteamericano para con el presidente Madero había sido de un desdén sin disimulos. Ya antes de la toma de posesión, en un banquete ofrecido por Madero en el University Club; en julio de 1911, el embajador se había dirigido públicamente al presidente electo en un tono de altanería que todavía recuerdan personas de todas clases en la ciudad. El señor Wilson se ha jactado, en una conversación conmigo, de haber informado a Washington, el día mismo de la toma de posesión de Madero, que ya era claramente visible el final. Cuando Félix Díaz se levantó en Veracruz en noviembre de 1912, el señor Wilson, que se encontraba entonces en Kansas City, dijo en una entrevista, según consta por un cable de la Prensa Asociada, que Díaz era el hombre indicado para gobernar a México. El señor Wilson declaró más tarde que no había dicho semejantes cosas en esa entrevista. A medida que transcurría la administración de Madero, el embajador iba manifestando cada vez más abiertamente su antipatía hacia el presidente, su hostilidad contra quienes tenían relaciones con él o con su familia, aunque fuera en un plano social, y sus predicciones de que muy pronto caería.

El embajador sostenía ahora la disparatada idea de que el presidente, al no rendirse instantáneamente a los amotinados, era el culpable del derramamiento de sangre.

Esta idea era compartida por el embajador de España, y a ella fueron ganados también el de Inglaterra y el de Alemania. Los embajadores de España y Alemania no se encuentran ahora en México, pero he tenido el honor de hablar con el de Inglaterra, y me veo obligado a decir que jamás he encontrado a un individuo cuyo carácter esté en tan absurda contradicción con su nombre. El señor Stronge es un necio, un imbécil que tartamudea, y el hazmerreír de toda la ciudad, cuyos vecinos no tienen otra cosa mejor para su constante diversión que los cuentos sobre el señor Stronge y el loro que todo el tiempo le sirve de compañero.

El señor Wilson, en respuesta a mis preguntas, me ha dicho que si, en ésa y en otras ocasiones subsiguientes, se entrevistó únicamente con sus

colegas de Inglaterra, España y Alemania (y quizá también en una ocasión con el encargado de negocios de Francia), fue porque éstos representaban los mayores intereses extranjeros en el país y porque “los demás no importaban en realidad”. En otra conversación, el señor Wilson me explicó que hubiera sido difícil charlar con todos, de manera que sólo se entrevistó con quienes representaban los intereses más importantes.

El hecho es que los demás no estaban de acuerdo con la política que seguía el señor Wilson. Las legaciones de Austria y del Japón, así como todos los representantes de la América Latina, en especial los del Brasil, Chile, Cuba, Guatemala y El Salvador, opinaban que el gobierno constitucional es un asunto que sólo tocaba a México. Aunque el señor Wilson se empeñaba constantemente en presentar a su grupo como “el Cuerpo Diplomático”, la verdad es que la mayoría numérica de los miembros de ese cuerpo seguían una línea de conducta totalmente opuesta, encabezados por los embajadores de Chile y de Cuba.

Después de la entrevista con Madero, durante la cual los señores Wilson y Stronge y el almirante Von Hintze le expresaron al presidente su protesta por la continuación de las hostilidades, el señor Wilson, acompañado por el señor Stronge, se dirigió a la Ciudadela, solicitó una entrevista con Díaz y, como dice el señor Wilson en su informe de ese día al señor Knox, pidió “que el fuego se limitara a una zona determinada”.

Así, pues, el embajador había llegado a tal extremo, que reprendía al gobierno legítimo como si fuera un rebelde, y trataba a los amotinados como si fueran el gobierno de hecho y de derecho.

Durante el miércoles y el jueves, días 13 y 14, prosiguió la batalla; las posiciones relativas de los combatientes siguieron sin ningún cambio, pero aumentó la angustia en las partes de la ciudad adonde llegaba el tiroteo. El embajador le dijo al señor Lascuráin, primer ministro de Madero y su secretario de Relaciones Exteriores, que Madero debía renunciar. Según se lee en el informe enviado al secretario Knox, las palabras de

Wilson fueron éstas: “La opinión pública, así mexicana como extranjera, hace responsable de estas condiciones al Gobierno Federal”.

El jueves 14 (aunque es posible que esto haya sido el miércoles 13), el cónsul general de Estados Unidos en México, señor Arnold Shanklin, que había tenido que escapar del consulado a causa del fuego de artillería y proseguía entonces heroicamente su tarea en la Embajada, se hallaba trabajando en el patio que hay a la entrada de la Embajada, cuando oyó que lo llamaba un individuo conocido suyo y relacionado con el general Huerta, el cual venía a pedirle el favor de que lo presentara con el embajador. Le dijo: “Traigo un recado de parte del general; creo que sería posible hacer que él y Díaz llegaran a un entendimiento, si el embajador cree que es ésta una buena idea. Quiero verlo y presentarle el plan que traigo”.

El mensajero prosiguió diciendo que, en realidad, no era necesario que el embajador se dejara ver, y que las partes interesadas se considerarían satisfechas con que el señor Wilson autorizara al señor Shanklin a llevar a cabo cualquier clase de negociaciones y a representarlo en todo lo demás. Lo que deseaban era un entendimiento con el embajador, sin comprometerlo en ninguna responsabilidad delicada.

El señor Shanklin contestó, que, por lo que a él se refería, no quería tener la menor participación en semejante plan; añadió, sin embargo, que, si el mensajero insistía, se haría cargo de su petición y trataría de conseguirle una entrevista con el señor Wilson; el embajador podría ocuparse personalmente del asunto. En consecuencia, el cónsul general se retiró y dio cuenta el embajador de cómo el mensajero solicitaba una entrevista con él, diciéndole expresamente la naturaleza del recado que traía, esto es, que deseaba someter a la consideración del embajador un plan de entendimiento entre el principal de los generales del presidente y el caudillo rebelde. El señor Shanklin explicó que él se había negado a tener la menor participación en el asunto, pero que le había parecido que su deber era dar cuenta de todo al embajador. “Hágalo entrar —dijo el señor Wilson—,

pues quiero hablar con él". El señor Shanklin fue a traer al mensajero, lo hizo entrar, y se retiró.

El viernes, día 15, el embajador mandó decir a los representantes de Inglaterra, Alemania y España que solicitaba su presencia la Embajada. No invitó a los demás miembros del Cuerpo Diplomático. En su informe al señor Knox dice: "La opinión de mis colegas, aquí reunidos, fue unánime". Al embajador de España se le encomendó la misión de presentarse en el Palacio Nacional para dar a conocer al presidente esa opinión unánime, a saber: que debía renunciar a su puesto. El señor Madero contestó al embajador de España diciendo que a los diplomáticos acreditados ante una nación no les reconocía el derecho de inmiscuirse en sus asuntos internos. Llamó la atención sobre un hecho que, según dijo, temía que varios de los diplomáticos hubieran perdido de vista, por alguna extraña razón, a saber: que él era el presidente constitucional de México. Declaró, además, que su renuncia hundiría al país en el caos político, y añadió que sus enemigos podrían matarlo, pero no obligarlo a renunciar.

Ese mismo día, más tarde, el señor Wilson se presentó en el Palacio, acompañado por el embajador de Alemania. Su objeto, según dice, era "conversar con el general Huerta". Pero, sigue diciendo, "a nuestra llegada (al Palacio), se nos llevó, con gran desconcierto nuestro, a ver al presidente". Con todo, también se hizo venir a Huerta, y se convino en pactar un armisticio. Al regresar a la Embajada, el embajador envió al agregado militar a la Ciudadela para obtener, como obtuvo en efecto, el consentimiento de Díaz para el armisticio, que se efectuaría el domingo.

El domingo llegó el general Blanquet, con uno o dos regimientos. Había tardado una semana en hacer un recorrido de 60 kilómetros, y desde luego se vio que no iba a tomar parte en la contienda.

Blanquet estaba traicionando al presidente.

Lo mismo estaba haciendo el hombre a quien el presidente había nombrado comandante en jefe: Huerta.

Huerta había estado en comunicación con el señor Wilson por intermedio de un mensajero confidencial, y de esa manera se había llegado a un acuerdo. Durante el armisticio (pactado, según se dijo oficialmente, para enterrar los cadáveres y para trasladar a los no combatientes a lugares alejados de la zona peligrosa), se ultimaron los detalles de la traición que se estaba tramando, y antes de terminar ese día Huerta mandó un recado al embajador Wilson diciéndole que todo marchaba en forma satisfactoria. En el informe enviado esa noche (del domingo 16 de febrero) por el señor Wilson al Departamento de Estado había estas eufemistas palabras: "Huerta había enviado un mensajero especial a decirme que esta noche esperaba tomar las medidas necesarias para poner fin a la situación".

Por alguna causa, la intriga no pudo llevarse a efecto esa noche. Pero el mensajero regresa en la mañana siguiente. Esta vez, el señor Wilson abre un poco más su conciencia en su informe al señor Knox: "Huerta ha enviado su mensajero para decirme que puedo tener confianza en que se darán algunos pasos para expulsar a Madero del poder en cualquier momento, y que los planes se han madurado perfectamente... Yo no hice ninguna pregunta ni expresé ningún comentario; sólo pedí que no se sacrificara la vida de nadie, excepto por el debido proceso legal".

Esa noche el embajador dijo, por lo menos a un periodista, que Madero sería arrestado al día siguiente, a mediodía. A la hora indicada se hallaban varios reporteros en el Palacio Nacional, y por lo menos uno de ellos llevaba ya sus mensajes escritos por anticipado, y listos para ser terminados rápidamente. Pero sufrieron una decepción, pues nada ocurrió a mediodía en el Palacio.

Sin embargo, a esa hora fue detenido el hermano del presidente, Gustavo Madero, en el restaurante Gambrinus, donde acababa de almorzar en compañía de Huerta y de algunos otros señores, los cuales, al terminar la comida, se apoderaron de él y lo hicieron prisionero.

El plan de apoderarse de la persona del presidente se demoró sólo una hora, aproximadamente. A las 2 de la tarde, el señor Wilson tenía la satisfacción de telegrafiar al Departamento de Estado: "Acaba de venir mi mensajero confidencial ante Huerta" a dar cuenta del arresto de Madero.

"Mi mensajero confidencial ante Huerta", "el mensajero confidencial entre Huerta y yo, una persona por cuya mediación me ha pedido el presidente que me ponga en contacto con él cada vez que así lo desee" (informe de Wilson a Knox, del 28 de febrero): esa figura anónima que reaparece misteriosamente en los informes de Wilson, y de manera mucho más prominente en la verdadera historia de la traición contra Madero, era Enrique Zepeda, un individuo de mala fama que pasa por ser sobrino de Victoriano Huerta y que, en realidad, es su hijo natural.

Enrique Zepeda está casado con la hijastra de un norteamericano, el señor E. J. Pettegrew, el que dice que el martes anterior a los acontecimientos a que ahora me estoy refiriendo, esto es, el primer día de la batalla (martes 11), él y Zepeda arreglaron la manera de que Huerta y Díaz se entrevistaran en una casa vacía, en algún punto de la ciudad. De ser cierto esto, resultaría que todo el bombardeo no fue sino una patraña muy bien urdida, y que durante todo ese tiempo los generales se hallaban en mutuo entendimiento. Muchos otros detalles apuntan hacia esa conclusión. Así, pues, en caso de ser verdad lo que cuenta Pettegrew, parecería ser que, cuando Zepeda solicitó los buenos oficios del señor Wilson para hacer que los dos generales celebraran su entrevista, no fue porque esta intervención fuera necesaria, sino porque los conspiradores deseaban que el embajador se quedara con la creencia de estar "resolviendo la situación" y porque querían asegurar su promesa de que Washington otorgaría el reconocimiento al gobierno que estaban planeando constituir. Sin embargo, como no puedo esclarecer plenamente este particular, prescindo por completo de él en lo que a continuación voy a referir.

Cuando Zepeda se presentó en la Embajada el día 18 a las 2 de la tarde, llevaba una mano sangrando. Entró en la planta baja, donde se encuen-

tran las oficinas de los secretarios y de los agregados, y donde había en esos momentos gran número de personas. Entre ellas estaba el doctor Ryan, cirujano de la Cruz Roja, quien inmediatamente se puso a curarle la mano a Zepeda, mientras el señor Shanklin se la sostenía, Zepeda dijo: “Me hirieron mientras ayudaba a detener a Madero, pero no me detuve para que alguien me atendiera, porque le había prometido al embajador que él sería el primero en recibir la noticia, en cuanto hiciéramos esto”. Ante tal indiscreción el grupo de mirones se dispersó rápidamente y se cerraron las puertas.

Unos pocos minutos después, mientras el embajador estaba charlando con el señor E. S. A. de Lima, gerente del Banco Mexicano de Comercio (el Banco Speyer), el cual ayudaba financieramente en la Embajada a los norteamericanos necesitados de dinero en efectivo —se encontraban los dos al final de la escalera que lleva de la planta baja al piso de arriba—, vino un empleado que le dijo: “Señor embajador, el señor Zepeda dice que tiene que salir a llevar un mensaje al general Díaz, pero su mano está sangrando muchísimo, y es lástima que no se pueda quedar aquí tranquilamente”.

El señor Wilson contestó: “¡Claro! No es necesario que vaya él. Dígale que no debe moverse. Yo haré que vayan a entregar su mensaje. Dígale al señor Zepeda que aprecio profundamente todo lo que ha hecho”.

Aquí voy a abandonar un poco el orden cronológico a que me vengo ajustando en este relato. Cierta día, un mes más tarde, el señor Zepeda estaba contando cómo ocurrió el arresto. El señor C. A. Hamilton, norteamericano, propietario de una mina en Oaxaca, lo interrumpió y le dijo: “Si ustedes tenían determinado acabar con Madero, ¿por qué diablos no lo hicieron entonces, durante la refriega? Hubiera parecido más natural”.

Y Zepeda le contestó: “Bueno, es que yo le había prometido al embajador que no lo mataríamos en el momento de detenerlo”. Esto fue en la noche del 22 de marzo, en casa de J. N. Galbraith, en presencia del señor Hamilton, del señor Galbraith, del cónsul general Shanklin —todos los

cuales, cada uno por separado, me han contado el incidente— y del señor C. R. Hudson.

Aquí, como en todas partes, la historia de Zepeda puede reconstruirse con más detalles.

En premio por los servicios que prestó como medianero, Zepeda recibió el puesto de gobernador del Distrito Federal. (Poco tiempo antes había sido expulsado del Country Club de México por su inmoralidad en la casa del club.) El domingo 9 de marzo ofreció un fastuoso banquete al señor Wilson y a algunas personas invitadas por este último, en el restaurante Chapultepec. En esta ocasión el señor Wilson pronunció un discurso tan desenfrenado en su ataque contra los hermanos Madero y tan franco en la confesión del papel que él había tenido en el golpe y su complacencia en esta confesión, que uno de los invitados me ha dicho: “Nos mirábamos unos a otros, llenos de pena, y algunos se pusieron pálidos”.

En la noche del 26 de marzo, este individuo Zepeda, que había comido con el “presidente” Huerta y que luego había seguido tomando con un grupo de amigos en el restaurante Sylvania, se dirigió a la cárcel en que se hallaba preso Gabriel Hernández, general del Ejército mexicano, ordenó que lo sacaran al patio, que le dispararan hasta matarlo y que quemaran el cadáver. Empaparon de petróleo el cuerpo y le prendieron fuego. Zepeda contempló cómo se iba consumiendo poco a poco el cadáver, y luego, con sus acompañantes, se dirigió a una casa de prostitución, donde pasó el resto de la noche entregado a excesos indeciblemente viles y crueles como los que ya lo habían hecho famoso.

“Mi mensajero confidencial ante Huerta” se encuentra ahora en la cárcel mientras lo procesan, pero se espera que lo dejen por considerársele loco.

Al recibir el informe de Zepeda, aquel martes por la tarde (día 18), el embajador Wilson envió un mensaje a Díaz, qua seguía en la Ciudadela, informándole que el presidente había sido arrestado y que Huerta deseaba tener una charla con el caudillo rebelde. Se acordó que esta conferencia se

celebrara en la Embajada. A las 9 en punto llegó Huerta a la Embajada, y el señor Wilson envió por el general Díaz al doctor Ryan y a otros, en un automóvil que llevaba enarbolada la bandera norteamericana. Efectivamente, los comisionados regresaron con Díaz. El señor Wilson dice que en el viaje de regreso no iba desplegada la bandera.

El cabecilla del motín, el traicionero comandante en jefe y el embajador norteamericano, con su traductor, Louis d'Antin, pasaron las tres horas siguientes en el salón fumador de la Embajada, celebrando su conferencia y elaborando un plan para constituir el nuevo gobierno que substituyera al del presidente traicionado y prisionero. Díaz insistía en su derecho al cargo más prominente, fundándose en que era él quien había trabado la pelea. Pero los argumentos de Huerta eran más poderosos, pues, evidentemente, de no haber sido porque se convirtió en traidor, la revuelta no habría tenido ningún éxito. Tres veces estuvieron a punto de romper la plática en muy malos términos, dice el embajador, pero gracias a sus esfuerzos se prosiguió la charla, al final de la cual se elaboró un plan que era, en realidad, una transacción: Huerta entraría como presidente provisional, pero debería convocar a elecciones y daría su apoyo a Díaz para que a éste le correspondiera la Presidencia Permanente. También se llegó a un acuerdo en cuanto a la constitución del gabinete, y en este particular el embajador desempeñó un papel prominente. Por ejemplo: fue él quien puso su veto al nombramiento de Vera Estañol como secretario de Relaciones Exteriores, aunque consintió en que se le designara secretario de Educación. Cuando se nombró a Zepeda como gobernador del Distrito Federal, el intérprete tuvo un gesto de desagrado, pero fue reprendido por el señor Wilson. El embajador dice que estipuló la libertad de los ministros de Madero. No hizo estipulaciones en cuanto al presidente y al vicepresidente.

Esa noche, una hora después de haberse dado por concluida la conferencia de la Embajada, Gustavo Madero, hermano del presidente, fue conducido a un solar baldío, en las afueras de la Ciudadela, donde lo acribillaron a balazos; allí mismo lo enterraron, en un hoyo hecho en la tierra.

Al día siguiente, Francisco Madero, confinado en la cárcel y amenazado con la muerte, firmó su renuncia. La firmó porque así se lo pidieron su esposa y su madre, y como ésta dijo, para salvar sus vidas, no la de él. El vicepresidente Pino Suárez hizo otro tanto.

Se había convencido en que las renunciaciones se pondrían en manos de los embajadores de Chile y Cuba, quienes las entregarían sólo cuando los dos funcionarios salientes se encontraran sanos y salvos, con sus familias, fuera del país. Parece, sin embargo, que era necesario que los documentos fueran certificados por el jefe del gabinete, o sea, el ministro de Relaciones Exteriores, y, en los momentos en que se hallaban en sus manos, se ejerció sobre el señor Lascuráin una presión de tal naturaleza, que acabó por entregar las renunciaciones, directa e inmediatamente, en manos de los enemigos de Madero.

Con todo, a Madero y a Pino Suárez se les había prometido la libertad, y un salvoconducto para ellos y para sus familias, con objeto de que salieran del país. El señor Wilson me dice que Huerta le había pedido su opinión en cuanto a la mejor manera de tratar a Madero, y en particular acerca de lo que estimaba más conveniente: deportar a Madero o meterlo en un manicomio. “Yo —dice el embajador— me negué a expresar ninguna preferencia. Lo único que le dije fue esto: General, haga usted lo que estime mejor para el bien de México”. Y Huerta decidió, o pretendió decidir, que lo mejor era la deportación.

En la estación del Ferrocarril Mexicano estaba ya listo un tren en que Madero y Pino Suárez, con sus familias, irían a Veracruz, donde pasarían a bordo del cañonero *Cuba*, que los llevaría a un puerto extranjero. Hacia las 9 de la noche, las familias, después de prepararse rápidamente para el viaje, se encontraban reunidas en el andén, esperando. Los embajadores de Chile y de Cuba, que habían pasado el día acompañando a Madero, habían anunciado anteriormente su intención de acompañar a los viajeros hasta el puerto, y se presentaron en la estación, diciendo que no tardarían en llegar el presidente y el vicepresidente. Pero no llegaron. A eso de medianoche, el

embajador de Chile se despidió de las atribuladas señoras, se dirigió precipitadamente al Palacio y pidió una entrevista con el general Huerta. El general le mandó decir que se sentía muy cansado después de un día, de trabajo agobiador, y que en esos momentos estaba descansando; que más tarde vería al señor embajador. El señor Riquelme esperó hasta las dos de la mañana, y se le siguió negando el permiso de ver a Huerta. No tuvo más remedio que volver a la estación y aconsejar a los familiares que regresaran a sus casas.

En el curso de la mañana se explicó que el comandante militar del puerto de Veracruz había recibido de la señora Madero unos telegramas que lo indujeron a contestar de manera insatisfactoria a las instrucciones de Huerta. Se dice que el comandante contestó: “¿Por autoridad de quién? Yo sólo reconozco la autoridad del presidente constitucional de México, Francisco I. Madero”. Sin embargo, entre los maderistas predomina la creencia de que lo que impidió la salida del tren fue la decisión que manifestaron los embajadores de Chile y Cuba de acompañar a los viajeros, y que el plan era volarlo a medio camino.

La esposa y la madre de Madero y los parientes de Pino Suárez, consolados al saber que sus deudos seguían vivos, pero temiendo lo peor, se dirigieron entonces al embajador norteamericano pidiéndole que concediera a los perseguidos un asilo en la Embajada. El embajador había abierto sus puertas a los traidores, convirtiéndola en un sitio de reunión para los que tramaban el golpe, pero esta vez no pudo encontrar la manera de dar acogida a sus víctimas. En vez de eso, el señor Wilson recomendó que se trasladara a los detenidos a un lugar más confortable: del Palacio a la Penitenciaría. Casi todos dan aquí por un hecho que las señoras pidieron al señor Wilson que transmitiera un mensaje al Presidente de los Estados Unidos, redactado en la clave empleada en el Departamento de Estado Norteamericano, pidiendo que ejerciera su influencia para salvar la vida de los presos. Sobre esto no tengo ninguna prueba, como tampoco sobre otro incidente, que, sin embargo, me parece digno de mención:

El jefe de los simpatizantes de Madero en la Ciudad de México, Serapio Rendón, me ha asegurado muy enfáticamente que el día 22 el embajador norteamericano recibió del Departamento de Estado (de Washington) unas instrucciones en virtud de las cuales debía hacer saber al general Huerta que si los dos presos, el presidente y el vicepresidente, recibían un trato indigno de ellos, este hecho produciría un efecto muy desagradable en la opinión del gobierno de los Estados Unidos, y que el embajador no quiso transmitir ese mensaje. No tengo pruebas para afirmar la verdad de semejante cargo, pero el señor Rendón ha hecho su declaración en términos tan categóricos, que creo que el asunto merece ser investigado.

El general Huerta asumió la Presidencia el día 20, no sin observar cuidadosamente ciertas formalidades, con objeto de establecer la legalidad de su gobierno. Dada la renuncia del presidente y del vicepresidente, el secretario de Relaciones Exteriores de Madero fue reconocido como presidente durante los escasos minutos necesarios para que nombrara secretario de Gobernación a Victoriano Huerta, tras lo cual renunció, dejando que Huerta, conforme a la Constitución, lo sucediera en la Presidencia.

El día 24, el embajador norteamericano telegrafió al secretario Knox diciéndole que se disponía a reconocer al gobierno que de ese modo acababa de establecerse, y que ya había girado instrucciones a todos los cónsules norteamericanos del país, "pidiendo el sometimiento y adhesión general al nuevo gobierno, que el día de hoy será reconocido por todos los gobiernos extranjeros".

A lo que parece, el embajador recibió instrucciones del señor Knox, en las cuales se le decía que no prestara ese reconocimiento tan precipitado. En efecto, ese mismo día, más tarde, telegrafía diciendo que ha celebrado una entrevista con el nuevo secretario de Relaciones Exteriores, el señor De la Barra, y que espera haber actuado de acuerdo con el sentir del Departamento de Estado, si bien no ha querido "dar una negativa en cuanto al reconocimiento pleno".

(Una lectura de los despachos enviados por el señor Wilson al Departamento de Estado durante el mes siguiente nos lo muestra dando informes acerca de los progresos del nuevo gobierno, y sobre cómo se le iban sometiendo todas las partes del país, lo cual es tan exactamente contrario a la verdad, que resulta imposible comprenderlo. El hecho es que, desde el momento en que Huerta tomó en sus manos el poder, el país comenzó a caer rápidamente bajo el imperio de la rebelión. Actualmente, Huerta es dueño de menos de la mitad del país.)

El día siguiente era la fiesta del aniversario del nacimiento de Washington. Por la mañana, el embajador y el nuevo secretario de Relaciones Exteriores intercambiaron felicitaciones en presencia de una muchedumbre congregada ante el monumento a Washington. Después de depositar en él unas coronas, se organizó un desfile hasta el monumento a Juárez, donde también se dejaron unas coronas. Por la tarde, el señor Wilson ofreció una recepción en la Embajada. A ella acudieron Huerta, Díaz, Mondragón y otros personajes del nuevo régimen. Huerta y Wilson desaparecieron de entre la gente allí reunida, y me fundo en el autorizado testimonio del embajador chileno para declarar que Huerta y Wilson se hallaban en el salón fumador, trabando una conversación que duró una hora y media; todo ese tiempo estuvo esperando el embajador chileno, quien quería tener oportunidad de hablar con el señor Wilson. El embajador omite toda mención del día 22 de febrero como una de las bien contadas fechas en que, según informa al señor Bryan (véase su largo despacho del 12 de marzo), ha tenido comunicación oral o escrita con Huerta. El embajador chileno puede haberse equivocado. Pero si está en lo cierto, tenemos conferenciando a Huerta y Wilson hasta las 7 de la tarde.

A las 9 de la noche, el alcaide de la Penitenciaría recibió la visita del coronel Luis Ballesteros, con órdenes de que el alcaide entregara en sus manos la dirección de la cárcel. El alcaide destituido se retiró a su casa en el automóvil en que había llegado su sucesor.

Muy poco después de haber sonado las 12 de esa noche, Francisco I. Madero y José Pino Suárez fueron asesinados. El embajador Wilson, en la mañana siguiente, envió a Washington un informe en el cual decía que, a lo que alcanzaba a averiguar, se les mató a consecuencia de un intento de liberación, en los momentos en que se les trasladaba del Palacio Nacional a la Penitenciaría. "Yo había recomendado su traslado a un sitio, más confortable", explicaba Wilson. El cuento del intento de liberación de los presos fue abandonado casi inmediatamente después de haberse lanzado. El expediente de la "ley fuga", con su leyenda contra el nombre de las víctimas "muertas durante un intento de escapatoria", ha sido durante siglos un método predilecto en los países hispánicos, pero nunca se ha pretendido convertirlo en algo más que una ficción destinada a salvar las apariencias.

La verdad de las cosas es que Madero y Pino Suárez, a las 11.45, fueron obligados en el Palacio a subir en dos automóviles, uno en cada uno, y que así se les llevó en dirección a la Penitenciaría, escoltados por una docena de soldados, bajo el mando del mayor Francisco Cárdenas. Cárdenas, camarada muy íntimo de Huerta, y además hechura suya, había llegado a la ciudad justamente a las 9 de esa misma noche, procedente de Manzanillo. La comitiva no se dirigió a la puerta de la Penitenciaría, sino que dejó atrás la calle que conduce a ella y fue a dar a un campo baldío que hay a espaldas del edificio. Aquí se detuvo el automóvil. Lo que ocurrió a continuación es probable que nunca se sepa con exactitud. Según los testimonios más dignos de crédito que he logrado reunir, sacaron primero a Pino Suárez del automóvil y lo abatieron a tiros. En seguida le tocó su turno a Madero. Para él fue suficiente una sola bala, en la nuca. El pelo estaba chamuscado. Cuando se dispuso el cadáver para el entierro, se observó una contusión en la frente; puede haber sido resultado de su caída después del tiro fatal, o bien un golpe dado con la cacha de la pistola antes de dispararla. La banda de asesinos, una vez realizada su tarea, desapareció rápidamente. Uno de los automóviles se había escapado, y el chofer, aterrorizado, no se detuvo a pesar de las balas que llovieron sobre él. Inmediatamente después, un peón

llamado....., y un compañero suyo, oscuros prisioneros ambos, fueron enviados por el nuevo alcaide para que metieran los cadáveres en el edificio..... sacó de los bolsillos del vicepresidente muerto cierto número de objetos que yo he tenido en mis manos:

Una hoja de papel en la cual hay algo que parece ser la clave de un alfabeto cifrado; un pase, N° 350, del Ferrocarril de Kansas City, México y Oriente; una carta franca del Wells-Fargo Express, N° 3; dos recetas, una de un oculista y otra de un optómetra; y una libranza, fechada en la Ciudad de México el 19 de febrero, por 2,000 moneda norteamericana (*sic*), en favor del señor José María Pino Suárez, firmada por Salvador Madero y Cía. y dirigida al señor Ed. Maurer, 80, Maiden Lane, New York City.

En la madrugada, los transeúntes amontonaron piedras hasta formar un pequeño túmulo sobre los lugares empapados de sangre, y encima pusieron unas velas encendidas.

Durante varios días, después del asesinato, Huerta y su secretario de Relaciones Exteriores hablaron mucho de llevar a cabo averiguaciones. Pero ninguna averiguación se ha hecho. Ninguna averiguación se está haciendo. El mayor Cárdenas fue arrestado, pero inmediatamente se le soltó, y se le ha ascendido a teniente coronel. Ahora es comandante de rurales en Michoacán. Justamente un día antes de que se escribiera este párrafo, los periódicos daban la noticia de que había asesinado a un preso a sangre fría.

El señor Wilson nunca me ha pedido que se haga una averiguación sobre lo ocurrido. En sus conversaciones conmigo, no demuestra tener formado juicio alguno en cuanto a la naturaleza de la fechoría realizada la noche del 22 de febrero, después de que todos los hombres responsables de ella habían sido huéspedes suyos en su casa, ni tampoco parece tener la menor sospecha de que alguna responsabilidad pueda recaer sobre él aunque, examinando desapasionadamente todo lo ocurrido, cabe decir que fue él quien entregó a esos hombres a la muerte. El señor Wilson, en sus conversaciones conmigo, ha vituperado violentamente a

Madero y a su familia. Da muestras de orgullo al decir que él estuvo prediciendo constantemente la caída de Madero. En algún momento le pregunté si en opinión suya, estaba manteniendo una actitud correcta, en cuanto diplomático, al presidir una conferencia de dos generales rebeldes y al prestar su ayuda para ultimar los detalles de la nueva Presidencia, cuando el presidente constitucional, ante el cual estaba acreditado él, se hallaba preso; y el embajador me contestó que era necesario, para bien de México, que se eliminara a Madero. A una pregunta mía acerca de la responsabilidad por la muerte de Madero y Pino Suárez, el señor Wilson dijo que él partía de la idea de que eran ciudadanos particulares en el momento en que murieron, y que hubiera sido una impertinencia el que un país extranjero pidiera que se hiciesen averiguaciones acerca de un negocio estrictamente interno. Y luego, con bastante violencia, continuó diciendo que Madero había matado a centenares de personas ilegalmente, y que no era asunto suyo de qué manera habla muerto ese hombre. “De hecho —añadió—, la persona realmente responsable de la muerte de Madero es su esposa. A ella es a quien hay que echarle la culpa. Era preciso eliminar a Madero. Su telegrama a Veracruz hizo imposible que Madero saliera de la capital”.

Todo el informe que antecede acerca de los hechos ocurridos en México supone la convicción de que el movimiento contra Madero fue una conspiración y no una revolución popular; es decir, que fue un cuartelazo, una asonada militar, la intriga de unos pocos y no el levantamiento de un pueblo indignado; y que la traición que cometieron los generales contra su presidente fue una traición de gente mercenaria, y de ninguna manera la respuesta a los sentimientos de una nación, ni siquiera a los de la ciudad.

No tengo ninguna razón para dudar de la sinceridad del embajador Wilson cuando expresa una opinión tan contraria a esa. De hecho, creo que es sincero. Él pensaba, indudablemente, que el bien del país exigía derribar a Madero. Había llegado a considerarlo como un Nerón. Si se parte de esta base, es mucho lo que puede decirse para justificar gran

número de actos de Wilson, y para atenuar otros. Si se parte de allí, es posible hacer todo este relato en un tono muy distinto, y con muy distintos acentos. Y me apresuro a reconocer que el presente informe, necesariamente apresurado, es probable que haya omitido ciertos incidentes que sería equitativo contar, cualquiera que sea la teoría adoptada.

Justo es agregar que el señor Wilson habla con gran libertad, y con todas las muestras de sinceridad, sobre el papel que le cupo en el drama, y en cada una de sus frases da pruebas de creer que ese era el único papel que el humanitarismo y el patriotismo (desde el punto de vista de México y desde el de Estados Unidos) le permitían desempeñar. Se muestra muy sorprendido y profundamente desconcertado ante el hecho de que esto no se lo reconozca todo el mundo. Está sencillamente maravillado de que el país en su totalidad haya repudiado la Revolución, pues él sostiene que ésta se emprendió y se realizó en respuesta a sus deseos; y lo aflige hondamente el hecho de que no haya traído la paz.

Probablemente, la historia hará recaer la responsabilidad del asesinato de Madero sobre los hombros de alguien que no sea la fiel esposa. No obstante, a pesar de lo curiosa que resulta esta ilustración de hasta dónde puede llevar un error inicial a quien es su víctima, es absurdo, en opinión mía, presentar al señor Wilson como un conspirador lleno de malicia. Lo peor que puede decirse, hablando con veracidad, es que, siendo un hombre de intensos prejuicios, se hallaba de tal manera cegado por su odio a Madero, que interpretó honradamente este odio como si fuera el odio de todo el pueblo mexicano, y su propia convicción como si fuera el veredicto de la nación. No obstante, por muy sinceros que hayan sido sus motivos, es imposible no concluir que la conducta del señor Wilson fue totalmente errónea, dañosa y trágicamente desafortunada en los resultados.

Sin el apoyo que el embajador de Estados Unidos dio a Huerta en sus planes de traición contra el presidente, la revuelta habría fracasado. Esto no es cuestión de meras conjeturas, sino la conclusión hacia la cual apuntaban todos los hechos. El lunes 17, que fue el último día de pelea, Madero

se hallaba, indiscutiblemente, en posesión de toda la ciudad, con excepción de la Ciudadela y de tres o cuatro casas cercanas a ella, que seguían ocupadas como avanzadas. Los amotinados no se habían atrevido a llevar a cabo ninguna salida, y nada que pudiera interpretarse como muestra de simpatía hacia ellos habría ocurrido en ninguna parte de la ciudad. El pueblo se había negado a unirse a la revuelta. Ningún levantamiento en apoyo de ellos se había registrado en el país. Los zapatistas, bandoleros que durante bastante tiempo habían estado en posesión del estado de Morelos y de las montañas que rodean a la ciudad, no se habían presentado, aunque el embajador Wilson telegrafiaba día tras día a Washington diciendo que ya venían en camino. Lejos de eso, Zapata le había mandado decir a Madero que suspenderían las operaciones contra el gobierno federal hasta que él hubiera acabado con Félix Díaz. En una palabra, el 17, transcurrida ya una semana, era de todo punto evidente que el gobierno se hallaba sencillamente frente a un solo grupo de unos cuantos centenares de hombres, rodeados y encerrados en un fortín, y que el meterlos en cintura era sólo cuestión de tiempo.

No hubo durante toda la Decena Trágica ni un momento en que no hubiera sido posible “poner término a la desoladora situación”, “poner punto final a este innecesario derramamiento de sangre”, mediante una seria advertencia de la Embajada norteamericana a los oficiales traidores del Ejército, en la cual se les hubiera dicho que Estados Unidos no estaban dispuestos a patrocinar otros métodos que no fueran los constitucionales y pacíficos, y que no otorgarían su reconocimiento a ningún gobierno erigido por la fuerza. El presidente Madero no fue traicionado y arrestado por sus oficiales sino en el momento en que ya no hubo dudas de que el embajador norteamericano no tenía objeción contra semejante hazaña. El plan para el establecimiento inmediato de una dictadura militar no pudo haberse elaborado nunca, excepto en la Embajada norteamericana, bajo el patrocinio del embajador norteamericano y con su promesa, en nombre de su gobierno, de un rápido reconocimiento. Madero nunca habría sido asesinado.

nado si el embajador norteamericano hubiera dado a entender, en forma clara, que la conspiración debía detenerse antes de llegar al crimen.

No puede menos de causar pena a todos el hecho de que esta historia, probablemente la más dramática en que se ha visto envuelto un funcionario diplomático de Estados Unidos, sea una historia de simpatía con la traición, la perfidia y el asesinato, en un asalto contra un gobierno constitucional.

Y es particularmente desafortunado que esto haya sucedido en uno de los principales países de la América Latina, donde, si alguna labor moral es preciso llevar a cabo, es negar apoyo a la violencia y respaldar la legalidad.

Tal vez venga a resultar baladí, en medio del cúmulo de miserias que de todo eso ha resultado —aunque, en cierto sentido, no carezca de importancia—, el hecho de que millares de mexicanos creen que el embajador actuó según instrucciones recibidas de Washington, y que, además de considerar la permanencia en su cargo, bajo el nuevo presidente norteamericano, como una señal de aprobación en que ha caído el país.

William Bayard Hale

[Ciudad de México, 18 de junio de 1913]

Índice

A MANERA DE <i>PÓRTICO</i>	
CINCUENTA AÑOS DESPUÉS	
<i>José M. Murià</i>	7
PRÓLOGO EN EL ORIGEN	
<i>Arturo Arnáiz y Freg</i>	17

Primera parte

Semblanza de Madero

MADERO, EL INMACULADO	
<i>Isidro Fabela</i>	25
MADERO, AMIGO DE LOS POBRES	
<i>Manuel Márquez Sterling</i>	35
MADERO	
<i>Ramón Puente</i>	39
SEMBLANZA DE MADERO	
<i>Adrián Aguirre Benavides</i>	45
FRANCISCO I. MADERO	
<i>Juan Sánchez Azcona</i>	55
SONORA Y LA REVOLUCIÓN	
<i>Álvaro Obregón</i>	65
Cómo fui simpatizador del señor Madero	65
La Revolución en Sonora	67
Cómo formé parte del gobierno del señor Madero.	69

DON FRANCISCO I. MADERO	
<i>Andrés Iduarte</i>	71
EL AGRARISMO DE MADERO	
<i>Manuel González Ramírez</i>	75
MADERO, GOBERNANTE	
<i>José Vasconcelos</i>	79
LA DOCTRINA MADERISTA CON VISTA	
A LOS PROBLEMAS NACIONALES	
<i>Juan Sánchez Azcona</i>	83
FRANCISCO I. MADERO	
<i>Martín Luis Guzmán</i>	95
MADERO	
<i>Gilberto Bosques</i>	99

Segunda parte

Semblanzas y poemas

de Pino Suárez

PINO SUÁREZ	
<i>Salvador Azuela</i>	105
PINO SUÁREZ	
<i>Ramón Puente</i>	109
DON JOSÉ MARÍA PINO SUÁREZ	
<i>Daniel Muñoz y Pérez</i>	113
SEMBLANZA DE JOSÉ MARÍA PINO SUÁREZ	
<i>Miguel Alonso Romero</i>	121
LA "IMPOSICIÓN" DE PINO SUÁREZ	
<i>José Pino Cámara</i>	125
POEMAS DE	
JOSÉ MARÍA PINO SUÁREZ	129
A la juventud	129
Cinco de mayo.	130
¡Adiós...!	130
A mi madre	131
PAX ANIMA	132

Sursum.	133
Alma de lucha	134
A la libertad	135
A Juárez.	135
A la verdad.	136
A mis hijos.	137
Sic Semper.	137

Tercera parte

Escritos de Madero

ALGUNOS ASPECTOS DEL IDEARIO

DE DON FRANCISCO I. MADERO	141
--------------------------------------	-----

LAS DICTADURAS MILITARES.	143
-----------------------------------	-----

EL PODER ABSOLUTO EN MÉXICO.	145
--------------------------------------	-----

LOS CAMPESINOS Y LOS OBREROS MEXICANOS

BAJO EL PORFIRISMO.	153
-----------------------------	-----

La guerra de Tomóchic	153
---------------------------------	-----

Guerra del Yaqui.	155
---------------------------	-----

Guerra con los indios mayas.	162
--------------------------------------	-----

Huelgas de Puebla y Orizaba.	163
--------------------------------------	-----

Cananea.	169
------------------	-----

Instrucción pública.	171
------------------------------	-----

MADERO, CANDIDATO A LA PRESIDENCIA

DE LA REPÚBLICA, SE DIRIGE A LIMANTOUR, SECRETARIO DE HACIENDA EN EL GOBIERNO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ, PARA QUE MEDIE EN LA CONTIENDA	173
--	-----

DESDE LA PENITENCIARÍA DE MONTERREY,

MADERO, CANDIDATO DEL PARTIDO ANTIRREELECCIONISTA A LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA, SE DIRIGE EL 15 DE JUNIO DE 1910 AL GENERAL PORFIRIO DÍAZ	179
--	-----

PLAN DE SAN LUIS POTOSÍ.	183
----------------------------------	-----

MANIFIESTO QUE DON FRANCISCO I. MADERO DIRIGIÓ AL PUEBLO MEXICANO DESPUÉS DE SU ENTRADA TRIUNFAL A LA CIUDAD DE MÉXICO EN EL MES DE JUNIO DE 1911	189
Conciudadanos:	189
La Revolución:	190
Al pueblo sufrido y trabajador:	190
A los capitalistas:	191
A los gobernantes:	191
Al Ejército Libertador:	192
Al Ejército Nacional:	193
A la prensa:	193
MADERO REPROCHA AL GENERAL VICTORIANO HUERTA LA FELONÍA CON LA QUE ATACÓ A LAS FUERZAS ZAPATISTAS EN CUAUTLA Y EN YAUTEPEC, MIENTRAS EL PROPIO DON FRANCISCO —PRESIDENTE ELECTO DE LA REPÚBLICA— SOSTENÍA CONVERSACIONES DE AVENIMIENTO CON EL GENERAL EMILIANO ZAPATA . . .	195
De don Francisco I. Madero a Victoriano Huerta	195
FRANCISCO I. MADERO Y LA CLASE TRABAJADORA	199
Conciudadanos	199

Cuarta parte

La Decena Trágica

<i>Martín Luis Guzmán</i>	205
EMPIEZA LA DECENA TRÁGICA	
<i>Stanley R. Ross</i>	207
ARENAGA DEL PRESIDENTE MADERO A LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR, EN LA MAÑANA DEL 9 DE FEBRERO DE 1913	
<i>Martín Luis Guzmán</i>	223
EL EMBAJADOR WILSON METE LAS MANOS	
<i>Stanley R. Ross</i>	225
LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL PRESIDENTE MADERO	
<i>Manuel Márquez Sterling</i>	243

El discurso	243
La respuesta	244
El político	246
Los prófugos atravesaron la frontera americana...	248
El apóstol	250
El triunfador	253
Las contradicciones y el idealista	254
Madero asume la Presidencia	257
La conspiración va a cuartelazo	259
El martirio y asesinato	265
MÁRTIR DE LA DEMOCRACIA MEXICANA	
<i>Stanley R. Ross</i>	279
DECLARACIONES DEL MINISTRO DE ESPAÑA, MEDIANTE LAS QUE SE PONE DE MANIFIESTO LA INTERVENCIÓN DE MR. LANE WILSON	
<i>Bernardo J. Cologán</i>	297
LA PARTICIPACIÓN DE HENRY LANE WILSON	
<i>William Bayard Hale</i>	313

MADERO y
PINO SUÁREZ
1913-1963 • Testimonios históricos
seleccionados por **Arturo Arnáiz y Freg**



se terminó en la Ciudad de México durante el mes de octubre del año 2013. La edición impresa sobre papel de fabricación ecológica con *bulk* a 80 gramos, estuvo al cuidado de la oficina litotipográfica de la casa editora.

Madero ha sido uno de los más altos ejemplos de humanidad, generosa hasta el sacrificio, que ha dado la patria mexicana. Su lucha por la democracia y contra la tiranía, fue la lucha titánica de un visionario por trazar para el pueblo de México rutas mejores, más amplias y más luminosas.

Adolfo López Mateos | Presidente de México

Jaime Torres Bodet, secretario de Educación Pública durante el sexenio del presidente López Mateos, encomendó a uno de los mejores representantes de la historiografía nacionalista de la época: Arturo Arnáiz y Freg, hilvanara, en ocasión del 50 aniversario de su sacrificio, una obra homenaje dedicada a Francisco I. Madero y a José María Pino Suárez. La selección reunió varios textos emanados de las plumas de diferentes autores que, con muy diversos puntos de vista son coincidentes en enaltecer la memoria de los próceres.

Como conocedor de nuestra historia —principalmente la del siglo XIX y los inicios del XX—, Arnáiz y Freg fue la voz autorizada para invitar a niños y jóvenes, mediante estas lecturas, a recordar en las clases de historia y de civismo, la lección que las víctimas de 1913 siguen dando a los mexicanos.

Los editores



HISTORIA



LXII LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS



MAPorrúa
librero-editor • México

La
SERIE Historia